

RESURRECCIÓN

Craig Russell



Un temible asesino que cree haberse reencarnado, se venga de aquellos que le traicionaron en una vida anterior...

El detective Jan Fabel y su equipo se enfrentan a una serie de homicidios: un político de izquierdas y homosexual confeso, y un prestigioso científico. Ambos fueron asesinados siguiendo el mismo método: los cuerpos tenían el cuero cabelludo seccionado y, sobre ellos, un pelo rojo teñido en la escena, procedente de la misma cabeza y cortado veinte años antes.

Fabel descubre que las víctimas pertenecían a un grupo anarquista de los años 70. Mientras tanto, los demás miembros del grupo, que habían tratado de dejar atrás su pasado, se dan cuenta de que un temible asesino va tras ellos.



CRAIG
RUSSELL

Resurrección

se



Craig Russell

Resurrección

Jan Fabel - 3

ePub r1.6
Titivillus 11.10.2020

Título original: *Eternal* Craig Russell, 2007 Traducción: Eduardo Hojman

Editor digital: Titivillus ePub base r2.1

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html



Dedicado a la memoria de Gabriel Brown

Somos eternos.

Los budistas creen que cada vida, cada conciencia, es como la llama de una sola vela, pero que hay continuidad entre cada llama. Imagina que enciendes una vela con la llama de otra, y que luego usas aquella llama para encender la siguiente, y así sucesivamente, para toda la eternidad. Mil llamas, pasadas de una a otra a través de las generaciones. Cada una es una luz diferente, cada una arde de una manera totalmente diferente. Pero es, sin embargo, la misma llama.

Ahora me temo que ha llegado la hora de apagar tu llama. Pero no te preocupes... el dolor que te causo hará que ardas con el máximo brillo al final.

PRÓLOGO

Jueves 15 de septiembre de 2005, veintiocho días después del primer asesinato

ESTACIÓN DE FERROCARRILES DE NORDENHAM, 145 KILÓMETROS AL OESTE DE HAMBURGO

Fabel no pudo evitar reflexionar sobre la ironía de que la estación de ferrocarriles de Nordenham fuera una terminal. En muchos aspectos, ése era el lugar donde su viaje terminaba. Desde allí, no había dónde ir.

Los faros de los coches de la policía alineados al otro lado de las vías iluminaban el andén como si fuera un escenario. Era un momento cristalino: filoso como un diamante, claro y duro. Hasta el pintado enlucido de la fachada de la estación, construida a fines del siglo XIX, parecía despojado de color; sus bordes sobresalían con una claridad artificial, como un dibujo arquitectónico o un decorado teatral contra el que se recortaban las gigantescas sombras de las dos figuras del andén, uno en pie, el otro obligado a estar de rodillas.

Y nada era más afilado o más claro que el resplandor brillante e impaciente del cuchillo en la mano que colgaba a un lado de la figura que estaba en pie, iluminada, detrás del hombre arrodillado.

La mente de Fabel corrió a toda velocidad por las mil maneras posibles en que todo esto podría acabar. Cualesquiera que fuesen sus próximas palabras, cualquier acción que emprendiera en ese momento, tendría consecuencias; pondría en movimiento una cadena de acontecimientos. Y uno de los efectos totalmente probable sería la muerte de más de una persona.

El peso de la responsabilidad le producía dolor de cabeza. A pesar de la época del año, el aire de la noche parecía insuficiente y estéril en su boca, y formaba grises fantasmas con su aliento, como si al llegar juntos a ese momento, a ese paisaje de llanura, en realidad hubiesen alcanzado una gran altura. Daba la impresión de que el aire era demasiado endeble como para transportar cualquier otro sonido que no fueran los jadeos y sollozos desesperados del hombre arrodillado. Fabel echó un vistazo a sus agentes, que estaban en pie, apuntando, en esa postura dura y de músculos tensos de aquellos que se encuentran al borde de la decisión de matar. Fue a Maria a quien más atención prestó, a su rostro blanco, los ojos de un celeste resplandeciente, los huesos y tendones de sus manos tensando la piel mientras aferraba su automática Sig-Sauer.

Fabel hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza, esperando que su equipo interpretara la señal de aguardar.

Miró detenidamente al hombre que estaba de pie en el centro de la fuerte luz que proyectaban los focos. Fabel y su equipo habían intentado durante muchos días ponerle un nombre, dotar de una identidad, al asesino que estaban persiguiendo. Había resultado ser un hombre con muchos alias: el que se había dado a sí mismo para su perversa cruzada era Franz *el Rojo*; los medios, con su entusiasta determinación de difundir el miedo y el nerviosismo lo más posible, lo habían bautizado como el Peluquero de Hamburgo. Pero Fabel ya sabía cuál era su verdadero nombre.

Delante de Franz *el Rojo*, mirando hacia el mismo lugar, se encontraba el hombre de mediana edad a quien aquél había obligado a arrodillarse. Franz *el Rojo* lo tenía agarrado de su pelo gris, inclinándole la cabeza hacia atrás para dejar al descubierto su blanca garganta. Encima de la garganta, encima de la cara contorsionada por el terror, la carne de su frente tenía un corte recto que abarcaba toda la extensión de sus cejas, justo debajo del nacimiento del pelo; la herida se abrió ligeramente cuando Franz *el Rojo* tiró del pelo hacia atrás. Un chorro de sangre cayó como una cascada por la cara del hombre arrodillado, quien dejó escapar un alarido agudo, como el de un animal.

Y todo el tiempo, el cuchillo de Franz *el Rojo* centelleaba y resplandecía con malévolas intenciones en medio de la noche.

—Por el amor de Dios, Fabel. —La voz del hombre arrodillado sonaba estrangulada y estridente por el terror—. Ayúdeme... Por favor... Ayúdeme, Fabel...

Fabel no prestó atención a los ruegos y mantuvo la mirada fija como un reflector sobre Franz *el Rojo*. Extendió la mano en el aire vacío, como si estuviera parando el tráfico.

—Tranquilo... tranquilícese. No pienso seguirle el juego en nada de esto. Ninguno de nosotros lo haremos. No vamos a interpretar los papeles que usted quiere. Esta noche, la historia no va a repetirse.

Franz *el Rojo* lanzó una risita amarga. La mano que sostenía el cuchillo giró y otra vez la hoja relampagueó, brillante y descarnada.

—¿Realmente cree que me voy a marchar? Este bastardo... —Volvió a tirar del pelo y el hombre arrodillado lanzó un nuevo alarido a través de una cortina de su propia sangre—. Este bastardo me traicionó a mí y a todo lo que defendíamos. Creyó que mi muerte le serviría para tener una vida nueva. Como hicieron los otros.

—Esto es pura fantasía —dijo Fabel—. Aquélla no fue su muerte.

—Ah ¿no? ¿Entonces por qué usted comenzó a dudar de lo que creía mientras me buscaba? La muerte no existe; sólo el recuerdo. La única diferencia entre yo y todos los demás es que a mí se me ha permitido recordar, como si mirara a través de un pasillo de ventanas. Lo recuerdo todo. —Hizo una pausa, y el silencio sólo quedó interrumpido por el sonido distante de un coche que pasaba, a esas altas horas de la noche, a través de la ciudad de Nordenham, detrás de la estación y en otro universo—. Por supuesto que la historia se repetirá. La historia siempre se repite. Me repitió a

mí... Usted se enorgullece mucho de haber estudiado historia en su juventud. Pero ¿alguna vez la entendió realmente? Todos somos variaciones de un mismo tema... todos nosotros. Lo que ocurrió antes volverá a ocurrir. Aquél que fue antes, volverá a ser. Una y otra vez. La historia consiste en comienzos. La historia se hace, no se deshace.

—Entonces haga su propia historia —dijo Fabel—. Cambie las cosas. Vamos, dese por vencido, hombre. Esta noche la historia no va a repetirse. Esta noche no morirá nadie.

Franz *el Rojo* sonrió. Una sonrisa que era como un bisturí, brillante y fría, y dura como el cuchillo que tenía en la mano.

—¿En serio? Ya veremos, Herr Erster Hauptkommissar.

La hoja dio un salto ascendente hacia la garganta del hombre arrodillado.

Se oyó un grito. Y el sonido de un disparo.

Equinoccio vernal, 324 d. C., mil seiscientos ochenta y un años antes del primer asesinato

BOURTANGER MOOR, FRISIA DEL ESTE

El cielo estaba pálido y vacío, contemplando el pantano llano y monótono con un ojo sin nubes.

Él caminaba con orgullo y dignidad. Su desnudez no lo avergonzaba ni lo agraviaba; llevaba el aire y el sol en la piel, como si fuera un manto real. Su pelo grueso, recién lavado y perfumado, brillaba como el oro en el luminoso día. Rostros que había conocido durante toda una vida flanqueaban su camino, alineados a lo largo de la pasarela de madera que se elevaba por encima del terreno pantanoso, y lanzaron vivas para celebrar su desfile desnudo. Avanzó con sus asistentes detrás y a los costados: el sacerdote, el jefe del clan, la sacerdotisa y la guardia de honor. Durante todo el camino, las voces se alzaban adulándolo. Entre los rostros y las voces se encontraban las de las mujeres que habían sido sus esposas en los días precedentes, algunas de las cuales eran de rango noble, como, a partir de ese momento, lo era él: su cuna de clase baja había quedado olvidada y ya no significaba nada. Ese día, ese acto, lo elevaban por encima de un jefe o un rey. Él, él mismo, era casi un dios.

Y, mientras desfilaba, empezaron a cantar. Cantaron sobre comienzos y finales, sobre renacimientos, sobre soles y lunas y estaciones renovadas. Sobre el grandioso, maravilloso y misterioso ciclo. Y el renacimiento sobre el que más cantaban era el que sería suyo. Un renacimiento glorioso. Él se renovaría. Volvería a una vida mejor, más pura. Él y sus asistentes se acercaron al final del paso elevado de madera y él vio el sitio en que habían reunido, a un costado, las ramas de avellano que le pondrían encima, a las que luego les añadirían rocas, para que no volviera a salir hasta que llegara el momento de la verdad. Llegaron al final de la pasarela y la superficie reluciente, como de obsidiana, del estanque, se abrió ante ellos y les ofreció un oscuro reflejo del cielo luminoso.

Era la hora.

Sintió que el corazón comenzaba a golpearle en el pecho. Bajó de la pasarela de madera y percibió el mundo que lo rodeaba con una nítida intensidad: el mantillo húmedo y blando y las hierbas duras del pantano bajo sus pies descalzos; el aire y el sol en su piel, las fuertes manos de sus guardias de honor cuando aferraron con fuerza sus antebrazos. Juntos, los tres hombres dieron un paso adelante y entraron en el

estanque. Se hundieron hasta la cintura y él sintió el frío del agua cosquilleando en sus piernas desnudas y en los genitales. Comenzó a respirar con fuerza y el ritmo de su corazón se incrementó todavía más, como si fuera consciente de que en poco tiempo se pararía y estuviera tratando de dar todos los latidos que fueran posibles en esos escasos segundos finales. Tenía que creer. Se obligó a creer. Era la única manera de mantenerse un paso más allá del pánico que parecía correr a gritos hacia él, persiguiéndolo por la pasarela de madera, inaudible e invisible para los espectadores.

La sacerdotisa se quitó el vestido y entró desnuda en el estanque. Tenía el cuchillo de sacrificio aferrado con fuerza en un puño, que, a su vez, apretaba contra su pecho. La hoja resplandeció con la luz del día. Era un cuchillo tan pequeño que él, que había sido guerrero, no consiguió relacionar ese ornamento con el final de su vida. La sacerdotisa estaba frente a él, con el agua rodeando el apretado círculo de su cintura, oscura contra su piel pálida. Ella extendió la mano y puso la palma en su frente, canturreando las palabras del ritual. Él sucumbió, como sabía que debía hacerlo, a la suave presión de la mano de ella, y se echó hacia atrás en el agua. Su cabeza se hundió lentamente y el agua corrió un telón opaco y turbio sobre la luz del día. Los dos asistentes seguían aferrando con firmeza sus antebrazos, y en ese momento sintió otras manos en su cuerpo, en sus piernas. Tenía los ojos abiertos. A su alrededor, toda la ciénaga giraba en remolinos oscuros y espesos, como si no se decidiera a qué elemento pertenecía realmente: a la tierra o al agua. Su dorada cabellera se hinchaba y se retorció en torno a su cabeza, con su brillo amortiguado por las turbias aguas.

Contuvo el aliento. Sabía que no debía hacerlo, pero el instinto le decía que se aferrara al aire de sus pulmones, a la vida de su cuerpo. Los pulmones empezaron a pedir a los gritos más aire y, por primera vez, empujó la mano de la sacerdotisa. Ella le devolvió el empujón, muy suavemente, pero las manos que aferraban sus brazos y piernas se hicieron más fuertes y él sintió que lo hundían más profundamente, hasta que los helechos y las piedras del fondo del estanque le arañaron la espalda. El pánico que había percibido cerniéndose sobre él lo alcanzó entonces y le gritó que no habría ningún renacimiento, ningún nuevo comienzo; sólo la muerte. Llegó la hora de gritar, y su alarido estalló en un inmenso remolino de burbujas que atravesaron la oscuridad densa del agua y subieron hasta el día que él jamás volvería a ver. El agua fría y salobre le inundó la boca y la garganta. Sabía a tierra y gusanos, a raíces y vegetación en descomposición. A muerte. Entró con fuerza en los quejosos pulmones. Se agitó y se retorció pero ya había más manos sobre él, presionándolo y sujetándolo a su agonía.

Fue en ese momento cuando sintió el beso de la hoja de la sacerdotisa en su garganta y el remolino de agua que lo rodeaba se hizo todavía más oscuro. Más rojo.

Pero se había equivocado; habría, después de todo, un renacimiento. Sin embargo, antes de que volviera a salir a la luz del día, pasarían más de dieciséis siglos, y su

pelo dorado se convertiría en un rojo ardiente.

Sólo entonces renacería. Como Franz *el Rojo*.

Octubre, 1985, veinte años antes del primer asesinato

ESTACIÓN DE FERROCARRILES DE NORDENHAM, 145 KILÓMETROS AL OESTE DE HAMBURGO

La estación principal de ferrocarriles de Nordenham estaba situada sobre un dique encima del río Weser. Era una tarde de octubre y una familia estaba esperando un tren. El gran edificio de la estación, el andén y las celosías de hierro refulgían a la luz de un sol de finales de otoño que era brillante pero carecía de todo calor.

Ellos estaban de pie —el padre, la madre y el hijo— en el extremo más alejado del andén. El padre era alto y delgado, de unos treinta y cinco años. Llevaba el pelo, que era más bien largo, tupido y casi demasiado oscuro, cepillado con fuerza hacia atrás, dejando al descubierto una frente ancha y pálida, pero se rebelaba en unos flecos rizados que se acumulaban sobre el cuello de su abrigo. El negro marco de largas patillas, bigote y barbita enfatizaba la palidez de sus facciones y el bermellón de su boca. La madre también era alta, apenas unos pocos centímetros más baja que el hombre, con ojos azules agrisados y un pelo largo y rubio, de color hueso, que pendía lacio debajo de un gorro de lana. Vestía un abrigo que le llegaba a la rodilla y llevaba un amplio y colorido bolso de macramé colgado de su hombro con correas. El muchacho tenía unos diez años, pero era alto para su edad; evidentemente había heredado la altura de sus padres. Tenía, al igual que su padre, una cara pálida y triste bajo una mata de rizos de un color negro discordante.

—Espera aquí con el niño —dijo el padre con firmeza pero con amabilidad. Apartó unas hebras rebeldes de pelo color ceniza que habían caído sobre la frente de la madre—. Cuando llegue Piet me acercaré yo solo. Si hay alguna señal de problemas, llévate al chico y lárgate de la estación.

La mujer asintió con un gesto decidido, pero un temor frío y brillante relampagueó en sus ojos. El hombre le sonrió y le apretó el brazo antes de alejarse de ella y del muchacho. Se ubicó en el medio del andén. Un operario de la Deutsche Bahn salió de la oficina de mantenimiento, se dejó caer a las vías desde el andén y las atravesó en diagonal con una arrogancia complaciente. Una mujer de mediana edad, vestida con el caro mal gusto de la burguesía de Alemania Occidental, salió de la ventanilla de venta de billetes y se ubicó a unos diez metros a la derecha del hombre. Él parecía no prestar ninguna atención a toda esta actividad; en realidad, sus ojos seguían pendientes de cada movimiento de cada individuo presente en esa estación de provincias.

Otra figura salió de la oficina de venta de billetes y pasó al andén. Se trataba también de un hombre alto y delgado, pero tenía un pelo largo y rubio recogido en una coleta. Su cara delgada y angulosa estaba marcada con las antiguas cicatrices de una enfermedad de la niñez. Como el primero, intentaba que sus movimientos y su expresión parecieran naturales y desinteresados pero, a diferencia del hombre de pelo oscuro, había intensidad y nerviosismo en sus ojos, y una tensión eléctrica en cada paso que daba.

Ya estaban apenas a un metro de distancia. Una amplia sonrisa disolvió la expresión severa del hombre de pelo oscuro, como el brillo de sol atravesando las nubes.

—¡Piet! —dijo con entusiasmo, pero en voz baja. El rubio no sonrió.

—Te avisé de que esto era desaconsejable —dijo. Su alemán estaba teñido de un sibilante acento holandés—. Te dije que no vinieras. Ha sido una mala idea.

El hombre de pelo oscuro no permitió que su sonrisa se desvaneciera y se encogió de hombros en actitud filosófica.

—Nuestro modo de vivir es desaconsejable, Piet, amigo mío, pero es absolutamente necesario, como lo es esta reunión. Por Dios, Piet... me alegro de volver a verte. ¿Has traído el dinero?

—Ha habido un problema —dijo el holandés.

El hombre de pelo oscuro echó una mirada por el andén hacia la mujer y el niño. Cuando se volvió hacia el holandés, su sonrisa había desaparecido.

—¿Qué clase de problema? Necesitamos ese dinero para viajar. Para encontrar una nueva casa segura e instalarnos en ella.

—Ha terminado, Franz —dijo el holandés—. Ha terminado hace mucho tiempo y deberíamos haberlo aceptado. Los otros... sienten lo mismo.

—¿Los otros? —El hombre de pelo oscuro lanzó una risita—. No espero nada de ellos. No son más que unos gilipollas de clase media que fingen ser activistas, mitad implicados y mitad asustados. Débiles que juegan a ser fuertes. Pero tú, Piet... espero más de ti. —Permitió que una sonrisa volviera a su cara—. Vamos, Piet. No puedes abandonar ahora. Yo... nosotros te necesitamos.

—Se ha acabado, ¿es que no te das cuenta? Es hora de dejar atrás esa vida. Yo, simplemente, no puedo seguir con esto, Franz. He perdido la fe. —El holandés retrocedió unos pasos—. Hemos perdido, Franz. Hemos perdido.

Retrocedió unos pasos más, abriendo el espacio que los separaba. Miró con nerviosismo a derecha e izquierda y el hombre de pelo oscuro lo imitó, pero no pudo ver nada. De todas maneras, sintió una opresión en el pecho. Su mano se cerró en torno a la Makarov PM 9 mm que llevaba en el bolsillo del abrigo. El holandés volvió a hablar. Sus ojos tenían un brillo salvaje.

—Lo siento, Franz... Lo siento mucho... —Se volvió y comenzó a correr.

Todo ocurrió en cuestión de segundos; sin embargo, el tiempo mismo pareció estirarse increíblemente.

El holandés estaba gritándole algo a una persona invisible mientras corría. El operario saltó hacia la madre y el hijo, con una resplandeciente automática negra en sus manos extendidas. El ama de casa burguesa cayó sobre una rodilla con una agilidad asombrosa y extrajo una pistola de su abrigo, que apuntó hacia el hombre alto de pelo oscuro gritándole que pusiera las manos sobre la cabeza. Éste giró la cabeza para mirar a la mujer y al niño. La mano de la madre se había hundido profundamente en su bolso, cuya parte delantera se abrió con una explosión y empezó a arder cuando ella tiró del gatillo de la pistola automática Heckler y Koch MP5 que había escondido en su interior. Al mismo tiempo, empujó violentamente al muchacho hacia un costado y hacia abajo. La andanada de la Heckler y Koch atravesó con furia la pechera del mono del falso operario de ferrocarriles y le destrozó la cara. La mujer se volvió hacia atrás blandiendo la pistola automática, que todavía estaba dentro de su desgarrado y humeante bolso de macramé, para apuntar a la policía de la GSG9 vestida como un ama de casa. La agente dejó de apuntar al hombre para apuntarla a ella y disparó dos veces, y otras dos más. Sus disparos alcanzaron a la mujer en el pecho, en la cara y en la frente, y murió antes de que su cuerpo chocara contra el andén. El hombre vio morir a la mujer, pero no había tiempo para la pena. Oyó los gritos de una docena de agentes de la GSG9, con cascos y corazas, mientras invadían el andén desde el interior y los costados del edificio de la estación. Un grupo de ellos estaban haciendo gestos furiosos hacia el holandés para indicarle que dejara de correr y saliera de su línea de fuego. La mujer policía giró la pistola para apuntar nuevamente al hombre de pelo oscuro. Éste luchó para liberar su Makarov rusa del bolsillo de su abrigo y, cuando lo logró, no apuntó ni a la mujer policía ni a ninguno de los agentes de la GSG9.

La primera bala de la mujer policía le atravesó el pecho exactamente al mismo tiempo que sus disparos alcanzaban la nuca del holandés.

Franz Mülhaus —Franz *el Rojo*, el notorio terrorista anarquista cuyo pálido rostro había contemplado a los atemorizados habitantes de Alemania Occidental desde los carteles de criminales buscados por la policía desde Kiel hasta Munich— cayó de rodillas, con los brazos colgando a los costados, la Makarov automática floja en su mano semiabierta, y su cabeza apoyada en el pecho manchado de sangre.

Mientras moría pudo ver apenas, en los bordes de su visión cada vez menos nítida, el rostro pálido, con los ojos muy abiertos y la boca en un grito mudo, de su hijo. De alguna manera, Franz *el Rojo* encontró el aliento para emitir una sola palabra, lanzada al mundo con su última y explosiva exhalación.

—*Verräter...*

Traidores.

PRIMERA PARTE

Lunes 15 de agosto de 2005, tres días antes del primer asesinato

LIST, ISLA DE SYLT, 200 KILÓMETROS AL NOROESTE DE HAMBURGO

Quería conservar ese momento.

Sus sentidos se extendieron hasta el último rincón de la tierra, el mar y el cielo que lo rodeaban. Se quedó de pie, descalzo, y sintió la textura de la arena seca que escoriaba las plantas de sus pies y se le colaba entre los dedos. Sintió que ese lugar, ese momento, era todo lo que podía recordar de sí mismo. Aquí, pensó, no había pasado ni futuro, tan sólo este momento perfecto. Sylt se extendía larga, estrecha y llana en el Mar del Norte, sin presentar ningún perfil que dificultara el empuje del viento veloz que corría por el vasto cielo, en busca del flanco más sustancioso de Dinamarca. Mientras él seguía allí de pie, el viento protestó por su presencia tironeando con furia de la tela de sus pantalones, golpeando los faldones sueltos y el cuello de su camisa y haciendo flamear el ala rota de pelo rubio que colgaba por encima de su frente. Le restregó la cara y le apretó las arrugas de la piel mientras él seguía observando el correteo de las nubes a través de ese escudo inmenso y azul pálido del cielo.

Jan Fabel era un hombre de una altura un poco superior al promedio y tenía alrededor de cuarenta años, pero un aspecto un tanto juvenil se aferraba como un desterrado desobediente a su apariencia, a su complexión delgada y angulosa y a su pelo rubio y flameante. Sus ojos eran azul pálido y brillaban con inteligencia e ingenio, pero en ese momento estaban reducidos a estrechas ranuras entre los pliegues de la cara arrugada que presentaba al iracundo viento. Su rostro estaba bronceado y sin afeitar, y así como ese persistente aire juvenil de su postura insinuaba cómo había sido el joven que lo había precedido, el brillo plateado que resplandecía en el oro de su barba de tres días anticipaba al hombre más viejo que estaba por llegar.

Una mujer se acercó desde las dunas que estaban a su espalda; era tan alta como él, e iba vestida con camisa y pantalones de lino blanco. Sus pies estaban descalzos, pero llevaba un par de sandalias negras de tacón bajo en la mano. El viento también se arremolinó alrededor de ella, planchando y alisando el lino blanco contra las curvas de su cuerpo y convirtiendo en cables salvajes su pelo largo y negro. Fabel no vio a Susanne acercarse y ella se detuvo detrás de él, dejó caer las sandalias en la

arena y le rodeó el cuerpo con los brazos, metiéndoselos entre los suyos. Él se volvió y la besó durante un largo rato, antes de que ambos giraran para enfrentarse al mar.

—Estaba pensando —dijo él por fin— que casi podrías olvidar quién eres, aquí parado. —Miró sus pies desnudos y empujó la arena con un dedo—. Ha sido maravilloso. Me alegro tanto de que vinieras conmigo... Sólo querría que no tuviéramos que marcharnos mañana.

—Ha sido maravilloso, es cierto. Pero, por desgracia, tenemos que volver a nuestras vidas... —Susanne sonrió en un gesto de consuelo; en sus palabras podía percibirse un ligero acento bávaro—. A menos que quieras preguntarle a tu hermano si precisa otro camarero.

Fabel inhaló profundo y contuvo el aliento durante un momento.

—Pues no estaría tan mal ¿no? No tener que lidiar con toda la mierda y el estrés. Ella se echó a reír.

—Es evidente que jamás has trabajado como camarero.

—Podría hacer otra cosa. Cualquier cosa.

—No, no es cierto —dijo ella—. Te conozco. Empezarías a echarlo de menos antes de un mes.

Él se encogió de hombros.

—Tal vez tengas razón. Pero aquí me siento como una persona diferente, la persona que preferiría ser.

—Eso es porque estamos de vacaciones... —El viento formó una telaraña con el pelo de Fabel y lo dejó caer sobre su frente, ella se lo apartó.

—No, no es eso; es porque estamos aquí. No es lo mismo. Sylt siempre ha sido un lugar especial para mí. Recuerdo que la primera vez que vine sentí que lo conocía desde siempre. Me instalé aquí después de que me dispararan —dijo, y su mano rozó involuntariamente su lado izquierdo, como si estuviera verificando inconscientemente que esa vieja herida de dos décadas antes se había curado, después de todo—. Supongo que siempre relaciono este lugar con la idea de ponerme mejor. De sentirme a salvo y en paz. —Se echó a reír—. A veces, cuando pienso en el mundo de allá... —Señaló con un vago gesto el otro lado del mar, donde la masa de Europa yacía invisible—. El mundo al que tenemos que enfrentarnos, me asusto. ¿Tú no?

Ella asintió.

—A veces. Sí, yo también. —Susanne lo rodeó con un brazo y puso su mano sobre la de él, encima de donde había estado la herida. Lo besó en la mejilla—. Me estoy helando. Venga, vamos a comer...

Fabel no la siguió de inmediato. En cambio, dejó que el viento del Mar del Norte soplara con fuerza contra su cara durante unos momentos más, observando la espuma que formaban las olas contra la amplia orilla y las pocas nubes arrastradas por el viento que surcaban el inmenso escudo del cielo. Escuchó el canto de las aves marinas y el confuso rugido del océano y deseó desesperadamente pensar en alguna

alternativa a convertirse en camarero. O en alguna alternativa a convertirse, una vez más, en un investigador de la muerte.

Por fin se dio la vuelta y siguió a Susanne en dirección de las dunas, el hotel de su hermano y el restaurante que estaba más allá.

La isla de Sylt, en Frisia del Norte, se extiende casi paralela a la costa en el punto en que el istmo de Alemania pasa a ser Dinamarca. En la actualidad, Sylt está conectada al continente por una delgada franja hecha por el hombre, el Hindenburgdamm, sobre la que una línea ferroviaria traslada a los ricos y famosos de Alemania a la zona del país preferida para pasar las vacaciones. La isla también cuenta con un aeropuerto regional y un servicio regular de ferry que va y viene del continente. En el verano, los estrechos caminos y las aldeas tradicionales de Sylt se llenan de relucientes Mercedes y Porsches.

En parte como referencia al hecho de que, originalmente, el hotel había sido una granja, Lex, el hermano mayor de Fabel, solía describir a esos acomodados inmigrantes de temporada como su «rebaño de verano». Ya hacía veinticinco años que Lex regentaba ese pequeño hotel y restaurante en List, en el extremo septentrional de Sylt. La combinación de su indiscutible talento como cocinero y la vista desde el restaurante de una delgada franja de arena dorada y mar garantizaba un flujo constante de huéspedes y comensales durante toda la temporada. En sus orígenes, el hotel había sido una tradicional granja frisona, y había conservado su fachada de *Fachwerk*, madera de roble, y su aspecto de solidez, con sus amplios techos que la protegían de los vientos del Mar del Norte. Lex había añadido un anexo que rodeaba dos lados de la construcción original, donde había instalado el restaurante. El hotel disponía de apenas siete habitaciones para huéspedes, que siempre estaban reservadas con meses de anticipación; pero Lex también tenía unas suites separadas, metidas entre los techos bajos y las amplias maderas, bajo las vigas de la antigua granja, que jamás alquilaba. Guardaba esas habitaciones para que las utilizaran sus parientes y amigos. Mayormente, las conservaba libres para cuando su hermano venía a pasar algunos días.

Fabel y Susanne bajaron a cenar cerca de las ocho. El restaurante ya estaba lleno de comensales elegantes y con aspecto de tener una buena posición económica, pero, como había hecho durante toda su estadía, Lex había reservado una de las mejores mesas para Fabel y Susanne, junto al gran ventanal. Susanne se había puesto un vestido negro sin mangas y había recogido su largo pelo color cuervo encima de la cabeza, dejando al descubierto su cuello elegante y delgado. El vestido se ajustaba a su figura y terminaba a una altura adecuada, justo encima de sus rodillas, para exhibir sus torneadas piernas, pero lo bastante bajo como para que pareciera discreto y de buen gusto. Fabel era muy consciente de la belleza de Susanne, como lo fue de las cabezas masculinas que giraron en su dirección cuando entraron. Llevaban más de un

año de relación y ya habían dejado atrás las difíciles etapas del descubrimiento mutuo; eran una pareja establecida, lo que daba a Fabel una sensación de seguridad y comodidad. Y cuando Gabi, su hija, pasaba unos días con ellos, él, por primera vez desde la disolución de su matrimonio con Renate, sentía que era parte de una familia.

Boris, el checo que era jefe de camareros de Lex, los guió hacia su mesa. El sol, que estaba bajo en el horizonte, había repintado con tonos más dorados las franjas de arena, mar y cielo que llenaban el panorámico ventanal. Una vez se sentaron, Boris les preguntó en alemán con un agradable acento si querían beber algo antes de cenar. Pidieron vino blanco y Susanne inició su típico ritual en los restaurantes, que consistía en acomodarse en la silla y observar a los otros comensales. Al parecer, alguien que estaba por encima del hombro de Fabel le llamó la atención.

—¿Aquél no es Bertholdt Müller-Voigt, el político? —dijo Susanne. Fabel comenzó a volverse y ella le puso una mano en el antebrazo y se lo apretó—. Por el amor de Dios, Jan, no seas tan obvio. Para ser policía, tu talento para la vigilancia apesta.

Él sonrió.

—Eso podría explicar mi triste historial de condenas...

Volvió a girarse, esta vez fingiendo, de una manera deliberadamente torpe, que estaba abarcando todo el restaurante. Detrás de él, a su izquierda, había un hombre de unos cincuenta años con muy buen aspecto que llevaba una chaqueta oscura y un jersey de cuello vuelto, prendas ambas que poseían ese artificial aire informal de una marca de diseño muy cara. El pelo del hombre, cuyas entradas marcaban el inicio de una calvicie, estaba peinado con fuerza hacia atrás y algunas manchas grises moteaban su barba cuidadosamente recortada. Tenía la estudiada apariencia bohemia de un exitoso director cinematográfico, músico, escritor o escultor. Sin embargo, Fabel lo reconoció como alguien cuyo arte consistía en la polémica política. La mujer delgada y rubia que estaba sentada con él tenía fácilmente veinte años menos. Se movía con desenvoltura e irradiaba una elegante e insolente sexualidad. Sus ojos se cruzaron con los de Fabel durante un momento. Él se volvió hacia Susanne.

—Tienes razón. Es Müller-Voigt. Estoy seguro de que Lex estará encantado de enterarse de que su restaurante es lo bastante *chic* como para atraer a los niños mimados de la izquierda ecologista.

—¿Quién es la mujer que está con él?

Fabel sonrió alegremente.

—No lo sé, pero no cabe duda de que es ecológicamente correcta.

Susanne inclinó la cabeza ligeramente a un lado, una pose de concentración que, para Fabel, era exclusiva de ella.

—En serio, creo que la he visto antes. Es difícil mantenerse al día con las conquistas sexuales de ese tipo. Parece disfrutar de los titulares que genera en la prensa amarilla.

—Bueno, no parece estar tan entusiasmado con los titulares que Fischmann ha generado acerca de él... —Fabel se refería a Ingrid Fischmann, la periodista que se había empeñado en sacar a la luz a los políticos y celebridades que habían coqueteado con el extremismo o el terrorismo izquierdista durante los años setenta y ochenta.

—¿Crees que eso es cierto, Jan? —Susanne se inclinó hacia delante, en una actitud casi conspiratoria—. Me refiero a que él estaba conectado con el caso Wiedler...

—No lo sé... Hay muchas especulaciones y datos circunstanciales. Pero nada que pudiera servir, ni siquiera remotamente, para presentar una acusación, en lo que respecta a la Polizei de Hamburgo.

—¿Pero?

Fabel torció la cara, como si estuviera tratando de sopesar lo imponderable.

—Pero quién sabe lo que la BKA tiene sobre él. —Fabel se refería a la Bundeskriminalamt, la Oficina Federal del Crimen. Había leído el artículo sobre Müller-Voigt que había escrito Fischmann, en el cual la periodista analizaba el secuestro y posterior asesinato en 1977 del acomodado industrial de Hamburgo Thorsten Wiedler. El empresario ordenó a su chófer que parara en la carretera ante lo que aparentaba ser un grave accidente. En realidad, el accidente había sido fingido por miembros de la notoria pandilla terrorista de Franz Mülhaus, un hombre de triste fama conocido como Franz *el Rojo*. El violento grupo que éste dirigía era tan nebuloso como la ideología que lo sustentaba, y Mülhaus era el único de sus miembros al que había podido encontrarse.

El grupo de Franz *el Rojo* disparó al chófer de Wiedler, metió al industrial en la parte trasera de una furgoneta y marchó. El chófer sobrevivió a sus heridas por muy poco. Wiedler, sin embargo, no sobreviviría a su cautiverio. Lo que había ocurrido exactamente con él seguía siendo un misterio. La última imagen que se conocía de Wiedler era su cara llena de hematomas y blanqueada por la luz del flash de la cámara sobre un periódico que sostenía entre sus manos y en el que se veía la fecha; en esa fotografía, que sus captores habían enviado a su familia y a los medios, la expresión de su cara era sombría. Se anunció que el industrial había sido «ejecutado», pero, a diferencia de otras víctimas del terrorismo, no habían dejado el cuerpo en ningún lugar en el que pudiera encontrarse. De esa manera, habían conseguido arrojar sombras sobre la fecha de la muerte de Wiedler y habían eliminado cualquier posibilidad de examinar su cadáver en busca de evidencias forenses. A pesar de cientos de detenciones, y del hecho de que todos sabían que el grupo de Mülhaus estaba detrás del secuestro, no se había condenado a nadie por el homicidio.

En su artículo, la periodista Ingrid Fischmann daba mucha importancia al hecho de que Bertholdt Müller-Voigt, que en aquella época era una figura política mucho más radical, había sido detenido e interrogado por la policía durante cuarenta y ocho horas. La verdad era que se había investigado a casi todos los activistas políticos en la

desesperada búsqueda de Wiedler. Ingrid Fischmann, sin embargo, destacaba el hecho de que, si bien no se sabía nada de los otros miembros del grupo terrorista que había participado, había pruebas que sugerían que quien conducía la furgoneta en la que habían secuestrado a Wiedler se había convertido en una importante figura pública. Ella dejaba en manos de sus lectores la posibilidad de deducir que aquel chófer había sido Müller-Voigt, sin hacer ninguna acusación directa que le permitiera a él demandarla.

Fabel se volvió nuevamente para mirar al hombre pequeño y de aspecto bohemio con su sensual acompañante rubia. Estaban conversando sin mirarse, con expresiones huecas, como si se limitaran a llenar el silencio entre cada bocado con sus palabras. Müller-Voigt no parecía un probable sospechoso de terrorismo, pero su ideología política había sido extremista. En los años setenta y ochenta había frecuentado a Daniel Cohn-Bendit, Joschka Fischer y otros notables izquierdistas y verdes. En la actualidad su ideario político era difícil de definir. A pesar de la confusa ideología de sus propuestas, se las había arreglado para llegar al Senado de Hamburgo y era el Umweltsenator, el senador de Medio Ambiente del gobierno estatal de Hamburgo, cuyo jefe era el Erster Bürgermeister Hans Schreiber.

—En cualquier caso —concluyó Fabel—. Lo más probable es que jamás sepamos qué grado de participación tuvo en aquel suceso, si es que lo tuvo.

Boris regresó y apuntó su pedido. Durante el resto de la cena, mantuvieron esa charla frívola y ligeramente melancólica de una pareja al final de unas vacaciones que habían disfrutado mucho. Mientras comían y conversaban, el sol se derretía lentamente en el mar, derramando su color en el agua. Se tomaron su tiempo con la comida y los otros comensales empezaron a abandonar el restaurante, hasta que sólo quedó un puñado de mesas ocupadas y el murmullo de las conversaciones se hizo más suave. Cuando llegó el café, Lex, el hermano de Fabel, salió de la cocina y se acercó a la mesa. Su rostro estaba lleno de arrugas; tenía el aspecto de alguien que se había pasado la vida sonriendo. La madre de Fabel era escocesa, pero todos sus genes celtas parecían haberse concentrado en su hermano. Lex era mayor que Fabel, pero parecía el menor de los dos en espíritu. Siempre había sido Fabel, el más sensato, quien había sacado a su hermano mayor de apuros en Norddeich, donde habían pasado su infancia. En aquel entonces, la inmadurez de Lex había irritado a Fabel. Ahora la envidiaba. Lex seguía con su delantal de cocinero y sus pantalones a cuadros, y aunque sus bondadosos rasgos se abrieron en su habitual sonrisa, sus movimientos parecían cansados.

—¿Una noche larga? —le preguntó Fabel.

—Todas las noches son así —dijo Lex, acercando una silla—. Y la temporada apenas acaba de empezar.

—Bueno, ha sido una cena verdaderamente maravillosa, Lex —dijo Susanne—. Como siempre.

Lex se inclinó, levantó la mano de Susanne y se la besó.

—Eres una dama muy inteligente y con mucho criterio, Susanne. Y por eso me resulta mucho más difícil entender por qué te has quedado con el hermano equivocado.

Susanne sonrió ampliamente y estaba a punto de decir algo cuando el sonido de unas voces alzadas atrajo la atención de los tres hacia la mesa que estaba en un rincón. La acompañante de Müller-Voigt se levantó de pronto, tirando la silla hacia atrás, y arrojó su servilleta sobre el plato de postre. Siseó a Müller-Voigt, que seguía sentado, algo que ellos no pudieron descifrar, y salió del restaurante. Müller-Voigt se limitó a contemplar su plato, como si pudiera averiguar allí qué tenía que hacer a continuación. Le hizo un gesto a Boris con su tarjeta de crédito, pagó sin fijarse en la cuenta y salió del restaurante sin mirar a ninguno de los otros comensales.

—Tal vez tuviera algo que ver con su posición sobre los gases invernadero —dijo Fabel con una sonrisa.

—Ha venido aquí unas cuantas veces en el último mes —intervino Lex—. Al parecer tiene una casa en la isla. No sé quién es la chica, pero no siempre está con él. Y no da la impresión de que vaya a regresar.

Susanne contempló el umbral a través del cual se habían marchado primero la mujer y después Müller-Voigt, y luego meneó la cabeza como si tratara de sacudirse el pensamiento que la rondaba.

—Estoy casi segura de haberla visto antes en alguna parte. —Bebió un sorbo de café—. Pero no puedo, por mucho que lo intente, recordar dónde fue.

Jueves 18 de agosto de 2005, la noche del primer asesinato

22.15 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

El secreto era pasar desapercibido.

Él sabía cómo funcionaban estas cosas: cómo una mirada insignificante en el coche de alguien que pasaba por ahí, aparentemente olvidada en un instante, podía ser resucitada por un investigador una semana o un mes más tarde y ensamblada junto a otra docena de gestos minúsculos y sin consecuencia alguna que llevarían a la policía directamente hacia él. Tenía que reducir su presencia en la escena de su crimen, en las zonas más próximas, en el área.

De modo que se quedó sentado, inmóvil, en la oscuridad y el silencio, esperando el momento de la convergencia.

Schanzenviertel es una zona de Hamburgo conocida por su energía; incluso a esa hora, un jueves por la noche, había bastante actividad. Sin embargo, esa estrecha calle lateral estaba tranquila y llena de coches. Era un riesgo usar su propio vehículo, pero un riesgo calculado; se trataba de un Volkswagen Polo oscuro lo bastante anónimo como para perderse sin llamar la atención entre todos los otros coches aparcados. Nadie notaría su coche, pero el peligro era que notaran su presencia en su interior. Esperando.

Poco antes había encendido la radio y había dejado que la cháchara lo envolviera. Había estado demasiado ensimismado como para prestar atención; su mente estaba demasiado llena con la cruda energía de la anticipación para que los informes de las campañas de los distintos candidatos a la Cancillería estimularan el desprecio que por lo general le provocaban. Luego, cuando se acercó el momento y su boca se puso seca y el pulso se hizo más veloz, apagó la radio.

Ahora estaba sentado en la oscuridad y el silencio, reprimiendo las emociones que surgían como grandes olas desde lo más profundo de su ser. Tenía que estar en el momento mismo, cerrarse a todo lo demás y concentrarse. Ser disciplinado. Los japoneses tenían una palabra para eso: *zanshin*. Él debía alcanzar su *zanshin*: ese estado de paz y relajación, de una falta absoluta de temor ante el peligro o los desafíos, que permitía que el cuerpo y la mente actuaran con una mortal precisión y eficiencia. Aun así, era imposible negar la sensación de un destino monumental a punto de cumplirse. No sólo su vida entera había sido una preparación para ese

momento: más de una vida se había dedicado a ponerlo a él en ese lugar y en ese momento. El punto de convergencia estaba cerca. A pocos segundos.

Depositó cuidadosamente el estuche de terciopelo en el asiento contiguo. Echó una mirada hacia un lado y otro de la calle antes de desatar la cinta que lo cerraba y desenrollar el estuche. La hoja resplandeció, brillante y dura, aguda y hermosa a la luz de la calle. Imaginó su entusiasta filo partiendo la carne, separándola del hueso. Con este instrumento acallaría sus voces traicioneras, usaría esa hoja para crear un reluciente silencio.

Hubo un movimiento.

Dio la vuelta al terciopelo azul oscuro para ocultar aquella hermosa hoja. Puso las manos sobre el volante y miró hacia delante cuando la bicicleta pasó junto al coche. Observó cómo el ciclista pasaba una pierna por encima de la bicicleta, que aún seguía en movimiento, antes de bajarse con un trote. El ciclista quitó la cadena y el candado del soporte de la bicicleta y la empujó al pasaje que estaba a un costado del edificio.

Él se rió en silencio cuando observó el pequeño ritual de seguridad del ciclista. «No es necesario —pensó—. Déjala para que alguien te la robe. No volverás a precisarla en esta vida».

El ciclista salió del pasaje, sacó las llaves del bolsillo y entró en el apartamento.

En la oscuridad del coche, él cubrió sus manos con el látex de un par de guantes quirúrgicos. Buscó en la parte de atrás y recogió la bolsa de artículos de tocador del asiento trasero y la puso junto al estuche de terciopelo.

Convergencia.

Sintió que una gran calma descendía sobre él. *Zanshin*. Ahora se haría justicia. Ahora comenzaría la matanza.

Viernes 19 de agosto de 2005, el día después del primer asesinato

8.57 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

Ella se detuvo un momento y alzó la mirada al cielo, entrecerrando los ojos para protegerlos del sol matinal que brillaba con tanto optimismo sobre el Schanzenviertel. Era su primera cita del día. Miró su reloj y se permitió una pequeña y tensa sonrisa de satisfacción. 8:57 de la mañana. Tres minutos antes.

Sobre todas las cosas, Kristina Dreyer se enorgullecía de no llegar tarde jamás. Así como con muchos otros aspectos de su vida, Kristina era obsesiva con su puntualidad. Era parte de su reinención de sí misma, de cómo definía la persona en la que se había convertido. Kristina Dreyer había conocido el Caos; lo había conocido de una manera que la mayoría de la gente ni siquiera podía imaginar. El Caos la había tragado. La había despojado de su dignidad, de su juventud y, más que nada, le había arrancado cualquier sensación de control sobre su propia vida que ella pudiera haber tenido.

Pero había vuelto a ponerse a cargo de la situación. Si anteriormente su vida había sido pura anarquía y confusión, ahora estaba caracterizada por una regulación absoluta de cada día. Kristina Dreyer llevaba su vida con una exactitud sin concesiones. En su vida todo era simple, limpio y ordenado: su ropa, incluyendo su ropa de trabajo; su pequeño y prístino apartamento; su Volkswagen Golf con las palabras «Limpieza Dreyer» en los paneles de las puertas; y su vida que, como su apartamento, había decidido no compartir con nadie.

La exactitud inflexible de Kristina era especialmente notoria en su trabajo. Ella era excelente en lo que hacía. Había formado una lista de clientes a lo largo de Eimsbüttel que le ocupaba toda la semana, y cada uno de sus empleadores confiaba en ella por su meticulosidad y su honradez. Y, más que nada, confiaban en ella porque era absolutamente formal.

Kristina limpiaba bien. Limpiaba apartamentos, limpiaba casas. Limpiaba hogares grandes y pequeños, para jóvenes y para viejos, alemanes y extranjeros. Encaraba cada hogar, cada tarea, de la misma manera escrupulosa y metódica. No se le escapaba ningún detalle. No tomaba ningún atajo.

Tenía treinta y seis años, pero parecía considerablemente mayor. Era de baja estatura y bastante delgada. En una época de su vida, menos de una docena de años antes, pero toda una vida atrás, sus rasgos habían sido finos y delicados. Ahora sólo

daba la impresión de que su piel estaba demasiado tirante sobre la angulosa estructura de su cráneo. Sus pómulos altos y angulosos asomaban agresivamente de la cara y la piel que se tensaba a su alrededor estaba un poco enrojecida y rugosa. Su nariz era pequeña pero, también en esa zona, justo debajo de la protuberancia, los huesos y cartílagos parecían protestar por su encierro e insinuaban una antigua fractura.

Tres minutos antes. Su sonrisa se desvaneció. Llegar demasiado temprano era casi tan malo como llegar demasiado tarde. Su cliente jamás se enteraría: Herr Hauser ya estaría en el trabajo. Pero la puntualidad de Kristina significaba que el orden de su propio universo estaba a salvo, que ningún hecho azaroso penetraría en él y se extendería como un cáncer hasta transformarse en un caos que amenazara su cordura y su vida. Como había ocurrido antes.

Giró la llave y abrió la puerta, empujándola con la espalda, mientras metía la aspiradora en el vestíbulo.

Tal y como Kristina lo veía, ella se había dado a luz a sí misma. No tenía hijos — ni ningún hombre para tenerlos—, pero se había creado de nuevo, se había dado una nueva vida y había dejado atrás todo lo que había ocurrido. «No dejes que tu historia defina quién eres ni quién puedes llegar a ser», le había dicho alguien una vez cuando estuvo en su punto más bajo. Había sido un momento decisivo. Todo había cambiado. Todo lo que había sido parte de aquella antigua vida, aquella vida oscura, había sido abandonado. Tirado. Olvidado.

Pero en el momento en que Kristina Dreyer estaba a punto de atravesar el umbral del apartamento que tenía que limpiar aquella luminosa mañana de viernes, la historia salió de su antigua vida y la cogió de la garganta en un apretón inflexible.

Ese olor. El hedor denso, nauseabundo y cobrizo de la sangre rancia flotando en el aire. Lo reconoció de inmediato y comenzó a temblar.

La muerte estaba allí.

9.00 H, EPPENDORF, HAMBURGO

Su angustia estaba oculta en lo profundo de su ser. Para un observador casual, no había nada en su compostura que insinuara cualquier otra cosa que seguridad y una absoluta confianza en sí misma. Pero el doctor Minks no era un observador casual.

Su primer paciente del día era Maria Klee, una mujer joven y elegante de alrededor de treinta años. Era muy atractiva; tenía el pelo rubio y peinado hacia atrás, dejando al descubierto una frente ancha y pálida; su rostro era un poco largo y la nariz parecía estirada una fracción de centímetro hacia abajo, lo que volvía su cara un poco demasiado estrecha y, por lo tanto, la alejaba de ser una belleza perfecta.

Estaba ubicada al otro lado de la mesa del doctor Minks, cruzando las piernas, delgadas y cubiertas por un pantalón caro, mientras sus dedos de uñas perfectas descansaban sobre las rodillas. Estaba sentada con la espalda recta, perfectamente compuesta, alerta pero relajada. Sus ojos azul grisáceo contemplaban al psicólogo

con una mirada firme, segura pero no desafiante. Una mirada que parecía decir que estaba esperando que le formularan una pregunta o que le expusieran una proposición, pero que ella no tenía ningún reparo a esperar, paciente y cortésmente, a que el doctor hablara.

Por el momento, él no lo hacía. El doctor Friedrich Minks se tomó su tiempo mientras examinaba las notas sobre la paciente. Era un hombre de una indeterminada mediana edad; de baja estatura, regordete, con una piel apagada y un pelo negro que ya estaba raleando; sus ojos eran oscuros y blandos detrás de los cristales de sus gafas. En contraste con su desenvuelta paciente, Minks daba la impresión de que había caído sobre la silla y que el impacto lo había arrugado aún más dentro de su traje, ya bastante desarrapado de por sí. Alzó la mirada y contempló la cuidadosa imagen de seguridad que ella construía con su lenguaje corporal. Casi treinta años de experiencia como psicólogo le permitieron descubrir la farsa casi de inmediato.

—Usted es muy severa consigo misma. —El acento suabiano de la infancia, que el doctor Minks había abandonado hacía mucho tiempo, todavía se le filtraba al pronunciar las vocales—. Y tengo que decirle que eso es parte de su problema. Lo sabe, ¿verdad?

Los tranquilos ojos grises de Maria Klee no se movieron ni un milímetro, pero ella se encogió de hombros ligeramente.

—¿A qué se refiere, Herr Doktor?

—Sabe exactamente a qué me refiero. Usted no se permite tener miedo. Es todo parte de esas defensas que ha construido a su alrededor. —Se inclinó hacia delante—. El miedo es natural, y después de todo lo que le ha ocurrido, es más que natural... Es una parte esencial del proceso de curación. Así como sintió dolor mientras su cuerpo se curaba, tiene que sentir miedo para que su mente pueda curarse.

—Sólo quiero seguir con mi vida, doctor Minks. Sin que todas estas tonterías se interpongan.

—No son tonterías. Es una etapa de la recuperación postraumática que debe atravesar. Pero como usted ve el temor como un fracaso y lucha contra sus reacciones naturales, esta etapa de recuperación se hace mucho más larga... y me preocupa que se estire indefinidamente. Y ésa es la razón de todos los ataques de pánico que está sufriendo. Usted ha sublimado y reprimido su miedo y su horror natural por lo que le sucedió hasta que éstos salieron a la superficie de esta forma distorsionada.

—Se equivoca —dijo ella—. Nunca traté de negar lo que me ocurrió. Lo que... lo que él me hizo.

—Eso no es lo que he dicho. No es el acontecimiento mismo lo que usted niega. Está negándose el derecho de experimentar el miedo, el horror, o incluso su furia ante lo que este hombre le hizo. O ante el hecho de que él aún no ha pagado por sus acciones.

—No tengo tiempo para compadecerme de mí misma.

Minks meneó la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver con la autocompasión. Esto tiene todo que ver con el estrés postraumático y con el proceso natural de curación. De resolución. Hasta que usted resuelva este conflicto en su interior, jamás será capaz de conectarse adecuadamente con el mundo que la rodea, con la gente.

—Yo trato con gente todos los días. —Un brillo de desafío apareció en los ojos grises azulados de la paciente—. ¿Está diciendo que estoy poniendo en riesgo mi eficiencia?

—Tal vez no ahora mismo... pero si no empezamos a dejar descansar a los fantasmas, esto, finalmente, se manifestará en su conducta profesional. —Minks hizo una pausa—. Por lo que me ha dicho, usted está mostrando cada vez más señales de afenfosfobia. Considerando la clase de tarea que usted realiza, yo pensaría que eso podría presentar dificultades significativas. ¿Lo ha hablado con sus superiores?

—Como sabe, ellos me mandaron a hacer una terapia física y psicológica. —Movi6 la cabeza hacia atr6s ligeramente y un filo defensivo apareci6 en su voz—. Pero no. No he discutido estos... problemas actuales con ellos.

—Bueno —dijo el doctor Minks—, usted sabe lo que pienso al respecto. Creo que sus jefes deberían conocer las dificultades que est6 atravesando. —Hizo una pausa—. Ha mencionado a un hombre con quien comenz6 una relaci6n. ¿C6mo va eso?

—Bien... —La voz de Maria perdi6 su tono de desafió y parte de la tensa energía de sus hombros pareci6 desaparecer—. Le tengo mucho cari6o. Y él a mí. Pero no hemos... no hemos podido llegar a tener intimidad, a6n.

—¿Se refiere a que no tienen contacto f6sico... a que no se abrazan ni se besan? ¿O se refiere al sexo?

—Me refiero al sexo. Y a todo lo que se le acerca. Sí nos tocamos. Sí nos besamos... pero en ese momento yo empiezo a sentir... —Apret6 los hombros, como si su cuerpo estuviera comprimido en un espacio peque6o—. En ese momento aparecen los ataques de pánico.

—¿Él entiende por qué usted se aparta de él?

—Un poco. No es f6cil para un hombre, o para nadie, sentir que su roce, su proximidad, es repelente. Se lo he explicado en parte y él ha prometido que guardaría el secreto. Yo sabía que lo haría, de todas maneras. Pero sí lo entiende. Sabe que vengo a verlo a usted... bueno, no a usted específicamente... Sabe que estoy viendo a alguien por mi problema.

—Bien. —Minks volvi6 a sonreír—. ¿Y los sue6os? ¿Ha tenido alguno m6s?

Ella asinti6. Sus defensas comenzaban a desmoronarse y su postura se había encorvado un poco m6s. Seguía con las manos sobre las rodillas, pero sus perfectas u6as estaban retorciendo una peque6a parte de la tela de su caro pantal6n hecho a medida.

—¿El mismo? —pregunt6 Minks.

—Sí.

El doctor Minks se inclinó hacia delante en la silla.

—Necesitamos regresar allí. Necesito visitar su sueño con usted. Lo entiende, ¿verdad?

—¿Otra vez?

—Sí —dijo Minks—. Otra vez. —Le hizo el gesto de que se relajara en su asiento—. Vamos a volver a su sueño. Al momento en que vuelve a ver a su atacante. Voy a empezar a contar, ahora. Regresamos, Maria... uno... dos... tres...

9.00 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

Kristina dejó la puerta abierta, apoyando la aspiradora y la bandeja con los elementos de limpieza contra las bisagras de la misma, para dejar libre una ruta de escape. Sus antiguos instintos comenzaron a subir desde un lugar muy profundo de su interior, despertados por el aroma de la muerte reciente en el aire. Cobró conciencia del ruido de un movimiento rítmico y veloz y se dio cuenta de que era el sonido de su pulso en los oídos. Se agachó y recogió un limpiador en aerosol de la bandeja y lo aferró con fuerza en su temblorosa mano, como un arma.

—¿Herr Hauser? —gritó en el vestíbulo, hacia las silenciosas habitaciones que estaban al otro lado. Se esforzó por captar algún sonido, algún movimiento, alguna señal de que hubiera algo vivo en ese apartamento. Dio un salto cuando un coche pasó por la calle, afuera, y la percusión de una estrepitosa música de baile americana se sincronizó con la pulsación de la sangre que inundaba sus oídos. El apartamento siguió en silencio.

Avanzó lentamente por el vestíbulo hacia la sala, sosteniendo el detergente en una mano con vacilación, mientras la otra le proporcionaba un apoyo inseguro e iba recorriendo con el tacto las librerías que cubrían la pared del pasillo. Al hacerlo, Kristina no pudo evitar que sus temblorosos dedos registraran una insinuación de polvo en un anaquel, al que habría que dedicarle una atención especial.

Sintió que su nerviosismo disminuía cuando entró en la luminosa sala y no encontró nada impropio, salvo por el hecho de que Herr Hauser la había dejado especialmente desordenada: una botella de whisky y un vaso medio vacío reposaban sobre la mesa junto al sillón; había libros y revistas esparcidos sobre el sofá. Kristina siempre se preguntaba cómo alguien tan preocupado por el ambiente en general podía ser tan descuidado en su ámbito personal. La asidua limpiadora de los hogares de otras personas barrió la sala con la mirada, registrando y organizando mentalmente el trabajo que habría que realizar. Pero una Kristina anterior, una Kristina en tiempo pasado, le gritó desde lo más profundo de su interior que allí había muerte; su olor a mortaja flotaba en el aire viciado del apartamento.

Regresó al vestíbulo. Se detuvo de pronto, como si la energía necesaria para el más mínimo movimiento tuviera que ser desviada hacia su oído. Un sonido. Del dormitorio. Un tamborileo. Avanzó hacia la puerta del aposento. Volvió a decir «Herr

Hauser» en voz alta e hizo una pausa. Ninguna respuesta, excepto ese ominoso sonido de la habitación. Aferró con más fuerza el frasco de detergente y abrió la puerta con tanta violencia que ésta chocó contra la pared, regresó y se cerró con un golpe en su cara. Volvió a empujarla, esta vez con más cuidado. El dormitorio era grande y luminoso, con paredes totalmente blancas y un pulido suelo de madera. La ventana estaba un poco abierta y una brisa agitaba las barras verticales de la persiana, que golpeaban rítmicamente contra la ventana. Kristina soltó el aliento que no sabía que estaba conteniendo con una risita que era al mismo tiempo un suspiro de alivio. Pero la angustia no la abandonó del todo, y la hizo regresar al vestíbulo.

El vestíbulo tenía forma de L. Kristina avanzó con un poco más de seguridad y llegó al punto en que había un giro a la derecha que daba a un segundo dormitorio y al cuarto de baño. Cuando dio la vuelta a la esquina, notó que la puerta del segundo dormitorio estaba abierta y dejaba pasar la brillante luz solar de las ventanas sobre la puerta del baño, que estaba cerrada. Kristina se quedó paralizada.

Había algo clavado a la puerta del baño. Sintió una nauseabunda oleada de terror. Era una especie de piel de animal, aunque Kristina no pudo deducir de qué clase. La piel estaba mojada y manchada con algo de un fuerte color rojo. Daba la impresión de que la habían arrancado poco tiempo antes y aún había sangre corriendo por la superficie blanca de la puerta.

Avanzó muy lentamente hacia la puerta y contempló la piel, tratando de darle algún sentido. Su mano se estiró, como si fuera a tocarla, y sus dedos se detuvieron justo antes de llegar al cuero brillante y rojo.

El tiempo que su cerebro tardó en asimilar lo que sus ojos estaban viendo y en darle sentido fue demasiado corto como para medirlo. Un pensamiento simple, una simple declaración de hechos que penetró como un cuchillo en Kristina e hizo trizas en un instante su mundo ordenado. Oyó un alarido inhumano de terror que reverberó en las paredes del vestíbulo y salió tropezando por la puerta de la casa, que aún seguía abierta. De alguna manera, mientras la frágil fibra del mundo de Kristina Dreyer se desgarraba, ella se dio cuenta de que el alarido era suyo.

Tanto terror, tantos recuerdos reprimidos durante tanto tiempo, regresando en una oleada. Todo a partir de una sola comprensión: lo que ella estaba mirando no era piel de animal.

9.10 H, EPPENDORF, HAMBURGO

Maria estaba en el centro del campo de su paisaje onírico. Como siempre ocurría en su sueño, la realidad aparecía exagerada. La luna que flotaba en el cielo era demasiado grande y brillante, como la luz de un escenario. El pasto que acariciaba sus piernas desnudas y que se arremolinaba en silencio siguiendo la orden de una brisa muda se movía de una forma demasiado sinuosa. No había sonidos. No había olores. Por el momento, el mundo de Maria se había reducido a dos sentidos: la vista

y la sensación. Miró al otro lado del campo. Una voz suave con una insinuación de acento suabiano interrumpió el silencio. Una voz que pertenecía a algún lugar que no era el mundo en el que ella se encontraba.

—¿Dónde estás ahora, Maria?

—Estoy allí. Estoy en el campo.

—¿Es el mismo campo y la misma noche? —preguntó la voz incorpórea del psicólogo.

—No... no. Quiero decir, sí... pero todo es diferente. Es más grande. Más ancho. Es como el mismo lugar pero en un universo diferente. Un momento diferente. —A lo lejos pudo ver un galeón, cuyas grandes velas blancas se agitaban de una manera imaginaria por un débil viento, mientras navegaba hacia Hamburgo. Parecía avanzar a través del pasto que se agitaba, en lugar de agua—. Veo un barco. Un velero muy antiguo. Se aleja de mí.

—¿Qué más?

Ella giró y miró en otra dirección. Un edificio roto, como un castillo en ruinas, aparecía pequeño y oscuro en el límite del campo, como si fuera el límite del mundo. Una luz fría y dura parecía brillar en una de las ventanas.

—Veo un castillo donde antes estaba al granero abandonado. Pero está muy lejos. Demasiado lejos.

—¿Tienes miedo?

—No. No, no tengo miedo.

—¿Qué otra cosa ves?

Ella se dio la vuelta y tuvo un pequeño sobresalto. Él había estado allí, detrás de ella, todo el tiempo. Y como ella había tenido ese mismo sueño tantas veces antes, ya sabía que él iba a estar allí, y sin embargo volvió a asustarse cuando se lo encontró cara a cara otra vez. Pero, como en todos los sueños anteriores, no sintió nada parecido a ese temor crudo y descarnado que su rostro le producía en los momentos de vigilia, cada vez que lo veía en una fotografía o cada vez que resurgía de una manera repentina e incontrolable del oscuro vestíbulo de la memoria donde ella trataba de mantenerlo encerrado.

Era alto, y sus pesados hombros estaban recubiertos por una exótica armadura y una capa negra. Se quitó su ornamentado casco. Su rostro estaba construido con agudos ángulos eslavos y poseía una belleza insensible. Sus ojos, de un color verde penetrante, luminoso y espantosamente frío, ardieron en los de ella. Él sonrió; su sonrisa fue la de un amante, pero los ojos siguieron fríos. Se acercó tanto que ella pudo sentir su aliento helado.

—Está aquí —dijo Maria, mirando a los ojos verdes pero hablándole a un doctor en otra dimensión.

—Estoy aquí —dijo el eslavo de cruel belleza.

—¿Tienes miedo? —La voz de Minks, la voz de otra dimensión, de pronto se volvió más apagada. Más lejana.

—Sí —respondió ella—. Ahora tengo miedo. Pero me gusta este miedo.

—¿Sientes alguna otra cosa además de miedo? —preguntó Minks, pero su voz se había desvanecido hasta tal punto que ella casi no pudo oírlo. Maria sintió que su temor se modificaba. Se agudizaba.

—Su voz se está apagando, doctor Minks —dijo ella—. Apenas puedo oírlo. ¿Por qué su voz está más apagada?

Minks respondió, pero su voz se había alejado demasiado y ella no pudo entender la respuesta.

—¿Por qué no puedo oírlo? —Había una nueva magnitud en su miedo. Ardía como un horno, fuerte y profundo—. ¿Por qué no puedo oírlo? —le gritó al cielo oscuro con esa luna demasiado grande.

Vasyl Vitrenko se inclinó hacia delante y movió la cabeza para besarla en la frente. Sus labios eran secos, fríos.

—Porque estás equivocada, Maria. —En su voz había un fuerte acento de Europa del Este—. El doctor Minks no está aquí. Ésta no es una de tus sesiones de hipnoterapia. Esto es real. —Buscó dentro de su capa negra, que se revolvía por el viento—. Esto no es ningún sueño. Y no hay nadie aquí excepto tú y yo. Solos.

Maria quiso gritar pero no pudo. En cambio, contempló, como si estuviera hipnotizada, el maligno brillo de la luna reflejado en el cuchillo largo y de hoja ancha de Vasyl Vitrenko.

9.10 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

Kristina nunca había visto un cuero cabelludo humano, pero supo con una certeza absoluta que eso era precisamente lo que estaba mirando. Al principio, el color del pelo le había impedido identificarlo como algo humano. Rojo. Un rojo antinatural.

Pero ya no había dudas en su mente de que se trataba del pelo de un hombre, un pelo húmedo y brillante. Y de la piel, un disco de piel grande y hecho jirones. Lo habían clavado a la puerta del baño con tres chinchetas. La parte superior estaba doblada y dejaba al descubierto la fruncida y sanguinolenta parte de abajo, donde habían cortado y arrancado la piel del cráneo. Se había formado una inmensa mancha roja y brillante en forma de Y que caía por la madera de la puerta.

Sangre.

Kristina sacudió la cabeza. No, otra vez no. Ya había visto demasiada sangre en su vida, ya estaba bien. Ahora no, justo cuando ella había recuperado su vida. Era muy injusto.

Volvió a inclinarse hacia delante y sintió que sus piernas se estremecían, como si les costara sostener el peso de su cuerpo. Sí, había sangre, pero demasiada como para ser sólo sangre. Y el rojo era demasiado intenso. El mismo rojo subido que aparecía en el pelo empapado y apelmazado.

Su pulso retumbó en sus oídos, en un ritmo que se incrementó cuando un pensamiento simple pero obvio le cruzó la cabeza. ¿De quién era ese pelo?

Kristina extendió sus temblorosos dedos y los presionó contra un área de la superficie de madera de la puerta que no estaba manchada con ese rojo refulgente.

—¿Herr Hauser...? —Su voz era aguda y trémula.

Empujó y abrió la puerta del baño.

9.12 H, EPPENDORF, HAMBURGO

Vitrenko sonrió a Maria. Cruzó el brazo alrededor de la espalda de ella y la acercó hacia él, como si estuvieran a punto de bailar. Ella pudo sentir la inflexible solidez de su cuerpo, apretado con fuerza contra el suyo.

—¿Me amas? —le preguntó él.

—Sí —respondió ella, y lo decía en serio. Su terror disminuyó. Él separó su cuerpo del de ella pero siguió agarrándolo con firmeza. Levantó el cuchillo y pasó su afilado borde por sus hombros y sus pechos y lo dejó quieto, con su punta fría y aguda presionando ligeramente el espacio blando justo debajo del esternón.

—¿Quieres que lo haga? —preguntó—. ¿Otra vez?

—Sí. Quiero que lo hagas otra vez. —Ella miró esos ojos verdes que seguían relampagueando con un brillo frío y cruel.

Se oyó el estallido de un trueno. Luego otro. Ella sintió que la presión de la punta del cuchillo sobre su abdomen se incrementaba, y el agudo dolor cuando la hoja penetró en su piel. Hubo dos fuertes truenos más y el mundo que la rodeaba se disolvió en la oscuridad.

Abrió los ojos y se encontró mirando al doctor Minks. Él tenía las manos juntas y hacia delante, como si hubiera estado aplaudiendo: el trueno que la había traído de regreso. Ella se enderezó y recorrió el despacho con la mirada, como si estuviera asegurándose de que había vuelto a la realidad.

—Me ha dejado fuera, Maria —dijo él—. No ha querido que estuviese allí.

—Él tomó el control —dijo ella, y tosió cuando se dio cuenta de que le temblaba la voz.

—No, no es cierto —dijo el doctor Minks—. Usted tomó el control. Él no existe en sus sueños, usted lo recrea. Usted controla sus palabras y sus acciones. Fue su voluntad la que decidió excluirme. —Hizo una pausa y volvió a desplomarse en la silla, examinando sus notas nuevamente, pero su ceño seguía fruncido—. ¿Vio las mismas edificaciones y los mismos motivos que antes?

—Sí. El galeón donde estaba la policía portuaria aquella noche y el castillo con el viejo granero. Lo que no entiendo es por qué todo es tan elaborado en el sueño. ¿Por qué él se ha puesto una armadura? ¿Y por qué todo parece haberse convertido en una especie de equivalente histórico?

—No lo sé. Podría deberse a que usted está tratando, en su mente, de ubicar todo lo que ocurrió aquella noche en el pasado... en un pasado lejano, casi como una vida anterior. ¿Usted siente que es la misma noche en que la apuñalaron?

—Sí y no. Es como la misma noche, pero en otra dimensión o universo o algo así. Como usted dice, es como si fuera en una época completamente diferente, también.

—Y, en esa situación, ¿usted deja que su atacante se le acerque? ¿Le permite un contacto personal íntimo?

—Eso es lo que nunca alcanzo a entender —dijo Maria—. ¿Por qué le dejo tocarme, cuando no puedo dejar que me toque nadie más?

—Porque él es el origen de su trauma. La fuente de su miedo. Sin este hombre, usted no tendría ningún estrés postraumático, ni afenfosfobia, ni ataques de pánico. —Minks cogió un grueso cuaderno encuadernado en cuero y comenzó a escribir en él. Arrancó una página y se la entregó a Maria—. Quiero que tome esto. Tengo la sensación de que la terapia sola será insuficiente para el largo camino que debemos recorrer.

—¿Drogas? —Maria no extendió la mano para coger la receta—. ¿Qué es?

—Propanolol, un betabloqueante. Lo mismo que le recetaría si tuviera presión alta. Es una dosis muy suave y quiero que tome sólo una tableta de ochenta miligramos en, bueno, en los días difíciles. Puede llegar a ciento sesenta miligramos si las cosas se ponen muy feas. Usted no padece de asma ni ningún problema respiratorio, ¿verdad?

Maria negó con un gesto.

—¿Para qué sirve?

—Es un inhibidor noradrenalínico. Restringe los químicos que genera su cuerpo cuando siente miedo. O ira. —Empujó la receta en dirección de Maria y ella la cogió.

—¿Afectará al desempeño de mi trabajo?

Minks sonrió y meneó la cabeza.

—No, no debería. A algunas personas las hace sentirse cansadas o aletargadas, pero no como si le diera Valium. Tal vez la haga un poco más lenta, pero no sentirá ningún otro efecto negativo. Y, como he dicho, sólo quiero que las tome cuando lo sienta realmente necesario.

El doctor Minks se puso de pie y le estrechó la mano a Maria. Ella notó que la palma del psicólogo era fresca y carnosa. Y bastante húmeda. Apartó su propia mano un poco demasiado rápido.

Después de confirmar la cita de la semana siguiente con la secretaria de Minks, Maria caminó hacia el ascensor. Al hacerlo, se detuvo para sacar dos cosas de su bolso. La primera era un pañuelo, con el que se limpió enérgicamente la mano que Minks le había estrechado. La segunda era su pistola reglamentaria, una Sig Sauer 9 mm automática, protegida en su funda con clip, que enganchó al cinturón antes de presionar el botón para llamar el ascensor.

Kristina Dreyer se quedó paralizada en el umbral del baño. Abrió la boca para gritar, pero su temor estranguló el sonido de su garganta. Durante cuatro años, dos veces a la semana, Kristina había limpiado el baño de Herr Hauser hasta que brillaba como un bisturí. Había cubierto cada superficie, barrido cada esquina, pulido cada grifo y cada accesorio. Era un espacio tan familiar para ella que podría haberlo recorrido con los ojos cerrados.

Pero ese día no. Ese día era un infierno desconocido.

El baño era grande y luminoso. Una ventana alta y sin cortina, cuya parte inferior tenía un panel de cristal esmerilado, daba al pequeño patio cuadrado que estaba detrás del apartamento. A esa hora de la mañana, cuando el ángulo del sol era el adecuado, el baño estaba inundado de luz. A algunos esa decoración les habría resultado demasiado clínica, pero no a Kristina, para quien nada podía ser demasiado limpio, demasiado estéril. Todo el cuarto estaba revestido de baldosas y azulejos de cerámica: grandes y de un pálido color celeste en el suelo; azulejos pequeños y de un blanco más luminoso en las paredes. Siempre había sido una delicia limpiar el baño de Herr Hauser porque la luz alcanzaba todos los rincones y las baldosas siempre reaccionaban al toque abstergente de Kristina con un brillo entusiasta.

Había una gran mancha de sangre, con forma de arco iris, trazando una curva en las baldosas celestes del suelo. En uno de sus extremos, Herr Hauser yacía desplomado donde lo habían dejado, entre el inodoro y un costado de la bañera. La sangre relucía contra el blanco resplandeciente de la porcelana de la taza del inodoro. Desde su posición al otro lado del baño, Hauser fulminó con la mirada a Kristina, con la boca muy abierta y una expresión que podría haber sido casi de sorpresa, si no fuera por la forma en que sus cejas cubrían sus ojos, frunciéndole el ceño en un gesto de desaprobación. Había silencio, interrumpido tan sólo por un grifo goteante que iba tatuando lentamente el esmalte de la bañera. Una vez más, algo borbotó y luchó por liberarse de la garganta cerrada de Kristina; algo entre un grito y una arcada.

La cara de Hauser estaba surcada de gotas de una sangre brillante y viscosa. Alguien le había cortado la frente en una línea, mayormente recta, pero irregular en algunos puntos, a unos cinco o seis centímetros encima de las cejas. Era un corte profundo. Hasta el hueso. Le rodeaba las sienes y pasaba por encima de las orejas. La piel, la carne y el pelo por encima del corte habían sido arrancados de la cabeza de Hauser y la cúpula ensangrentada del cráneo había quedado al descubierto. La cara llena de sangre de Hauser y el cráneo expuesto arriba miraron a Kristina como una horrible parodia de un huevo duro encajado con fuerza en una huevera. Había incluso más sangre empapando la camisa y los pantalones de Hauser. Kristina descubrió un segundo corte que le atravesaba la garganta y el cuello. Dejó caer el spray limpiador al suelo y apoyó el hombro contra la pared. De pronto sintió que toda la fuerza de sus piernas desaparecía y se deslizó hacia abajo, con la mejilla frotando contra el frío

beso de los azulejos de porcelana. Se desplomó en un rincón, junto a la puerta, imitando la postura de su cliente muerto. Comenzó a sollozar.

Había tanto para limpiar. Tanto para limpiar.

9.15 H, POLIZEIPRÄSIDIUM DE HAMBURGO. ALSTERDORF, HAMBURGO

La nueva jefatura de la policía de Hamburgo —el Polizeipräsidium— estaba situada al norte del parque municipal Winterhuder Stadtpark. Jan Fabel nunca tardaba mucho en cubrir en coche el trayecto entre su apartamento en Pöseldorf y Alsterdorf, pero acababa de terminar unas vacaciones de cuatro días. Apenas cuarenta y ocho horas antes, había estado junto a Susanne en la playa amplia y sinuosa de List, en la isla de Sylt del Mar del Norte. Cuarenta y ocho horas y toda una vida atrás.

Mientras conducía a través de las vetas de luz solar que bailaban entre los árboles del Stadtpark, Fabel sintió que no tenía ninguna prisa en volver a entrar en la realidad de su vida como jefe de la Mordkommission, la brigada de Homicidios. Pero cada noticia que sonaba en la radio de su coche parecía hundirse en él como plomo, anclándolo cada vez más a su mundo acostumbrado, al tiempo que el recuerdo de una larga franja de arena dorada bajo un cielo vasto y luminoso se alejaba de su mente.

Fabel captó el final de un informe sobre las próximas elecciones generales: la coalición conservadora CDU/CSU, dirigida por Angela Merkel, había aumentado su ya espectacular ventaja en las encuestas. Daba la impresión de que la apuesta del canciller Gerhard Schröder de celebrar elecciones anticipadas no daría resultado. Un comentarista analizaba el cambio de estilo y aspecto de Frau Merkel: al parecer había tomado a Hillary Clinton como modelo para su peinado. Fabel suspiró mientras escuchaba cómo los dirigentes de los distintos partidos se «posicionaban» de acuerdo al electorado; según pensaba, la política alemana ya no tenía nada que ver con firmes convicciones o ideales políticos, sino con individuos. Como había ocurrido antes con los británicos y los americanos, los alemanes estaban empezando a valorar más el estilo que la sustancia, más las personalidades que la ideología.

Mientras conducía a través del soleado parque, empezó a prestar atención cuando se produjo un enfrentamiento entre dos de esas personalidades. Hans Schreiber, el Erster Bürgermeister socialdemócrata de Hamburgo, estaba participando en un airado debate con Bertholdt Müller-Voigt, el Umweltsenator, ministro de Medio Ambiente de la ciudad, que era miembro del partido político Bündnis90-Die Grünen. Era el mismo hombre que Fabel y Susanne habían visto en el restaurante de Lex en Sylt. El SPD y los verdes eran parte de la coalición gobernante en Alemania, y el carácter político del gobierno municipal de Hamburgo también era rojiverde, pero en la conversación grabada no se notaba mucho que Müller-Voigt era, de hecho, un ministro nombrado por Schreiber. Las grietas preelectorales en las estructuras políticas alemanas comenzaban a hacerse evidentes. La animosidad entre ambos hombres durante el último mes estaban bien documentadas: Müller-Voigt se había

referido a la esposa de Schreiber, Karin, como Lady Macbeth, en referencia a las despiadadas ambiciones que ella albergaba para su marido: específicamente, que éste se convirtiera en el canciller federal de Alemania. Fabel conocía a Schreiber —lo conocía mejor de lo que a Schreiber le habría gustado— y no le resultaba difícil suponer que éste compartía plenamente las ambiciones de su esposa.

Fabel paró ante una luz roja en el Winterhuder Stadtpark. Contempló con actitud distraída a un ciclista vestido de lycra que cruzaba delante de él, luego se volvió y vio que el coche que se había detenido junto al suyo estaba conducido por una mujer de unos treinta años. Ella estaba regañando a los dos niños del asiento trasero por alguna que otra travesura, dirigiendo su ira a través del espejo retrovisor, moviendo la boca animadamente, con una furia enmudecida al otro lado de las ventanas cerradas del coche. Más atrás del coche de la madre enfadada, un trabajador de parques y jardines barría el sendero que corría entre unos árboles imponentes hacia la gran torre, que terminaba en una cúpula, de la Winterhuder Wasserturm.

El día a día de una ciudad. Vidas pequeñas con pequeñas preocupaciones sobre cosas pequeñas. Personas cuya actividad cotidiana no las obligaba a enfrentarse a la muerte.

El informativo pasó a dar las últimas noticias sobre Londres, donde unos atentados suicidas habían conmocionado la ciudad. Una segunda campaña de ataques había fallado, muy probablemente debido a detonadores deficientes. Fabel trató de tranquilizarse pensando que Hamburgo estaba muy lejos de esos problemas. Que era otra tierra. El terrorismo que había convulsionado a Alemania en los años setenta y los ochenta había pasado a la historia, más o menos para la misma época en que se había derribado el Muro. Pero en Alemania había un dicho sobre Hamburgo: «Si llueve en Londres, en Hamburgo abren el paraguas». Era un sentimiento que a Fabel, que tenía orígenes británicos, siempre le había gustado, que le había dado una sensación de pertenecer a un lugar; pero este día no le proporcionaba ninguna alegría. Hoy, no había ningún sitio donde uno pudiera considerarse a salvo.

Incluso en Hamburgo, el terrorismo y sus consecuencias invadían insidiosamente la vida cotidiana. El trayecto mismo entre el centro de Hamburgo y su apartamento en Pöseldorf se había modificado desde las atrocidades ocurridas en Estados Unidos el 11 de septiembre. El consulado americano estaba situado en la orilla del Alster y, después de los ataques, la calle que corría a lo largo de la orilla y que pasaba frente al consulado había quedado cerrada permanentemente, lo que significaba que Fabel había tenido que alterar el recorrido que seguía cada día desde que se había mudado a Pöseldorf.

El semáforo se puso verde y el conductor detrás de él hizo sonar la bocina, arrancando a Fabel de sus pensamientos. Giró en dirección al Polizeipräsidium.

La siguiente noticia en la radio se refería, irónicamente, a las protestas por el cierre del consulado general británico en Hamburgo, una sugerencia que irritaba a la ciudad más anglófila de Alemania y que además se enorgullecía de ser, después de

Nueva York, la ciudad con el mayor número de consulados del mundo. Pero la «Guerra contra el Terror» estaba modificando la forma en que los estados se relacionaban entre sí. Mientras Fabel dejaba el coche en el protegido aparcamiento del Polizeipräsidium, el futuro tomaba una forma sombría y vaga en su mente y oscurecía todavía más su ánimo postvacacional.

La jefatura de la policía de Hamburgo se había construido menos de cinco años antes y todavía tenía el aspecto de un edificio nuevo, como un abrigo recién comprado que todavía no ha adoptado la forma de quien lo usa. El concepto arquitectónico del Polizeipräsidium consistía en recrear la «Polizei Stern», la estrella policial, en forma de edificio, de modo que sus cinco pisos se extendían hacia los puntos cardinales desde un atrio circular sin techo.

La Mordkommission —la brigada de Homicidios de la policía de Hamburgo— estaba en el tercer piso. Cuando salió del ascensor, Fabel fue recibido por un hombre de pelo ralo, mediana edad y la complexión de un tronco de árbol. Llevaba un expediente metido bajo un brazo y un café en la mano libre. Sus pesados rasgos se deshicieron en una sonrisa cuando vio a Fabel.

—Hola, *chef*, ¿qué tal ha sido el descanso?

—Demasiado corto, Werner —dijo Fabel y le estrechó la mano al Kriminaloberkommissar Werner Meyer. Werner había trabajado junto a Fabel más tiempo y mucho más cerca que cualquier otro miembro de la Mordkommission. Su imponente presencia física en realidad no se correspondía para nada con su manera de encarar la tarea policial. Werner era metódico, en un grado casi obsesivo, para procesar las evidencias, y su atención a los detalles había sido un factor clave en la resolución de unos cuantos casos difíciles. También era un amigo íntimo de Fabel.

—Deberías haberte tomado otro día —dijo Werner—. Para hacer un puente con el fin de semana.

Fabel se encogió de hombros.

—Sólo me quedan unos pocos días de vacaciones y quiero tomarme otro puente en Sylt en un par de meses. Es el cumpleaños de mi hermano. —Los dos hombres avanzaron por el pasillo curvo que seguía, como todos los pasillos principales del Polizeipräsidium, el círculo del atrio central—. En cualquier caso, las cosas están bastante tranquilas últimamente. Eso me pone nervioso. Creo que es hora de que llegue un caso importante. ¿Qué ha ocurrido en mi ausencia?

—Nada lo bastante grande como para molestarte —dijo Werner—. Maria ató los cabos del caso de Olga X, y hubo un homicidio durante una revuelta en Sankt Pauli, pero, excepto eso, nada más. He organizado una reunión de equipo para informarte.

El equipo se reunió en la sala principal de la brigada de Homicidios justo antes del mediodía. Además de Fabel y Werner, estaba la Kriminalkommissarin Maria Klee, una mujer alta y elegante de unos treinta años. Su aspecto no era el que uno

relacionaría automáticamente con una agente de policía. Lucía un caro corte de pelo en su rubia cabellera y su discreto y elegante traje gris y blusa color crema la hacían parecer la abogada de una empresa importante. Maria compartía con Werner Meyer la segunda línea de mando después de Fabel. En el último año y medio, Werner y Maria habían comenzado a llevarse bien como colegas, pero sólo después de que el equipo casi la perdiera en la misma operación en la que había muerto otro de sus miembros.

Había dos agentes más jóvenes en la mesa cuando Fabel llegó. Los comisarios Anna Wolff y Henk Hermann eran, ambos, protegidos de Fabel. Él los había escogido porque tenían estilos y actitudes muy diferentes. Fabel tenía un sistema de dirección que consistía en juntar a personajes opuestos en el mismo equipo; mientras otros lo habrían considerado un riesgo de conflictos, él lo veía como la oportunidad de equilibrar cualidades complementarias. Anna y Henk todavía estaban buscando ese equilibrio; Paul Lindemann, el compañero anterior de Anna, había muerto asesinado. Y lo había hecho tratando de salvarle la vida a ella.

Anna Wolff parecía incluso menos una agente de policía que Maria Klee, pero de una manera completamente diferente. Tenía veintiocho años pero parecía más joven, y por lo general se vestía con tejanos y una chaqueta de cuero que le quedaba demasiado grande. Llevaba su pelo negro muy corto y puntiagudo, encima de su bonito rostro, y sus grandes ojos oscuros y carnosos labios siempre estaban realzados por un maquillaje oscuro y un lápiz pintalabios rojo como un camión de bomberos. Habría sido mucho más fácil imaginársela trabajando en una peluquería en lugar de como detective de Homicidios. Pero Anna Wolff era una mujer dura. Venía de una familia de supervivientes del Holocausto y había estado en el ejército israelí antes de regresar a su Hamburgo natal. De hecho, probablemente era el miembro más duro del equipo de Fabel: inteligente y ferozmente resuelta, pero impulsiva.

Henk Hermann, su compañero, no podría haber ofrecido un mayor contraste. Era un hombre alto y desgarbado con un cutis pálido y una perpetua expresión de entusiasmo. Así como Anna no podría haberse parecido menos a una agente de policía, Henk no podría haberse parecido más. Lo mismo podría haberse dicho sobre Paul Lindemann, y Fabel sabía que, en un principio, la semejanza física entre Henk y su predecesor fallecido había molestado a los otros miembros del equipo.

Fabel recorrió la mesa con la mirada. Siempre le desconcertaba lo diferentes que eran esas personas. Una familia improbable. Individuos muy distintos que de alguna manera habían terminado en una profesión muy peculiar y dependiendo tácitamente el uno del otro.

Werner informó a Fabel de los casos actuales. Mientras éste había estado ausente, se había producido sólo un homicidio: una gresca entre borrachos, un sábado por la noche, en la puerta de un club nocturno de Sankt Pauli, había terminado con un joven de veintiún años desangrado en la calle hasta morir. Werner cedió la palabra a Anna Wolff y Henk Hermann, quienes resumieron el caso y los adelantos realizados hasta el momento. Era la clase de homicidio que constituía el noventa por ciento de la tarea

de la Mordkommission. Deprimente, sencillo y directo: un momento de ira insensata, por lo general alimentada por el alcohol, que daba como resultado una vida perdida y la otra arruinada.

—¿Tenemos alguna otra cosa? —preguntó Fabel.

—Estoy atando los cabos sueltos del caso de Olga X. —Maria pasó hacia atrás algunas páginas de su cuaderno. Olga X no sólo no tenía apellido sino que era poco probable que Olga fuera su nombre de pila, pero el equipo había sentido la necesidad de adjudicarle alguna clase de identidad. Nadie sabía con exactitud de dónde había venido, pero estaban seguros de que era de algún país de Europa del Este. Había trabajado como prostituta y un cliente la había golpeado y estrangulado; un tipo gordo y con calvicie incipiente de treinta y nueve años de edad que era empleado de una aseguradora, se llamaba Thomas Wiesehan y vivía en Heimfeld con su esposa y tres hijos, sin ninguna clase de antecedentes policiales.

El doctor Möller, el patólogo, había estimado la edad de Olga entre dieciocho y veinte años.

Fabel parecía desconcertado.

—Pero Werner me dijo que el caso de Olga X ya estaba terminado y cerrado, Maria. Tenemos una confesión completa de culpabilidad respaldada por unas pruebas forenses incuestionables. ¿Qué «cabos sueltos» te quedan por atar?

—Bueno, en realidad nada respecto del homicidio mismo. Es sólo que tengo la sensación de que está relacionado con el tráfico de personas. Una pobre chica de Rusia o Dios sabe dónde atrapada en la prostitución con la promesa de un trabajo decente en Occidente. Olga fue víctima de esclavitud antes de convertirse en víctima de homicidio. Wiesehan la mató, sin duda... pero algún mafioso la puso allí para que él la matara.

Fabel examinó a Maria de cerca. Ella le devolvió la mirada con sus francos e indescifrables ojos grises y azulados. Maria no era de las que se implicaban tan profundamente en un caso; Anna, sí; incluso el mismo Fabel. Pero Maria no. Su eficiencia como detective siempre había estado caracterizada por un enfoque frío, profesional y distante.

—Entiendo cómo te sientes —suspiró Fabel—. En serio. Pero eso no es asunto nuestro. Teníamos que resolver un asesinato y lo hemos resuelto. No digo que lo dejemos ahí. Pasa todo lo que tengas a los de Vicio, con copia a la LKA6. —Fabel se refería a la Landeskriminalamt 6, la Oficina Estatal de Delitos número 6, un departamento de la Polizei de Hamburgo que acababa de sufrir una reforma y que contaba con noventa agentes, también conocido como el Súper LKA, formado específicamente para combatir el crimen organizado.

Maria se encogió de hombros. No había nada legible en sus claros ojos grises con tonos azulados.

—De acuerdo, *chef*.

—¿Algo más? —preguntó Fabel.

El teléfono sonó antes de que nadie tuviera la oportunidad de decir algo más. Werner cogió el auricular y emitió interjecciones de asentimiento al tiempo que garabateaba unas notas en un bloc.

—Justo a tiempo —dijo después de colgar—. Han descubierto un cuerpo en una excavación arqueológica, junto al Speicherstadt.

—¿Antiguo?

—Eso es lo que están tratando de establecer, pero Holger Brauner y su equipo ya están de camino. —Werner se refería al jefe de la división forense—. ¿A quién le encargo esto, *chef*?

Fabel extendió la mano abierta por encima de la mesa.

—Dámelo a mí. Vosotros ya tenéis bastante con cerrar el homicidio de la pelea. —Cogió el bloc y apuntó los detalles en su cuaderno. Se puso de pie y cogió la chaqueta que estaba en el respaldo de la silla—. Y un poco de aire fresco me vendrá bien.

MEDIODÍA, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

Kristina sabía que había vuelto a enfrentarse cara a cara con el Caos. Había convivido con él durante años. La había llevado al borde de la locura una vez y ella lo había extirpado de su vida en un proceso que había sido casi tan traumático y doloroso como si se lo hubiera arrancado de su propia carne.

Ahora el Caos bramaba y rugía a su alrededor. Algún lejano malecón se había roto y un maremoto llevaba tiempo avanzando y esperando el momento en que ella abriera la puerta del apartamento de Herr Hauser para echársele encima. Ella sabía que estaba librando la batalla más grande de su vida: que debía volver a derrotar al Caos.

Ya era mediodía. Había trabajado en el baño toda la mañana. Una vez más, la porcelana refulgía con un brillo estéril y frío; el suelo había recuperado su resplandor. Herr Hauser estaba en la bañera. Kristina había combatido al Caos con Método. Se había negado a dejar que el terror la enceguciera y había trazado una estrategia para devolver el orden al baño.

Había empezado metiendo a Herr Hauser en la bañera, para contener el desastre en una sola área. Mientras se esforzaba por hacerlo, el cráneo expuesto, frío y húmedo por la sangre y los restos de tejidos, se apretó contra su mejilla. Kristina corrió hasta el inodoro para vomitar, se tomó unos momentos para recuperarse, y luego reanudó su tarea. Desnudó a Herr Hauser y metió la ropa empapada de sangre en una bolsa de residuos. A continuación sacó el cabezal de la ducha de su soporte y le enjuagó la sangre manualmente. Le puso una segunda bolsa negra de residuos sobre la cabeza y el cuello, la cerró firmemente con una cinta de embalar que había encontrado en uno de los cajones de Herr Hauser y luego la selló a la altura de los hombros. Después, con mucho cuidado, quitó la cortina de la ducha de la barra y

envolvió con ella el cuerpo de Herr Hauser. Una vez más, usó la cinta de embalar para cerrar con fuerza esa improvisada mortaja.

A continuación, Kristina se vio obligada a volver a levantar el peso muerto de Hauser. Tiró del cuerpo hasta sacarlo de la bañera y lo depositó sobre el suelo limpio, para luego disponerse a desinfectarla. Herr Hauser siempre había insistido en que Kristina utilizara materiales de limpieza que no fueran agresivos con el medio ambiente: vinagre para limpiar el inodoro, esa clase de cosas. Esa indicación había hecho mucho más difícil el trabajo de Kristina, pero a ella no le había molestado. Le encantaba fregar, restregar y sacar brillo. De todas maneras, en ese momento realizó la misma tarea con un detenimiento casi excesivo. Usó blanqueador para la bañera, el inodoro y el lavabo y limpió las baldosas y los azulejos con una solución blanqueadora. Después recorrió cada superficie con un aerosol antibacterias.

Ya había terminado. No había derrotado al Caos. Lo sabía. Sólo lo había eludido. Había estado allí toda la mañana, lo que significaba que había defraudado al otro cliente de las mañanas de los viernes antes de la hora del almuerzo. No habría sido tan terrible si tan sólo hubiese llegado tarde, pero en realidad ni siquiera se había presentado. Ello generaría un efecto dominó en los clientes de todo el día, y luego los del día siguiente, y luego los de toda la semana. La reputación de puntualidad y fiabilidad que había tardado cuatro años en formar había desaparecido en cuatro horas. Su teléfono móvil había empezado a sonar justo después de la hora en que tenía que presentarse a su segunda cita y ella se había visto obligada a desconectarlo para concentrarse en su tarea.

Kristina examinó el cuarto de baño. Al menos allí, el orden había sido restaurado. Con la excepción de Herr Hauser, meticulosamente amortajado en polietileno y abandonado de manera desordenada en el suelo junto a la bañera, el baño parecía más limpio y brillaba con más fuerza que nunca.

Se apoyó en la pared, con un paño de limpiar colgando en su mano cubierta con un guante de goma, y se permitió una pequeña sonrisa de satisfacción. Fue en ese momento cuando cobró conciencia de que había alguien de pie detrás de ella, en el umbral del baño. Se volvió de repente y ambos se sobresaltaron. Un joven alto, delgado, de pelo oscuro, rasgos delicados y ojos azules grandes y asombrados miró a Kristina, luego vio la momia cubierta con la cortina de la ducha junto a la bañera. Su cara adoptó una tonalidad blanquecina y él lanzó un ruido de alarma antes de darse la vuelta y correr por el pasillo hacia la puerta.

Kristina contempló inexpresivamente el umbral otra vez vacío durante un momento antes de regresar al baño.

Tal vez se le había olvidado algún rincón.

MEDIODÍA, ÁREA DE HAFENCITY, JUNTO AL SPEICHERSTADT, HAMBURGO

Si había algún paisaje que definía la ciudad de Hamburgo para Fabel, era ése.

Mientras él conducía por *Mattenwiete* y cruzaba el puente de *Holzbrücke* en dirección del *Elba*, el horizonte se abrió hacia delante y las intrincadas espiras y aguilones de la *Speicherstadt* penetraron en la sedosa extensión de un cielo totalmente azul.

Speicherstadt significa «ciudad de almacenes» y es exactamente eso: fila tras fila de imponentes y ornamentados almacenes de ladrillo rojo, entrelazadas con calles empedradas y canales, dominando la zona costera de la ciudad. Aquellos hermosos edificios decimonónicos habían sido los pulmones que daban vida al comercio de Hamburgo.

Para Fabel, había algo en la arquitectura de la *Speicherstadt* que resumía lo que él sentía por su ciudad adoptada. La arquitectura era ornamentada y transmitía seguridad, pero siempre práctica y contenida. Ésa era la manera en que la ciudad más rica de Alemania y sus habitantes exhibían la riqueza y el éxito: con claridad pero con decoro. La *Speicherstadt* era también un símbolo de la independencia de Hamburgo y su particular rango de ciudad-estado dentro de Alemania; una independencia que en distintos momentos de la historia de Hamburgo había sido bastante precaria. Las estatuas de *Hammonnia* y *Europa*, las personificaciones de Hamburgo y Europa como diosas, montaban guardia en los montantes del puente *Brooksbrücke* y observaron a Fabel cuando él cruzó hacia el *Speicherstadt*.

Hasta hacía muy poco, aquélla había sido el área aduanera más grande del mundo, con puestos de aduana en casi todos los puntos de ingreso. Fabel pasó por la antigua aduana a su derecha, que había encontrado una nueva vida como una elegante cafetería de moda. Enfrente, al otro lado de la empedrada *Kehrwieder Brook*, el primero de los almacenes de la *Speicherstadt* también había hallado una nueva función: una serpenteante fila de turistas y locales esperaban que los dejaran entrar a la *Mazmorra* de Hamburgo, una idea que, como tantas otras, Hamburgo había importado de Gran Bretaña. Fabel nunca había podido entender la necesidad que tenían algunos de sentir miedo, de experimentar falsos horrores, ya que él ya tenía bastante con la realidad.

Fabel siguió un poco más por *Kehrwieder Brook* antes de girar a la izquierda y coger *Kibbelsteg*, que diseccionaba la *Speicherstadt* en una línea recta e ininterrumpida. Los amplios almacenes de ladrillos que estaban a ambos lados de la calle, muy bien mantenidos y rematados con ornamentadas terminaciones de bronce con tonalidades de verdín, resplandecían de rojo bajo el sol de mediodía. En esa zona, todavía se llevaban a cabo toda clase de transacciones. Unos andamios colgantes, suspendidos de los cabrestantes que asomaban en lo alto de los almacenes, subían grandes pilas de alfombras orientales y, cuando pasó por la *Kaffeerösterei*, el aire cálido se llenó con el olor que era la marca registrada de la *Speicherstadt*, el denso aroma de los tostaderos de café donde se preparaban los granos para su posterior almacenamiento.

Fabel siguió su camino y finalmente el XIX dejó sitio al XXI, cuando pasó bajo el arco formado por una selva de grúas en constante movimiento, que señalaban la ubicación del proyecto inmobiliario más grande de Alemania: HafenCity.

Hamburgo siempre había sido una tierra de oportunistas, de comerciantes y emprendedores. La actitud de feroz independencia de la ciudad se fundaba en su capacidad para mirar más allá de sus propios horizontes y conectarse con el mundo en general. En la Edad Media, los políticos hamburgueses siempre habían sido mercaderes y empresarios. Y siempre ponían los negocios antes que la política. Nada había cambiado.

La HafenCity era una gran idea, como lo había sido antes la Speicherstadt. Una visión audaz que tardarían veinte años en terminar. Una hilera por vez, las nuevas catedrales del comercio, todo acero y cristal y energía juvenil, ocupaban con dificultad su sitio detrás de las antiguas, los elegantes almacenes de ladrillo rojo de la Speicherstadt. Dos visiones nacidas en siglos separados y fusionadas por el calor de la misma ambición: convertir Hamburgo en el principal puerto comercial de Europa. La HafenCity iba construyéndose por etapas planificadas. Primero erigían una fila de inmuebles que combinaba apartamentos de lujo con pulcros edificios de oficinas de la era electrónica; una vez terminada, se iniciaba la segunda fila. Sin embargo, al mismo tiempo que se instalaban conexiones de Internet de alta velocidad en cada uno de esos relucientes edificios nuevos, flotaba en el aire el olor de los granos de café tostándose, recordándole al mundo feliz del siglo XXI que la vieja Speicherstadt seguía siendo una parte fundamental de la vida de la ciudad.

A Hamburgo le gustaba compartir su visión de futuro, por lo que se había construido junto al Elba una plataforma de observación de doscientos metros de altura con la forma del puente de mando de un barco y con el nombre, en inglés, de «HafenCity viewpoint» estampado en uno de sus lados color terracota. El mirador ofrecía a los visitantes un panorama de 360.º de lo que estaba por venir. Si miraban hacia una dirección podían ver el emplazamiento del futuro teatro de ópera, con su tejado de alta tecnología ondeando como si estuviera hecho de olas o velas, encima del antiguo muelle Kaispeicher A. Hacia la otra, el panorama trazaba una curva que rodeaba y dejaba atrás la nueva y lujosa terminal naviera y llegaba al punto en que los arqueados puentes de hierro que conectaban Hamburgo con Harburgo cruzaban el Elba. Toda la zona que rodeaba la torre de observación había sido limpiada y aplanada y esperaba, desnuda, sus nuevas y relucientes vestiduras.

Fabel dejó el coche en el irregular e improvisado aparcamiento, ubicado a unos doscientos metros de la plataforma de observación. Ya había dos miembros de la rama uniformada de la Polizei de Hamburgo en el lugar y habían procedido a acordonar la zona, como era habitual. En este caso, parecía una tarea redundante; la arqueología tiene una metodología muy similar a la forense, y el emplazamiento ya estaba rodeado con cuerdas y dividido en cuadrantes. Cuando Fabel empezó a caminar hacia la zona distinguió la familiar silueta de Holger Brauner, el jefe del

departamento forense, que iba ataviado con su mono blanco y sus fundas azules para zapatos, aunque se había quitado la capucha y no llevaba la mascarilla puesta. Éste estaba conversando con un hombre más joven y más alto que tenía el pelo largo y oscuro, peinado hacia atrás y recogido en una coleta. Una camiseta verde oscura y unos pantalones *cargo* también verdes colgaban flojos en su desmañada complejión física. Ambos se volvieron en dirección de Fabel cuando éste se aproximó.

—Jan... —Holger Brauner miró a Fabel con una expresión radiante—. Te presento a Herr doctor Severts, del departamento de arqueología de la Universität de Hamburgo. Está a cargo de la excavación. Doctor Severts, éste es el Kriminalhauptkommissar Fabel, de la Mordkommission.

Fabel le estrechó la mano a Severts. La notó callosa y rugosa, como si la arena y la tierra con las que el joven trabajaba hubieran echado raíces en la piel de su palma, lo que concordaba con los colores de su ropa. Era como si el propio Severts fuera algo perteneciente a la tierra.

—El doctor Severts y yo estábamos hablando sobre lo parecidas que son nuestras disciplinas. De hecho, le estaba explicando que mi asistente, Frank Grueber, habría estado incluso más capacitado que yo para este caso. Él estudió arqueología antes de volcarse a la ciencia forense.

—¿Grueber? —dijo Fabel—. No tenía idea de que había sido arqueólogo.

Frank Grueber llevaba poco más de un año como miembro del equipo de Brauner, pero Fabel ya se daba cuenta de por qué aquél lo había elegido como su asistente. Grueber había demostrado poseer la misma habilidad que Brauner para descifrar tanto los detalles como el contexto en la escena de un crimen. A Fabel le pareció lógico que Grueber hubiese estudiado arqueología; para comprender la historia de un paisaje y la de la escena de un crimen hacía falta el mismo tipo de intelecto. Fabel recordó que una vez le había preguntado a Grueber por qué se había convertido en un especialista forense. «La verdad es la deuda que tenemos con los muertos», había sido la respuesta. Una respuesta que había impresionado a Fabel, y que también era coherente con una carrera como arqueólogo.

—Una pérdida para la arqueología y una ganancia para la ciencia forense —dijo Brauner—. Me siento afortunado de tenerlo en mi equipo. En realidad, Frank tiene una actividad paralela muy interesante. Reconstruye rostros a partir de esqueletos encontrados en yacimientos arqueológicos. Le mandan cráneos de universidades de todo el mundo para que él los reconstruya. Siempre creí que algo así nos sería útil a la hora de identificar restos desconocidos... Quién sabe, tal vez ello ocurra hoy...

—Me temo que no —dijo Severts—. Esta víctima sí tiene rostro... Por aquí, Herr Kriminalhauptkommissar. —El arqueólogo hizo una pausa mientras Fabel se ponía las fundas azules para los zapatos que Brauner le había entregado y luego lo guió por el emplazamiento. En una esquina, la tierra estaba cavada a mayor profundidad, en hileras anchas y escalonadas—. Hemos aprovechado la oportunidad que nos ofrecen todas estas demoliciones para revisar la zona en busca de restos del principio del

medieval. En aquella época todo esto era una zona mayormente pantanosa, y en algún momento debió de haber estado completamente inundada, pero aun así siempre ha sido un puerto natural y un cruce de caminos...

—El comisario en jefe Fabel ha estudiado historia medieval europea —lo interrumpió Brauner.

Sin duda, la idea de que un policía de la brigada de Homicidios tuviera estudios académicos desconcertó un poco a Severts, puesto que éste se detuvo y miró a Fabel, evaluándolo con perplejidad. El arqueólogo tenía una cara larga y delgada. Después de un momento, su ancha boca se abrió en una sonrisa.

—¿En serio? Qué bien. —Reanudó su camino y guió a Fabel y Brauner hasta una esquina del emplazamiento. Tuvieron que descender dos niveles hasta detenerse en un área de unos cinco metros cuadrados. Cada uno de los niveles estaba alisado y parejo y Fabel notó que a esa altura todavía podía recorrer con la mirada lo que los rodeaba al nivel del suelo. No consiguió imaginarse la paciencia que sería necesaria para realizar una tarea semejante, y entonces dejó escapar una risita cuando la imagen de Werner le vino a la mente.

El suelo excavado a sus pies estaba ribeteado, con los estratos rocosos ubicados a un costado, una extraña mezcla de arena pálida, tierra seca y negra y alguna clase de silicato muy colorido y grueso que reflejaba la luz del sol. La superficie estaba salpicada de fragmentos de lo que parecía una basta arpillera y luego se dividía en escombros y piedras más irregulares hacia los bordes del área. En una esquina de la excavación había quedado al descubierto la mitad superior del cuerpo de un hombre. Yacía de costado, dándoles la espalda, pero inclinado en un ángulo suave, por lo que seguía enterrado de cintura para abajo. Daba la impresión de estar acostado en una cama.

—Lo encontramos temprano esta mañana —explicó Severts—. Al equipo le gusta empezar a trabajar a primera hora... llegar aquí antes de que haya mucho tráfico.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Fabel.

—Franz Brandt. Es uno de mis estudiantes de posgrado. Después de haber expuesto el cuerpo lo suficiente como para establecer que no era antiguo, paramos y nos pusimos en contacto con la Polizei de Hamburgo. Fotografiamos y documentamos cada etapa de la excavación.

Fabel y Brauner se acercaron al cuerpo. Estaba claro que no era antiguo. El hombre muerto llevaba una chaqueta de gruesa sarga azul. Dieron la vuelta en torno al cadáver hasta que pudieron verle la cara. Era delgada, pálida y demacrada, rematada con mechones carbonizados de pelo rubio. Los ojos cerrados estaban hundidos en el cráneo y el cuello parecía demasiado delgado y esquelético para la camisa, que mantenía su color blanco. La cara del muerto tenía el aspecto de un papel viejo y amarillento y su mandíbula ancha y fuerte estaba cubierta, en algunas franjas, por una pálida barba de dos o tres días. Su extrema delgadez hacía difícil establecer su edad, pero había algo en su rostro y en esa barba poco crecida e irregular que

sugería la idea de juventud. Tenía los labios un poco separados, como si estuviera a punto de hablar, y una de sus manos parecía estar agarrando algo en el aire. Algo invisible para los vivos.

—No puede haber estado aquí mucho tiempo —dijo Fabel, poniéndose en cuclillas—. Por lo que veo, la descomposición es limitada. Pero es el cadáver más extraño que he visto en mucho tiempo. Parece haberse muerto de inanición. —Se puso de pie y recorrió el emplazamiento con la mirada, con una expresión de desconcierto—. Alguien se tomó un gran esfuerzo para enterrarlo a esta profundidad. Un gran esfuerzo y mucho tiempo. No entiendo cómo pueden haberlo hecho sin que nadie los viera, incluso de noche.

—No lo hicieron —dijo Severts—. El suelo de alrededor no tenía ninguna señal de haber sido tocado.

Brauner se agachó cerca del cuerpo. Tocó el rostro con sus dedos protegidos por un guante de látex y luego, con un suspiro de frustración, se quitó uno de los guantes forenses y volvió a tocar la piel, que tenía la consistencia de un papel, con la mano desnuda. Sonrió tristemente y se volvió a Severts, quien asintió, en un gesto de comprensión.

—No se murió de hambre, Jan —dijo Brauner—. Ha sido la falta de humedad y aire lo que le hizo esto. Está desecado. Completamente seco. Una momia.

—¿Qué? —Fabel volvió a ponerse de cuclillas—. Pero parece un cadáver normal. Yo creía que los cuerpos momificados se ponían marrones y correosos.

—Sólo los que se encuentran en los pantanos —dijo un hombre alto, delgado y de pelo rojo recogido hacia atrás en una coleta, que se les había unido.

—Éste es Franz Brandt —dijo Severts—. Como ya le he dicho, Franz fue quien descubrió el cuerpo.

Fabel se incorporó y le estrechó la mano al joven pelirrojo.

—Desde el momento en que lo vi sospeché que había sido momificado —Brandt continuó explicando—. El doctor Severts, aquí presente, es un experto en la materia y yo mismo tengo un gran interés en las momias. Los cadáveres de los pantanos en los que usted piensa sufren un proceso totalmente distinto: los ácidos y los taninos de las turberas tiñen la piel de los cuerpos y los convierten, literalmente, en bolsos de cuero; a veces lo único que queda de ellos es su pellejo, mientras los órganos internos e incluso los huesos pueden disolverse y desaparecer. —Señaló el cuerpo con un movimiento de la cabeza—. Este tipo tiene la apariencia de las momias de los desiertos. El aspecto tan demacrado y la textura apergaminada de la piel... denotan que se desecó casi de inmediato en un ambiente privado de oxígeno.

—Y, a pesar de su aspecto, no murió recientemente. Pero, como pueden ver por la ropa, tampoco es una reliquia de la Edad Media. —Severts abarcó el área de la excavación en la que se encontraban con un movimiento de la mano—. Las evidencias que rodean el cuerpo me dan una idea de lo que ocurrió. Nuestros estudios

geofísicos y los registros que tenemos de esta zona dan a entender que nos encontramos en un muelle de carga de la Segunda Guerra Mundial.

Brauner pasó la mano por el ribete de piedrecitas brillantes. Cogió algunas y las hizo rodar entre los dedos.

—¿Vidrio?

Severts asintió.

—Era arena. Prácticamente todo lo que hay aquí es básicamente la misma arena pálida. Es sólo que parte de ella se ha mezclado con ceniza negra mientras este anillo exterior ha sufrido una exposición a un calor tan intenso que se convirtió en toscos cristales de vidrio.

Fabel asintió con una expresión triste.

—¿Los bombardeos británicos de 1943?

—Ésa es mi hipótesis —dijo Severts—. Encaja con lo que sabemos de esta zona. Y también con esta forma de momificación, que era un resultado habitual de las intensas temperaturas creadas por la tormenta de fuego. Me da la impresión de que este hombre se guareció en alguna clase de refugio antiaéreo junto al muelle, improvisado con bolsas de arena. Debió de producirse una explosión incendiaria muy cerca que, básicamente, lo horneó y lo enterró.

Los ojos de Fabel seguían clavados en el cuerpo momificado. Operación Gomorra. Los británicos descargaron bombas incendiarias y explosivos de alto poder sobre Hamburgo por la noche y los americanos durante el día, hasta llegar a 8344 toneladas. En algunas partes de la ciudad, la temperatura del aire a cielo abierto superó los mil grados. Alrededor de cuarenta y cinco mil ciudadanos de Hamburgo ardieron en las llamas o murieron cocinados bajo ese intenso calor. Fabel contempló las facciones delgadas y demasiado afinadas, lo que se debía a que la carne bajo la piel había perdido toda su humedad. Se había equivocado. Por supuesto que había visto cuerpos así antes: en viejas fotografías en blanco y negro de Hamburgo y también de Dresde. Muchas personas habían sido horneadas y convertidas en momias sin estar enterradas; desecadas en pocos instantes, expuestas a llamaradas de altísimas temperaturas en las calles sin aire o en los refugios antiaéreos que se habían convertido en hornos de panadería. Pero jamás había visto uno de carne y hueso, aunque esa carne estuviera desecada.

—Es difícil creer que este hombre lleve más de sesenta años muerto —dijo por fin.

Brauner sonrió y palmeó el hombro de Fabel con su ancha mano.

—Es simple biología, Jan. Para que haya descomposición se necesitan bacterias; las bacterias necesitan oxígeno. Si no hay oxígeno, no hay bacterias y por lo tanto no hay descomposición. Cuando lo extraigamos, probablemente hallaremos alguna descomposición limitada en el tórax. Todos tenemos bacterias en las entrañas, y cuando morimos, son las primeras en ponerse a trabajar. De todas maneras, haré un análisis forense completo del cuerpo y luego se lo pasaré al Institut für Rechtsmedizin

de Eppendorf para que realicen una autopsia. Tal vez todavía estemos a tiempo de confirmar la causa de la muerte, aunque yo apostaría un año de mi salario a que fue asfixia. Y podremos deducir aproximadamente la edad biológica del cadáver.

—De acuerdo —dijo Fabel. Se volvió hacia Severts y su estudiante, Brandt—. Creo que no será necesario bloquear el resto de la excavación. Pero si encuentran algo que se relacione o que ustedes crean que se relaciona con este cuerpo, por favor infórmenme de ello. —Le entregó a Severts su tarjeta de la Polizei de Hamburgo.

—Lo haré —dijo Severts. Hizo un gesto en dirección al cadáver, que todavía parecía darles la espalda, girando el hombro, como si tratara de regresar a un sueño groseramente interrumpido—. Al parecer no se trata de la víctima de un homicidio, después de todo.

Fabel se encogió de hombros.

—Eso depende de su punto de vista.

13.50 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

La llamada entró justo cuando Fabel estaba volviendo al Polizeipräsidium. Werner llamó para informarle de que él y Maria estaban en el Schanzenviertel. Habían atrapado a una asesina, casi literalmente con las manos en la masa, limpiando la escena del crimen y a punto de deshacerse del cuerpo.

Estaba claro que Werner lo tenía todo controlado, pero Fabel sintió la necesidad de implicarse en una investigación «viva», después de haber pasado la mañana en un caso sin muchas posibilidades de desarrollo, que casi seguro se remontaba a sesenta años atrás y que tampoco era un homicidio. Le dijo a Werner que se trasladaría directamente a la dirección que éste le dio.

—Por cierto, Jan —dijo Werner—. Creo que deberías saber que la víctima es más o menos una celebridad... Hans-Joachim Hauser.

Fabel reconoció el nombre de inmediato. Hauser había sido un miembro bastante prominente de la izquierda radical en los años setenta, y en la actualidad era un vehemente defensor del medio ambiente a quien parecía gustarle bastante la atención de los medios.

—Por Dios... qué extraño... —dijo, tanto para sí mismo como para Werner.

—¿Qué cosa?

—La sincronía, supongo, ¿me entiendes?, cuando algo que no esperabas ver con tanta frecuencia de pronto surge varias veces en un lapso corto. Esta mañana, de camino al Polizeipräsidium, oí a Bertholdt Müller-Voigt por la radio. Ya sabes, el senador de Medio Ambiente. Se lo estaba haciendo pasar bastante mal a su jefe, Schreiber. Y, hace dos o tres noches, lo vi en el restaurante de mi hermano, donde yo estaba cenando con Susanne. Por lo que recuerdo, Müller-Voigt y Hauser eran como una especie de dúo en los años setenta y ochenta... —Fabel hizo una pausa, luego

añadió en tono sombrío—: Lo que nos faltaba. El homicidio de una persona famosa. ¿Alguna señal de la prensa?

—Todavía no —dijo Werner—. Mira, a pesar de sus esfuerzos, y a diferencia de su colega Müller-Voigt, Hauser en realidad era una noticia vieja.

Fabel suspiró.

—Ya no...

Había una desordenada exuberancia en el Schanzenviertel. Era una parte de Hamburgo que, como tantas otras en esa ciudad, estaba experimentando muchísimos cambios. Se encontraba justo al norte de Sankt Pauli y no siempre había gozado de la más saludable de las reputaciones; todavía había problemas en el barrio, pero poco tiempo atrás se había convertido en un lugar codiciado para nuevos vecinos adinerados.

Y, por supuesto, era el barrio ideal para vivir si uno era un ecologista de izquierdas. El Schanzenviertel tenía todas las características de un barrio *cool* con la combinación justa: era uno de los distritos más multiculturales de Hamburgo y su amplia gama de restaurantes de moda representaba a la mayor parte de las cocinas del mundo. Sus salas de cine independiente, el teatro al aire libre en el parque Sternschanzen y el número requerido de cafés con terraza lo convertían en un lugar muy a la moda y cada vez más próspero, aunque también tenía bastantes problemas sociales, en su mayoría relacionados con las drogas, que evitaban que se lo considerara un barrio demasiado *yuppie* o pijo. Era esa clase de lugares en los que uno anda en bicicleta y recicla la basura, en los que hay que vestirse con ropa *chic* de segunda mano y también en los que uno se sienta a beber café de comercio justo en una mesa en la acera mientras teclea en un ordenador portátil de titanio ultra guay, ultra delgado y ultra caro.

La residencia de Hans-Joachim Hauser se encontraba en la planta baja de un sólido edificio de apartamentos construido en la década de 1920, justo en el corazón del barrio, cerca de la intersección entre la Stresemanstrasse y la Schanzenstrasse. Había un racimo de vehículos policiales, con los nuevos colores plata y azul de la Polizei de Hamburgo, aparcados en el exterior y la acera delante de la entrada del edificio estaba acordonada con la cinta roja y blanca de las escenas de crímenes. Fabel aparcó su BMW de manera descuidada detrás de uno de los coches patrulla y un agente uniformado avanzó resueltamente desde el perímetro formado por la cinta para interceptarlo. Fabel salió del coche y exhibió su placa ovalada de la Kriminalpolizei mientras avanzaba hacia el edificio, lo que hizo retroceder al uniformado.

Werner Meyer estaba esperándolo en el umbral del apartamento de Hauser.

—Todavía no podemos entrar, Jan —dijo, señalando con un gesto el vestíbulo donde Maria estaba hablando con un joven de aspecto infantil ataviado con un mono

blanco para tareas forenses. La mascarilla forense pendía floja de su cuello y se había quitado la capucha, dejando al descubierto una espesa mata de pelo negro sobre un rostro pálido con un par de gafas. Fabel lo reconoció; era el asistente de Holger Brauner, Frank Grueber, de cuyo pasado arqueológico le habían hablado Brauner y Serverts. Estaba claro que Grueber y Maria hablaban de la escena del crimen, pero había una relajada informalidad en la postura de Grueber. Fabel notó que Maria, en cambio, se apoyaba contra la pared con los brazos cruzados.

—Harry Potter y la doncella de hielo... —dijo Werner con ironía—. ¿Es cierto que aquellos dos están liados?

—Ni idea —mintió Fabel.

Maria mantenía casi toda su vida personal bajo cuatro llaves, junto con sus emociones, cada vez que se encontraba en el trabajo. Pero Fabel había estado allí —la única persona presente— mientras ella yacía cerca de la muerte después de haber sido apuñalada por uno de los asesinos más peligrosos que el equipo había perseguido en toda su existencia. Fabel había compartido el terror de Maria en aquellos tensos e interminables minutos hasta que había llegado el helicóptero de auxilio médico. Aquel temor compartido, aquella obligada intimidad, había creado un lazo tácito entre ellos y, en los dos años transcurridos desde entonces, Maria le había impartido a su jefe pequeñas confidencias sobre su vida personal, pero sólo relacionadas con aquellas cosas que podían tener algún impacto en su trabajo. Una de esas confidencias había sido su relación con Frank Grueber.

En el vestíbulo, Grueber terminó de pasarle su informe a Maria. Le tocó el codo en un gesto de despedida y avanzó por el pasillo del apartamento. Hubo algo en ese gesto que molestó a Fabel. No su informalidad, sino más bien la reacción de Maria, una tensión casi imperceptible en su postura. Como si la hubiera atravesado una corriente eléctrica muy débil.

Maria se acercó al umbral de la puerta desde el pasillo.

—Aún no podemos entrar —explicó—. Éste va a ser un trabajo muy difícil para Grueber. A la mujer, la asesina, la interrumpieron cuando estaba limpiando la escena. Al parecer hizo un muy buen trabajo y a los del departamento forense les está costando mucho encontrar algo que valga la pena. —Se encogió de hombros—. Pero supongo que es una cuestión académica. Si atrapas al asesino en la escena del crimen no hay mejor rastro forense que ése.

Fabel se volvió hacia Maria.

—A la sospechosa la interrumpieron cuando estaba limpiando la escena... ¿Quién?

—Un amigo de Hauser... —dijo Maria—. Un amigo muy joven y muy guapo de Hauser que se llama Sebastian Lang. Encontró la puerta sin cerrar... aunque, al parecer, él ya tenía su propia llave.

Fabel asintió. Hans-Joachim Hauser nunca había mantenido en secreto su homosexualidad.

—Lang había vuelto al apartamento a recoger algo antes de ir a almorzar al centro —continuó Maria—. Oyó ruidos en el baño y, suponiendo que se trataba de Hauser, entró e interrumpió a la asesina cuando estaba limpiando la escena.

—¿Dónde está la sospechosa? —preguntó Fabel.

—Los uniformados la han llevado al Polizeipräsidium —respondió Werner—. Parece una persona muy perturbada... nadie pudo sonsacarle algo que tuviera algún sentido, excepto que ella aún no había terminado de limpiar.

—De acuerdo. Si no podemos entrar en la escena del crimen, entonces deberíamos regresar a la Mordkommission y entrevistar a la sospechosa. Pero me gustaría que antes Frau Doktor Eckhardt le hiciera una evaluación psicológica. — Fabel abrió su teléfono móvil y presionó un botón en el que tenía un número grabado.

—Institut für Rechtsmedizin... Habla la doctora Eckhardt... —La voz que respondió era profunda y cálida y estaba teñida con un suave acento bávaro.

—Hola, Susanne... soy yo. ¿Cómo va todo?

Ella suspiró.

—Ojalá nos hubiéramos quedado en Sylt... ¿Qué ocurre?

Fabel le explicó la detención de la mujer en el Schanzenviertel y le dijo que quería que ella la evaluara antes del interrogatorio.

—Estoy ocupada hasta la tarde. ¿A las cuatro te parece bien?

Fabel miró su reloj. Eran la una y media. Si esperaban la evaluación, no podrían entrevistar a la sospechosa hasta el anochecer.

—De acuerdo. Pero creo que le haremos una entrevista preliminar antes.

—Bien. Nos vemos a las cuatro en el Polizeipräsidium —dijo Susanne—. ¿Cómo se llama la sospechosa?

—Un segundo... —Fabel se giró hacia Maria—. ¿Cuál es el nombre de la mujer bajo custodia?

Maria abrió su cuaderno y miró sus notas durante un momento.

—Dreyer... —dijo por fin.

—¿Kristina Dreyer?

Maria miró a Fabel, sorprendida.

—Sí. ¿La conoces?

Fabel no respondió a Maria sino que volvió a hablarle a Susanne.

—Luego te llamo —dijo, y cerró el teléfono para desconectarlo. Entonces se volvió hacia Maria—. Trae a Grueber. Dile que no me importa en qué estado está el análisis forense... Quiero ver la escena del homicidio y a la víctima. Ahora.

14.10 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

Estaba claro que Grueber se daba perfecta cuenta de lo inútil que sería tratar de impedir que la brigada de Homicidios ingresara a la escena del crimen. Pero con una decidida autoridad que no concordaba con su aspecto juvenil, había insistido en que,

en lugar del habitual requisito de fundas forenses azules para los zapatos y guantes de látex, todos los miembros de la división se pusieron el traje forense completo y mascarillas faciales.

—Ella no nos ha dejado casi nada —explicó Grueber—. Es el caso de limpieza de una escena de crimen más completo que he visto jamás. Ha pasado un limpiador o una solución blanqueadora en casi todas las superficies, y ha destruido prácticamente todos los rastros forenses y degradado cualquier ADN que hubiera podido sobrevivir.

Después de ponerse los trajes, Grueber hizo pasar a Fabel, Werner y Maria por el pasillo. Fabel miró cada una de las habitaciones. Había al menos un técnico forense en cada una. Notó lo ordenado y limpio que estaba el apartamento. Era grande y espacioso, pero había una sensación de encierro producida por el hecho de que prácticamente cada metro cuadrado libre de pared estaba lleno de estanterías. Había revistas meticulosamente apiladas en una de ellas y era evidente que los anaqueles del pasillo se habían utilizado para contener los libros, los discos de vinilo y los discos compactos que no habían entrado en la sala. Fabel hizo una pausa y examinó la música. Había varios álbumes de Reinhard Mey, pero en su mayoría eran discos antiguos que habían sido reeditados en CD. Al parecer Hauser había sentido la necesidad de escuchar las canciones protesta de una generación en la tecnología de la siguiente. Fabel lanzó una risita de reconocimiento cuando encontró el CD *Ewigkeit* de Cornelius Tamm, un cantante que había pretendido ser el Bob Dylan alemán y que había tenido bastante éxito en los años sesenta, antes de zambullirse espectacularmente en la oscuridad. Fabel extrajo un libro grande, con una portada brillante, de uno de los anaqueles: era una recopilación de las fotografías de Vietnam de Don McCullin; a su lado había una guía de viajes en inglés y varios manuales de ecología. Todo era bastante previsible. En el punto en que los anaqueles se interrumpían, todos los espacios libres de la pared estaban ocupados con pósteres enmarcados. Fabel se detuvo delante de uno de ellos: era una fotografía enmarcada en blanco y negro de un joven de bigote y pelo ondulado que le llegaba a los hombros. Estaba desnudo de cintura para arriba y sentado en un banco rústico con una manzana en la mano.

—¿Quién es el hippie? —Werner se había acercado a Fabel.

—Echa un vistazo a la fecha de la fotografía: 1899. Este tipo era hippie setenta años antes de que alguien inventara el concepto. Éste... —Fabel golpeó el vidrio con un dedo cubierto de látex— es Gustav Nagel, santo patrono de todos los ecoguerreros alemanes. Un siglo atrás intentó que Alemania rechazara la industrialización y el militarismo, que abrazara el pacifismo, se volviera un país vegetariano y regresara a la naturaleza. Te advierto que también quería que dejáramos de poner mayúsculas en los sustantivos. No sé qué relación tiene eso con una ideología ecologista. Tal vez para gastar menos tinta.

Fabel le devolvió a Nagel su mirada desafiante y de ojos claros y luego siguió a Grueber y a los otros por el pasillo. El foco principal de la atención del equipo

forense se encontraba en el otro extremo, dentro del baño mismo.

—Encontramos aquí un par de bolsas de plástico para residuos —explicó Grueber mientras se acercaban a la puerta del cuarto de baño—. Hemos extraído un par de artículos de ellas pero las bolsas en sí ya están en Butenfeld —dijo, usando la forma abreviada para referirse al departamento forense del Instituto de Medicina Legal, la misma institución en la que Susanne trabajaba como psicóloga criminal. El Instituto era parte de la Clínica Universitaria de Butenfeld, al norte de la ciudad—. Uno de nuestros hallazgos es esto...

Grueber le hizo un gesto a uno de los técnicos, quien le entregó una bolsa de plástico para pruebas forenses grande, cuadrada y transparente. El plástico era grueso y semirrígido; en su interior, aplanado, había un disco de gruesa piel y pelo. Un cuero cabelludo humano. Se habían formado unos viscosos charcos de sangre en algunos sectores entre las paredes de la bolsa y en las esquinas.

Fabel examinó el contenido sin quitarle la bolsa a Grueber. Hizo a un lado la náusea que empezó a crecer en su estómago y el murmullo de asco de Werner a sus espaldas. El pelo era rojo. Demasiado rojo. Grueber le leyó la mente.

—El pelo está teñido. Y hay evidencias de tintura fresca en el cuero cabelludo y en las áreas contiguas de la piel. Aún no puedo decirle si el asesino usó tinte capilar o alguna otra clase de pigmento. Fuera lo que fuese, creo que lo aplicó inmediatamente después de arrancar el cuero cabelludo del cuerpo.

—Hablando de eso... ¿dónde está? —Fabel apartó la atención del magnético horror del cuero cabelludo. Después de todos aquellos años en la brigada de Homicidios, después de tantos casos, todavía había ocasiones en las que quedaba asombrado y desconcertado por la crueldad que los seres humanos son capaces de infligirse entre sí.

Grueber asintió.

—Por aquí... Como podrá imaginar, no es una escena muy agradable...

Fabel se dio cuenta apenas pusieron pie en el cuarto de baño de que Grueber no había exagerado las dificultades a las que debían enfrentarse para obtener pruebas forenses. No había absolutamente nada, más allá del paquete con forma de cuerpo que estaba junto a la bañera, que podría haber dado algún indicio de que ésa era la escena de un crimen. Hasta el aire olía a blanqueador, con un ligero aroma alimonado. Todas las superficies estaban relucientes.

—Tal vez Kristina Dreyer sea la sospechosa de este homicidio —dijo Werner en tono grave—, pero creo que voy a averiguar cuánto cobra por hora... me vendría bien que trabajara en mi casa.

—Qué curioso que hayas dicho eso... —respondió Maria, sin la menor insinuación de haber captado la ironía de Werner—. En realidad es limpiadora profesional. Trabaja de manera independiente y había un vehículo fuera que le

pertenece lleno de elementos de limpieza... De ahí la eficiencia con que ha ordenado todo esto.

—Bien —dijo Fabel—. Veamos qué tenemos.

Era como si los especialistas forenses hubieran añadido otra capa de vendajes a una momia. La asesina había envuelto el cuerpo con la cortina de la ducha y lo había sellado con cinta de embalar. Los técnicos forenses habían añadido individualmente tiras numeradas de cinta Taser en cada centímetro cuadrado del exterior de la cortina y la cinta de embalar. Habían fotografiado el cuerpo desde todos los ángulos y estaban por trasladarlo al laboratorio forense en Butenfeld. Una vez allí, quitarían la cinta Taser tirita por tirita, y las transferirían a láminas Perspex donde cualquier rastro forense quedaría asegurado para su análisis. Si se descubría que el cuerpo oculto bajo la cortina de ducha estaba vestido, se repetiría el proceso para reunir cualquier fibra u otros restos de la ropa.

Fabel bajó la mirada hacia el paquete con forma humana.

—Ábranle la cara. Quiero asegurarme de que es Hauser.

Grueber apartó la cortina de ducha. Debajo, la cabeza y los hombros estaban cubiertos por plástico negro. Fabel hizo un gesto de impaciencia y Grueber cortó delicadamente la cinta de embalar y dejó al descubierto la cara y la cabeza. Hans-Joachim Hauser los miró con ojos vidriosos y el ceño fruncido. Fabel había supuesto que sufriría otro vuelco en el estómago, pero en realidad no sintió nada cuando contempló esa cosa que estaba allí. Y era eso: una cosa. Una efigie. Había algo en la forma en que le habían desfigurado la cabeza, en el hueso expuesto del cráneo del muerto, en la carne cerosa y sin sangre de la cara de Hauser, que le quitaba al cadáver toda su humanidad.

Fabel también había esperado experimentar alguna clase de reconocimiento. Hans-Joachim Hauser había estado muy implicado en el movimiento radical de los años setenta y ochenta. Había aparecido fotografiado junto a las luminarias adecuadas de la izquierda radical durante todos esos años —Daniel Cohn Bendit, Petra Kelly, Joschka Fischer, Bertholdt Müller-Voigt— pero, a pesar de todos sus esfuerzos, había permanecido suspendido entre el centro y los bordes de la atención de los medios. Fabel siempre pensaba en la forma en que la gente parecía atrapada en una época, en cómo a algunos les resultaba imposible avanzar. La imagen de Hauser que Fabel tenía archivada en su memoria era la de aquel joven delgado, casi femenino, con un pelo largo y tupido, que amonestaba al Senado de Hamburgo en la década de 1980. No había nada en la carne gris, cerosa y ligeramente hinchada de aquel rostro muerto que le diera un punto de referencia desde el que recuperar al Hans-Joachim Hauser de antes. Incluso trató de imaginar al cadáver con pelo. No sirvió de nada.

—Qué agradable —dijo Werner, como si tuviera mal sabor de boca—. Muy agradable. Una señora de la limpieza que se lleva cueros cabelludos. Supongo que no será una india americana, por casualidad.

—Arrancar el cuero cabelludo es una antigua tradición europea —dijo Fabel—. Nosotros ya nos dedicábamos a ello milenios antes que los nativos americanos. Ellos probablemente lo aprendieron de los colonos europeos.

Grueber apartó un poco más la cortina del cuerpo y dejó al descubierto el cuello de Hauser.

—Miren esto...

Había un tajo ancho y profundo que le atravesaba la garganta. Sus bordes eran limpios y regulares, casi quirúrgicos, y Fabel alcanzó a ver un estrato de gris marmolado y carne blanca debajo de la piel. No había nada de sangre en el corte; Kristina Dreyer había lavado el cuerpo y lo que Fabel veía tenía el aspecto de la muerte enjuagada que él relacionaba con los cadáveres de un depósito.

Fabel se volvió hacia Maria y Werner. Estaba a punto de decir algo cuando se dio cuenta de que Maria contemplaba fijamente la cabeza mutilada y el cuello de Hauser. No era una mirada horrorizada, ni tampoco su habitual aspecto de una evaluación serena; era, más bien, una actitud perpleja e inexpresiva, como si lo que quedaba de Hans-Joachim Hauser la hubiera hipnotizado.

—¿Maria? —Fabel frunció el ceño en un gesto de interrogación. Maria se sobresaltó como si regresara de algún lugar lejano.

—Debe de haber sido muy afilada... —dijo débilmente—. Me refiero a la hoja. Para hacer un corte tan limpio, debe de haber sido filosa como una hoja de afeitar.

—Sí, es cierto —respondió Grueber, que seguía en cuclillas junto al cuerpo. Fabel notó que si bien la respuesta del forense tenía un tono profesional, había una insinuación de preocupación personal en su expresión cuando levantó la mirada hacia Maria—. Quizá fuera un bisturí, o incluso una navaja de afeitar.

Fabel se incorporó. Pensó en la mujer que tenían en custodia. En una cara que recordaba vagamente de más de una década antes.

—Esto es tan metódico... —dijo por fin. Se volvió hacia Werner—. ¿Estás segura de que a la sospechosa, Kristina Dreyer, la atraparon cuando estaba limpiando? Quiero decir, ¿sabemos con seguridad que ella es la que hizo todo esto?

—No hay ninguna duda —dijo Werner—. De hecho, los uniformados tuvieron que usar la fuerza. Ella se negaba a dejar de limpiar, incluso después de que ellos llegaran.

Fabel escudriñó el cuarto de baño una vez más. Relucía con la esterilidad y la frialdad de un quirófano.

—No tiene sentido —dijo por fin.

—¿Qué cosa? —preguntó Maria.

—¿Por qué tamaña mutilación? Arrancar el cuero cabelludo, un corte tan exagerado en la garganta. Todo parece tener algún significado... como si hubiera un mensaje oculto.

—Por lo general lo hay —dijo Grueber, que ya había incorporado su desgarrada contextura y estaba de pie junto a los tres detectives. Todos, reunidos en un

semicírculo, dirigieron la mirada a la efígie de carne y hueso que antes había sido un ser humano. Cuando hablaron, era como si se dirigieran al cadáver, un mudo moderador a través del cual podían transmitir mejor sus pensamientos—. Y la cuestión central del rito de arrancar cueros cabelludos es llevárselos. No entiendo por qué la asesina que ustedes tienen en custodia le arrancaría el cuero cabelludo a su víctima y luego la pondría en una bolsa de residuos con la intención de tirarla a la basura.

—A eso me refería —dijo Fabel—. Todo esto apunta a alguna clase de mensaje. Alguna especie de enfermo simbolismo. Pero siempre se hace de manera que alguien pueda recibir ese mensaje. Casi nunca se hace específicamente para la víctima, quien por lo general ya está muerta antes de la mutilación.

Maria asintió.

—¿Entonces por qué la cagaría así? ¿Para qué haría todo eso y luego se tomaría tantos esfuerzos para limpiar la escena del crimen y ocultar el cuerpo? ¿Y por qué tiraría el trofeo a la basura?

—Exactamente. Quiero que volvamos al Polizeipräsidium. Necesito hablar con Kristina Dreyer. Esto no encaja.

Justo en ese momento uno de los técnicos forenses llamó a Grueber. Fabel, Maria y Werner se reunieron detrás de Grueber cuando éste volvió a ponerse en cuclillas para examinar el área señalada por el técnico, en la juntura entre la pared azulejada de la bañera y el suelo. Fuera lo que fuese, Fabel no alcanzó a verlo.

—¿Qué estamos mirando?

El técnico cogió un par de pinzas quirúrgicas, sacó algo y lo levantó. Era un pelo.

—No lo entiendo —dijo el técnico—. Ya había verificado toda esta zona y había pasado esto por alto.

—No te preocupes. Es fácil no darse cuenta —dijo Grueber—. Yo estuve aquí antes y tampoco lo vi. Lo importante es que lo has encontrado.

Fabel se esforzó para ver el pelo.

—Me sorprende que lo haya descubierto, en cualquier caso.

Grueber cogió las pinzas que tenía el técnico y sostuvo el pelo bajo la luz. Sacó una lupa de su estuche y observó el pelo como un joyero evaluando un diamante caro.

—Qué extraño...

—¿El qué? —preguntó Fabel.

—Este pelo es rojo. Rojo natural, no teñido como el del cuero cabelludo. De todas maneras, es demasiado largo como para pertenecer a la víctima. ¿La sospechosa es pelirroja?

—No —respondió Fabel, mientras Maria y Werner intercambiaban una mirada. Habían sacado a Kristina Dreyer de la escena antes de que Fabel llegara.

Cuando Fabel entró en la sala de interrogatorios, la expresión de Kristina Dreyer fue casi de alivio. Estaba sentada, pequeña y desamparada, vestida con un mono blanco forense que le habían dado cuando le quitaron su propia ropa para analizarla, el cual le quedaba demasiado grande.

—Hola, Kristina —dijo Fabel, y acercó una silla a Werner y Maria. Al mismo tiempo, le entregó un expediente a Werner.

—Hola, Herr Fabel. —Las lágrimas se acumularon en los apagados ojos azules de Kristina y una escapó a través de la rugosa superficie del pómulo. Había una tensa vibración en su voz—. Esperaba que fuera usted. He vuelto a estropearlo todo, Herr Fabel. Todo se ha vuelto... desquiciado... otra vez.

—¿Por qué lo hizo, Kristina? —preguntó Fabel.

—Tenía que hacerlo. Tenía que aclararlo todo. No podía permitir que volviera a ganar.

—¿Permitir que volviera a ganar qué cosa? —preguntó Maria.

—La locura. El desorden... toda esa sangre.

Werner, que había estado hojeando el expediente, lo cerró y se reclinó en la silla con una expresión que daba a entender que todas las piezas habían caído en su sitio.

—Lo lamento, Kristina —dijo—. No había reconocido su nombre. Ya hemos estado aquí antes, ¿verdad?

Kristina miró a Fabel con ojos de horror y de súplica. Fabel notó que al mismo tiempo ella comenzaba a temblar, y que su respiración se tornaba difícil y agitada. Fabel había visto sospechosos asustados antes, pero había algo pavoroso en el terror que pareció sobrecoger de pronto a Kristina, y una alarma sonó en la mente de Fabel.

—¿Se encuentra bien, Kristina? —preguntó. Ella asintió con un gesto.

—Esto no es lo mismo. Esto no es lo mismo de ninguna manera... —le dijo ella a Werner—. La última vez...

Su voz vaciló y Fabel se dio cuenta de que el temblor se había convertido en un pronunciado estremecimiento.

—¿Está segura de que se siente bien? —volvió a preguntar.

Todo ocurrió tan rápido que Fabel no tuvo tiempo de reaccionar. La respiración de Kristina adoptó un enfático y acuciante estridor; su cara se ruborizó con un tono rojo subido y acuciante y luego perdió todo color. Se levantó a medias de la silla y se aferró a los bordes de la mesa con una presión tal que los nudillos, enrojecidos por el detergente, se le pusieron blancos y amarillentos. Cada inhalación se convertía en un prolongado espasmo que le sacudía todo el cuerpo; sin embargo, las exhalaciones parecían cortas y superficiales. Semejaba una persona atrapada en un vacío, absorbiendo desesperadamente aire para llenar unos pulmones que lo pedían a gritos. Se tambaleó hacia delante, plegándose sobre la cintura, su cabeza cayó con fuerza contra la mesa y luego, como si tirara de ella una cuerda invisible, se sacudió hacia la derecha y se desplomó de costado. Fabel se abalanzó sobre ella para atraparla.

Maria se movió tan rápido que Fabel ni se dio cuenta de que ella había empujado su propia silla contra el suelo. De manera intempestiva, hizo a un lado a Fabel con el hombro, agarró a Kristina con fuerza de los antebrazos y la ayudó a sentarse en el suelo. Luego abrió la cremallera del mono de Kristina a la altura del cuello.

—Una bolsa... —les ladró Maria a Fabel y Werner, quienes la miraron sin entender—. Traedme una bolsa. Una bolsa de papel, de plástico... cualquier cosa.

Werner salió corriendo de la sala. Fabel se arrodilló junto a Maria, quien cogió la cara de Kristina entre las manos y la miró a los ojos.

—Escúcheme, Kristina, va a ponerse bien. Está sufriendo un ataque de pánico. Trate de controlar la respiración. —Maria se volvió hacia Fabel—. Está en un estado de pánico extremo y manda demasiado oxígeno al torrente sanguíneo... Llama a un médico.

Werner irrumpió en la sala con una bolsa marrón de papel. Maria la colocó sobre la nariz y la boca de Kristina y la apretó con fuerza. Cada jadeo hacía que la bolsa se arrugara sobre sí misma. Por fin, la respiración de Kristina retomó algo parecido a un ritmo normal. Dos enfermeros entraron en la sala de interrogatorios. Maria se puso de pie y se apartó para dejarlos trabajar.

—Va a recuperarse —dijo—. Pero creo que será mejor que la doctora Eckhardt lleve a cabo su evaluación antes de que volvamos a interrogarla.

—Muy impresionante —dijo Werner—. ¿Cómo supiste lo que había que hacer?

Maria se encogió de hombros, sin sonreír.

—Primeros auxilios básicos.

Pero, por segunda vez en el día, había algo en el lenguaje corporal de Maria que le dio a Fabel una vaga sensación de intranquilidad.

Fabel, Maria y Werner estaban sentados en la cafetería del Präsidium, tomando café en una mesa cerca del amplio ventanal desde el que podían ver las Bereitschaftspolizeikaserne, las barracas de la brigada antidisturbios que se encontraban al otro lado del aparcamiento.

—¿De modo que había sido un caso tuyo? —preguntó Werner.

—Uno de los primeros que tuve en la Mordkommission —dijo Fabel—. El caso de Ernst Rauhe. Era un sádico sexual muy peligroso... un violador y asesino en serie que se cargó a seis víctimas en los años ochenta antes de que lo atraparan. Se sentenció que era un psicópata y lo internaron en el pabellón de alta seguridad del hospital Krankenhaus Ochsenzoll. Él llevaba allí varios años cuando yo entré en la brigada.

—¿Se escapó? —preguntó Maria.

—Desde luego... —fue Werner quien contestó—. Yo llevaba uniforme en aquella época y participé en la cacería... Una dura caminata en zona pantanosa en busca de un lunático. El tipo recibió ayuda del interior.

—¿Kristina?

—Sí. —Fabel contempló su café y trazó un remolino en su superficie con una cuchara, como si estuviera revolviendo sus propios recuerdos en la taza—. Era enfermera en el hospital. Ernst Rauhe no era particularmente inteligente pero sí un manipulador consumado. Y como habréis notado, Kristina no posee la más resistente de las personalidades. Rauhe la convenció de que ella era el amor de su vida, su salvación. La conquistó totalmente y le hizo creer más allá de toda duda que él era inocente de todas las acusaciones que le habían hecho, pero, desde luego, debido a que lo habían internado en un hospital psiquiátrico, jamás lo tomarían en serio si intentaba probarlo. O, al menos, eso fue lo que le dijo. —Hizo una pausa y bebió un sorbo de café—. Más tarde se averiguó que Kristina había querido hacer una campaña para que lo dejaran en libertad, pero él la había convencido de que sería inútil y que ella debía ocultar al mundo su apoyo, hasta que pudieran usarlo de una manera más ventajosa.

—Es decir, para ayudarlo a escapar —dijo Werner—. Por lo que recuerdo, no sólo lo ayudó a escapar sino que lo ocultó en su propio apartamento.

—Oh, Dios... —dijo Maria—. ¡Ya me acuerdo!

Fabel asintió.

—Como dijo Werner, casi todas las divisiones de policías uniformados y detectives de Hamburgo y cercanías, Niedersachsen y Schleswig-Holstein, participaron de la búsqueda. Nadie consideró que podría haber tenido ayuda de dentro ni que había salido en coche, con toda comodidad, del pabellón de alta seguridad. Durante casi dos años revisaron meticulosamente cada granero, cada edificación anexa y cada albergue de vagabundos. Pasó más de un mes hasta que el hospital se comunicó con la policía. Estaban muy preocupados por una de sus enfermeras, que había perdido peso y que se presentaba a trabajar llena de magulladuras. Más tarde se había ausentado durante varios días sin dar ningún tipo de aviso o contacto. Fue entonces cuando en el hospital averiguaron que, aunque limitado, ella había tenido algún contacto con Rauhe. Además de la pérdida de peso y los golpes, sus colegas informaron de que el comportamiento de aquella enfermera se había vuelto cada vez más extraño y reservado en las semanas anteriores a su desaparición.

—Y esa enfermera era Kristina Dreyer —concluyó Maria el pensamiento de su jefe.

—Lo primero que pensamos —dijo Fabel, después de asentir con un gesto— era que Rauhe la había seguido después de escaparse y que la había escogido como víctima mientras era paciente del hospital y, posteriormente, la había secuestrado y probablemente asesinado. Por eso se hizo participar a la Mordkommission. Yo fui con una división al apartamento de Kristina, en Harburgo. Oímos sonidos dentro... Lloriqueos... Entonces derribamos la puerta y, como esperábamos, nos encontramos con la escena de un homicidio. Pero no era Kristina la que había sido asesinada. Ella estaba de pie, desnuda, en el medio del apartamento. Estaba cubierta de sangre de los

pies a la cabeza. De hecho, toda la sala estaba cubierta de sangre. Tenía un hacha en la mano y allí, en el suelo, estaba lo que quedaba de Ernst Rauhe.

—¿Entonces la historia se repite? —dijo Maria.

Fabel suspiró.

—No lo sé. Es que no encaja. Durante la investigación descubrimos que Ernst Rauhe se había divertido durante la última parte de su libertad violando y torturando reiteradamente a Kristina. Al parecer ella fue muy bonita, pero en los últimos días le destrozó la cara a golpes. Pero tal vez fuera el tormento psicológico al que la sometió lo que la llevó a matarlo, más que el maltrato físico. Él la hacía arrastrarse desnuda, como un perro. No la dejaba lavarse. Era horrible. Después la estrangulaba, varias veces, y siempre casi hasta la muerte. Ella se dio cuenta de que sólo era cuestión de tiempo que él se cansara de ella. Y cuando eso ocurriera, sabía que él la asesinaría, como había hecho con todas las otras.

—¿De modo que decidió atacar primero?

—Sí. Le pegó en la nuca con el hacha. Pero era demasiado pequeña y ligera y el golpe no lo mató. Cuando él se le abalanzó encima, ella siguió golpeándolo con el hacha, una y otra vez. Finalmente, Ernst Rauhe murió desangrado, pero las pruebas demostraron que Kristina continuó hachándolo durante mucho tiempo después de la muerte. Había sangre, restos de carne y huesos por todas partes. Le había aplastado la cara a golpes. En aquel entonces, aquélla fue, de lejos, la peor escena de un crimen a la que había asistido.

Maria y Werner se quedaron en silencio durante un momento, como si hubiesen sido transportados al pequeño apartamento alquilado de Harburgo, donde un Fabel más joven había quedado asombrado y horrorizado por una escena salida del mismo infierno.

—Kristina jamás fue condenada por el homicidio de Rauhe —continuó Fabel—. Se llegó a la conclusión de que se había vuelto temporalmente loca por el tratamiento sádico al que Rauhe la había sometido y que, en cualquier caso, tenía buenas razones para creer que él la mataría. Pero sí tuvo que cumplir seis años en Fuhlsbüttel por ayudarlo a escapar. Si él hubiera llegado a matar a alguna otra persona en ese período, dudo que la hubieran sentenciado a menos de quince años.

—Tienes razón —dijo Maria por fin—. No tiene sentido. Por lo que sabemos, Kristina no tenía ninguna relación con Hauser, salvo que le limpiaba la casa una vez por semana. Y hemos visto la mutilación del cadáver. Eso llevaría tiempo. Fue algo deliberado, y habría hecho falta premeditación... un plan. Además, tiene alguna clase de significado. Por lo que has dicho, cuando Kristina mató a Rauhe lo hizo en un frenesí producido por una acumulación de terror continuo y una repentina exaltación de pánico y furia. Todo bajo una emoción violenta. El asesinato de Hauser fue planeado, no hay duda de eso. A sangre fría.

Fabel asintió.

—Eso es lo que yo creo. Fijaos en el ataque que ella acaba de tener. No hay duda de que está terriblemente tensa, lo que no encaja con lo que hemos visto en la escena del crimen.

—Un momento —intervino Werner—. ¿No estamos olvidándonos de que la encontraron tratando de cubrir sus huellas? Si eres inocente, ¿por qué intentarías ocultar las pruebas? Además, es demasiada coincidencia que la persona que atrapamos hubiera matado a alguien antes.

—Lo sé —dijo Fabel—. No estoy diciendo que no fuera Kristina. Lo único que digo es que las piezas aún no encajan y que tenemos que mantener una actitud abierta.

Werner se encogió de hombros.

—Tú eres el jefe...

17.30 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, ALSTERDORF, HAMBURGO

Para cuando Susanne le dijo a Fabel que podía volver a entrevistar a Kristina Dreyer, el peso acumulado de su primer día de trabajo después de las vacaciones había empezado a afectarlo. Susanne y él estaban sentados en su oficina, bebiendo café y discutiendo el estado mental de Kristina. El cansancio pálido y resignado que delataban los ojos oscuros de Susanne era idéntico al que sentía Fabel. Lo que para ambos había comenzado como un primer día tranquilo se había convertido en algo complejo y exigente.

—Tendrás que tratarla con mucho cuidado —dijo Susanne—. Se encuentra en un estado muy frágil. Y creo que yo tendría que estar presente en la entrevista.

—De acuerdo... —Fabel se frotó los ojos, como si estuviera tratando de expulsar el agotamiento—. ¿Cuál es tu evaluación?

—Está claro que padece una neurosis severa, pero no veo ninguna clase de psicosis. Tengo que decir que, a pesar de las pruebas que hay en su contra, me parece que es una candidata muy poco probable para este homicidio. Mi opinión sobre Kristina Dreyer es que ella es más bien la víctima de un crimen, no la autora.

—De acuerdo... —Fabel le abrió la puerta a Susanne—. Vayamos a averiguarlo.

Kristina Dreyer parecía pequeña y vulnerable en el mono blanco forense que llevaba puesto desde varias horas antes. Fabel se sentó junto a la pared y permitió que Maria y Werner dirigieran la entrevista. Susanne se ubicó junto a Kristina, quien había renunciado al derecho de tener un representante legal.

—¿Se siente con ganas de hablar, Kristina? —le preguntó Maria, aunque no había un tono de petición en su voz. Encendió la grabadora negra sin esperar respuesta. Kristina asintió con un gesto.

—Lo único que quiero es aclarar todo esto —dijo—. Yo no lo maté. Yo no maté a Herr Hauser. Casi nunca lo veía.

—Pero Kristina —dijo Werner—, usted ya ha matado antes. Y la encontramos limpiando la escena de este homicidio. Si lo que quiere es «aclarar todo esto», ¿por qué no nos dice la verdad? Sabemos que mató a Herr Hauser y que trató de ocultarlo. Si no la hubiesen interrumpido, se habría salido con la suya.

Kristina contempló a Werner pero no respondió. A Fabel le pareció que temblaba un poco.

—Tranquilícese un poco, Kommissar —le dijo Susanne a Werner. Se volvió hacia Kristina y suavizó su tono—. Kristina, Herr Hauser ha sido asesinado. Como usted ha limpiado toda la suciedad le ha hecho muy difícil a la policía averiguar exactamente qué ha ocurrido. Y cuanto más tardan en llegar al fondo de este asunto, más difícil será encontrar al asesino, si no es usted. Debe contarles a los agentes todo lo que pueda sobre lo que ocurrió exactamente.

Kristina Dreyer volvió a asentir, luego le lanzó una mirada a Fabel por encima del hombro de Maria, como si buscara el apoyo del policía que la había arrestado más de diez años antes.

—Usted sabe lo que ocurrió aquella vez, Herr Fabel. Sabe lo que Ernst Rauhe me hizo.

—Sí, Kristina. Y quiero entender lo que ha ocurrido esta vez. ¿Herr Hauser le hizo algo?

—No... Por Dios, no. Como ya he dicho, prácticamente no lo veía. Él siempre se iba a trabajar antes de que yo llegara a su casa. Me dejaba el dinero sobre la repisa del vestíbulo. No me hizo nada. Nunca.

—Entonces, ¿qué ocurrió, Kristina? Si usted no mató a Herr Hauser, ¿por qué la encontraron limpiando la escena del asesinato?

—Había mucha sangre. Mucha. En todas partes. Enloquecí. —Kristina hizo una pausa; luego, aunque sin perder el temblor, su voz se endureció, como si hubiera tensado un cable de acero en sus nervios—. Llegué esta mañana a la casa de Herr Hauser para limpiar, como siempre. Tengo una llave, y entré. Supe que algo andaba mal apenas entré en el apartamento. Entonces encontré... Entonces encontré esa cosa...

—¿El cuero cabelludo? —preguntó Fabel.

Kristina asintió.

—Estaba clavado con un alfiler en la puerta del baño. Tardé muchísimo tiempo en limpiarlo.

—Un momento —dijo Werner—. ¿A qué hora llegó al apartamento de Herr Hauser?

—A las ocho y cincuenta y siete. Exactamente a las ocho y cincuenta siete de la mañana. —Mientras respondía, Kristina frotó con la punta del dedo un punto en la

superficie de la mesa de interrogatorios—. Yo nunca, nunca llego tarde. Pueden verificarlo en mi libreta de citas.

—¿Entonces, después de que encontrase el cuero cabelludo, lo puso en la bolsa de residuos y comenzó a limpiar la puerta? —preguntó Werner.

—No. Primero entré en el baño y encontré a Herr Hauser.

—¿Dónde estaba?

—Entre el inodoro y la bañera. Sentado a medias, como si...

—¿Y dice que ya estaba muerto en ese momento? —preguntó Maria.

—Sí. —Sus ojos brillaron por las lágrimas—. Estaba allí sentado, con la parte superior de la cabeza arrancada... era horrible.

—Bien —dijo Susanne—. Tómese un momento para serenarse.

Kristina inhaló con fuerza y asintió. Sin darse cuenta, se humedeció la punta del dedo con la lengua y volvió a frotar el mismo punto en la superficie de la mesa, como si estuviera tratando de limpiar alguna mancha que era totalmente invisible para los otros que estaban presentes en la sala.

—Fue horrible —continuó por fin—. Horrible. ¿Cómo alguien podría hacerle algo así a una persona? Y Herr Hauser parecía tan amable... Como les he dicho, él casi nunca estaba en la casa cuando yo iba a limpiar, pero cada vez que me lo cruzaba, se mostraba muy atento y cortés. No sé por qué alguien le haría una cosa así...

—Lo que no sabemos ni entendemos —dijo Maria— es por qué alguien que encuentra la escena de un homicidio decide no contactar con la policía y, en cambio, se dispone a limpiarla... destruyendo pruebas esenciales. Si usted es inocente, Kristina, ¿por qué ocultó todos los rastros del crimen?

Kristina continuó frotando la mancha invisible en la superficie de chapa de la mesa de interrogatorios. Luego habló, sin levantar la mirada.

—Dijeron que tenía las facultades mentales perturbadas cuando maté a Rauhe. Que el equilibrio de mi mente se había alterado. Eso no lo sé. Pero sí sé que en la prisión, durante un tiempo, enloquecí. Estuve a punto de perder la razón para siempre. Fue por lo que Rauhe me hizo. Por lo que yo le hice a él. —Levantó la mirada, con el rostro endurecido y los ojos rojos y húmedos por las lágrimas—. Tenía ataques de pánico muy fuertes. Mucho peores que el que tuve hoy. Me sentía como si me sofocara, como si el mismo aire que estaba respirando me asfixiara. Era como si todos mis temores, todas las cosas que alguna vez me habían dado miedo, y todo aquel terror que Rauhe me había provocado... todo se me viniera encima en el mismo momento. La primera vez creí que tenía un infarto... y me alegré. Pensé que estaba a punto de salir de este infierno. En la cárcel empezaron a vigilarme por si decidía suicidarme y me obligaron a tener sesiones con el psiquiatra. Me dijeron que tenía un estrés postraumático extremo y un trastorno obsesivo compulsivo.

—¿Qué características tenía el TOC? —preguntó Susanne.

—Desarrollé una fuerte fobia a la contaminación... a la suciedad, a los gérmenes. En especial a todo lo que tuviera que ver con la sangre. Se hizo tan fuerte que dejé de menstruar. Pasé la mayor parte del tiempo que estuve en la cárcel entrando y saliendo del pabellón hospitalario. Cualquier motivo podía desencadenarlo. Los ataques de pánico se hicieron cada vez más graves hasta que finalmente me instalaron en el pabellón hospitalario de la prisión de manera permanente.

—¿Con qué la trataban? —preguntó Susanne.

—Clordiazepóxido y amitriptilina. Luego dejaron de darme la amitriptilina porque me colocaba demasiado. También hice mucha terapia, y eso me sirvió bastante. Si han revisado mi expediente, sabrán que me dejaron salir antes de lo esperado.

—¿Entonces la terapia dio resultado? —preguntó Werner.

—Sí y no... Mejoré bastante y pude enfrentarme a la vida cotidiana. Pero no fue hasta que me pusieron en libertad que comencé a estar mucho mejor. Me derivaron a una clínica especial, aquí en Hamburgo, que se especializa en fobias, trastornos de ansiedad y trastornos obsesivos compulsivos.

—¿La Clínica del Miedo, la que dirige el doctor Minks? —preguntó Maria.

—Sí... Ésa. —Kristina parecía sorprendida.

Hubo un breve silencio mientras todos aguardaban a que Maria continuara con la pregunta, pero no lo hizo, sino que se limitó a clavar en Kristina su mirada firme y gris azulada.

—El doctor Minks hizo maravillas —siguió Kristina—. Me ayudó a recuperar mi vida. A recomponerme una vez más.

—Debió de ser muy eficaz. —Werner se recostó en la silla y sonrió—. Tanto como para que usted se convirtiera en una limpiadora. Quiero decir, ¿acaso eso no significa que usted se enfrenta a su peor temor todos los días?

—¡Es exactamente así! —Kristina se animó repentinamente—. El doctor Minks me hizo enfrentarme a mis demonios. A mis temores. Comencé paso por paso, con el doctor Minks a mi lado para ayudarme. Fui exponiéndome cada vez más a las cosas que desencadenaban mis ataques de pánico.

—Anegamiento... —asintió Susanne—. El objeto de terror se convierte en un objeto familiar.

—Correcto... eso es exactamente lo que decía el doctor Minks. Afirmaba que yo podría aprender a controlar y canalizar mi fobia, hasta reducirla y vencerla. —Estaba claro, por la manera en que pronunciaba esas palabras, que Kristina estaba usando un vocabulario desacostumbrado que había tomado de su psicólogo—. Él me demostró que yo podía controlar el caos y poner orden en mi vida. Tanto, que terminé siendo una limpiadora. —Hizo una pausa y todo el fervor desapareció de su expresión—. Cuando entré en el apartamento de Herr Hauser... cuando vi a Herr Hauser y lo que le habían hecho, pensé que mi mundo estaba desmoronándose. Era como cuando yo estaba en mi viejo apartamento, cuando yo... —Dejó morir el pensamiento—. Pero el

doctor Minks me enseñó que tengo que mantener el control. Me dijo que no debía permitir que mi pasado o mis temores me definieran, que definieran lo que soy capaz de hacer. El doctor Minks me explicó que tengo que contener lo que temo y que, al hacerlo, contendré el propio temor. Había sangre. Mucha sangre. Era como si estuviera al borde de un precipicio. Realmente sentí que estaba a un paso de volverme loca. Tenía que recuperar el control. Tenía que coger el miedo antes de que me cogiera a mí.

—¿Entonces empezó a limpiar? ¿Eso es lo que quiere decir? —preguntó Werner.

—Sí. Primero la sangre. Me llevó muchísimo tiempo. Luego todo lo demás. No lo dejé ganar. —Kristina volvió a frotar la mancha invisible en la superficie de la mesa. Una última vez, con decisión—. ¿No se dan cuenta? El Caos no ganó. Mantuve el control.

19.10 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, ALSTERDORF, HAMBURGO

El equipo celebró una breve reunión después del interrogatorio a Kristina Dreyer. Ella seguía siendo la principal sospechosa y la retendrían en custodia durante la noche, pero era evidente que ninguno de los miembros de la Mordkommission estaba convencido de su culpabilidad.

Después de que Fabel diera por terminada la reunión, le pidió a Maria que se quedara.

—¿Está todo bien, Maria? —le preguntó cuando estuvieron solos. La expresión de Maria transmitía, con suma elocuencia, su impaciencia y su frustración—. Es que no has hablado mucho durante la reunión...

—Creo que no había mucho que decir, para ser honesta, *chef*. Creo que tendremos que ver los resultados de los análisis forenses y patológicos para saber exactamente lo que ocurrió. Tampoco es que Kristina Dreyer nos dejara mucho material que analizar.

Fabel asintió, pensativo. Luego preguntó:

—¿Por qué conoces esa Clínica del Miedo a la que ella asistía?

—Tuvo bastante difusión cuando se abrió. Leí un artículo sobre la clínica en el *Abendblatt*. Es muy especial, y cuando Kristina dijo que asistía a una Clínica del Miedo, me pareció que era la única que encajaba.

Si Maria ocultaba algo, Fabel no consiguió descifrarlo en su rostro y se sintió, no por primera vez, profundamente irritado por esa actitud tan reservada y distante. Después de lo que habían pasado juntos, a él le parecía que merecía su confianza. Sintió el impulso de confrontarla, de preguntarle qué demonios le ocurría. Pero si había algo que Fabel sabía sobre sí mismo, era que él era un ejemplo típico de su edad y su contexto histórico, y que acostumbraba reprimir cualquier expresión espontánea de sus sentimientos. Ello significaba que se acercaba a las cosas de una manera más mesurada; también significaba que muchas veces el remolino de sus sentimientos se revolvía en lo más profundo de su ser. Decidió dejar el tema. No

mencionó el hecho de que el comportamiento de Maria le preocupaba. No le preguntó si su vida seguía destrozada por el horror de lo que le había ocurrido. Y, lo más importante de todo, no le puso nombre al monstruo cuyo espectro, en momentos como éste, se interponía entre ellos: Vasyl Vitrenko.

Aquel hombre había entrado en sus vidas como un oscuro sospechoso durante la investigación de un homicidio y había dejado una marca muy tangible en cada uno de los miembros del equipo. Vitrenko era un exagente de la Spetsnaz ucraniana, tan habilidoso con los instrumentos de la muerte como un cirujano lo era con los de la vida. Había usado a Maria como táctica dilatoria mientras llevaba a cabo su escapatoria, dejando cruelmente su vida colgando de un hilo y obligando a Fabel a abandonar su persecución.

—¿Qué crees, Maria? —dijo por fin—. Hablo de Dreyer... ¿crees que ha sido ella?

—Es totalmente posible que ella volviera a dar ese paso hacia la locura. Tal vez no recuerde haber matado a Hauser. Tal vez cuando limpió la escena del asesinato también limpió el recuerdo del crimen de su mente. O quizás esté diciéndonos la verdad. —Maria hizo pausa—. El miedo puede hacer que todos nos comportemos de maneras extrañas.

20.00 H, MARIENTHAL, HAMBURGO

Aquello, después de todo, era a lo que el doctor Gunter Griebel le había dedicado la mayor parte de su vida. Tan pronto vio a aquel joven pálido y de pelo oscuro se produjo un instante de reconocimiento, se dio cuenta instintivamente de que estaba mirando un rostro que le era familiar: el de alguien a quien conocía.

Pero en realidad Griebel no conocía a aquel joven. Cuando empezaron a hablar, quedó claro que no se habían visto antes. Sin embargo, la idea de familiaridad siguió presente, acompañada de la sensación firme y tentadora de que ese reconocimiento llegaría muy pronto, de que si pudiera ubicar ese rostro en un contexto, todas las piezas encajarían en su sitio. Y el joven tenía una mirada desconcertante, un rayo láser clavado en el hombre mayor.

Pasaron al estudio y Griebel le ofreció una copa a su huésped, pero éste declinó la invitación. Había algo extraño en la forma en que el joven se desplazaba por la casa, como si cada movimiento fuera medido, calculado. Después de un momento de incomodidad, Griebel le indicó a su invitado que se sentara.

—Gracias por recibirme —dijo el más joven de los dos—. Le pido disculpas por la manera tan poco ortodoxa en que me presenté. No tenía la intención de molestarlo mientras usted le presentaba sus respetos a su difunta esposa, pero fue pura casualidad que estuviéramos los dos en el mismo lugar y a la misma hora, justo cuando yo estaba a punto de telefonarlo para concertar una entrevista.

—¿Ha dicho usted que también es científico? —preguntó Griebel, más para evitar otro incómodo silencio que por un interés genuino—. ¿Cuál es su disciplina?

—No es muy lejana de la suya, doctor Griebel. Estoy fascinado por sus investigaciones, en especial aquéllas referidas a la forma en que un trauma sufrido en una generación puede tener consecuencias en las generaciones siguientes. O que acumulamos recuerdos que pasan de generación en generación. —El joven estiró las manos en el cuero del sillón. Se las miró, y miró el cuero, como si estuviera reflexionando sobre ellas—. A mi manera, yo también busco la verdad. Tal vez la verdad que yo busco no sea tan universal como la suya, pero la respuesta se encuentra en la misma área. —Volvió a apuntar a Griebel con su rayo láser—. Pero la razón por la que estoy aquí no es profesional. Es personal.

—¿En qué sentido personal? —Griebel volvió a tratar de recordar si había visto antes a aquel joven y dónde o, si no, a quién le recordaba.

—Como le expliqué antes en el cementerio, estoy buscando las respuestas de algunos de los misterios de mi propia vida. Siempre he estado acosado por recuerdos que no son míos... por una vida que no es la mía. Y ésa es la razón por la que usted, y sus investigaciones, me interesan tanto.

—Con el mayor de los respetos —la voz de Griebel tenía un filo de irritación— ya he oído todo esto antes. Yo no soy filósofo. Tampoco soy psicólogo y, desde luego, no soy ninguna especie de chamán New Age. Soy un científico que investiga realidades científicas. No acepté verlo a usted para explorar los enigmas de su existencia. Sólo accedí a verlo por lo que usted dijo sobre... bueno, sobre el pasado... los nombres que ha mencionado. ¿De dónde ha sacado esos nombres? ¿Qué le ha hecho pensar que la gente que mencionó tenía algo que ver conmigo?

El joven abrió la boca en una sonrisa amplia, fría y sin alegría alguna.

—Parece que ha pasado tanto tiempo, ¿verdad, Gunter? Toda una vida. ¿Tú, yo y los otros? Tú has tratado de seguir adelante... de hacerte una vida nueva. Si es que puedes llamar vida a esta banalidad burguesa tras la que te escondes. Y todo el tiempo intentas fingir que el pasado no ha ocurrido.

Griebel frunció el ceño y se concentró con fuerza. Hasta la voz era familiar, con tonos que había oído en algún lugar, alguna vez, antes.

—¿Quién eres? —preguntó por fin—. ¿Qué quieres?

—Ha pasado mucho tiempo, Gunter. Todos vosotros os sentíais felices con vuestras nuevas vidas, ¿verdad? Pensabais que lo habíais dejado todo atrás. Que me habíais dejado atrás. Pero habéis construido vuestras vidas sobre la traición. —El joven señaló el estudio de Griebel, el equipo, los libros, con un desdeñoso gesto de la mano—. Has dedicado mucho tiempo, la mayor parte de tu vida, a tus estudios, a tu búsqueda de respuestas. Has dicho que eres un científico buscando verdades científicas; pero yo te conozco, Gunter. Tú estás buscando desesperadamente las mismas verdades que yo. Quieres ver en el pasado, averiguar qué es lo que nos hace

ser como somos. Y, a pesar de todo tu trabajo, no has adelantado nada. Pero yo sí, Gunter. Yo he visto las respuestas que buscas. Yo soy la respuesta que buscas.

—¿Quién demonios eres? —volvió a preguntar Griebel.

—Pero Gunter... tú ya sabes quién soy... —la luminosa y helada sonrisa del joven se mantuvo fija en su sitio—. No me digas que no te das cuenta... —Se puso de pie y sacó un gran estuche de terciopelo del maletín que había dejado en el suelo a su lado.

20.50 H, PÖSELDORF, HAMBURGO

Fabel se sentía cansado hasta los huesos. Lo que había supuesto que sería un tranquilo primer día de regreso al trabajo había adoptado inesperadamente una forma inmensa y densa que se había ubicado, inmóvil e inevitable, en su camino. Sentía que los esfuerzos que había tenido que hacer para superar ese obstáculo le habían quitado toda la luz al día y toda la energía a su cuerpo.

Susanne había quedado a cenar en el centro con una amiga y Fabel se encontró sin saber qué hacer la primera noche después de sus vacaciones. Antes de salir del Präsidium, telefoneó a su hija, Gabi, que vivía con su madre, para ver si estaba libre para encontrarse con él e ir a comer algo, pero ella ya había hecho planes. Gabi le preguntó qué tal habían ido sus vacaciones y charlaron un rato antes de quedar en reunirse algunos días más tarde. Por lo general, Fabel se sentía reanimado después de hablar con su hija, que había heredado parte de la alegría irresponsable que caracterizaba a Lex, su hermano; pero esa noche el hecho de que ella no estuviera disponible no hizo otra cosa que perturbarlo todavía más.

No le gustaba cocinar para sí mismo y sintió la necesidad de estar rodeado de gente, de modo que decidió regresar a su apartamento para refrescarse antes de salir a comer. Fabel había vivido en el mismo sitio durante los últimos siete años. Estaba a una manzana de la Milchstrasse, en una zona que, para muchos, se había convertido en el lugar más de moda de Hamburgo: Pöseldorf, en el distrito de Rotherbaum. El apartamento de Fabel era el ático de un gran edificio de finales del siglo XIX. La antigua casa señorial se había reformado para crear tres elegantes apartamentos. Por desgracia, el rendimiento económico de Alemania en aquella época no era equivalente a la ambición de los constructores y los precios de la propiedad en Hamburgo se habían desplomado. Fabel había aprovechado la oportunidad de ser propietario en lugar de inquilino y había comprado aquel estudio en un ático. Muchas veces había pensado en la ironía de la situación: él había terminado en ese apartamento tan moderno y en una ubicación tan perfecta gracias a que su matrimonio y la economía alemana se habían desmoronado exactamente en el mismo momento.

Incluso con esa caída en los precios de las propiedades, lo único que Fabel pudo pagar en Pöseldorf era ese apartamento de un ambiente. Era pequeño, pero a él

siempre le parecía que había valido la pena sacrificar espacio por esa ubicación. Cuando los constructores reformaron el edificio, reconocieron el potencial de su vista e instalaron enormes ventanales, que iban prácticamente desde el suelo hasta el techo, en el costado del edificio que daba a Magdalenen Strasse y desde donde se veía todo el verde del Alsterpark, el lago Aussenalster y las zonas de vegetación que lo bordeaban. A través de esas ventanas, Fabel podía ver los blancos y rojos transbordadores que cruzaban el Alster y, en un día claro, alcanzaba a divisar las elegantes mansiones blancas y la resplandeciente cúpula turquesa de la mezquita iraní en el Schöne Aussicht, en la otra orilla del Alster.

Había sido un lugar perfecto para él. Un espacio para no compartir con nadie. Pero a medida que su relación con Susanne fue desarrollándose, todo aquello comenzó a cambiar. Estaba comenzando una nueva etapa de su vida; incluso tal vez una nueva vida. Le había pedido a Susanne que se fuera a vivir con él y estaba claro que aquel apartamento de Pöseldorf era demasiado pequeño para los dos. El apartamento de Susanne sí era lo bastante grande, pero era alquilado y Fabel, que había dado el salto de inquilino a propietario, algo muy difícil en Alemania, no quería volver a alquilar. De modo que habían decidido reunir sus recursos y comprar otro apartamento. La economía estaba saliendo de un estancamiento que había durado ocho años y Fabel conseguiría un buen precio por su apartamento, o bien podría alquilarlo, y eso más los ingresos de los dos tal vez les permitiera costearse algo medianamente decente y no muy lejos del centro de la ciudad.

Todo sonaba bien y sensato, y había sido el mismo Fabel quien había propuesto la idea de vivir juntos, pero cada vez que pensaba en mudarse de Pöseldorf y su espacio pequeño e independiente con aquella vista tan grandiosa, su corazón daba un vuelco. Al principio, Susanne era la más renuente de los dos. Fabel sabía que ella había pasado por una mala experiencia con un compañero dominante. Aquel tipo había hecho mucho daño a su autoestima y la relación había sido un desastre para Susanne. Como resultado, ella protegía mucho su independencia. Eso era todo lo que Fabel sabía; por lo general Susanne era franca y sincera pero no estaba preparada para contarle nada más al respecto. Ni Fabel ni ninguna otra persona podían acceder a esa parte de su pasado. De todas maneras, poco a poco ella había comenzado a aceptar la idea de irse a vivir juntos y finalmente había pasado a ser la que más impulsaba la búsqueda de un nuevo lugar para compartir.

Fabel aparcó en el espacio asignado a su edificio y entró en su apartamento. Se dio una ducha rápida, se puso una camisa y pantalones negros y una chaqueta liviana inglesa antes de volver a salir y dirigirse a la Milchstrasse.

En sus orígenes, Pöseldorf había sido el *Armeleutegegend* —el barrio pobre de Hamburgo— y todavía tenía la atmósfera ligeramente disonante de una aldea en el corazón de una gran ciudad. Sin embargo, a partir de la década de 1960 se había puesto cada vez más de moda y, en consecuencia, el nivel financiero de sus residentes había pasado de un extremo al otro. La imagen de una impecable prosperidad *chic*

había quedado subrayada por el éxito de nombres tales como el de la diseñadora Jill Sander, cuyo imperio en el mundo de la moda había empezado en un estudio y una boutique de Pöseldorf. La Milchstrasse se encontraba en el centro mismo de ese barrio, y era una calle estrecha repleta de vinerías, clubes de jazz, tiendas finas y restaurantes.

Fabel tardó menos de cinco minutos en llegar andando desde su apartamento a su cafetería y bar favorito. Ya había bastante gente cuando entró, y tuvo que abrirse paso entre el grupo de clientes que se agolpaban en el cuello de botella de la barra. Avanzó hasta la zona elevada del comedor, que estaba en el fondo, y se sentó en una mesa libre que estaba en una esquina, dándole la espalda a la pared de ladrillos. En el momento en que se acomodó se dio cuenta de pronto de lo cansado que estaba. Y viejo. Su primer día de regreso después de las vacaciones le había costado mucho y cada vez le resultaba más difícil volver a entrar en ritmo. Tratando de reunir apetito, se esforzó por apartar de su mente la imagen de la cabeza de Hans-Joachim Hauser con el cuero cabelludo arrancado. Pero se dio cuenta de que otra imagen desconcertante ocupaba su lugar: la fotografía tomada en el depósito de cadáveres de una muchacha joven y bonita con altos pómulos esclavos, a quien los traficantes de personas habían robado su nombre y su dignidad y a quien luego un don nadie gordo y con calvicie incipiente le robó la vida. Fabel coincidía con Maria en más aspectos de lo que le hubiera gustado admitir, y le habría encantado permitirle que continuara investigando el caso de Olga X, que encontrara a los criminales organizados que la habían arrastrado a la prostitución ofreciéndole la falsedad de una nueva vida. Pero ése no era el trabajo de su equipo.

La llegada del camarero a la mesa interrumpió sus pensamientos. Aquel hombre había atendido a Fabel varias veces antes y conversó con él sin prisas antes de tomar nota de su pedido. Era un pequeño rito que señalaba a Fabel como cliente habitual, pero que también le daba una sensación de lugar, de pertenecer a algún sitio. Fabel sabía que era una criatura de costumbres, un hombre previsible a quien le gustaban las rutinas con las que medir y mantener el orden de su universo. Allí, sentado en la cafetería que elegía invariablemente para cenar, se dio cuenta de que estaba irritado consigo mismo, con el hecho de que las apuestas intuitivas que estaba dispuesto a hacer en su trabajo no parecían extenderse a la manera en que organizaba su vida privada. Pero así era, justamente, como estaba su vida privada: organizada. Por un momento pensó en dar una excusa y marcharse, caminar unos pasos por la Milchstrasse y cenar en un sitio diferente. Pero no lo hizo; en cambio, pidió una cerveza Jever y una ensalada de arenque. Lo de siempre.

El camarero acababa de traerle la cerveza cuando Fabel se dio cuenta de que había alguien de pie a su lado. Levantó la mirada y vio a una mujer alta de unos veinticinco años, de pelo largo marrón oscuro y grandes ojos color avellana. Llevaba una elegante falda y una blusa, prendas sencillas y de buen gusto, que no ocultaban

las mortales curvas de su silueta. Ella sonrió y sus dientes brillaron dentro de una boca carnosa y de labios pintados.

—Hola, Herr Fabel... Espero no molestarle.

Fabel se levantó a medias. Por un segundo, reconoció la cara, pero no pudo asignarle un nombre. Luego lo recordó.

—Sonja... Sonja Brun... ¿Cómo está? Por favor... —Señaló el asiento opuesto—. Por favor, siéntese...

—No... no, gracias. —Ella señaló con un vago gesto a un grupo de mujeres sentadas a otra mesa que estaba más cerca de la ventana—. He venido con unas amigas del trabajo. Pero al verlo aquí sentado he querido acercarme a saludarlo.

—Por favor, siéntese un momento. No la he visto desde hace un año. ¿Cómo se encuentra?

—Estoy bien. Más que bien. En el trabajo me va de maravilla. Me han ascendido. Ésa era la otra cosa que quería decirle... —Sonja hizo una pausa—. Realmente quería volver a agradecerle todo lo que hizo por mí.

Fabel sonrió.

—No es necesario. Ya lo ha hecho, muchas veces. Me alegro de que las cosas le estén saliendo bien.

Sonja adoptó una expresión seria.

—No es sólo que las cosas me estén saliendo bien, Herr Fabel. Es mucho más. Ahora tengo una vida nueva. Una buena vida. Nadie sabe nada de... bueno, del pasado. Y eso se lo debo a usted.

—No, Sonja. Se lo debe a usted misma. Se ha esforzado mucho para conseguirlo.

Se produjo una pausa incómoda y luego conversaron brevemente sobre el trabajo de Sonja.

—Debo volver a la mesa con mis amigas. Es el cumpleaños de Birgit y estamos celebrándolo. Ha sido muy agradable volver a verlo.

Sonja sonrió y extendió la mano.

—Yo también me alegro de verla otra vez, Sonja. Y realmente me pone muy contento que las cosas le salgan bien. —Se estrecharon la mano, pero Sonja permaneció sin moverse un momento más. Mantuvo la sonrisa, pero dio la impresión de que no estaba segura de qué hacer a continuación. Luego sacó una pequeña libreta de su bolso y escribió algo en ella antes de arrancar la hoja y entregársela a Fabel.

—Éste es mi número. Por si alguna vez anda por este barrio...

Fabel miró el papel.

—Sonja... Yo...

—No hay problema... —Ella sonrió—. Lo entiendo. Pero consévelo... por si acaso.

Se despidieron y Fabel la observó mientras ella regresaba hacia la mesa de sus amigas. Movía sus piernas largas y bien torneadas con la elegancia gatuna que él recordaba. Sonja se reunió con sus amigas, alguien dijo una broma y todas rieron,

pero en ese momento ella giró la cabeza y volvió a mirar a Fabel, sosteniéndole la mirada durante un momento, antes de sumergirse en la previsible alegría de una velada con sus compañeras de oficina.

Él volvió a mirar la tira de papel y el número de teléfono escrito en cifras grandes. Sonja Brun.

Fabel la había conocido en el transcurso de un caso en que un policía muy valiente que operaba de incógnito, Hans Klugmann, había perdido la vida. Como parte de su tapadera, Klugmann se había convertido en el novio de Sonja Brun, una joven llena de vitalidad que de alguna manera se había visto arrastrada al negocio de las fotos pornográficas y a ejercer la prostitución. Había quedado claro que Klugmann sentía algo genuino por Sonja y había tenido la intención de liberarla de una existencia degradante y autodestructiva. Después de que Klugmann muriera, Fabel le había hecho en silencio una promesa a su colega muerto: terminar el trabajo y ayudar a Sonja a escapar del submundo de vicio y corrupción de Hamburgo.

De modo que había utilizado sus contactos para encontrarle a Sonja un pequeño apartamento de alquiler al otro extremo de la ciudad, junto con un trabajo en una tienda de ropa. Había conseguido datos de cursos que ella podía realizar y Sonja no tardó en obtener un nuevo puesto en una mensajería.

Unos pasos sencillos, pero que le habían cambiado la vida en una época en que podría haberse hundido mucho más si hubiera cedido a la pena de haber perdido a su amante y a la furia de descubrir que había estado viviendo en una mentira. Fabel se sintió bien por haberla visto tan bien instalada, y por el hecho de que ella hubiera logrado alejarse tanto de su vida anterior.

En el momento en que ella le entregó su número de teléfono, Fabel pensó que lo rompería en pedazos y lo tiraría en el cenicero apenas ella se marchara. Pero se dio cuenta de que no hacía más que contemplar el pedazo de papel y tratar de pensar en qué debería hacer con él. Por fin, lo dobló por la mitad y se lo guardó en la cartera.

Fabel acababa de terminar su café cuando sonó su teléfono móvil. Le irritó haberse olvidado de apagarlo. Con frecuencia se sentía fuera de ritmo, fuera de tiempo, en el mundo moderno: los teléfonos móviles en bares y restaurantes eran una de las numerosas intrusiones de la vida del siglo XXI que a él le resultaban intolerables. Durante toda la cena, que había tomado a solas, había tenido una sensación hueca en su interior. Sabía que estaba relacionada con haberse topado con Sonja y su nueva vida. Pensó en Kristina Dreyer. Tal vez era cierto que había limpiado la escena del crimen simplemente para mantener intacto el universo de orden y puntualidad que se había construido a su alrededor.

Fabel atendió su teléfono móvil.

—Hola, Jan, soy yo. —Era la voz de Werner—. Deberías haber aceptado mi consejo y haber extendido tus vacaciones hasta el próximo fin de semana...

La mayoría de las luces ya estaban apagadas, pero un reflector central iluminaba, como una luna llena, la maqueta arquitectónica que se extendía sobre la superficie de la mesa. Paul Scheibe la contempló. Todavía sentía el aleteo del orgullo en su pecho cada vez que veía aquella representación tridimensional de su visión. Sus pensamientos, su imaginación, convertidos en una forma sólida, aunque aquella forma fuera en miniatura. Pero pronto, muy pronto, sus conceptos quedarían escritos en grandes letras en la cara de la ciudad. Su propuesta para el *KulturZentrumEins* — Centro Cultural Uno—, con vistas al Magdeburger Hafen, sería el atractivo principal del Überseequartier de HafenCity. Su propio monumento, en el corazón mismo de la nueva HafenCity. Superaría el impacto visual de la flamante sala de conciertos y ópera del *Kaispeicher A* y rivalizaría con la elegancia de la *Strandkai Marina*.

La construcción comenzaría en el año 2007, si su proyecto obtenía la aprobación del Senado y el jurado de diseñadores lo seleccionaba. Había, desde luego, otros proyectos que competían con el suyo, pero Scheibe sabía con una seguridad absoluta que ninguno de los otros tenía la más mínima posibilidad contra la audacia y la innovación de su visión. En las conferencias de prensa había adoptado la actitud de describir ingeniosamente los proyectos de la competencia como áreas para peatones. La frase, desde luego, no se refería a la función de esas áreas, sino a la pedestre capacidad de sus competidores.

La fiesta previa al lanzamiento no podría haber salido mejor. La prensa había acudido en masa y la presencia del Erster Bürgermeister de Hamburgo, Hans Schreiber, así como la del Umweltsenator, Müller-Voigt, y otros miembros importantes del Senado, había subrayado la importancia del proyecto. Y faltaban dos días más para el lanzamiento público.

Scheibe se quedó solo, una vez que todos los invitados se marcharon, y contempló su visión, extendiéndose delante de él, muy cerca. La secuencia de acontecimientos que ya se había puesto en marcha haría que sus ideas se convirtieran en una realidad concreta. En pocos años más, se pasearía junto al río contemplando galerías de arte, un teatro, salas de actuaciones y una sala de conciertos. Y todos los que lo vieran quedarían asombrados por su audacia, su visión, su belleza. No sería un solo edificio, pero tampoco estructuras separadas. Cada espacio, cada forma, se conectaría orgánicamente, tanto en lo relativo a su arquitectura como a su función. Como órganos individuales pero igualmente vitales, cada elemento se combinaría con los otros para dar vida y energía al conjunto. Y todo estaba diseñado de manera que su impacto ambiental fuera prácticamente nulo.

Sería un triunfo de la arquitectura y la ingeniería ecológica. Pero, más que nada, sería un testamento al radicalismo de Scheibe. Dio un largo y profundo trago a su Barolo.

—Ya me parecía que todavía estarías aquí... —Era la voz de un hombre. Hablaba desde las sombras que estaban en el umbral.

Scheibe no se volvió, pero suspiró.

—Y yo pensaba que te habrías marchado. ¿Qué ocurre? ¿No puedes esperar hasta mañana?

Se oyó un sonido de papel y una copia doblada del *Hamburger Morgenpost* voló en el charco de luz y cayó sobre el paisaje en miniatura. Scheibe agarró el periódico, se inclinó hacia delante y revisó la maqueta para ver si se había dañado.

—Por el amor de Dios, ten cuidado...

—Mira la primera página... —La voz habló con un tono firme y constante. Su dueño no salió de las sombras.

Scheibe desplegó el periódico. En la fotografía de la portada se veía el gigantesco Airbus 800 realizando su primer vuelo, justo cuando pasaba sobre *der Michel*, el capitel de la iglesia de San Miguel. Un titular proclamaba que 150 000 orgullosos ciudadanos de Hamburgo habían acudido a ver pasar el avión. Scheibe se volvió hacia las sombras y se encogió de hombros.

—No... un artículo más pequeño, cerca del final de la página...

Scheibe lo encontró. La muerte de Hans-Joachim Hauser sólo había conseguido un titular en letra más pequeña: «Radical y ecoguerrero de la década de 1970 es hallado asesinado en un apartamento de Schanzenviertel». El artículo incluía los escasos detalles que conocía la prensa sobre la muerte y luego pasaba a resumir la carrera de Hauser. Al *Morgenpost* le había parecido necesario mencionar las relaciones de Hauser con otras figuras más memorables de la izquierda extremista como manera de identificarlo. Era como si él sólo hubiera existido como reflejo de ellos. Había muy pocos datos de después de mediados de los años ochenta.

—¿Hans está muerto? —preguntó Scheibe.

—Más que eso... Hans ha sido asesinado. Lo encontraron hace unas horas.

Scheibe se volvió.

—¿Crees que es significativo?

—Por supuesto que es significativo, idiota. —Había poca furia en la voz del hombre de las sombras; más bien irritación, como si sus bajas expectativas sobre su interlocutor se hubieran confirmado—. El hecho de que uno de nosotros sufriera una muerte violenta podría ser una coincidencia, pero debemos asegurarnos de que no esté relacionado con... bueno, con nuestras vidas anteriores, tal vez ésa sea la mejor manera de expresarlo.

—¿Saben quién lo hizo? Aquí dicen que tienen a alguien en custodia.

—Mis contactos oficiales en el Präsidium no me han dado detalles, salvo para decirme que aún se encuentran al principio de la investigación.

—¿Estás preocupado? —Scheibe reconsideró la pregunta—. ¿Debería preocuparme?

—Tal vez no sea nada. Hans era un gay muy promiscuo, como sabes. Puede ser un mundo bastante oscuro el de nuestros amigos mariquitas.

—No pensaba que fueses un homófobo reaccionario... Mantienes ese aspecto de tu personalidad muy bien escondido de la prensa.

—Ahórrame la corrección política. Sólo esperemos que esto esté relacionado con su estilo de vida... que haya sido algo al azar. —El hombre de las sombras hizo una pausa. Por primera vez, sonó menos seguro de sí mismo—. Me he puesto en contacto con los otros.

—¿Has hablado con los otros? —El tono de Scheibe era una mezcla de asombro y furia—. Pero si todos habíamos acordado... Tú y yo... nuestros senderos tuvieron que cruzarse... Pero no he visto a ninguno de los otros en más de veinte años. Todos acordamos que jamás deberíamos tratar de ponernos en contacto. —Los ojos de Scheibe se desplazaron enloquecidos por la topografía delicada y frágil de la maqueta del *KulturZentrumEins*, como si quisiera asegurarse de que no estaba disolviéndose, de que no se evaporaba en el aire durante esa conversación—. No quiero tener nada que ver con ellos. Ni contigo. Nada de nada. En especial ahora...

—Escúchame, maldito cabrón engreído... Tus preciosos proyectos no valen nada. No tienen ningún sentido... no son más que una torpe expresión de tu mediocre egoísmo y tu presunción burguesa. ¿Crees que alguien se interesará por esta basura si lo tuyo llega a saberse? ¿Lo nuestro? Y recuerda tus prioridades. Tú sigues implicado. Todavía tienes que obedecerme.

Scheibe arrojó el periódico al suelo y dio un sorbo prolongado y demasiado profundo a su copa de barolo. Resopló con desprecio.

—¿Estás diciéndome que todavía crees en toda aquella mierda?

—Esto ya no tiene nada que ver con lo que uno cree, Paul. Es sobre la supervivencia. Nuestra supervivencia. No hicimos mucho por la «revolución», ¿verdad? Pero hicimos bastante... bastante como para que destruya todas nuestras carreras si ahora sale a la luz.

Scheibe contempló su copa, la giró y examinó el escaso vino que le quedaba con una expresión reflexiva.

—La «revolución»... Dios mío, ¿realmente creíamos que ésa era la manera de avanzar? Quiero decir, tú viste cómo era el Este cuando cayó el Muro... ¿Realmente era eso por lo que luchábamos?

—Éramos jóvenes. Éramos personas diferentes.

—Éramos estúpidos.

—Éramos idealistas. No sé tú, pero el resto de nosotros estábamos luchando contra el fascismo, contra la complacencia burguesa y esa clase de capitalismo salvaje y sin sentimientos que hoy en día está convirtiendo toda Europa, todo el mundo, en un parque temático al estilo americano.

—¿Alguna vez escuchas lo que dices? Eres una parodia de ti mismo... y a mí me parece que tú has aceptado el capitalismo con bastante entusiasmo. Y yo hago mi

parte... —Scheibe dejó que su mirada volviera a sobrevolar la maqueta—. A mi manera. En cualquier caso, no me interesa entrar en un debate político contigo. La cuestión es que es una locura que volvamos a ponernos en contacto después de tantos años.

—Hasta que sepamos qué hay detrás de la muerte de Hans-Joachim, todos debemos estar alerta. Tal vez los otros hayan notado algo... poco común últimamente.

Scheibe giró sobre sus talones.

—¿Realmente crees que podríamos estar en peligro?

—¿No te das cuenta? —El otro volvió a irritarse—. Aunque la muerte de Hans no tuviera nada que ver con el pasado, sigue siendo un homicidio. Y un homicidio significa que tendremos a la policía husmeando, revisando la historia de Hans-Joachim. Una historia que nosotros compartimos, lo cual nos pone a todos en riesgo.

Scheibe se mantuvo callado durante un momento. Cuando habló, lo hizo con vacilación, como si temiera despertar de un largo sueño.

—¿Crees que...? ¿Acaso esto podría tener algo que ver con lo que ocurrió años atrás? ¿Lo de Franz?

—Tú infórmame si notas algo extraño. —El hombre de las sombras dejó sin responder la pregunta de Scheibe—. Volveré a comunicarme contigo. Mientras tanto, disfruta de tu juguete.

Scheibe oyó que la puerta de la sala de reuniones se cerraba con un golpe. Vació la copa y volvió a contemplar la maqueta sobre la mesa redonda. Pero en lugar de una visión radical del futuro, lo único que vio fue un montón de cartón blanco y madera.

22.00 H, MARIENTHAL, HAMBURGO

El doctor Gunter Griebel contempló a Fabel con desinterés por encima de las gafas de leer que descansaban casi en la punta de su nariz larga y delgada. Lo observó desde su sillón de cuero, con una mano en el manual que tenía sobre las piernas, la otra en el apoyabrazos. El doctor Griebel era un hombre de casi sesenta años cuya complexión alta había conservado la desmañada languidez de su juventud, pero en los últimos tiempos había adquirido una barriga protuberante, como si dos físicos incompatibles se hubiesen fusionado. Llevaba una camisa a cuadros, un cárdigan gris de lana y unos informales pantalones también grises. Todo aquello, al igual que el sillón y el libro especializado que tenía sobre las piernas, estaba profusamente salpicado de sangre.

El doctor Griebel daba toda la impresión de que había estado tan absorto analizando el contenido del manual que prácticamente no se había dado cuenta de que alguien le había cortado la garganta con una afilada hoja. Ni tampoco parecía perturbado por el hecho de que su atacante, a continuación, le hubiera hecho un tajo que le rodeaba la frente y la parte de atrás de la cabeza antes de arrancarle el cuero

cabelludo del cráneo. Bajo la resplandeciente cúpula del cráneo expuesto, el rostro largo y delgado de Griebel mantenía una actitud inexpresiva, con ojos impasibles. Parte de la sangre había salpicado la lente derecha de sus gafas, como una muestra recogida en un portaobjetos para ser analizada en un microscopio. Fabel vio cómo se iba acumulando en una esquina de la lente formando un glóbulo espeso y viscoso, antes de caer sobre el cardigan, ya completamente lleno de sangre.

—Era viudo. —Werner anunció la situación en vida del cadáver desde donde se encontraba, de pie junto a Fabel—. Vivía aquí solo desde la muerte de su esposa, que fue hace seis años. Era algo así como un científico, al parecer.

Fabel examinó la habitación. Además de Fabel, Werner y el difunto doctor Griebel, había un equipo de cuatro técnicos forenses dirigido por Holger Brauner. La casa de Griebel era una de esas mansiones grandes pero no ostentosas que se encontraban en el área de Nöppts, dentro de Marienthal, una combinación de la sólida prosperidad hamburguesa con un poco de la modestia luterana del norte de Alemania. Esa habitación era más que un estudio. Tenía la atmósfera práctica y organizada de un sitio de trabajo habitual; además de los libros que forraban las paredes y el ordenador sobre el escritorio, había dos microscopios que parecían caros y que eran, claramente, para uso profesional, en otro extremo. Junto a los microscopios había otros elementos que, aunque Fabel no tenía idea de cuál era su propósito, también tenían aspecto de tratarse de algo serio y científico.

Pero el elemento central de la habitación se había añadido muy poco tiempo antes. Casi no había ningún espacio sin libros en las paredes, de modo que el asesino había clavado el cuero cabelludo de Griebel en los anaqueles de una biblioteca, desde donde goteaba sobre el suelo de madera. Era obvio que Griebel tenía una calvicie incipiente y el cuero cabelludo era tanto piel como pelo. Había sido teñido del mismo rojo subido que el cuero cabelludo de Hans-Joachim Hauser, pero la escasez de pelo hacía que contemplarlo fuera todavía más nauseabundo.

—¿Cuándo lo mataron? —le preguntó Fabel a Holger Brauner, sin apartar la mirada del cuero cabelludo.

—También en este caso la respuesta definitiva se la dará Möller, pero yo diría que éste es muy reciente. Un par de horas, como mucho. El *rigor mortis* ya ha comenzado en los párpados y la parte superior de la mandíbula, pero las articulaciones de los dedos, que son las que suelen endurecerse a continuación, todavía son totalmente móviles. De modo que un par de horas, o menos. Y las similitudes con el asesinato de Schanzenviertel son obvias... He echado un rápido vistazo a las notas de Frank Grueber.

—¿Quién dio la alarma? —Fabel se volvió a Werner.

—Un amigo. Otro viudo, al parecer. Se reúnen los viernes por la noche y se turnan para visitarse. Cuando éste llegó, encontró la puerta entreabierta.

—Tal vez interrumpiera al asesino. ¿Vio a alguien cuando llegó?

—No que recuerde, pero se encuentra terriblemente mal. Es un tipo de unos sesenta años, un ingeniero civil jubilado con antecedentes de problemas cardíacos. Cuando se topó con esto... —Werner señaló el cuerpo mutilado de Griebel con un movimiento de la cabeza— quedó en estado de shock. Hay un médico revisándolo en este momento, pero yo creo que pasará bastante tiempo hasta que podamos sacarle algo que tenga algún sentido.

Por un momento, a Fabel lo distrajo el pensamiento de que era posible que alguien viviera sesenta años sin cruzarse nunca con la clase de horror que para él era cosa de todos los días. Esa idea lo llenó de una especie de sorda admiración y bastante envidia.

Maria Klee entró en el estudio. La forma en que sus ojos se clavaron en el cuerpo mutilado le recordó a Fabel el modo en que ella había quedado casi hipnotizada por la desfiguración sufrida por Hauser. Maria siempre había sido muy distante en sus emociones al examinar a las víctimas de un homicidio, pero Fabel comenzaba a notar un sutil cambio en su comportamiento en las escenas de crímenes, en especial aquéllas en las que había heridas de cuchillo. Y aquel cambio sólo se había hecho visible cuando se reincorporó al trabajo después de recuperarse del ataque que había sufrido. Maria apartó la mirada del cadáver con un esfuerzo y giró hacia Fabel.

—Los uniformados han interrogado a todos los vecinos —dijo—. Nadie vio nada ni a nadie raro esta noche. Pero, considerando el tamaño de estas propiedades y el hecho de que están bastante lejos una de la otra, no es muy sorprendente.

—Estupendo... —murmuró Fabel. Era frustrante haber llegado tan cerca del momento en que había tenido lugar el crimen y encontrarse con que el rastro estaba desvaneciéndose.

—Si te sirve de consuelo, ahora sabemos algo con certeza —intervino Werner—. Kristina Dreyer estaba diciéndonos la verdad. Ella todavía está en custodia... de modo que no puede haber sido la causante de esto.

Fabel observó cómo el equipo forense comenzaba el procesamiento lento y metódico del cuerpo en busca de evidencias.

—No es mucho consuelo —dijo sin ánimo—. El hecho es que hay un tipo al que le gusta arrancar cueros cabelludos y anda suelto...

Sábado 20 de agosto de 2005, dos días después del primer asesinato

10.00 H, PÖSELDORF, HAMBURGO

Fabel supo que se trataba de algo importante tan pronto oyó a su jefe, el Kriminaldirektor Horst van Heiden, por teléfono. El hecho de que Van Heiden llamara a Fabel a su casa ya era suficiente en sí mismo para disparar campanas de alarma; el que hubiera interrumpido su día de descanso, un sábado, para hacer esta llamada la volvía realmente seria. Fabel no había regresado a su apartamento hasta las tres de la mañana y se había quedado despierto en la oscuridad durante otra hora, tratando de apartar de su exhausto cerebro las imágenes de dos cabezas mutiladas. La llamada de Van Heiden lo había despertado de un profundo sueño. Por lo tanto, Fabel tardó unos segundos en reunir sus recursos mentales dispersos por el sueño y dar sentido a lo que Van Heiden le decía.

Al parecer el hombre asesinado de la noche anterior, el doctor Gunter Griebel, era uno de aquellos miembros oscuros de la comunidad científica que no tienden a dominar la imaginación pública, ni siquiera la atención, pero cuyo trabajo en algún recóndito terreno científico podía modificar totalmente la manera en que vivimos.

—Era genetista —explicó Van Heiden—. Me temo que la ciencia no es lo mío, Fabel, de modo que en realidad no puedo aclararle qué era exactamente lo que hacía Griebel. Pero al parecer trabajaba en un área de la genética que podría tener beneficios monumentales. Griebel documentó todas sus investigaciones, por supuesto. Pero, según los expertos, incluso con esos documentos el resultado del fallecimiento de Griebel será que todo un área de investigación, una investigación muy importante, se retrasará diez años.

—¿Y usted no sabe cuál era ese área? —preguntó Fabel. Entendía lo que Van Heiden había querido decir con eso de que «la ciencia no es lo mío». Lo único que era de la incumbencia del Kriminaldirektor era el trabajo policial sin complicaciones y, especialmente, su aspecto burocrático.

—Me lo explicaron, pero me entró por un oído y salió por el otro. Algo relacionado con la herencia genética, lo que sea que eso signifique. Lo único que sé es que los ánimos de la prensa ya están bastante caldeados al respecto. Al parecer algunos detalles del método del homicidio se han filtrado a la prensa... todo este asunto del cuero cabelludo.

—La filtración no ha salido de ningún miembro de mi equipo... —dijo Fabel—. Se lo garantizo.

—Bueno, de algún lado ha salido. —El tono de Van Heiden dio a entender que no estaba del todo convencido de la afirmación de Fabel—. En cualquier caso, necesito que avance rápido con este caso. Está claro que la muerte de Griebel representa una pérdida importante para la comunidad científica, y eso significa que tendremos que vérnoslas con críticas del sector político. Y a eso hemos de añadir el hecho de que la primera víctima fuera una celebridad política menor.

—Es evidente que estoy encarando este caso con la máxima prioridad —dijo Fabel, sin disimular su irritación por el hecho obvio de que Van Heiden sintiera la necesidad de darle un empujón—. Y eso no tiene nada que ver con el estatus de las víctimas. Si hubieran sido indigentes trataría este caso con la misma urgencia. Mi preocupación se centra en el hecho de que es evidente que tenemos entre manos dos homicidios cometidos muy cerca el uno del otro y que la desfiguración de los cadáveres apunta a la acción de un psicótico.

—Manténgame informado de sus adelantos, Fabel. —Van Heiden colgó el teléfono.

Fabel le había dicho a Susanne que trabajaría hasta bien entrada la noche, de modo que ella no había ido a su casa. Se encontraron para almorzar en el *Friesenkeller*, cerca del Rathausmarkt, la plaza principal de Hamburgo. A pesar de que Susanne sería la psicóloga que trabajaría junto a Fabel para trazar un perfil del homicida, no discutieron el caso; tenían la regla tácita de mantener su relación profesional muy separada de la personal. En cambio, conversaron informalmente sobre las vacaciones que habían pasado en Sylt, sobre la posibilidad de regresar allí para el cumpleaños de Lex, y sobre las próximas elecciones.

Después de almorzar, Fabel se dirigió al Präsidium. Había programado una reunión con su equipo, haciendo que todos postergaran su descanso de fin de semana. Holger Brauner y Frank Grueber entraron en la sala de reuniones poco después de que Fabel llegara, y le complació ver que los dos funcionarios forenses de mayor antigüedad se habían tomado la molestia de asistir. Brauner traía dos bolsas de recolección de rastros forenses, lo que le dio a Fabel la esperanza de que se hubiera encontrado algo de valor en el escenario del segundo crimen.

En poco tiempo instalaron un tablero para trazar el progreso de la investigación, con fotografías de las dos víctimas, algunas tomadas en vida y otras en el lugar de la muerte. Maria había escrito una breve biografía de cada víctima. A pesar de que ambos tenían más o menos la misma edad, no había ninguna evidencia de que sus senderos se hubieran cruzado alguna vez.

—Es evidente que Hans-Joachim Hauser tuvo cierto reconocimiento público en su momento. —Maria señaló una de las fotografías del tablero. Se había tomado a finales de los años sesenta: un Hauser joven y afeminado estaba desnudo hasta la cintura y su pelo largo y ondeado le caía hasta los hombros descubiertos. Se había

tratado de que la fotografía pareciera natural pero se veía artificial y posada. Fabel se dio cuenta de que el joven y arrogante Hauser había querido hacer una declaración, una referencia, con esta fotografía; recordaba deliberadamente a la imagen que Fabel había visto en el apartamento de Hauser de Gustav Nagel, el gurú ambientalista del siglo XIX. Había una cruel ironía en el contraste entre la cascada de pelo negro en la fotografía del joven y la imagen a su lado de un Hauser de mediana edad, muerto y con el cuero cabelludo arrancado.

—Gunter Griebel, por otra parte —continuó Maria, moviéndose al otro lado del tablero— parecía haber tratado por todos los medios de evitar llamar la atención del público. Los conocidos a los que hemos entrevistado, incluso su jefe, con quien hablé por teléfono, han dicho que a él le molestaba mucho que le tomaran fotografías para periódicos o en actos universitarios. De modo que al parecer el asesino no estaba motivado por envidia de la fama de Hauser.

—¿Hay alguna sugerencia de que Griebel pudiera ser homosexual? —preguntó Henk Hermann—. Sé que ha enviudado hace poco, pero, considerando que la primera víctima era declaradamente homosexual, me preguntaba si podría haber algún motivo sexual u homofóbico.

—No hay absolutamente nada de todo lo que hemos averiguado hasta el momento que pueda sugerir algo parecido —dijo Maria—. Pero todavía estamos verificando los antecedentes respectivos de las víctimas. Y si Griebel era un gay de armario, es casi seguro que debió de mantenerlo en secreto y es posible que nunca lo sepamos con seguridad.

—Pero tienes razón, Henk... es una línea de investigación que debemos explorar —dijo Fabel, a quien le parecía útil alentar las contribuciones positivas del miembro más reciente de su equipo.

Se acercó a Maria, que estaba junto al tablero, y estudió los detalles de los dos hombres; las fotografías de ellos en la vida y en la muerte. La única imagen de Griebel con vida era una ampliación de alguna clase de foto grupal. El científico estaba ubicado con una actitud rígida entre dos colegas de batas blancas, y tanto su postura torpe como su tensa expresión comunicaban a las claras la incomodidad que le producía que lo fotografiaran. Fabel se concentró en los granulados detalles de la misma cara larga y delgada con las gafas en precario equilibrio que lo había contemplado desde debajo de la parte superior expuesta del cráneo. ¿Por qué Griebel se sentiría tan intranquilo delante de una cámara? Las palabras de Holger Brauner interrumpieron sus pensamientos.

—Creo que deberíamos hablar sobre las evidencias forenses que se han recuperado —dijo Brauner—. O, mejor dicho, la falta de ellas. Por eso hemos venido Herr Grueber y yo. Creo que esto le interesará.

—Cuando usted dice falta de evidencias forenses, entiendo se refiere al primer asesinato... donde Kristina Dreyer destruyó todas las pruebas, ¿verdad?

—Bueno, ésa es la cuestión, Jan —dijo Brauner—. Eso se aplica a las dos escenas. Al parecer el asesino sabe cómo eliminar su presencia forense... salvo por lo que quiere que encontremos.

—¿Y qué es?

Brauner depositó las dos bolsas de recolección de pruebas sobre la mesa de conferencias.

—Como usted ha dicho, Kristina Dreyer destrozó todos los rastros en la primera escena, salvo este solitario pelo rojo. —Empujó una de las bolsas hasta el otro lado de la mesa—. Pero yo sospecho que no había nada para que ella destruyese. No hemos logrado encontrar nada en la segunda escena, y sabemos que era reciente y que estaba intacta. Es prácticamente imposible que alguien ocupe un espacio sin dejar alguna evidencia forense recuperable. A menos que, desde luego, él o ella realicen esfuerzos considerables para ocultar su presencia. Incluso en ese supuesto, deberían saber cómo hacerlo.

—¿Y este tipo lo sabe?

—Parece que sí. Sólo encontramos un rastro que no pertenece a la escena ni a la víctima. —Brauner empujó la otra bolsa a lo largo de la mesa—. Y es éste... un segundo pelo.

—Pero eso es una buena noticia —dijo Maria—. Si estos pelos coinciden, entonces seguramente eso significa que tenemos evidencias para conectar ambos asesinatos. Y un rastro de ADN. Es evidente que el asesino se ha descuidado.

—Oh, los dos pelos coinciden, claro que sí —dijo Brauner—. La cuestión, Maria, es que este pelo tiene exactamente la misma extensión que el primero. Y no tiene folículos en ninguno de los extremos. No sólo son de la misma cabeza, sino que se cortaron exactamente al mismo tiempo.

—Fabuloso... —dijo Fabel—. Tenemos una firma.

—Todavía hay más —dijo Frank Grueber, el asistente de Brauner—. Es cierto que ambos pelos se cortaron de la misma cabeza en el mismo momento... pero ese momento fue entre veinte y treinta años atrás.

Lunes 22 de agosto de 2005, cuatro días después del primer asesinato

11.15 H, MARIENTHAL, HAMBURGO

Fabel estaba solo en el jardín trasero de la mansión del difunto doctor Griebel, entrecerrando los ojos para protegerlos del fuerte sol. La casa tenía paredes blancas y estaba estructurada en tres plantas bajo un amplio techo de tejas rojas que caía a ambos lados hasta llegar al piso. El diseño de las casas vecinas era diferente sólo superficialmente. Detrás de Fabel había otra hilera de mansiones también impresionantes, dándole la espalda y los jardines.

El jardín de Griebel era una gran extensión de césped con algunos tupidos arbustos y un grupo de árboles que proporcionaban un poco de cobertura. Pero se veía desde todos lados. El asesino no había entrado por allí. De todas maneras, parecía incluso más difícil entrar desde la parte delantera de la casa o los lados, a menos que el homicida fuera tan habilidoso en el robo con allanamiento como lo era para borrar todo rastro forense. Y Brauner y su equipo aún no habían encontrado ninguna evidencia de que hubiera entrado forzando alguna puerta o ventana ni en esa casa ni en el apartamento de Hans-Joachim Hauser.

—Te dejaron entrar —dijo Fabel al jardín vacío, al fantasma de un asesino que se había marchado mucho tiempo antes de la escena. Dio la vuelta a la casa resueltamente hasta llegar a la parte delantera y se detuvo ante la puerta principal, que estaba cruzada por tiras de la cinta roja y blanca de la policía y que tenía un anuncio policial prohibiendo la entrada—. Nadie te vio aquí. Eso significa que Griebel te dejó entrar muy rápidamente. ¿Te esperaba? ¿Habíais quedado en veros?

Fabel sacó su teléfono móvil, apretó el botón de memoria con el número de la brigada de Homicidios y pidió hablar con Anna Wolff.

—Necesito los registros telefónicos de Griebel del último mes. Todo lo que podamos conseguir. De la casa, de la oficina, del móvil. Necesito nombres y direcciones de todos con los que habló. Comienza a partir de la semana pasada. Y quiero que Henk haga lo mismo con las llamadas de Hauser.

—De acuerdo, *chef*, ya mismo nos ponemos a ello —dijo Anna—. ¿Vas a volver al Präsidium?

—No. Entrevistaré a los colegas de Griebel esta tarde. ¿Cómo les está yendo a Maria y Werner con el seguimiento de Hauser?

—No lo sé, *chef*. Ellos siguen en el Schanzenviertel. La razón por la que te pregunté si volverías es que te ha llamado un tal doctor Severts.

—¿Severts? —Fabel quedó desconcertado por un momento, luego recordó al arqueólogo joven y alto cuya piel, pelo y ropa parecían haber adoptado la tonalidad de la tierra con la que trabajaba. Apenas habían pasado tres días desde que Fabel había contemplado el cuerpo momificado de un hombre congelado en un momento que había tenido lugar más de sesenta años antes. Y sólo habían transcurrido cuatro días desde que Fabel se había sentado a la mesa en el restaurante de su hermano en Sylt y había charlado sin preocupaciones con Susanne sobre cosas sin ninguna importancia.

—Ha preguntado si podrías encontrarte con él en la universidad. —Anna le dio a Fabel el número del teléfono móvil de Severts.

—De acuerdo, lo llamaré. Mientras tanto, consigue los registros telefónicos.

—Por cierto —añadió Anna—, ¿has visto los diarios esta mañana?

Fabel sintió que su corazón daba un vuelco por anticipado.

—No... ¿Por qué?

—Al parecer tienen mucha información sobre las escenas de los crímenes. Saben que había un pelo teñido y también que a las víctimas les habían arrancado el cuero cabelludo. —Anna hizo una pausa, luego añadió, en tono vacilante—: Y le han puesto un nombre al asesino: «*Der Hamburger Haarschneider*».

—Brillante. Totalmente brillante, carajo... —dijo Fabel, y colgó.

«El peluquero de Hamburgo». Un nombre perfecto para aterrorizar a toda la población de la ciudad.

13.45 H, BLANKENESE, HAMBURGO

Scheibe colgó el teléfono. El miembro de la comisión encargado de darle la buena noticia había quedado claramente sorprendido con su reacción. O la falta de ella. Scheibe se había mostrado cortés, contenido; casi modesto. Cualquiera que conociera aunque fuera un poco al egocéntrico Paul Scheibe se hubiera asombrado ante esa respuesta tan apagada a la noticia de que su concepto para el *KulturZentrumEins* había ganado la licitación arquitectónica para el área del Überseequartier.

Pero Paul Scheibe absorbió este triunfo, que apenas unos días antes habría sido un glorioso broche de oro para su carrera, como un impacto vago y sordo en lo profundo de sus entrañas. Una amarga victoria; casi un insulto, considerando su situación actual. Scheibe estaba demasiado consumido por una emoción más inmediata y más elemental —el miedo— como para siquiera fingir algún entusiasmo.

Escuchó la noticia en la radio mientras conducía hacia su mansión en Blankenese. Gunter. Gunter estaba muerto. Clavó los frenos con tanta fuerza para acercar su Mercedes al bordillo de la acera que los coches que lo seguían tuvieron que hacer una difícil maniobra para esquivarlo, y los chóferes hicieron sonar sus bocinas mientras

gesticulaban furiosamente. Pero Scheibe no prestó atención a nada de lo que sucedía a su alrededor. En cambio, su universo se llenó con una frase que consumió todo lo demás como una explosión solar: el doctor Gunter Griebel, un genetista que trabajaba en Hamburgo, había sido hallado asesinado en su casa de Mariantal. El resto del informe pasó como una ola por encima de Scheibe: fuentes policiales se negaban a confirmar que Griebel había sido asesinado de una manera similar a la de Hans-Joachim Hauser, el activista ecologista cuyo cuerpo se había encontrado el viernes anterior.

Habían sido seis. Ahora eran cuatro.

Paul Scheibe se quedó de pie en la cocina de su casa, con la mano todavía apoyada en el teléfono montado en la pared, mirando sin comprender por la ventana que daba a su jardín y sin ver nada. Notó que una ligera brisa soplaba y el sol bailaba sobre las ramas y las hojas, rojas como la sangre, del arce que había cultivado y cuidado con tantos esfuerzos. Pero no pudo ver otra cosa que su propia muerte inminente. Entonces, como si lo hubiera atravesado una corriente de alto voltaje, cogió el teléfono y marcó un número. Le contestó una mujer y él le dio el nombre de la persona con la que quería hablar. La voz de un hombre empezó a decir algo pero Scheibe lo interrumpió.

—Gunter está muerto. Primero Hans, ahora Gunter... No es ninguna coincidencia. —La voz de Scheibe se estremeció por la emoción—. No puede ser una coincidencia... Alguien nos está buscando. Matándonos uno a uno...

—¡Cállate! —siseó la voz al otro lado de la línea—. Maldito imbécil... Mantén la boca cerrada. Me pondré en contacto contigo esta tarde. O esta noche. Quédate donde estás... y no hagas nada, no hables con nadie. Ahora corta.

El tono monocorde de la línea telefónica retumbó fuerte y agudo en la oreja de Scheibe. Lentamente, colgó el aparato. Su mano sobrevoló encima del teléfono y él la miró. Temblaba con violencia. Scheibe se apoyó en la encimera de mármol y su cabeza cayó hacia delante. Por primera vez en veinte años, Scheibe lloró.

14.30 H, UNIVERSITÄTSKLINIKUM, HAMBURG-EPPENDORF, HAMBURGO

Fabel no tuvo ninguna dificultad en encontrar el departamento de genética donde había trabajado Griebel. Se encontraba dentro del mismo complejo edilicio que albergaba tanto el Institut für Rechtsmedizin —el Instituto de Medicina Legal— como la clínica de psiquiatría y psicoterapia donde Susanne realizaba la mayor parte de sus tareas. El Universitätsklinikum —el Complejo Clínico Universitario— era el centro de las principales investigaciones clínicas y biomédicas de Hamburgo, así como también de muchas de las principales funciones médicas de la ciudad. La conexión de Fabel con el complejo se había producido mayormente a través de su departamento forense, que tenía fama mundial. El complejo había crecido con los

años y en la actualidad se extendía hasta el lado norte de Martinistrasse, como una verdadera ciudad pequeña.

El profesor Von Halen, que dirigía el departamento, estaba aguardando a Fabel en la recepción. Era un hombre mucho más joven de lo que Fabel esperaba y no encajaba con la idea que tenía el policía de un científico. Tal vez debido al estereotipo fijado en su mente, y tal vez debido también a la fotografía para la que Griebel había posado tan a desgana, Fabel había supuesto que Von Halen llevaría una bata blanca. En cambio, estaba vestido con un traje oscuro que parecía caro y una corbata tal vez demasiado colorida. Cuando Fabel atravesó las puertas de la recepción casi esperó que Von Halen lo hiciera pasar a un salón de exposición y ventas con los últimos modelos de coches Mercedes. Pero sus prejuicios se vieron reconfirmados cuando el científico lo guió a través de un laboratorio y un grupo de despachos, cuyos ocupantes estaban todos adecuadamente ataviados con batas blancas. Fabel también notó que la mayoría de ellos dejaban lo que estaban haciendo y lo miraban mientras él pasaba. Era obvio que ya había corrido la noticia de la muerte de Griebel, o que Von Halen había hecho alguna clase de anuncio oficial.

—Ha sido un impacto enorme para todos nosotros. —Von Halen pareció leer los pensamientos de Fabel—. Herr doctor Griebel era un hombre muy tranquilo y mayormente reservado, pero el personal que trabajaba con él lo apreciaba mucho.

Fabel recorrió con la vista el laboratorio mientras pasaban. Vio menos tubos de ensayo de los que habría imaginado en un laboratorio científico y muchos más ordenadores.

—¿Había algún rumor sobre el doctor Griebel? —preguntó—. A veces obtenemos más pistas a través del *Kafeeklatsch* que a través de los hechos conocidos sobre las víctimas.

Von Halen negó con la cabeza.

—Gunter Griebel era esa clase de personas a las que no se las puede relacionar con ningún tipo de rumores... ya sea como fuente o como sujeto. Como he dicho, mantenía su vida personal muy separada de la profesional. No conozco a nadie de aquí que haya compartido alguna actividad social con él o que conociera a algún amigo o conocido suyo fuera del trabajo. Nadie tenía el conocimiento personal necesario como para difundir algún rumor.

Cruzaron un par de puertas dobles y salieron del laboratorio. Al final de un amplio pasillo, Von Halen hizo pasar a Fabel a una oficina. Era grande y luminosa y llena de muebles caros de un estilo contemporáneo. Von Halen se sentó detrás de una amplia extensión de haya y le indicó a Fabel que se sentara. Una vez más, a Fabel lo impresionó lo «empresarial» que se veía el despacho de Von Halen. Unió todo eso con su elegante traje y llegó a la conclusión de que el jefe del departamento estaba muy metido en el negocio de la ciencia.

—¿El trabajo que hacen aquí tiene algún aspecto comercial? —preguntó.

—En el mundo de hoy, Herr Fabel, todas las investigaciones con algún potencial para aplicaciones biotécnicas o médicas tienen un aspecto comercial. Este departamento de genética se mueve entre dos mundos: el académico y los negocios... somos parte de la universidad pero también somos una compañía registrada. Una empresa.

—¿El doctor Griebel trabajaba en algún área de investigaciones comerciales?

—Como ya he dicho, en definitiva todas las investigaciones tienen una aplicación comercial. Y un precio. Pero para darle una respuesta sencilla: no. El doctor Griebel estaba trabajando en un campo que en algún momento ofrecerá ventajas enormes para diagnosticar y prevenir una amplia gama de enfermedades y trastornos. Los frutos de las investigaciones del doctor Griebel tendrán un gran valor comercial, pero eso ocurrirá dentro de muchos años. El doctor Griebel era un científico puro. Le interesaban los desafíos y la potencial innovación... dar un salto hacia delante en la ciencia humana y todos los beneficios que surgen de esos adelantos. —Von Halen se recostó en su silla de ejecutivo, forrada en cuero—. Y, para ser honesto, yo consentía bastante a Gunter. En ocasiones se salía de lo planeado y a veces se enfrentaba a unos cuantos molinos de viento, pero sé que jamás perdía de vista los objetivos de sus investigaciones.

—¿De modo que usted diría que no hay ninguna conexión posible entre el trabajo del doctor Griebel y su asesinato?

Von Halen lanzó una risita amarga.

—No, Herr Kriminalhauptkommissar... yo no creo que haya ningún motivo de esa clase. Ni de ninguna otra. Gunter Griebel era un científico inofensivo, muy trabajador y dedicado, y la razón de que alguien hiciera... bueno, lo que le hicieron... está totalmente fuera de mi comprensión. ¿Es cierto? ¿Lo que los diarios dicen que le hicieron?

Fabel evitó la pregunta.

—¿Exactamente cuál era el área de investigación del doctor Griebel?

—La epigenética. Estudia cómo se encienden y se apagan los genes y la forma en que eso previene o promueve el desarrollo de ciertas enfermedades y trastornos. Es un campo que aún está en pañales, pero que se convertirá en una de las más importantes de las ciencias de la vida.

—¿Con quién trabajaba?

—Estaba al frente de un equipo de tres personas. Los otros dos eran Alois Kahlberg y Elisabeth Marksén. Puedo presentárselos, si lo desea.

—Me gustaría hablar con ellos, pero tal vez otro día. Puedo llamar para concertar una entrevista. —Fabel se levantó—. Gracias por su tiempo, Herr profesor.

—De nada.

Después de levantarse para irse, Fabel examinó una fotografía en la pared que estaba junto a la puerta. Era una imagen grupal de todo el equipo de investigación, la misma gente que había visto de camino al despacho de Von Halen.

—¿Esta fotografía es reciente? —le preguntó al científico con el traje elegante.

—Sí. ¿Por qué?

—Es sólo que Herr doctor Griebel parece no estar en ella.

—No... Sí que está. —Von Halen señaló una silueta alta en el fondo. En la fotografía, esa persona se había ubicado parcialmente detrás de otro colega y tenía la cabeza un poco inclinada, lo que impedía que la cámara captara una imagen clara de su rostro—. Ése es Gunter... arruinando la foto, como siempre. —Von Halen suspiró—. Supongo que ya no volveremos a tener ese problema...

16.10 H, PRÄSIDIUM DE LA POLICÍA, HAMBURGO

Tan pronto como Fabel regresó al Präsidium telefoneó a Severts, el arqueólogo, y quedaron en encontrarse a la mañana siguiente en su oficina en la Universität de Hamburgo. Severts le dijo a Fabel que habían descubierto algunos elementos personales en la excavación de Hafencity que claramente pertenecían al hombre momificado.

Pero Fabel tenía en mente una muerte más reciente, y apenas colgó convocó a Anna Wolff y a Henk Hermann a su despacho.

—Hemos conseguido la mayoría de los registros telefónicos de ambas víctimas —dijo Anna, como respuesta a la pregunta de Fabel—. Estamos tratando de relacionar los números con nombres o instituciones. Debo decir que Griebel no era el más social de los animales... No hay mucho para investigar en sus facturas telefónicas. Hauser, por el contrario, parecía estar pegado permanentemente al teléfono. Estamos empezando por los números a los que Hauser más llamó o los que más lo llamaron a él.

—Eso tiene sentido, por supuesto —dijo Fabel—. Pero es posible que el número que estoy buscando no haya sido utilizado con mucha frecuencia. Tal vez sólo en una ocasión. Incluso podría haber sido de un teléfono público.

—¿Qué es lo que está buscando, *chef*? —preguntó Henk.

—Al parecer ambas víctimas dejaron entrar al asesino en sus casas —dijo Fabel—. Eso sugeriría que o bien Hauser y Griebel conocían a su asesino o asesinos, o que éste arregló encontrarse con ellos previamente.

—Pero nos enfrentamos a una persona que claramente hace muchos esfuerzos para evitar dejar rastros forenses —intervino Anna—. ¿No es demasiado esperar que dejara su número telefónico en un registro?

—Es cierto... —Fabel suspiró ante la inutilidad de la tarea—. Pero tengo la impresión de que el contacto se estableció de alguna manera. Como he dicho, supongo que sería a través de un teléfono público o de una línea descartable de teléfono móvil... algo que no podamos conectar con ninguna persona en particular. Siempre existe la posibilidad de que el contacto se hiciera de otra manera. Tal vez incluso acercándose a las víctimas en la calle con alguna historia razonable. Sólo

quiero saber si mi teoría está justificada antes de empezar a buscar en la dirección equivocada.

—Y en cualquier caso —dijo Henk—, siempre existe alguna posibilidad remota de que nuestro hombre se descuidara... tal vez pensando que nosotros no buscaríamos en las llamadas telefónicas.

Fabel sonrió con tristeza.

—Me gustaría poder creer eso... pero el calificativo de «descuidado» no encaja con este asesino.

—Aquí hay algo interesante... —Henk puso algunas páginas de un expediente lado a lado sobre el escritorio de Fabel. Consistían en recortes de prensa y fotografías de Hans-Joachim Hauser. La más reciente era un fotograma de un noticiero de la NDR—. ¿Veis el denominador común?

Fabel se encogió de hombros.

Henk señaló las imágenes una tras otra.

—A Hans-Joachim Hauser siempre le interesaba que lo vieran haciendo lo que predicaba. No tenía coche y jamás se trasladaba en coches de otros.

Fabel volvió a mirar las fotografías. En un par de ellas, se veía a Hauser en bicicleta por las atestadas calles de Hamburgo. En las otras, Fabel pudo ver la bicicleta deliberadamente ubicada en el fondo, o captada de manera accidental en parte del cuadro.

—Ha desaparecido... —dijo Henk.

—¿La bicicleta?

Henk asintió con un gesto.

—La hemos buscado en todas partes y no está. Era muy particular, estaba llena de cientos de pequeñas pegatinas con mensajes ecologistas. Él nunca iba a ningún lado sin ella. Le pregunté por la bici a Sebastian Lang, el amigo de Hauser... —Henk enfatizó la palabra «amigo»—. Dijo que Hauser siempre dejaba la bicicleta encadenada en el pequeño patio que está detrás de su apartamento. Como es obvio, los forenses buscaron huellas digitales en el patio y revisaron las ventanas del fondo. No hallaron nada. Según Lang, Hauser tenía la misma bicicleta desde sus tiempos de estudiante. Al parecer estaba muy orgulloso de ella.

Fabel volvió a mirar las fotografías. Era una bicicleta muy común, muy anticuada, para nada algo que un asesino psicótico se llevaría como trofeo. A menos, por supuesto, que el asesino conociera la relación de Hauser con ella. ¿Pero por qué dejaría el cuero cabelludo y se llevaría la bici?

—¿Sabemos si falta algo más en la casa del doctor Griebel?

—Nada que sepamos con seguridad... —respondió Anna—. El doctor Griebel también tenía un ama de llaves... probablemente no tan eficiente como Kristina Dreyer, pero ella dice que no ha notado que faltara nada obvio.

—De acuerdo... —Fabel le devolvió las fotografías a Henk—. Ponte en contacto con la rama uniformada... Quiero que ésta sea la bicicleta más buscada de toda la

historia de la policía alemana.

Después de que Henk y Anna se marcharan de su despacho, Fabel telefoneó a Susanne al Instituto de Medicina Legal. Susanne estaba haciendo una evaluación más completa de Kristina Dreyer antes de que se decidiera si debían presentarse cargos contra ella por haber destruido pruebas con la intención de hacerlo. Oficialmente, seguía siendo sospechosa del primer homicidio, pero el solitario pelo rojo que había aparecido en cada una de las escenas de los asesinatos, así como el hecho de que a ambas víctimas se les hubiera arrancado el cuero cabelludo de la misma manera exactamente, indicaban que se enfrentaban al mismo asesino.

—El informe estará listo mañana, Jan —le explicó Susanne—. Para ser honesta, voy a recomendar que se le haga una evaluación clínica a cargo del psicólogo de un hospital y que impliquemos en esto a los servicios sociales. Mi opinión es que no se la puede responsabilizar por sus actos en cuanto a haber limpiado la escena del crimen.

—Me parece que coincido contigo, sólo por haber hablado con ella y conocer su pasado. Pero voy a consultar al doctor Minks, el psicólogo de la Clínica del Miedo, sobre ella. —Fabel hizo una pausa—. Casi no valió la pena que nos fuéramos, ¿verdad? Nada más llegar nos encontramos con toda esta mierda...

—No importa... —La voz de Susanne era cálida y sonaba casi somnolienta—. Ven a mi casa esta noche y cocinaré algo interesante. Podemos mirar las páginas de anuncios inmobiliarios en el *Abendblatt* y ver qué hay disponible dentro de nuestro rango de precios.

—Sé de dos propiedades que están por salir al mercado —dijo Fabel en tono sombrío—. Sus dueños ya no las necesitan.

17.30 H, BLANKENESE, HAMBURGO

Para cuando sonó el teléfono, Paul Scheibe ya llevaba bebiendo desde hacía unas buenas tres horas. Sin embargo, la calidez de la uva francesa no había conseguido derretir el frío del miedo que le apretaba el estómago. Tenía la cara pálida y cubierta de una brillante capa de sudor frío y grasiento.

—Busca un teléfono público y llámame a este número. No uses tu móvil. —La voz le pasó el número y la línea enmudeció. Scheibe buscó lápiz y papel y lo apuntó.

Scheibe parecía encandilado por la luz de las últimas horas de la tarde mientras caminaba desde su mansión hasta la costa del Elba. Blankenese está construida sobre una empinada orilla y es famosa por sus senderos, que comprenden miles de escalones. Con los pies pesados después de todo lo que había bebido aquella tarde, Scheibe bajó con dificultad hasta el teléfono público que, según sabía, se encontraba junto a la playa.

Su llamada fue atendida después del primer ring. Le pareció oír el sonido de equipos pesados en el fondo.

—Soy yo —dijo. Las tres botellas de merlot le habían puesto la voz gruesa y arrastrada.

—Maldito gilipollas —susurró la voz al otro lado de la línea—. Nunca... nunca uses el número de mi oficina o de mi móvil para cualquier cosa excepto para llamadas oficiales. Después de tantos años, y particularmente con todo lo que está pasando, había pensado que tendrías la sensatez de no arriesgarte a que nos encontrarán.

—Lo lamento...

—No digas mi nombre, imbécil —lo interrumpió la voz al otro lado de la línea.

—Lo lamento —repitió Scheibe mansamente. Algo más que el vino le espesó la voz—. Sentí pánico. Por Dios... primero Hans-Joachim, ahora Gunter. Esto no es una coincidencia. Alguien nos está matando uno por uno.

Hubo un pequeño silencio en la línea.

—Lo sé. Sin duda, eso parece.

—¿Eso parece? —resopló Scheibe—. Por el amor de Dios, hombre... ¿Has leído lo que les hicieron a los dos? ¿Has leído aquello del pelo?

—Lo he leído.

—Es un mensaje. Eso es lo que es... un mensaje. ¿No lo entiendes? El asesino les tiñó el pelo de rojo. Alguien está buscando a todos los miembros del grupo. Voy a irme. Voy a desaparecer. Tal vez me vaya al extranjero, o algo así... —Había desesperación en la voz de Scheibe, la desesperación de un hombre sin plan que fingía tener una estrategia para enfrentarse a algo a lo que no había forma de enfrentarse.

—Tú te quedarás donde estás —replicó la voz al otro lado del teléfono—. Si intentas huir, llamarás la atención sobre ti mismo... y sobre el resto de nosotros. Por el momento la policía piensa que están buscando a un asesino al azar.

—¿Entonces debo quedarme sentado a esperar a que me arranquen el cuero cabelludo?

—Quédate allí y espera instrucciones. Me pondré en contacto con los otros...

El teléfono enmudeció. Scheibe siguió sosteniendo el auricular contra la oreja y contempló desconcertado la arena bordeada de césped de la orilla de Blankenese. Su mirada llegó hasta el Elba y observó cómo un gran barco carguero se deslizaba en silencio. Sintió que le ardían los ojos y una tristeza grande y plomiza empezó a formarse en su pecho cuando pensó en otro Paul Scheibe, el Paul Scheibe que había sido una vez, jactancioso y lleno de las arrogantes certezas de la juventud. Un Paul Scheibe en tiempo pasado cuyas decisiones y acciones habían regresado para perseguirlo.

Su pasado estaba partiendo en dos su presente. Su pasado estaba alcanzándolo... y en ello le iría la vida.

Martes 23 de agosto de 2005, cinco días después del primer asesinato

10.00 H, DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA, UNIVERSITÄT DE HAMBURGO

La sonrisa de Severts era tan ancha como su rostro estrecho y largo podía permitírselo. No estaba vestido de la misma manera que en la excavación de HafenCity; llevaba pantalones de pana, una áspera chaqueta de tweed con solapas angostas y pasadas de moda y una camisa a cuadros que estaba desabrochada a la altura del cuello y dejaba ver una camiseta oscura debajo. Pero si bien el estilo de su indumentaria era aparentemente más formal que el de la excavación, la combinación de colores terrosos era la misma. Su despacho era luminoso y amplio pero estaba repleto de libros, archivos y objetos arqueológicos. Un gran ventanal llenaba de luz la habitación, pero no dejaba ver más que otro pabellón de la universidad.

El arqueólogo le pidió a Fabel que se sentara. Mientras lo hacía, a Fabel le sorprendió darse cuenta de que había algo en la ropa de Severts, en su despacho y en los objetos representativos de su trabajo que estimulaba una envidia pequeña y triste en él. Durante un momento reflexionó sobre el hecho de lo cerca que había estado de seguir un camino similar, la forma en que se había apasionado por la historia europea y en que, en sus tiempos de estudiante, ya había desplegado el mapa de su futuro y trazado el rumbo de su carrera. Pero luego se había producido un solo acto sin sentido y de intensa violencia, la fuerte impresión de la muerte de alguien cercano a manos de un desconocido, y todos los puntos de referencia que esperaba ver en su futuro habían quedado borrados.

En lugar de convertirse en un investigador del pasado, se había convertido en un investigador de la muerte.

En la pared posterior al escritorio de Severts había un gran mapa de Alemania en el que se detallaban todos los yacimientos arqueológicos de la República Federal, los Países Bajos y Dinamarca. A su lado había un póster inmenso. La imagen era sorprendente: se trataba de una mujer muerta, yaciendo boca arriba. Tenía un manto de lana con capucha que rodeaba su cuerpo largo y delgado. Sobre la capucha había una pluma larga y la mujer tenía un pelo largo y rojizo, separado en el medio. La piel del rostro y la de la parte de las piernas que podía verse entre los bordes del manto y los mocasines de piel tenían el mismo aspecto de papel que el cadáver de HafenCity, sólo que las manchas eran más oscuras.

—Ah... —Severts se dio cuenta de que el póster había llamado la atención de Fabel—. Veo que usted también ha quedado cautivado por ella... El amor de mi vida. Tiene un talento único para conquistar el corazón de los hombres. Y para desconcertarnos... ella tiene bastante que ver con todo lo que creíamos sobre Europa. Herr Fabel, permítame presentarle a una verdadera mujer de misterio... la Belleza de Loulan.

—La Belleza de Loulan —repitió Fabel—. Loulan... ¿Dónde queda eso exactamente?

—¡De eso se trata! —respondió Severts, animado—. Dígame, ¿de dónde cree usted que es? Me refiero a sus orígenes étnicos.

Fabel se encogió de hombros.

—Diría que es europea, por el color del pelo y los rasgos. Aunque también supongo que la pluma le da un aire norteamericano.

—¿Y cuántos años cree que tiene mi novia?

Fabel la examinó más de cerca. Estaba claro que se había momificado, pero estaba mucho mejor conservada que cualquiera de los cuerpos de las ciénagas que había visto.

—No lo sé... mil años... mil quinientos como mucho.

Severts meneó la cabeza lentamente, sin alterar su radiante sonrisa.

—Le dije que era una mujer misteriosa. Este cuerpo momificado, Herr Fabel, tiene más de cuatro mil años. Mide casi dos metros y el color de su pelo en vida era rojo o rubio. Y, en cuanto a donde se la descubrió... allí está el misterio y la intriga. —Se acercó a un archivador y extrajo una gruesa caja—. Éste es el álbum de recortes de mi familia —explicó—. Siento pasión por las momias. —Se sentó a su escritorio y hojeó los contenidos del expediente, que parecían ser grandes fotografías con notas amarillas adosadas con un clip. Luego le pasó a Fabel una gran ampliación en papel satinado—. Este caballero proviene de la misma región. Se lo conoce como Hombre de Cherchen. Iba a enseñárselo de todas maneras, porque guarda bastante relación con el caso del cuerpo momificado que encontramos en HafenCity junto al Elba. Eche un vistazo. Este hombre lleva muerto tres mil años.

Fabel miró la fotografía. Era asombroso. Por un momento el policía volvió a convertirse en el estudiante de historia y sintió esa excitación de mariposas en el estómago que tiene lugar cuando se abre una ventana al pasado. El hombre de la fotografía estaba en perfecto estado de conservación. La similitud con el cadáver de HafenCity era sorprendente, salvo que el hombre de la foto, muerto tres milenios antes, había conservado incluso el tono de la piel. Tenía piel clara y pelo rubio oscuro. Su barba estaba cuidadosamente recortada y sus labios carnosos ligeramente separados y torcidos hacia arriba, a un costado, dejando al descubierto unos dientes perfectos.

—El Hombre de Cherchen se conservó bien porque permaneció intacto durante tres mil años en un ambiente anaeróbico. El proceso de momificación es exactamente

el mismo que sufrió el cuerpo de HafenCity. Ambos representan un momento del tiempo capturado y preservado a la perfección para que nosotros lo observemos.

—Asombroso... —dijo Fabel. Volvió a estudiar al hombre. Era un rostro idéntico al que él podría encontrarse ese mismo día en la Hamburgo moderna.

—Hablamos de un pasado lejano. —Severts pareció leer los pensamientos de Fabel—. Pero aunque viviera hace tres mil años, eso sólo equivale a unas cien generaciones, más o menos. Piénselo... un número tan pequeño de personas, padre e hijo, madre e hija, separa a este hombre de usted y de mí. Herr Brauner me dijo que usted estudió historia, de modo que sabrá a qué me refiero cuando digo que no estamos tan separados de nuestras historias, de nuestro pasado, como nos gustaría. Pero hay más cosas interesantes respecto de este caballero. Al igual que la Belleza de Loulan, el Hombre de Cherchen era alto, con una estatura superior a los dos metros. Debía de tener unos cincuenta y siete años de edad cuando murió. Como puede ver, tenía el pelo y la piel claros. —Severts se inclinó hacia delante—. Veá, Fabel, ninguno de nosotros somos lo que creemos ser. Tanto la Belleza de Loulan como el Hombre de Cherchen forman parte de un número de cuerpos increíblemente bien conservados que se hallaron en la misma área y con los mismos indicadores culturales. Usaban ropa a cuadros multicolores, parecida al tartán escocés; eran todos altos y rubios. Y todos vivieron entre cuatro y tres mil años atrás en la misma parte del mundo. Cherchen y Loulan se encuentran en la China actual. Estos cuerpos se conocen como las momias de Ürümqi. Proviene de la cuenca del Tamir, que está en la Región Autónoma de Uigur, China Occidental. Es un área árida y estos cuerpos estaban enterrados bajo una arena extremadamente seca y fina. Se dice que los arqueólogos chinos que descubrieron a la mujer de Loulan lloraron cuando contemplaron su belleza. Este descubrimiento causó bastante revuelo, y tanto las autoridades chinas como el grupo dominante dentro de la arqueología se oponen firmemente a la premisa de que hace cuatro milenios unos europeos migraron y ocuparon la región. Uigur está ubicado en el punto de choque de las etnias turca y china y los nacionalistas turcos han declarado que la Belleza de Loulan es un símbolo de su derecho hereditario a ocupar la región. Sin embargo, estas momias no son más turcas que chinas. Esta gente tenía elementos culturales celtas. Tal vez incluso protoceltas. Los análisis de ADN que se les efectuaron a las momias en 1995 probaron de manera incontestable que eran europeas. Tienen marcas genéticas que las relacionan con los finlandeses y suecos de la actualidad, así como con algunas personas que viven en Córcega, Cerdeña y Toscana.

—Desde luego —dijo Fabel—. Recuerdo haber leído algo sobre esos descubrimientos. Si no me equivoco, el gobierno chino hizo todo lo que pudo por restarle importancia al hallazgo, porque cuestionaba su percepción de singularidad étnica como nación.

—Y todos conocemos el peligro que representa esa clase de mentalidad —dijo Severts—. Como le decía antes, ninguno de nosotros somos lo que creemos ser. —

Hizo girar la silla y volvió a mirar la fotografía de la mujer momificada—. Más allá de los debates que causaron, la Belleza de Loulan y el Hombre de Cherchen ya son parte de nuestro mundo. De nuestra época. Y están aquí para hablarnos de sus vidas anteriores. Así como la momia de HafenCity tiene algo que decir sobre su época, que es mucho más cercana. —Severts señaló la fotografía del hombre de tres mil años que Fabel tenía en la mano—. A pesar de la amplia distancia entre las épocas en las que vivieron, hay muy poca diferencia entre el estado de conservación de su momia y el Hombre de Cherchen. Si no lo hubiésemos desenterrado, el «Hombre de HafenCity» también podría haberse mantenido intacto durante tres mil años. Y habría salido de su descanso sin ninguna alteración. Tendría exactamente el mismo aspecto... Es evidente que podemos utilizar la tecnología de datación para establecer alguna tosca escala temporal, pero en términos generales, con frecuencia dependemos más de los artefactos y del entorno más próximo a la excavación para establecer la fecha exacta a la que pertenece una momia. Lo que me trae de vuelta a nuestra momia del siglo xx.

Severts abrió un cajón del escritorio y sacó una bolsa sellada de plástico. En ella había una pequeña cartera, del tamaño de un bolsillo, y un pedazo de lo que parecía un cartón marrón oscuro.

Fabel cogió la bolsa y la abrió. El cartón estaba doblado formando una pequeña libreta. En la portada se veía el águila y la esvástica, los emblemas del régimen nazi.

—Su tarjeta de identidad —dijo Severts—. Ya tiene un nombre para el cuerpo.

La tarjeta de identidad parecía seca y quebradiza en las manos de Fabel. Y su único color consistía en matices del mismo marrón, incluyendo la fotografía. Sin embargo, logró distinguir la cara seria de un hombre joven y rubio. La adolescencia aún permanecía en sus rasgos, pero ya empezaban a aparecer los ángulos más duros de la edad adulta. A Fabel le sorprendió reconocer de inmediato el cuerpo junto al río en esa fotografía.

Kurt. La cara que Fabel estaba mirando, la cara que había contemplado en el emplazamiento de HafenCity, pertenecía a Kurt Heymann, nacido en febrero de 1927, residente en Hammerbrook, Hamburgo. Fabel volvió a leer los detalles. En el presente tendría setenta y ocho años. A Fabel le resulto difícil comprenderlo. El tiempo, sencillamente, se había detenido para Kurt Heymann, con dieciséis años, en 1943. Había sido condenado a una juventud eterna.

Fabel examinó la cartera de cuero. También había perdido toda flexibilidad, y su superficie era como un áspero pergamino bajo las puntas de los dedos del detective. En su interior se encontraban los restos de algunos billetes de Reichmarks y la fotografía de una muchacha joven y rubia. Lo primero que se le ocurrió a Fabel era que se trataba de la novia de Heymann, pero pudo notar que había una semejanza entre ambos. Una hermana, tal vez.

Le dio las gracias a Severts y, mientras se levantaba, le devolvió la fotografía del Hombre de Cherchen. Cuando Severts abrió la caja para guardarla, otra de las

imágenes llamó la atención de Fabel.

—Ah, a ése lo conozco... —Fabel sonrió—. Un frisón oriental, como yo. ¿Puedo?

Fabel extrajo la fotografía. A diferencia de las otras momias, la cara prácticamente había desaparecido y sólo se veía el esqueleto, y algunas franjas intermitentes de una piel marrón y correosa extendida sobre los huesos desnudos. Lo que volvía notable a aquella momia era el hecho de que su tupida melena, así como la barba, se habían mantenido completamente intactas. Y ese pelo era lo que le había dado su nombre. Porque, si bien la denominación oficial de la momia era la de la aldea frisona cerca de la cual había sido descubierta en el año 1900, había sido esa melena vibrante y sorprendentemente roja lo que había capturado la imaginación tanto del público como de los arqueólogos.

—Sí, claro —dijo Severts—. El famoso Franz *el Rojo*. O, dicho más correctamente, el Hombre de Neu Versen. Magnífico, ¿verdad? ¿Y dice que es de la misma zona que usted?

—Más o menos. Yo soy de Ostfriesland pero más al norte: Norddeich. Neu Versen está en Bourtanger Moor. Pero he oído hablar de Franz *el Rojo* desde que era un niño.

—Bien, él es un perfecto ejemplo de lo que decía sobre que estas personas tienen una segunda vida... una vida en nuestra época. En la actualidad recorre el mundo como parte de la exposición *La misteriosa gente de las ciénagas*. En estos días se encuentra en Canadá, si no me equivoco. Pero es una buena ilustración de lo que Franz Brandt le comentó en el emplazamiento de HafenCity sobre las diferentes clases de momificación. Es un cuerpo del pantano, y totalmente diferente de los cuerpos de Ürümqi. Toda la carne se le descompuso y sólo ha quedado la piel, endurecida y curtida por los ácidos del pantano, convirtiéndolo básicamente en un saco de piel que contiene su esqueleto. Pero lo asombroso es el pelo. Es obvio que no era de ese color en un principio. Las tinturas del pantano lo han teñido.

Fabel contempló la imagen que tenía en las manos mientras escuchaba a Severts. Franz *el Rojo*, con su corona de pelo rojo ardiendo en su calavera como llamas, parecía estar gritándole. El pelo. El pelo teñido de rojo.

Fabel sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

11.00 H, ALTONA NORD, HAMBURGO

Maria le había preguntado a Werner si podría suplantarla durante alrededor de una hora. De todas maneras, en el momento de hacerlo se había puesto de pie y había cogido la chaqueta del respaldo de la silla, convirtiendo la pregunta en una especie de afirmación. Werner había apartado la silla de su escritorio, que estaba enfrente del de Maria, y se había echado hacia atrás, para examinarla como si estuviera evaluando la situación.

—No le va a gustar si se entera... —Werner se frotó su hirsuto cuero cabelludo con ambas manos.

—¿Quién? —dijo Maria—. ¿Enterarse de qué?

—Sabes de lo que hablo. Vas a seguir husmeando en el caso de Olga X, ¿verdad? El *chef* dejó bien claro que debías dejarlo.

—Sólo voy a hacer lo que él me indicó: ir a Crimen Organizado para informarles del contexto del caso. ¿Me suplantarás o no?

Werner respondió al tono agresivo de la voz de Maria encogiendo sus pesados hombros.

—Puedo arreglármelas.

Maria se deprimía cada vez que la veía.

Esa estructura había tenido un propósito alguna vez. En otra época, la gente pasaba sus días de trabajo allí, tomando su almuerzo en la cafetería, conversando entre sí o debatiendo sobre la productividad, las ganancias, los aumentos salariales. Ese edificio ancho de una sola planta de Altona-Nord había sido una fábrica en otra época; pequeña, probablemente relacionada con ingeniería liviana o algo similar. Pero ahora se había convertido en una cáscara lúgubre y vacía. Casi ninguna de las ventanas permanecía intacta; las paredes estaban llenas de franjas donde el yeso había desaparecido o manchadas con grafiti; en el suelo había una gruesa y polvorienta capa de polvo y pilas de escombros o basura.

Era un territorio poco probable para el amor.

Pero ese edificio proporcionaba un lugar para que el sector más degradado del negocio de la prostitución de Hamburgo realizara sus actividades. En su mayor parte eran chicas heroinómanas, o adictas a otras drogas, que cobraban mucho menos que las que trabajaban en las zonas más atractivas de Herbertstrasse y Kiez. Las chicas que operaban aquí eran mayoristas: hacían la mayor cantidad de servicios lo más rápido posible para alimentar su hábito o las carteras de sus proxenetas.

La evidencia estaba allí, descarnada, a la sombría luz del día: preservativos usados esparcidos por el roñoso suelo de la fábrica.

Olga X no consumía drogas. Eso había quedado establecido en la autopsia. La habían obligado a vender su cuerpo en ese lugar sórdido y miserable mediante alguna otra coacción.

Maria atravesó el gran vacío de la parte principal de la fábrica y se detuvo a pocos metros de la esquina. Irónicamente, estaba limpia y vacía; el equipo forense que había asistido a la escena se había llevado hasta el último escombros para examinarlo. Aquello había ocurrido tres meses antes, y daba la impresión de que las chicas que llevaban allí a sus clientes habían evitado esa esquina en particular. Tal vez sentían que ese rincón estaba maldito. O embrujado. Sólo había una cosa nueva: un pequeño

ramillete de flores marchitas dispuesto con tristeza en la esquina, que alguien había dejado como patético recuerdo de la vida que había terminado allí.

Maria recordaba aquel rincón como la primera vez que lo vio. Como si su mente hubiera fotografiado y archivado la escena, siempre se le presentaba perfecta y completa en su memoria. Olga no había sido una chica grande. Había sido de complexión delgada y de huesos livianos, y la había encontrado tirada en un enredo de brazos y piernas en ese rincón, con su sangre mezclándose con el polvo del suelo formando una pasta pálida y arenosa. Maria nunca dejaba que las escenas de los crímenes la afectaran tanto como a sus colegas masculinos. Pero aquel asesinato sí la había afectado. En realidad no entendía por qué haber visto los frágiles restos de una prostituta anónima la había dejado sin dormir durante varias noches, pero más de una vez se le había ocurrido que podría tener algo que ver con el hecho de que ella misma había estado a punto de convertirse en la víctima de otro homicidio. La otra cosa que la angustiaba respecto de la muerte de esa muchacha era la forma en que la habían engañado. La mayoría de los casos que investigaba la Mordkommission de la Polizei de Hamburgo pertenecían a un ámbito determinado: bebedores y drogadictos crónicos, ladrones y narcotraficantes y, por supuesto, prostitutas. Pero a esta chica la habían obligado a entrar en este mundo. La promesa de una vida nueva en Occidente con un trabajo decente y un futuro mejor había resultado un fraude. En cambio, Olga, o fuera cual fuese su verdadero nombre, había entregado su propio dinero, probablemente todo el que tenía o el que había conseguido reunir, para venderse sin saberlo a la esclavitud y a una muerte sórdida y anónima.

Maria se inclinó y examinó el ramillete marchito. No era mucho, pero al menos alguien había reconocido que una persona, un ser humano con un pasado, con esperanzas y sueños, había perdido la vida en ese sitio. A alguien le había importado lo bastante como para dejar esas flores; y en ese momento, después de muchas averiguaciones discretas, Maria sabía quién era ese alguien.

Se enderezó cuando oyó el retumbar de la puerta al otro lado de la fábrica, seguido del sonido de unas pisadas.

11.10 H, EPPENDORF, HAMBURGO

—Esto es muy irregular, ¿sabe? —El doctor Minks hizo pasar a Fabel a su consulta y señaló la silla de cuero en un vago gesto de invitación—. Quiero decir, no pienso violar la confidencialidad de mi paciente, como comprenderá. —Minks se arrugó en el asiento enfrente al de Fabel y examinó al comisario en jefe por encima de sus gafas—. Por lo general yo no comentaría nada sobre un paciente a menos que hubiera una orden judicial, pero Frau Dreyer me aseguró personalmente que está de acuerdo con que hable con usted sobre cualquier aspecto de su estado o tratamiento. Tengo que advertirle de que yo no me siento tan cómodo con esta situación como parece estarlo ella.

—Lo entiendo —dijo Fabel. Se sentía extrañamente vulnerable allí sentado delante de ese hombre anciano y pequeño con un traje lleno de arrugas. Fabel se dio cuenta de que estaba ubicado en el lugar que normalmente ocuparía uno de los pacientes del doctor Minks; lo que lo incomodó aún más—. Pero debo decirle que no creo que Kristina Dreyer sea culpable de nada excepto de haber destruido unas valiosas pruebas forenses. Y ni siquiera es probable que presentemos cargos por eso. Está claro que es resultado de su estado mental.

—Pero usted tiene a mi paciente en custodia —dijo el doctor Minks.

—Hoy será liberada. Puedo asegurárselo. Sin embargo, seguirá sometida a posteriores evaluaciones de su salud psicológica.

Minks meneó la cabeza.

—Kristina Dreyer es mi paciente y yo digo que su estado no le impide desenvolverse en la comunidad. Su psicóloga forense también solicitó mi evaluación. Se la mandé esta mañana. A propósito, me sorprendió enterarme de que esa psicóloga forense era la doctora Eckhardt.

—¿Conoce a Susanne? —preguntó Fabel, sorprendido.

—Es evidente que no tanto como usted, comisario.

—La doctora Eckhardt y yo... —Fabel luchó para encontrar las palabras adecuadas. Le irritó sentir que se ruborizaba—... tenemos una relación personal, además de profesional.

—Ya veo. Conocí a Susanne Eckhardt en Munich. Yo era su profesor. Ella era una estudiante de un ingenio y una comprensión fuera de lo común. Estoy seguro de que es muy valiosa para la Polizei de Hamburgo.

—Sí lo es. —Dijo Fabel. Le había mencionado a Susanne que se encontraría con Minks, y durante un momento se preguntó por qué ella no le había dicho que lo conocía—. En realidad, no trabaja directamente para la Polizei. Su despacho está en el Instituto de Medicina Legal de Eppendorf... Y allí desempeña su trabajo como consultora especial de la brigada de Homicidios.

Hubo una pausa, durante la cual Minks continuó estudiando a Fabel como si él mismo fuera un paciente al que había que evaluar. Fabel rompió el silencio.

—Usted trataba a Kristina Dreyer por sus fobias, ¿correcto?

—En términos estrictos, no. Yo trataba a Frau Dreyer por una constelación de problemas psicológicos. Sus miedos irracionales no eran más que la manifestación, los síntomas de ese estado. Un elemento clave de su tratamiento consistía en desarrollar estrategias para ayudarla a llevar una vida relativamente normal.

—Conoce las circunstancias en que se encontró a Kristina Dreyer... y el hecho de que ella declaró que se sintió obligada a limpiar la escena del crimen. Tengo que preguntárselo directamente: ¿cree que Kristina Dreyer es capaz de haber cometido el homicidio de Hans-Joachim Hauser?

—No. Por lo general no me gusta hacer conjeturas sobre lo que el estado mental de mis pacientes podría obligarlos a hacer, pero no. Puedo afirmárselo

categoricamente. Creo en el relato de Kristina y creo que no asesinó a Hauser. Kristina es una mujer asustada. Por eso la trato aquí, en mi clínica del miedo. Cuando mató antes, se debió a que su miedo se amplificó hasta un grado que ni usted ni yo comprendemos del todo. Le proporcionó una fortaleza superior a lo que cualquiera esperaría de una mujer de su estatura. Ella reaccionó a una amenaza directa y sostenida contra su vida después de un período continuo de malos tratos. Pero, de todas formas, usted ya sabe todo esto, ¿verdad, Herr Fabel?

—Gracias por su opinión, Herr Doktor... —Fabel se levantó para irse y esperó que Minks hiciera lo mismo. En cambio, el psicólogo permaneció sentado y contempló a Fabel con su mirada suave pero constante. No había nada descifrable en la expresión de Minks, pero Fabel sintió que estaba sopesando cuidadosamente sus palabras siguientes. Volvió a sentarse.

—Yo conocía a Hans-Joachim Hauser, ¿sabe? —continuó Minks—. La víctima del asesinato.

—Oh —dijo Fabel, sorprendido—. ¿Eran amigos?

—No... Por el amor de Dios. Sería más correcto decir que le conocí, hace muchos años. Le he visto un par de veces desde entonces, pero en realidad no teníamos mucho que decirnos. Nunca me cayó muy bien. —Minks hizo una pausa—. Como sabe, aquí me dedico a tratar las causas y los efectos del miedo; las fobias y las situaciones que las causan. Una de las cosas principales que les enseño a mis pacientes es que jamás deben permitir que sus fobias den forma a sus personalidades. No deben dejar que sus temores definan quiénes son. Pero, por supuesto, eso no es cierto. Lo que nos define es nuestro miedo. A medida que crecemos, aprendemos a temer el rechazo, el fracaso, el aislamiento e incluso el amor y el éxito. Usted, por ejemplo, Herr Fabel... Yo adivinaría que usted proviene de un típico ambiente provinciano del norte de Alemania y que ha vivido en la región toda su vida. Tiene la actitud típica de los alemanes del norte: se apartan de las cosas, reflexionan cuidadosamente antes de hablar o actuar. Luego necesita la tranquilidad de que algún otro confirme sus observaciones o sus acciones. Teme dar un paso en falso. Cometer un error. Y las consecuencias de ese paso en falso. Por eso necesitaba que yo lo reconfortara confirmando su punto de vista sobre Frau Dreyer.

—No necesito que usted apruebe mis teorías, Herr Doktor. —Fabel no logró ocultar el filo de su voz—. Lo único que necesito son sus opiniones sobre su paciente. Y, en realidad, se equivoca usted. No he vivido en Alemania del Norte toda mi vida. Mi madre es escocesa y viví en el Reino Unido unos años, de pequeño.

—Entonces la mentalidad debe de ser parecida. —Minks se encogió de hombros dentro de la arrugada tela de su chaqueta—. De todas maneras, todos tenemos miedos y esos miedos tienden a influir en la manera en que reaccionamos ante el mundo.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Hauser?

—Uno de los temores más comunes que todos tenemos es el miedo a la exposición. En todos nosotros hay algún aspecto de nuestra personalidad que

tememos revelar al mundo. Algunas personas, por ejemplo, tienen miedo de su pasado, de esa persona diferente que eran antes.

—¿Está diciéndome que Hauser era una persona así?

—Tal vez le resulte difícil creerlo, Herr Fabel, pero en otra época yo fui algo así como un radical. Era estudiante en 1968 y participé de muchas de las cosas que ocurrieron en aquella época. Pero estoy contento con todo lo que hice y con quién era entonces. Todos hicimos cosas en aquel momento que tal vez fueran... desaconsejables... pero tenían mucho que ver con el fervor de la juventud y la emoción de la época. De todas maneras, lo más importante es que cambiamos algo. Alemania es un país diferente gracias a nuestra generación y yo estoy orgulloso del papel que me tocó. Sin embargo, hay otros que tal vez no se enorgullecen tanto de sus acciones. Yo conocí a Hauser en el año 1968. Era un joven pomposo, arrogante y terriblemente vanidoso. Le encantaba estar rodeado de admiradores y hacer pasar toda clase de ideas prestadas como si fueran suyas.

—No veo qué tiene eso de relevante. ¿Por qué eso haría que un hombre le tema a su pasado?

—Parece inofensivo, ¿verdad? Robar los pensamientos de otros... —Minks se había hundido tanto en la silla que parecía que había estudiado el arte del reposo toda su vida, pero un brillo distante ardía detrás de los suaves ojos, que seguían clavados en Fabel—. Pero la cuestión es de quién eran los pensamientos que tomaba prestados... De quién era la ropa que se ponía como suya. Lo que suele ocurrir en las épocas emocionantes y peligrosas es que la emoción puede hacer que uno se vuelva ciego al peligro. Uno pocas veces es consciente de que entre la gente que conoce en momentos como ése hay individuos peligrosos.

—Doctor Minks, ¿tiene algo específico que decirme sobre el pasado de Herr Hauser?

—¿Específico? No. No hay nada específico que pueda señalarle... Pero puedo indicarle el rumbo. Le aconsejo que haga un poco de arqueología, Kriminalhauptkommissar. Excave un poco en el pasado. No estoy seguro de lo que encontrará... pero sí de que encontrará algo.

Fabel contempló al hombre pequeño en el sillón, con su traje arrugado y su cara arrugada. Por mucho que lo intentó, no logró imaginar al doctor Minks como un revolucionario. Pensó en presionarlo un poco más, pero supo que sería un esfuerzo inútil. Minks no revelaría nada más. A pesar de lo críptico de sus palabras, estaba claro que había tratado de proporcionarle una pista.

—¿También conocía al doctor Gunter Griebel? —le preguntó—. Fue asesinado de la misma manera que Hauser.

—No... En realidad no. Leí sobre su muerte en los periódicos, pero no lo conocía.

—¿Entonces no sabe si existía alguna relación entre Hauser y Griebel?

Minks meneó la cabeza.

—Creo que Griebel y Hauser eran contemporáneos. Tal vez su arqueología revele que compartieron un pasado. De todas maneras, comisario, ya le he dado mi opinión sobre Kristina. Ella es totalmente incapaz de la clase de homicidio que está investigando.

Fabel se incorporó y esperó a que Minks se levantara de la silla en la que estaba despatarrado. Se estrecharon la mano y Fabel le agradeció la ayuda.

—Oh, por cierto —dijo Fabel cuando llegó a la puerta—, creo que conoce usted a una de mis agentes, Maria Klee.

Minks lanzó una carcajada y meneó la cabeza.

—Vamos, Herr Fabel, puedo haberle permitido cierta flexibilidad porque tenía la autorización de Kristina Dreyer, pero no pienso violar la confidencialidad entre médico y paciente confirmando o negando mi conocimiento de su colega.

—Yo no he dicho que ella sea una paciente —dijo Fabel mientras salía—. Sólo que creía que usted la conocía. Adiós, Herr Doktor.

11.10 H, ALTONA NORD, HAMBURGO

Cuando las pisadas se hicieron más fuertes, Maria retrocedió hacia el rincón donde una joven había muerto golpeada y estrangulada. A pesar de que la mayoría de las ventanas de aquella fábrica abandonada estaban rotas, Maria sentía el aire a su alrededor como algo quieto, caliente y pesado. Una mujer apareció en el umbral y miró hacia todos lados con actitud de nerviosismo antes de entrar. Maria salió de las sombras, la mujer la divisó y avanzó a través de la fábrica un poco más tranquila.

—No es posible que me quede mucho tiempo... —dijo a modo de saludo mientras se aproximaba a Maria. Tenía un fuerte acento del Este de Europa en la voz y hablaba con la gramática de alguien que había aprendido alemán en la calle. Maria supuso que no tendría más de veintitrés o veinticuatro años, aunque de lejos había parecido mayor. Llevaba un vestido barato y colorido que había acortado para que el dobladillo no le cubriera más que la parte superior de los muslos. Sus piernas estaban desnudas y sus zapatos eran sandalias de tacón alto y tiras ajustadas en torno a los tobillos. El vestido estaba hecho con una tela delgada que se le ajustaba a la altura de los senos y le acentuaba claramente el contorno de los pezones. Colgaba de un par de tirantes delgados y dejaba al descubierto el cuello y los hombros. Toda esa vestimenta estaba pensada para exudar cierta clase de sexualidad estridente y disponible. Pero en realidad su color ofrecía un contraste discordante con la piel pálida y llena de irregularidades de la muchacha y, en combinación con sus hombros huesudos y brazos delgados, la hacían verse enferma y algo patética.

—No hace falta que te quedes mucho tiempo, Nadja —respondió Maria—. Sólo necesito el nombre.

Nadja miró más allá de Maria hacia la esquina de la fábrica abandonada. La esquina donde ella había dejado las flores.

—Ya he dicho, no sé cuál era su verdadero nombre.

—No es el nombre de ella lo que busco, Nadja —dijo Maria en un tono tranquilo—. Quiero saber quién la puso en la calle.

—Ella no tenía un chulo, uno solo no. Era nueva para el grupo.

—¿El grupo?

—Todas trabajamos para misma gente. Pero no voy a decirle quiénes son. Como están las cosas, me matarán si saben que yo hablé con usted.

Maria cogió la mano de Nadja y giró la palma hacia arriba. Con la otra mano, metió algunos billetes de cincuenta euros en ella y cerró los dedos de Nadja en torno al dinero.

—Esto es importante para mí. —Maria sostuvo la mirada de Nadja con sus pálidos ojos grises y azulados—. Soy yo la que paga por esta información. No la policía.

Nadja abrió el puño y miró los billetes arrugados. Volvió a ponérselos en la mano a Maria.

—Guarde dinero. No he venido a verla para sacarle pasta. Puedo ganar más que esto en un par de horas esta noche.

—Pero no puedes conservarlo, ¿verdad? —Maria no hizo ningún gesto para coger el dinero—. ¿Cómo conociste a Olga?

Nadja lanzó una risita vacía y meneó la cabeza. Cada movimiento parecía electrizado por el miedo. Hizo una pausa para encender un cigarrillo y Maria se dio cuenta de que le temblaban las manos. La mujer echó la cabeza hacia atrás y lanzó un chorro de humo hacia el aire espeso y caliente.

—¿Cree que dinero significa algo? Yo antes pensaba que dinero era la respuesta a todos los males; pensaba que Alemania era el lugar donde ganar. Y terminé así. Pero cojo su dinero; tengo que probar que cada segundo fuera de su vista gano pasta para ellos.

Nadja cogió tres billetes de cincuenta euros y le devolvió el resto a Maria.

—La chica que usted llama Olga. Ella no rusa, ella de Ucrania. La trajeron los mismos que me trajeron a mí.

Maria sintió la excitación de una sospecha confirmada.

—¿Traficantes de personas?

Se oyó un ruido desde el exterior del edificio, cerca de las puertas principales. Ambas mujeres giraron y observaron la puerta un momento antes de continuar la conversación.

—Usted debería saberlo —dijo Nadja—. Las cosas han cambiado en Hamburgo. Antes sólo dos clases de prostitutas: las chicas que trabajan en Kiez, en Sankt Pauli... allí incluso puedes encontrar estudiantes universitarias que quieren ganar algunos billetes... y las yonquis que necesitan para pagar droga. Esas chicas lo más bajo del negocio. Ahora hay algo nuevo. Nosotras. Las otras chicas nos llaman el Mercadillo de los Agricultores... nos traen del Este como ganado y nos venden. La mayoría de

Rusia, Bielorrusia o Ucrania. Muchas también de Albania y unas cuantas de Polonia y Lituania.

—¿Quién dirige el Mercadillo de los Agricultores?

—Si se lo digo, iré a buscarlos. Entonces ellos deducirán quién se lo dijo y me matarán. Pero antes me torturarán, y matarán a mi familia. Usted no tiene idea de cómo son. Cuando traen chicas lo primero es violar. Luego pegan y dicen que matarán a familias si no ganamos dinero para ellos.

—¿Y eso es lo que ocurrió contigo?

Nadja no respondió, pero una lágrima empezó a recorrer el contorno de su nariz antes de que ella se la limpiara con un brusco movimiento de la mano.

—Se lo hicieron a la chica que usted dice Olga. Ella confió. Le dijeron que tenían un buen trabajo para ella en el Oeste. Confió en ellos porque eran ucranianos, como ella.

—¿Ucranianos? —Maria sintió una opresión en el pecho, como si su cuerpo estuviera apretando una vieja herida—. ¿Has dicho que la gente detrás del Mercadillo de los Agricultores son ucranianos?

Nadja miró con gesto nervioso la puerta de la fábrica.

—Debo irme ahora...

Maria miró fijamente a la joven y famélica prostituta.

—¿El nombre Vasyl Vitrenko significa algo para ti?

Nadja meneó la cabeza. De pronto, Maria comenzó a rebuscar en su bolso. Sacó la fotografía en color de la cabeza y los hombros de un hombre con un uniforme militar soviético.

—Vasyl Vitrenko. ¿No has oído hablar de él, en conexión con las personas que están trayendo a las chicas de Europa del Este? ¿Esta persona podría ser el jefe?

—No sé. No reconozco. Le doy mi dinero a hombre diferente.

—¿Estás segura de que nunca lo has visto? —Maria sostuvo la fotografía cerca de la cara de Nadja y su voz se tiñó de urgencia—. Mírale la cara. Míralo.

Nadja examinó la imagen más de cerca.

—No... Nunca visto antes. No olvidaría esa cara.

La tensión pareció evaporarse de la postura de Maria. Contempló la fotografía que tenía en la mano. Vasyl Vitrenko le devolvió la mirada con unos ojos color esmeralda que eran crueles, fríos y luminosos como el centro del infierno.

—No... —dijo—. Supongo que no.

12.30 H, HAMBURGUER HAFEN, HAMBURGO

Dirk Stellamanns había sido agente de uniforme cuando Fabel se incorporó a la Polizei de Hamburgo. Era un tipo grande como un oso, cordial y de sempiterna sonrisa. Dirk era quien le había enseñado a Fabel las cosas que conlleva ser policía y que no se aprenden en la Escuela Estatal: las sutilezas y los matices, la forma en que

puedes entrar a una habitación y entender la situación y evaluar los riesgos con tu primera mirada.

Dirk Stellamanns había estado a cargo de la patrulla de Sankt Pauli y trabajaba en la famosa comisaría de Davidwache. Con las doscientas mil personas que pasaban cada fin de semana por esos dos kilómetros cuadrados de bares, teatros, discotecas, clubes de striptease y, desde luego, la notoria Reeperbahn, era una patrulla en la que el arma más eficaz de un policía consistía en su capacidad para hablar con la gente. Dirk le había enseñado a Fabel cómo se podía desactivar una situación explosiva con unas pocas palabras dichas en el momento adecuado; cómo a una persona que parecía destinada al arresto se la podía mandar a su casa con una sonrisa en la cara. Todo dependía de la manera en que uno lidiaba con la situación. Fabel había quedado admirado y bastante envidioso de la habilidad verbal de Dirk. Él tenía una conciencia clara de sus propias virtudes como policía, pero también de sus debilidades: en ocasiones, Fabel se daba cuenta de que podría haberle sacado más a un sospechoso o a un testigo si hubiera manejado la situación un poco mejor.

Dirk había estado presente cuando dispararon a Fabel y a su compañero. Un robo que había salido mal, perpetrado por miembros de un grupo terrorista, había dejado a Fabel malherido. Su compañero no había sobrevivido. Franz Webern, de veinticinco años, que llevaba menos de tres años casado y era padre de un bebé de dieciocho meses, había quedado tumbado en la calle a las puertas del Commerzbank y había tiritado de frío mientras el calor de su sangre se escapaba de su cuerpo y florecía oscuramente en el pálido asfalto.

Aquél fue el día más oscuro de la carrera de Fabel. Terminó con él herido en un muelle junto al Elba, delante de una chica de diecisiete años armada con tópicos políticos y una pistola automática que se negaba a bajar.

«Ella se negó a bajar la pistola...». Fabel repetía esa frase como un mantra año tras año en un intento de disminuir aunque fuera sólo un poco el intolerable peso de saber que él le había quitado la vida; que le había disparado a la cara y la cabeza y que ella se había derrumbado como una muñeca rota y había caído en las aguas oscuras y frías. Dirk acompañó a Fabel cada día, cada vez que no estaba trabajando. En el momento en que Fabel empezó a recuperar una vaga y tenue conciencia, se dio cuenta de la presencia tranquila y sólida de Dirk junto a la cama del hospital.

Fabel aprendió que había lazos que, una vez forjados, no podían romperse.

Dirk, finalmente, se retiró de la policía. Llevaba tres años al frente de aquel chiringuito de comidas rápidas junto al puerto. Y Fabel iba allí al menos una vez cada quince días; no porque apreciara particularmente las variedades de *currywurst* que Dirk ofrecía, sino porque ambos hombres sentían la necesidad de esas bromas triviales, sin objetivo y sin sentido que siempre flotaban en la superficie de su amistad.

Pero en algunas ocasiones, Fabel necesitaba bucear más profundo. Cada vez que había un caso que lo ponía nervioso, un asesinato con la capacidad de impresionarlo,

incluso después de tantos años de enfrentarse a la muerte, Fabel no acudía a Otto Jensen, su mejor amigo y con quien tenía mucho más en común. Acudía a Dirk Stellamanns.

El puesto de comida rápida de Dirk era una extensión de la inmensa personalidad de su dueño. Estaba bien iluminado, escrupulosamente limpio y rodeado de un grupo de mesas que llegaban a la altura del pecho rematadas con sombrillas blancas. Dirk, con su corpulento cuerpo protestando contra su ajustado e immaculado delantal blanco de cocinero, sonrió con alegría cuando Fabel se acercó.

—Vaya, vaya... veo que te has hartado de esos restaurantes caros de Pöseldorf... —Dirk le habló a Fabel en frisón. Ambos eran de Frisia Oriental y siempre se comunicaban entre sí utilizando el peculiar idioma de la región, una vieja mezcla de alemán, holandés e inglés antiguo—. ¿Quieres un poco de comida de verdad?

—Una Jever y un bocadillo de queso me bastarán —dijo Fabel con una sonrisa desoladora. Siempre pedía lo mismo cuando iba allí a la hora del almuerzo. Una vez más, se sintió irritado por su propia previsibilidad. Bebió un sorbo de la fría cerveza con aroma a hierbas que había pedido, que también era de Frisia Oriental.

—Se te ve alegre, como siempre. —Dirk se inclinó hacia delante y apoyó los codos en el mostrador—. ¿Qué ocurre?

—¿Has leído lo del asesinato de Hans-Joachim Hauser?

—¿Lo del Peluquero de Hamburgo? —Dirk frunció los labios—. Hauser y otro tío, un científico. ¿Tú estás con eso?

Fabel asintió y bebió otro sorbo de cerveza.

—Es terrible. Sólo Dios sabe cómo la prensa se ha enterado de los detalles, pero son bastante precisos. Ese tío les arranca el cuero cabelludo.

—¿Es cierto que los tiñe de rojo?

Fabel volvió a asentir.

—¿De qué va todo esto? —Dirk hizo un gesto de incredulidad—. Dios sabe que vi muchas cosas en mi época, pero siempre hay un psicópata que se presenta con algo nuevo y te sorprende. Ese tipo debe de estar loco de remate.

—Así parece. —Fabel examinó su vaso de cerveza antes de beber otro sorbo—. La cuestión es que no se lleva sus trofeos. Los cuelga para que todos los vean.

—¿Un mensaje?

—Eso es lo que comienzo a preguntarme.

Fabel se encogió de hombros. A pesar de la luz del sol, sintió frío en su interior. Tal vez fuera la cerveza; tal vez fuera la helada astilla de inquietud que se le había formado desde que vio la fotografía del Hombre de Neu Versen: Franz *el Rojo*, cuyo pelo había quedado teñido de un rojo subido después de dormir mil años en un pantano frío y oscuro.

—Pero ¿por qué lo haría? —Fabel formuló la pregunta más para sí mismo que para Dirk—. ¿Qué significado tiene el color rojo?

—¿El rojo? Es el color de las advertencias, ¿verdad? O algo político. El rojo es el color de la revolución, de la vieja Alemania Oriental, el comunismo, toda esa mierda. —Dirk hizo una pausa para atender a una clienta. Aguardó hasta que la mujer no pudiera oírlo para continuar—. ¿Acaso Hauser no estaba relacionado con todo aquello en los años sesenta y setenta? Tal vez el asesino tenga algo contra los «rojos».

—Podría ser... —Fabel suspiró—. Quién sabe lo que pasa por una mente como ésta. Esta mañana hablé con alguien que me sugirió que revisara el pasado de Hauser; específicamente su pasado político, más de lo que lo haría normalmente en un caso así. Pero nadie me ha comentado que Hauser participara en nada parecido a la «acción directa».

—Nunca se sabe, Jan. Hay muchas personas en altos puestos políticos que tienen algunos trapos sucios que ocultar.

Fabel dio otro sorbo a la cerveza.

—De verdad que necesito algo a lo que aferrarme...

21.30 H, OSDORF, HAMBURGO

Maria se sentó en el sofá y sostuvo la copa vacía de vino sobre la cabeza, agitándola como si estuviera haciendo sonar una campanilla. Frank Grueber salió de la cocina y la cogió.

—¿Otra?

—Otra. —La voz de Maria era monótona y triste.

—¿Te encuentras bien? —Grueber había estado en la cocina, metiendo en el fregadero los platos de la cena que había preparado. A pesar de sus treinta y dos años, Grueber conservaba el aspecto de un muchacho. Tenía las mangas subidas hasta los codos, dejando al descubierto sus delgados antebrazos, y su pelo grueso y oscuro le caía sobre las cejas, que estaban fruncidas en un gesto de preocupación—. Has bebido bastante...

—Un día difícil. —Maria lo miró y sonrió—. He estado investigando el pasado de aquella joven rusa que asesinaron hace tres meses. —Se corrigió—. Ucraniana.

—Pero yo creía que ya habías capturado al asesino —dijo Grueber desde la cocina. Reapareció con una copa de vino tino, que depositó sobre la mesa delante de Maria antes de sentarse en el sofá a su lado.

—Sí... Lo capturamos entre todos. Es sólo que ella no tiene nombre, un nombre real. Quiero devolvérselo. Lo único que ella deseaba era una vida nueva. Estar en otra parte, ser otra persona. Dios sabe que hay ocasiones en que puedo identificarme con eso.

Maria le dio un largo sorbo a su Barolo. Grueber apoyó el brazo en el respaldo del sofá y acarició con suavidad el pelo rubio de Maria. Ella sonrió débilmente.

—Estoy preocupado por ti, Maria. ¿Has vuelto a ver a ese médico?

Maria se encogió de hombros.

—Tengo una cita esta semana. Le detesto. Y no estoy para nada segura de que sirva. No sé si existe algo que pueda servirme. De todas maneras, mejor cambiemos de tema... —Señaló con un gesto el gran aparador antiguo que estaba ubicado contra la pared de la sala—. ¿Es nuevo? —preguntó.

Grueber suspiró sin dejar de acariciarle el pelo.

—Sí... Lo compré el fin de semana. —Su tono dejaba bien claro que le molestaba cambiar de tema—. Necesitaba algo para esa pared.

—Parece caro —dijo Maria—. Como todo... —Movi6 la copa para referirse a la sala y a la casa en general.

—Perd6n —dijo Grueber.

—¿Perd6n por qu6?

—Por ser rico. No puedes elegir la cuna en la que naces, ¿sabes? Yo no pedí tener padres adinerados, de la misma manera que otros no pidieron nacer pobres.

—A mí no me molesta... —dijo Maria.

—¿No? Yo me las arreglo solo, ¿sabes? Siempre lo he hecho.

Maria volvió a encogerse de hombros.

—Como he dicho, no me molesta. Debe de ser bonito tener dinero. —Recorrió la sala con la mirada. La decoración era de buen gusto y se notaba que era muy cara. Maria sabía que Grueber era el dueño de aquel apartamento y que no tenía que pagar hipoteca. Era la parte inferior de una inmensa mansión en Hochkamp, una zona de Osdorf. Ella sospechaba que él también era dueño de la otra parte del edificio, que estaba en alquiler. El apartamento mismo representaba una propiedad inmobiliaria muy valiosa. Hamburgo era una de las ciudades más ricas de Alemania y Maria sabía que los padres de Grueber eran ricos incluso para los niveles de Hamburgo. Más aún, Frank Grueber era hijo único. Una vez le había explicado a Maria que sus padres prácticamente habían perdido toda esperanza de tener un hijo. Como consecuencia, Grueber había crecido en un mundo donde podía tener todo lo que quisiera. Además, en poco tiempo heredaría una fortuna y era evidente que ya tenía considerables recursos financieros a su disposición. Maria se había preguntado con frecuencia por qué alguien escogería la carrera de científico forense cuando podía elegir cualquier cosa.

—Tener dinero no garantiza la felicidad —dijo Grueber.

—Eso es extraño. —Maria lanzó una risa pequeña y dolorosa—. Porque no tenerlo garantiza la infelicidad...

Se dio cuenta de que había vuelto a pensar en Olga X, y en Nadja, y en los sueños que debieron tener ellas sobre una nueva vida en el Oeste. Para Olga, el apartamento de Grueber probablemente habría sido la encarnación de su sueño y, en su ingenuidad, seguramente había pensado que podría alcanzar aunque fuera sólo una pequeña parte de su sueño trabajando duro en un hotel o restaurante de Alemania. Maria siempre imaginaba el pasado de Olga de la misma manera: el estereotipo de una pequeña aldea en una vasta estepa, con robustas *babushkas*, sus cabezas cubiertas

con bufandas negras, transportando unas cestas pesadas y muy cargadas. Y siempre imaginaba a una Olga sonriente y de cara radiante mirando con esperanza hacia el oeste. Sabía que era más probable que Olga proviniera de alguna gris y deprimida metrópolis postcomunista, pero no podía sacarse el lugar común de la cabeza.

—Eres un buen hombre, Frank —dijo Maria, sonriendo—. ¿Lo sabes? Eres amable, dulce. Una persona decente. No sé por qué me aguantas, con todos mis complejos. La vida sería mucho más simple para ti si no estuvieras conmigo.

—¿Sí? —dijo Grueber—. Es mi decisión. Y estoy contento con ella.

Maria miró a Grueber. Ya había pasado un año desde que lo conoció. Llevaban seis meses en esa relación, pero aún no había habido sexo entre ellos. Contempló sus grandes ojos azules, su rostro juvenil y la tupida mata de pelo negro. Lo deseaba. Dejó la copa sobre la mesa y se inclinó hacia delante, puso una mano detrás de su cabeza y lo acercó hacia ella. Se besaron, y ella le metió la lengua en la boca. Él deslizó su brazo a su alrededor y ella pudo sentir el calor de su cuerpo.

—Vayamos al dormitorio —dijo. Se puso de pie y lo guió de la mano.

Se desvistió tan rápido que perdió un botón de la blusa. No quería que pasara el momento; no quería que esa ventana de normalidad se cerrara de golpe. Se tumbó en la cama y tiró de él. Lo ansiaba. Entonces sintió a Grueber encima de ella, apretándose contra ella. Sintió su cuerpo sobre el suyo y de pronto creyó que se ahogaría, que se asfixiaría. Una oleada de náuseas la sobrecogió y quiso gritarle que saliera de encima, que dejara de tocarla. Miró el rostro dulce, apuesto y juvenil de Frank Grueber y sintió una repulsión profunda y violenta. Grueber se dio cuenta de que algo iba mal y se echó atrás. Pero Maria cerró los ojos y tiró de él hacia ella. A través de los párpados cerrados imaginó que era otra la cara que la miraba y la repulsión desapareció.

Dejó los ojos cerrados y, cuando Frank Grueber la penetró, mantuvo el asco a raya trayendo otra cara a la mente, una cara angulosa y cruel. Una cara que la miraba con ojos fríos, verdes y sin amor.

Sábado 27 de agosto de 2005, nueve días después del primer asesinato

20.30 H, NEUMÜHLEN, HAMBURGO

Susanne no había dicho nada directamente, pero Fabel se daba cuenta de que le había molestado el hecho de que él no hubiera reaccionado con más entusiasmo a ninguno de los apartamentos que ella había marcado con círculos rojos de rotulador. Sabía que aquello se debía en parte a que, en lugar de ver cada propiedad anunciada como una oportunidad de progreso, de hacer avanzar la relación, las veía como una pérdida. Pérdida de su independencia, de su propio espacio. Antes se sentía muy convencido de que eso era lo que quería, pero ahora que parecía que sí iba a suceder, Fabel sentía el vago dolor de la inseguridad.

La otra razón por la que no se había mostrado tan resuelto respecto a los apartamentos era que todos sus recursos mentales estaban dedicados a tratar de encontrar algún punto de entrada en el caso del Peluquero de Hamburgo; elegir un apartamento nuevo estaba, sencillamente, fuera del alcance de su radar.

Esa inseguridad se profundizó después de pasar la tarde con su hija, Gabi. Se habían encontrado en el centro de la ciudad y Fabel había sentido un pánico reprimido al ver acercarse a su hija de dieciséis años. Gabi estaba creciendo demasiado deprisa y él sintió que había perdido el control del tiempo; que había muchas cosas de la vida de su niña que se le estaban pasando por alto.

Pasaron la tarde juntos haciendo compras en las tiendas de moda de Neuer Wall, algo que apenas un año antes le habría resultado repugnante a Gabi, que en aquella época había sido muy poco femenina. También le dolió un poco a Fabel ver lo mucho que Gabi comenzaba a parecerse a su madre, Renate, la exesposa del comisario. En los últimos tiempos Gabi había decidido llevar el pelo más largo, y el fantasma de los cabellos rojos de Renate ardía en su color castaño rojizo. Mientras veía cómo ella hacía las compras, Fabel se dedicó a observar los gestos de su hija, sus modales. Así como su pelo ocultaba el fantasma de Renate, sus movimientos tenían el eco de la madre de Fabel, y su sonrisa y su actitud cordial la asemejaban a su hermano, lo que hizo que Fabel recordara lo que le había dicho Severts sobre el hecho de que todos estamos más relacionados con nuestra historia de lo que creemos.

Después de hacer las compras, Fabel y Gabi tomaron un café en el Alsterarkaden. Tanto el Rathausmarkt como toda la zona a lo largo del Alster estaban repletos de turistas. La oficina de turismo de la ciudad había anunciado poco antes que aquél había sido el año más exitoso para el sector en Hamburgo, y Fabel y Gabi lo experimentaron en carne propia cuando tuvieron que esperar diez minutos para una mesa. El camarero tardó bastante en limpiar la basura que había dejado una familia americana, pero por fin Fabel y Gabi pudieron sentarse a una mesa que daba a la Alsterfleet y desde la que alcanzaba a verse el Rathausmarkt. Fabel le confió a Gabi su dilema.

—Si no te sientes cómodo con la idea de ir a vivir juntos, entonces no deberías hacerlo —dijo ella.

—Pero yo la sugerí. Yo presioné al principio.

—Está claro que tienes dudas, *dad* —Gabi acostumbraba a usar esa palabra, «papá», en inglés—. Es un paso demasiado grande, a menos que estés absolutamente seguro. Tal vez Susanne no sea la mujer para ti, después de todo.

De pronto, Fabel se sintió incómodo debatiendo sobre su vida amorosa con su hija. Después de todo, él había pensado que la madre de Gabi era la «mujer para él».

—Pensé que Susanne te gustaba —dijo.

—Sí, claro que sí. Es perfecta. —Gabi hizo una pausa y contempló el Alsterfleet—. De eso se trata, *dad*... es perfecta. Es hermosa, inteligente, es agradable estar con ella... Tiene un trabajo súperguay... Como he dicho, es perfecta.

—¿Por qué tengo la sensación de que lo dices como si fuera algo malo?

—No es eso... es sólo que a veces Susanne puede ponerse demasiado perfecta.

—No entiendo a qué te refieres —mintió Fabel.

—No lo sé... Realmente es muy agradable, pero en ocasiones parece más retraída que... —Gabi dejó la frase sin terminar.

—¿Que yo? —Fabel sonrió.

—Bueno, sí. Da la impresión de que siempre está reprimiendo algo. Tal vez contigo sea totalmente diferente pero yo tengo la sensación de que sólo podemos ver a la Susanne que ella quiere mostrarnos... la Susanne perfecta. —Gabi se encogió de hombros, en un gesto de frustración—. Oh, ya sabes a lo que me refiero... de todas maneras, no hay absolutamente nada de malo en ella. El problema lo tienes tú. Debes saber si estás listo o no para esa clase de compromiso.

Fabel sonrió a su hija. Apenas tenía dieciséis años, pero en ocasiones parecía infinitamente más sabia que él. Y mientras estaban allí sentados, entre los turistas y los viandantes, observando a los cisnes deslizándose por la superficie del Alsterfleet, Fabel pensó que Gabi tenía toda la razón respecto a Susanne.

Fuera cual fuese la decisión definitiva, Fabel sabía que a Susanne empezaba a irritarle su falta de dirección. Reservó una mesa en un restaurante caro de

Neumühlen. Estaba a sólo unos minutos del apartamento de Susanne en Övelgönne, de modo que se encontraron allí antes de coger un taxi hasta el sitio que él había escogido. En el restaurante había enormes ventanales que daban al Elba y desde los que podía verse un bosque de grúas que estaba al otro lado y los grandes bultos de los iluminados buques cargueros que se deslizaban en silencio. Era un paisaje industrial, pero poseía una belleza extraña e hipnótica, y Fabel se dio cuenta de que muchos de los comensales parecían atrapados por él. Habían llegado a las ocho y media, y la luz suave y cálida del atardecer se apretaba contra los inmensos paneles de los ventanales. Por primera vez en varios días, Fabel se sentía relajado. Y su ánimo mejoró incluso más cuando el camarero los hizo pasar a una mesa que estaba junto a la ventana.

«Esta noche —pensó— no voy a arruinar las cosas hablando del trabajo». Sonrió a Susanne y admiró la perfecta escultura de su cabeza y su cuello. Era una mujer hermosa, inteligente, generosa. Era perfecta, como había dicho Gabi. Pidieron la comida y se sentaron a charlar hasta que llegó el primer plato. De pronto Fabel se dio cuenta de que había alguien de pie a su lado y levantó la mirada, esperando ver al camarero. El hombre que estaba junto a la mesa era alto y llevaba una vestimenta cara. Apenas lo vio, Fabel se dio cuenta de que conocía de alguna parte a aquel hombre tan atildado, pero no pudo ubicarlo.

—¿Jannick? —El hombre alto usó el diminutivo del nombre de pila de Fabel. Era como lo llamaban sus padres y su hermano; como lo conocían en el colegio, pero la única persona de Hamburgo que había utilizado ese apelativo para referirse a Fabel era su amigo frisón, Dirk Stellamanns—. Jannick Fabel... ¿eres tú? —Se giró hacia Susanne y se inclinó en una reverencia a medias—. Lamento molestarla... pero soy un viejo amigo de la escuela de su marido.

Susanne rió pero no corrigió al desconocido.

—No hay ningún problema... —Se volvió hacia Fabel y sonrió con un aire travieso—. ¿Nos presentas... Jannick?

—Desde luego. —Fabel se incorporó y le estrechó la mano al otro. En ese momento, todas las piezas encajaron en su sitio, y le devolvió la sonrisa a Susanne con un gesto arrogante—. Susanne, permíteme que te presente a Roland Bartz. Uno de mis mejores amigos en la escuela.

Susanne le estrechó la mano a Bartz, quien volvió a disculparse por la interrupción.

—Escucha, Jan —dijo Bartz—. De verdad que no quiero molestarte, pero deberíamos vernos, en serio. Estoy aquí con mi esposa...

—¿Por qué no venís con nosotros? —sugirió Susanne.

—No, en serio, no queremos importunaros.

—De ninguna manera —dijo Fabel, y llamó a un camarero con un gesto—. Será bueno conversar sobre los viejos tiempos...

Bartz regresó a su mesa y volvió momentos más tarde acompañado de una mujer atractiva que era evidentemente mucho más joven que él. Fabel se había enterado, probablemente por boca de su madre, de que Bartz se había divorciado de su primera esposa dos años antes. La nueva Frau Bartz, quien se presentó como Helena, estrechó las manos a Susanne y a Fabel y se sentó a la mesa.

Fabel y Bartz no tardaron en ponerse a hablar sobre lo que había sido de sus compañeros de escuela. Nombres que Fabel había olvidado comenzaron a resucitar, aunque en ocasiones a él le costaba asignarles un rostro. Cuando lograba hacerlo, por lo general se trataba de la cara de un adolescente a quien no podía imaginar como un hombre de mediana edad. Incluso Bartz era distinto de cómo él se lo imaginaba. En otra época había sido un joven torpe y desmañado que había sido el primero en fumar de toda la clase, lo que había contribuido a empeorar el acné que moteaba su pálida piel. Ahora era un hombre elegante de mediana edad con algunos mechones grises en el pelo y una piel que ya no era pálida y llena de manchas sino bronceada por un sol que no brillaba en Hamburgo. Estaba claro que le había ido bien y en poco tiempo pasaron a hablar sobre lo que ambos habían hecho desde la última vez que se habían visto. Bartz quedó desconcertado con la noticia de que Fabel se había convertido en un detective de homicidios.

—Por Dios, Jannick... no te ofendas, pero eso es muy raro. Jamás te hubiera imaginado en esa profesión. Creía que habías decidido estudiar historia...

—Es cierto —dijo Fabel—. Pero me desvié, en cierta forma.

—Por el amor de Dios... un policía. Y encima comisario en jefe. ¿Quién lo habría supuesto?

—Es cierto: ¿quién? —dijo Fabel. Estaba empezando a sentirse irritado por la dificultad de Bartz de imaginarlo como policía. Bartz pareció darse cuenta.

—Lo siento... no quería ofenderte. Es sólo que siempre tuviste muy claro que querías ser historiador. Quiero decir, lo que haces es fabuloso... Dios sabe que yo no podría hacerlo.

—A veces creo que yo tampoco. Es un trabajo que termina afectándote, después de un tiempo. ¿Y tú?

—¿Yo? Oh, llevo varios años en el negocio del software. Tengo mi propia empresa. Nos especializamos en programas para investigación y cuestiones académicas. Tenemos más de cuatrocientos empleados y exportamos a todo el mundo. Prácticamente no hay ninguna universidad en el hemisferio occidental que no utilice alguno de nuestros sistemas en uno de sus departamentos.

A continuación, las dos parejas iniciaron una charla sobre temas generales. Helena, la esposa de Bartz, era una mujer amable y alegre, pero no podía decirse que tuviera una conversación interesante. Para Fabel estaba claro que su amigo no se había casado con ella por su intelecto. Por otra parte, empezaba a notar que disfrutaba de hablar con su antiguo compañero de escuela y no tardó en sentir que aquel hombre que había sido su amigo seguía cayéndole bien. Susanne, como era habitual,

conquistó a la pareja con su talante cordial. Sin embargo, cada tanto Fabel notaba que Bartz lo miraba de una manera peculiar. Casi como si estuviera evaluándolo.

Comieron y conversaron hasta que ya no quedaron comensales en el restaurante. Bartz insistió en pagar la cuenta y pidió un taxi para ir con su esposa a Blankenese, donde tenían una «bonita casa», según sus propias palabras.

El aire nocturno seguía cálido y agradable cuando Fabel y Susanne acompañaron a Roland y Helena Bartz hasta el taxi. El cielo estaba despejado y había estrellas brillando sobre las vacilantes luces de los astilleros, en la otra orilla del Elba.

—¿Podemos dejaros en alguna parte? —preguntó Bartz.

—No, gracias, no será necesario. Ha sido fabuloso volver a verte, Roland. Debemos tratar de mantenernos en contacto.

Las dos mujeres se besaron y despidieron y Helena Bartz subió a la parte trasera del taxi, pero Roland permaneció allí un momento.

—Escucha, Jan. Espero que no te moleste que te lo diga, pero no sonabas muy satisfecho cuando hablabas de tu trabajo. —Bartz le entregó a Fabel una tarjeta—. Da la casualidad que estoy buscando a un director de ventas al extranjero. Alguien que trate con los yanquis y los británicos. Sé que hablas inglés como un nativo y siempre fuiste el tío más listo de la escuela.

Fabel quedó desconcertado.

—Por Dios... gracias, Roland. Pero no sé nada de ordenadores...

—Eso no tiene importancia. Tengo a cuatrocientas personas que trabajan para mí y que sí entienden de ordenadores. Necesito a alguien que entienda a los clientes. Dios sabe que en tu trabajo tienes que saber qué es lo que mueve a la gente. Y lo que no sabes sobre ordenadores, sé que puedes aprenderlo en un par de meses. Como he dicho, siempre fuiste el tío más listo de la escuela.

—Roland, no lo sé...

—Escucha, Jan, lo que podrías ganar conmigo haría que tu salario de policía parezca migajas. Y el horario sería muchísimo mejor. Y mucho menos estrés. Susanne ha dicho que estáis buscando una casa nueva para vivir juntos. Créeme, este trabajo cambiaría tu perspectiva sobre lo que podrías comprar. Siempre me caíste bien, Jannick. Sé que ahora somos personas diferentes. Adultos. Pero no estoy seguro de que hayamos cambiado en el interior. Lo único que te pido es que lo pienses.

—Lo haré, Roland. —Fabel le estrechó cálidamente la mano a su antiguo compañero de escuela—. Te lo prometo.

—Llámame y el puesto es tuyo. Pero no te demores demasiado. Necesito a alguien pronto.

Después de que se marcharan, Susanne metió su brazo a través del de Fabel.

—¿Qué ha sido todo eso?

—Nada. —Fabel se volvió hacia ella y la besó—. Una pareja agradable, ¿verdad? —dijo, y deslizó la tarjeta de Bartz en su bolsillo.

Lunes 29 de agosto de 2005, once días después del primer asesinato

9.30 H, NEUSTADT, HAMBURGO

Cornelius Tamm se sentó y trató de deducir cuál sería la brecha generacional entre él y el joven que estaba al otro lado de la mesa; estaba claro que era lo bastante joven como para haber sido su hijo y, sin estirar demasiado la imaginación o la cronología, incluso su nieto. La diferencia de edad a favor de Cornelius, de todas maneras, al parecer no era suficiente para el joven, quien se había presentado como «Ronni», con su gel en el pelo, sus desagradables orejas y su ridícula perilla, y se había abstenido de usar un trato formal para hablar con Cornelius. Era evidente que consideraba que eran colegas; o que su posición como jefe de producción le daba derecho a ser informal.

—Cornelius Tamm... Cornelius Tamm... —Ronni había pasado los últimos diez minutos hablando de la carrera de Cornelius, y su uso del tiempo pasado había sido notorio. En ese momento estaba allí sentado, repitiendo el nombre de Cornelius y contemplándolo desde el otro lado de ese gran escritorio como si estuviera analizando un objeto del pasado que podía despertarle un poco de nostalgia, pero que no tenía el valor de una verdadera antigüedad—. Dime, Cornelius... —El muchacho con las grandes ideas y las orejas más grandes estiró los labios por encima de su perilla en una sonrisa falsa—. Espero que no te moleste que te lo pregunte: si quieres hacer un CD de «grandes éxitos», ¿por qué no vas a tu sello actual? Sería mucho más sencillo, por el tema de los derechos y tal...

—Yo no lo denominaría mi sello actual. Hace años que no grabo para ellos. La mayor parte de mi trabajo en la actualidad es dar conciertos en directo. Es mucho mejor... realmente me excita mucho interactuar con...

—He visto que vendes CD en tu página web —lo interrumpió el joven—. ¿Cómo van las ventas? ¿Realmente haces tus propios envíos?

—Me va bien... —Desde un principio, a Cornelius le había desagradado el aspecto del joven. Además de la irritante perilla, Ronni era de baja estatura y tenía orejas prominentes y, lo que ya era de por sí bastante raro, una de ellas, la derecha, se separaba de la cabeza en un ángulo mucho más espectacular que la otra. En un tiempo notablemente corto, Ronni había logrado convertir ese vago desagrado de Cornelius en un odio floreciente y ardiente.

—Supongo que la mayoría de los que compran tu material son unos vejetes... aunque no hay nada de malo en ello. Mi papá era uno de tus mejores fans. Todas esas canciones protesta de los años sesenta...

Cornelius había pasado varias horas preparando el documento de su presentación, explicando por qué le parecía que un CD de sus grandes éxitos atraería no sólo a sus fans tradicionales, sino también a una nueva generación de jóvenes descontentos. El documento estaba en el escritorio delante de Ronni, sin abrir.

—Hay muchos cantautores de tu generación dando vueltas por allí, pero me temo que ya no venden. Los que logran algo son los que han intentado crear material nuevo que sea relevante para el día de hoy... como Reinhard Mey. Pero, para ser honesto, la gente ya no quiere política en la música. —Ronni se encogió de hombros—. Lo lamento, Cornelius, pero me parece que no estamos destinados a estar juntos... Me refiero a nuestro sello y a tu estilo.

Cornelius vio sonreír a Ronni y sintió que su odio crecía todavía más. No era sólo que la sonrisa de Ronni fuese superficial y falsa, sino que tenía la intención de que Cornelius se diera cuenta de que era superficial y falsa. Cogió el documento con su propuesta y le devolvió la sonrisa.

—Bueno, Ronni, me siento desilusionado. —Avanzó hacia la puerta sin estrecharle la mano—. Después de todo, está claro que tienes un buen oído para la música. El derecho, quiero decir...

10.30 H, UNIVERSITÄTSKLINIKUM, HAMBURG-EPPENDORF, HAMBURGO

Estaba claro que el profesor Von Halen consideraba que debía quedarse durante toda la entrevista, como un adulto responsable que está presente mientras la policía interroga a dos niños. Sólo cuando Fabel pidió hablar a solas con Alois Kahlberg y Elisabeth Marksen, los dos científicos que trabajaban con Gunter Griebel, accedió a regañadientes y abandonó la oficina.

Ambos científicos eran más jóvenes que Griebel y durante el interrogatorio de Fabel había quedado claro que los dos sentían una elevada estima por su colega fallecido. Admiración, casi. Alois Kahlberg tenía unos cuarenta y cinco años y era un hombre pequeño que se asemejaba a un pájaro, y que acostumbraba a echar la cabeza hacia atrás para ajustar el ángulo de su visión, en lugar de empujar sus gafas grandes, pasadas de moda y de gruesos lentes, por el puente de la nariz. Elisabeth Marksen tendría unos diez años menos y era una mujer nada atractiva y excepcionalmente alta cuyo cutis estaba siempre ruborizado.

Fabel los interrogó sobre los hábitos de su colega muerto, su personalidad, su vida privada; lo único que obtuvo fue un retrato bidimensional de Griebel. No importaba cuánta luz enfocase uno sobre él: no se formaba ninguna sombra, no surgía ninguna sensación de profundidad o textura. Sencillamente, jamás había tenido ninguna

conversación ni con Marksen ni con Kahlberg que no estuviera relacionada con el trabajo o no fuera la menos importante de las charlas sin importancia.

—¿Y qué hay de su esposa? —preguntó.

—Murió hace cinco años. De cáncer —respondió Elisabeth Marksen—. Era profesora, creo. Él nunca hablaba de ella. La vi una vez, más o menos un año antes de que muriera, en una recepción. Era callada, como él... no parecía cómoda en un entorno social. Era una de esas recepciones de la empresa a las que estamos todos más o menos obligados a asistir, y Griebel y su esposa pasaron la mayor parte del tiempo en un rincón, hablando entre sí.

—¿Su muerte tuvo un gran impacto en él? ¿Hubo algún cambio significativo en su comportamiento? ¿Se deprimió de una manera excesiva?

—Siempre era difícil saberlo con el doctor Griebel. No dejaba salir mucho a la superficie. Sé que visitaba la tumba todas las semanas. Está enterrada cerca de Lurup, de donde era su familia. O bien en el Altonaer Hauptfriedhof o en el Flottbeker Friedhof.

—¿No tenían hijos?

—Él nunca lo mencionó.

Fabel recorrió con la mirada la elegante oficina de Von Halen. En una de las vitrinas vio una pila de folletos satinados, y supuso que los usarían para presentar las instalaciones a inversores y socios comerciales.

—¿Cuál era exactamente la clase de investigación que realizaba el doctor Griebel? —preguntó—. El profesor Von Halen me lo comentó pero en realidad no lo entendí.

—Epigenética —respondió Kahlberg desde detrás de sus gruesos lentes—. Es un área de la genética, muy reciente y muy especializada. Estudia la manera en que los genes se activan y se desactivan y la forma en que eso afecta a la salud y la longevidad.

—Alguien habló una vez sobre la memoria genética. ¿Qué es eso?

—Ah... —La actitud de Kahlberg se modificó un poco y Fabel supuso que eso era lo más parecido a una demostración de interés que aquel hombre podía expresar—. Ése es el área más reciente de la investigación epigenética. En realidad, es muy simple: cada vez hay una evidencia mayor de que podemos caer víctimas de enfermedades y trastornos que no deberíamos padecer... que en realidad pertenecen a nuestros antepasados.

—Me temo que no suena tan simple para mí.

—De acuerdo, déjeme explicárselo de otra forma... Básicamente hay dos causas de enfermedades: están los trastornos para los que tenemos una predisposición genética, una tendencia congénita. Luego existen las causas ambientales de una enfermedad: fumar, la polución, la dieta, etcétera... Éstas siempre se consideraron totalmente diferentes, pero las últimas investigaciones han demostrado que en realidad podemos heredar trastornos de causa ambiental.

Fabel parecía que seguía sin comprender, de modo que Elisabeth Marksén retomó el hilo.

—Todos pensamos que estamos separados de nuestra historia, pero se ha descubierto que no es así. En el norte de Suecia hay un pueblo pequeño que se llama Överkalix. Es una comunidad muy próspera y tanto la calidad como el nivel de vida son muy elevados. Sin embargo, los médicos locales notaron que la población tendía a sufrir problemas de salud que por lo general sólo se relacionan con la desnutrición. Hay dos factores más que también hacen peculiar a Överkalix. Primero, se encuentra al norte del círculo polar ártico y se ha mantenido relativamente aislado durante toda su historia, lo que significa que la población actual tiende a descender de las mismas familias que estaban allí cien o doscientos años atrás. Segundo, Överkalix mantiene con un rigor muy poco común sus registros parroquiales y cívicos. Asientan no sólo los nacimientos y las muertes, sino también las causas de las muertes y las buenas y malas cosechas. El lugar se convirtió en el objetivo de un importante proyecto de investigación y los resultados demostraron que hace un siglo y medio la población, cuya subsistencia dependía de la agricultura, sufrió varias hambrunas. Muchos murieron por ello, pero entre los supervivientes, un número todavía mayor sufrió trastornos relacionados con la desnutrición. Después de comparar los registros médicos contemporáneos con los históricos, se hizo evidente que los descendientes de las víctimas de las hambrunas exhibían exactamente los mismos problemas de salud, aunque ni ellos ni sus padres habían pasado hambre en toda su vida. Eso era una prueba de que nos equivocábamos al pensar que transmitimos a nuestros hijos sólo los cromosomas y genes con los que nacemos, completos e inalterados. El hecho es que lo que experimentamos, los factores ambientales que nos rodean, pueden tener un efecto directo en nuestros descendientes.

—Increíble. ¿Y esta teoría se basa exclusivamente en ese pueblo sueco?

—Sólo al principio. Luego se amplió el alcance de las investigaciones y se encontraron numerosos ejemplos más. Se ha comprobado que los descendientes del Holocausto suelen ser susceptibles a los trastornos relacionados con el estrés y las situaciones traumáticas. Una, dos y tres generaciones más tarde sufren de síntomas de estrés postraumático relacionados con un acontecimiento que ellos mismos no han experimentado. En un primer momento se suponía que eso era resultado de que sus padres o abuelos les habían contado detalles de sus experiencias, pero luego se descubrió que los mismos indicadores de estrés, incluyendo una cantidad elevada de cortisol en la saliva, aparecían en descendientes que no habían escuchado ningún relato personal de supervivientes del Holocausto.

—Sigo sin entenderlo —dijo Fabel—. ¿Cómo se transmite eso de una generación a la otra?

—Depende del género. En los varones, la respuesta transgeneracional está mediada por el esperma; en las mujeres se encuentra en la programación fetal.

Fabel volvió a parecer desconcertado.

—Los factores ambientales y experimentales que se transmiten son, específicamente, los experimentados por los varones antes y durante la pubertad, y por los fetos femeninos en la matriz. Básicamente, los «datos», por falta de una palabra mejor, se almacenan en el esperma que se forma en la pubertad. Las niñas nacen con todos sus óvulos, de modo que el momento crucial para un bebé femenino es cuando aún está en la matriz. Lo que la futura madre experimenta durante el embarazo se transmite al feto, que entonces almacena ese recuerdo genético en sus óvulos, que están formándose.

—Asombroso. ¿Y eso era lo que investigaba el doctor Griebel? —preguntó Fabel.

—Hay una gran cantidad de investigadores de todo el mundo que trabajan en este área. La epigenética se ha convertido en un campo de exploración importante y cada vez mayor. Usted probablemente recordará las grandes esperanzas que todos albergábamos respecto del Proyecto del Genoma Humano. Se creía que podíamos encontrar los genes de todas las enfermedades y trastornos, pero fracasamos. Se destinó una cantidad inimaginable de dinero, recursos y horas de ordenador para trazar el mapa del genoma humano, y terminamos descubriendo que, después de todo, no era tan complicado. La complejidad reside en todas las combinaciones y permutaciones dentro del genoma. La epigenética podría proporcionarnos la clave que estamos buscando. Herr Doktor Griebel era uno más de un puñado de científicos que están marcando el camino para comprender los mecanismos de la transferencia genética.

Fabel se quedó sentado un momento, considerando lo que los científicos le habían contado. Ellos aguardaron pacientemente; Kahlberg, con su aspecto de pájaro, detrás de las gruesas pantallas de sus gafas, Marksén con su rostro sonrojado y carente de expresión, como si entendieran que un lego necesitaría tiempo para asimilar la información. A Fabel todo aquello le parecía fascinante, pero también inútil para su investigación. ¿Qué motivo podría haber encontrado el asesino de Griebel en su trabajo?

—El profesor Von Halen me comentó que el doctor Griebel tenía algunos proyectos menores a los que dedicaba parte de su tiempo —dijo por fin.

Kahlberg y Marksén se miraron con complicidad.

—Si la aplicación comercial no es inmediatamente obvia —dijo Kahlberg—, entonces Herr Professor Von Halen lo ve como un desvío. La verdad es que el doctor Griebel estaba estudiando el campo más amplio de la herencia genética. Específicamente, la posibilidad de la memoria heredada. No sólo en el nivel cromosómico, sino verdaderos recuerdos transmitidos de una generación a la otra.

—Pero eso no es posible, ¿verdad?

—Hay pruebas de que sí es posible en otras especies. Sabemos que en las ratas, por ejemplo, un peligro aprendido por una generación es evitado en la siguiente... lo que pasa es que no entendemos el mecanismo de esa conciencia heredada. El doctor Griebel acostumbraba a decir que el «instinto» era el menos científico de los

conceptos científicos. Sostenía que hacemos cosas «instintivamente» porque hemos heredado la memoria de un comportamiento necesario para la supervivencia, como un bebé que aprende el movimiento de caminar minutos después del nacimiento, pero sin embargo tiene que volver a aprender a caminar casi un año más tarde... un instinto que aprendimos en algún momento de nuestro pasado genético lejano, cuando vivíamos en el desierto y la inmovilidad era potencialmente fatal. Al doctor Griebel le fascinaba ese tema. Estaba casi obsesionado.

—¿Usted cree en la memoria heredada?

Kahlberg asintió.

—Creo que es totalmente posible. Incluso probable. Pero, como ya he dicho, lo que ocurre es que aún no entendemos su mecanismo. Todavía falta realizar toda la tarea científica.

Elisabeth Marksen sonrió tristemente.

—Y sin el doctor Griebel, habrá que esperar mucho más.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Werner cuando Fabel lo llamó con su teléfono móvil desde el aparcamiento del Instituto.

—Nada. Me parece que el trabajo de Griebel no tiene ninguna relación con su muerte. ¿Tú tienes alguna novedad?

—En realidad, Anna ha averiguado algo. Te lo explicará cuando regreses. Y el Kriminaldirektor Van Heiden quiere que Maria y tú vayáis a verlo hoy a las tres de la tarde.

Fabel frunció el ceño.

—¿Pidió específicamente que fuera Maria?

—Muy específicamente.

11.45 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, HAMBURGO

Anna Wolff golpeó la puerta del despacho de Fabel y entró sin esperar respuesta. Fabel siempre hacía un esfuerzo consciente por no prestar atención a lo atractiva que era Anna, pero la luz de la mañana que entraba por el ventanal de la oficina hizo que a ella le brillara la piel y el pintalabios rojo enfatizó sus carnosos labios. Se la veía joven y animada y llena de energía, y Fabel se dio cuenta de que le irritaba esa juventud y esa sexualidad insolente.

—¿Qué tienes?

—Volví a entrevistar a Sebastian Lang, el amigo de Hauser... el que encontró a Kristina Dreyer limpiando la escena del crimen. Al parecer él y Hauser estaban lejos de irse a vivir juntos. Según Lang, la relación estaba resquebrajándose debido a la promiscuidad salvaje de Hauser. Aparentemente le gustaban los encuentros casuales,

más allá de si estaba en una relación estable o no. Y les gustaban los jóvenes. Lang no quería hablar mucho al respecto. Creo que temía que sus celos se vieran como un motivo potencial, pero su coartada para el momento de la muerte de Hauser parece sólida.

Fabel tardó un momento en asimilar la información.

—Entonces tal vez podría ser que el hecho de que Hauser fuera homosexual tuviera algo que ver con el homicidio. En ese caso, deberíamos examinar más en detalle la sexualidad de Griebel. ¿Dónde tenía Hauser sus encuentros casuales?

—Al parecer en el mismo sitio en que conoció a Lang: un club gay en Sankt Pauli... tiene un nombre en inglés... —Anna frunció el ceño y pasó las hojas de su libreta—. Sí... un lugar que se llama The Firestation.

Fabel asintió.

—Ponte a ello. Id allí Paul y tú y haced preguntas.

Anna miró a Fabel con desconcierto y confusión.

—¿Te refieres a mí y Henk?

Durante unos segundos, Fabel no supo qué decir. Paul Lindemann era el anterior compañero de Anna. La muerte de Lindemann había afectado a Anna más que a cualquier otro miembro de la Mordkommission; y había golpeado con mucha fuerza a todo el equipo. ¿Por qué habría dicho eso? ¿Acaso había escogido a Henk Hermann para reemplazar a Paul sólo porque le recordaba a su agente muerto? Confundir dos nombres era algo más o menos normal, en especial los nombres de dos personas que, por decirlo de alguna manera, ocupaban el mismo espacio. Pero Fabel nunca confundía los nombres.

—Por Dios, Anna, lo siento...

—No hay problema, *chef*... —dijo Anna—. Yo también me olvido todo el tiempo de que Paul ya no está entre nosotros. Iré con Henk a investigar el club gay y cualquier cosa que podamos averiguar sobre el pasado de Hauser.

Fabel siguió a Anna fuera de la oficina y avanzó hasta el escritorio de Maria, que estaba justo enfrente del de Werner. Notó que ambos escritorios estaban perfectamente ordenados y limpios. Él había puesto juntos a Maria y Werner porque le parecía que combinaban habilidades y enfoques muy diferentes: una reunión de opuestos complementarios. La ironía era que ambos tenían un sentido idéntico del orden. Fabel recordó cómo acababa de confundir a Paul y Henk al hablar con Anna. Siempre se había permitido el autoengaño de pensar que era innovador y creativo en su elección de los miembros de su equipo. Pero tal vez no era tan innovador después de todo; tal vez, sin pensarlo, sólo escogía diferentes variaciones de un mismo tema.

—Es hora de que vayamos a la oficina del Kriminaldirektor Van Heiden —le dijo a Maria—. ¿Tienes alguna idea de qué va todo esto?

Era habitual que Fabel tuviera que presentarse en la oficina de su jefe, en especial durante una investigación de alto nivel, pero era muy poco común que Heiden solicitara específicamente la presencia de un agente de menor rango.

Maria se encogió de hombros.

—Ni idea, *chef*.

Para Fabel, su jefe representaba al perpetuo policía: siempre había habido policías como Horst van Heiden, en todas las fuerzas de seguridad de todas las regiones del mundo, desde el primer día en que había existido el concepto de policía. Incluso antes: Fabel podía imaginar a alguien como Van Heiden en el papel de vigilante de un pueblo medieval o alguacil de una aldea.

El Kriminaldirektor Van Heiden tenía unos cincuenta y cinco años y no era un hombre particularmente alto, pero su espalda siempre erguida y sus amplios hombros le daban una presencia desproporcionada respecto de su tamaño. Siempre se vestía bien pero sin imaginación y ese día se había puesto un traje azul de buen corte y una inmaculada camisa blanca con una corbata color ciruela. El traje, la camisa y la corbata parecían caros, pero de alguna manera Van Heiden siempre se las arreglaba para que hasta el traje más caro pareciera un uniforme de policía.

Además de Van Heiden, había dos hombres más aguardando a Fabel y a Maria. Fabel reconoció a uno de ellos, un hombre de baja estatura y físico robusto, también vestido de traje. Era Markus Ullrich, de la BKA, Bundeskriminalamt, la Oficina Federal del Crimen que operaba en todo el territorio alemán. Fabel y Ullrich se habían cruzado antes en un par de investigaciones importantes y el hombre de la BKA le había parecido a Fabel alguien fácil de tratar, aunque con una tendencia a proteger su propio territorio.

El otro hombre tenía la misma altura que Ullrich pero carecía de su desarrollo muscular. Llevaba gafas de montura ligera detrás de las cuales las pequeñas canicas de sus ojos celestes brillaban con una aguda inteligencia. Tenía el pelo rubio y tupido, meticulosamente cepillado hacia atrás y dejando al descubierto una frente amplia.

—Ya conoce a Herr Ullrich, por supuesto —dijo Van Heiden—. Pero permítame presentarle a Herr Viktor Turchenko. Herr Turchenko es un investigador de alto rango en la policía ucraniana.

Fabel sintió un frío en su interior, como si alguien le hubiera dejado la puerta abierta a un invierno olvidado. Se volvió para mirar a Maria pero el rostro de ella no reveló nada.

—Es un placer conocerlos a los dos —dijo Turchenko mientras extendía la mano primero a un agente y después al otro. Su cara se abrió en una sonrisa amplia y agradable, pero el acento fuerte y poco natural de su alemán le trajo recuerdos a Fabel y le hizo sentir que el frío en su interior se intensificaba.

—Herr Turchenko ha venido aquí a causa de una investigación que está realizando en Ucrania —continuó Van Heiden una vez que todos se sentaron—. Él pidió que tuviéramos esta reunión. Herr Turchenko quería hablar específicamente con usted, Frau Klee.

—Ah, ¿sí? —El tono de Maria estaba teñido de recelo.

—En efecto, Frau Klee. Creo que usted ha trabajado en un caso... en dos casos, en realidad... que tienen una conexión directa con mi investigación. —Turchenko extrajo una fotografía de su maletín y se la entregó a Maria. Al hacerlo, reemplazó su cálida sonrisa por una expresión sombría—. Tengo un nombre para usted... un nombre que creo que usted estaba buscando.

Maria miró la fotografía. Se trataba de una adolescente, de más o menos diecisiete años. La imagen era poco nítida y Maria dedujo que era el detalle de una ampliación. La chica en la fotografía parecía sonreírle a alguien o a algo que estaba fuera de campo. Lejos. Tal vez, pensó Maria, estaba mirando hacia el Oeste.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó con voz inexpresiva—. Me refiero a su verdadero nombre.

Turchenko suspiró.

—Magda Savitska. Dieciocho años. Proveniente de las afueras de Lviv, en el oeste de Ucrania.

—Magda Savitska... —Maria dijo el nombre en voz alta cuando le pasó la fotografía a Fabel—. Olga X.

—Es de la misma zona de Ucrania que yo —continuó Turchenko—. Su familia es buena gente. Creemos que Magda cayó víctima de un fraude que es la fachada de una red de tráfico sexual. Llevó a su casa una carta en la que le prometían un curso de peluquería en un instituto de Polonia, y después le garantizaba empleo en una peluquería de Alemania. Verificamos la dirección del instituto de Varsovia. Desde luego, no existe. Ningún instituto en Polonia, ningún trabajo en Alemania.

—Ha venido desde muy lejos sólo para encontrar a esta chica —dijo Fabel, devolviéndole la fotografía al ucraniano. Turchenko la cogió y la miró durante un momento antes de contestar.

—Esta chica es una entre muchas. Son miles las chicas engañadas o secuestradas y sometidas a esclavitud... cada año. Magda Savitska no es especial. Pero es representativa. Y es la hija de alguien, la hermana de alguien. —Apartó la mirada de la fotografía—. Creo que han atrapado a su asesino.

—Así es. El caso está cerrado —dijo Maria, e intercambió una mirada con Fabel—. Estaba trabajando aquí en Hamburgo como prostituta y uno de sus clientes la asesinó. Ya tenemos la confesión. Pero le agradezco que nos proporcionara su verdadera identidad.

—Herr Turchenko no ha venido aquí para encontrar al asesino —dijo Ullrich, el hombre de la BKA—. Como ya les ha dicho, su visita se relaciona con otro caso.

—Busco a los criminales organizados que trajeron a Magda y la obligaron a prostituirse —dijo Turchenko—. Específicamente, quiero dar con la cúpula de la organización. Lo que me trae al otro caso en el que usted está implicada... — Turchenko sacó otra fotografía de su maletín y se la entregó a Maria.

—Joder —dijo Maria con una vehemencia repentina. Le echó una breve ojeada a la fotografía y se la pasó a Fabel. No le hizo falta examinar la cara. Después de todo, la perseguía en sus sueños y también durante la vigilia. Era la misma cara, una copia de la misma fotografía que ella llevaba en su bolso—. ¡Lo sabía! Sabía que ese hijo de puta estaba relacionado con el Mercado de los Agricultores. ¡Malditos ucranianos!

Turchenko lanzó una risita y se encogió de hombros.

—Le aseguro, Frau Klee, que no somos todos iguales.

Fabel contempló la fotografía de Vasyl Vitrenko.

—Sé que esto reabre viejas heridas... —dijo Ullrich.

Fabel lo interrumpió.

—Ésa es una expresión de bastante mal gusto, Herr Ullrich...

—Lo lamento... No era mi intención...

Maria restó importancia a la disculpa de Ullrich.

—Sabía que había ucranianos relacionados con el tráfico de mujeres a Hamburgo. Sospechaba que Vitrenko estaba detrás de todo esto.

—Muy detrás —continuó Ullrich—. Nosotros hicimos muy buen trabajo... al hablar de «nosotros» me refiero a la división del crimen organizado de la Polizei de Hamburgo y a la BKA... Logramos dismantelar la operación de Vitrenko en Hamburgo. Y, por supuesto, usted y su equipo cumplieron un papel fundamental en hacer salir a Vitrenko. Sin embargo, hay un par de elementos que no conseguimos eliminar. Creemos que Vitrenko está reconstruyendo su base en Alemania.

—¿Vitrenko sigue en Alemania? —El cutis de Maria empalideció aún más.

—No necesariamente —intervino Turchenko—. Como ya sabe, Vitrenko es un maestro en construir complejas estructuras de mando que lo separan de su actividad pero que mantienen una poderosa lealtad personal hacia él. Es posible que dirija todo desde lejos. No hay duda de que no se encuentra en Hamburgo y es posible que esté orquestándolo todo desde el extranjero. Tal vez incluso desde Ucrania. Pero sí... yo apostaría a que está en Alemania. Y he venido a buscarlo.

—También hemos confirmado que sus operaciones ya no se concentran solamente en Hamburgo ni en ninguna ciudad alemana de manera individual —dijo Ullrich—. En cambio, Vitrenko está usando una red de «nichos» de actividades delictivas para construir una base. La última vez trató de ponerse al frente de todo el crimen organizado de Hamburgo. Ahora su objetivo parece ser controlar las actividades clave, las más lucrativas, en todo el territorio de la república. Entre estas actividades se encuentra el tráfico de personas, específicamente el comercio sexual.

Maria parecía perpleja.

—Pero hemos eliminado a la mayoría de sus hombres clave... los que se denominaban «el equipo superior». ¿A quién utiliza ahora para construir su base de poder?

—Al igual que antes, está utilizando a extropas de la Spetsnaz. Los mejores hombres que ha podido encontrar. Y, como antes, tiene una relación personal con ellos. Pero se ha reinventado... y también a su operación. Esta última encarnación de Vasyl Vitrenko es, en cualquier caso, incluso más sombría que la anterior. —Ullrich señaló la foto que Fabel tenía en la mano—. Y hasta es posible que no se parezca en nada a esa imagen. Es totalmente posible que tenga un nuevo rostro. Un nuevo rostro y una nueva vida, en algún lugar completamente diferente.

—Entonces, ¿en qué podemos ser de ayuda? —preguntó Fabel con poco entusiasmo. Se sentía rodeado de fantasmas convocados involuntariamente con la mención del nombre de Paul Lindemann justo antes de esa reunión. A pesar de haber estudiado historia, Fabel estaba empezando a detestar el pasado y la forma en que volvía para acosarlo. Fue Van Heiden, quien hasta ese momento no había contribuido nada a la conversación, el que respondió la pregunta de Fabel.

—En realidad, es la Kriminalkomissarin Klee la que puede ser de ayuda. Frau Klee, creo que usted ha realizado una... bueno, supongo que la mejor forma de describirla sería una investigación paralela sobre la muerte de esta chica. Necesitamos saber todo lo que haya averiguado hasta ahora.

—Te dije que no siguieras con eso, Maria —dijo Fabel en tono cortante—. ¿Por qué has desobedecido mis órdenes?

—Lo único que hice fue hacer algunas preguntas... —Se volvió a Van Heiden y le contó de su encuentro con Nadja y lo que ésta le había dicho respecto del Mercado de los Agricultores—. Eso es todo lo que he podido averiguar. Me daba la impresión de que nadie hacía nada contra esos traficantes de personas.

Markus Ullrich se acercó a Maria y depositó una serie de grandes fotografías sobre el escritorio delante de ella como si estuviera repartiendo cartas. En ella podía verse a Maria en la calle hablando con prostitutas y en clubes hablando con encargados y camareras. Ullrich puso la última fotografía encima de todas las otras, como si fuera su carta de triunfo.

—¿Conoce a esta chica? ¿Es «Nadja»?

Maria se puso de pie.

—¿Me han estado vigilando?

Ullrich lanzó una risa cínica.

—Créame, Frau Klee, usted no es tan importante como para que la vigilemos. Pero sí tenemos montada una operación de vigilancia desde hace mucho tiempo, muy compleja y muy cara, enfocada en las actividades de esta pandilla ucraniana. Y en los últimos tiempos ha sido muy difícil llevarla a cabo sin que usted se entrometa en todas las imágenes, literalmente. De modo que, Frau Klee, ¿conoce usted a esta chica?

Maria volvió a sentarse. Asintió sin mirar a Ullrich.

—Nadja... No conozco el apellido. Me está ayudando todo lo que puede, que no es mucho. Era amiga de Olga... —Maria se corrigió—. Me refiero a Magda.

—Como puede ver, Frau Klee —Van Heiden retomó el hilo de la conversación—, alguien sí estaba haciendo algo respecto de estos traficantes de personas. Con la ayuda de los expertos en vigilancia de la BKA y con la cooperación de nuestros colegas ucranianos, estábamos siguiendo todo el asunto muy de cerca. Se trata de una operación importante con el objetivo de localizar y capturar al mismo hombre que la hirió tan gravemente. Y usted ha puesto en riesgo esa operación.

—Más aún... —Ullrich clavó el dedo en la fotografía de Maria hablando con Nadja—. Es probable que su intervención le haya costado la vida a ella. Ha desaparecido de nuestro radar... inmediatamente después de hablar con usted.

—Tengo que aclarar —dijo Maria—, que entregué todas mis notas sobre el caso denominado Olga X a la división de crimen organizado. También les comenté mi idea de que había una importante red de tráfico de personas conectada con este caso, aunque tal vez no directamente con la muerte de Olga... o debería decir Magda. Creo que habría sido prudente que me informaran en ese momento de que ustedes lo estaban investigando. En ese caso...

—Frau Kriminalkomissarin Klee —la interrumpió Van Heiden—. Su superior le ordenó que pasara el caso al LKA6 y que no volviera a implicarse en él. Su interferencia puede haberle costado la vida a una joven y haber abierto la brecha entre nuestra investigación y el objetivo final de localizar y capturar a Vitrenko.

La expresión de Maria se endureció, pero ella permaneció en silencio.

—Con el debido respeto a nuestros colegas de la LKA6 y la BKA —dijo Fabel—, tengo que señalar que las únicas personas que estuvieron cerca de capturar a Vitrenko fuimos Frau Klee y yo mismo. Y Frau Klee casi pierde la vida por ello. De modo que, si bien admito que fue muy irregular de su parte continuar con la investigación por su cuenta, creo que se le debe un poco más de respeto como agente profesional de policía que el que se le está mostrando en esta reunión.

El rostro de Van Heiden se oscureció, pero Turchenko intervino antes de que aquél tuviera la oportunidad de responder.

—He leído el expediente sobre lo que ocurrió aquella noche y tengo presente la gran valentía exhibida por Frau Klee, usted mismo y los dos desafortunados agentes que perdieron la vida. Mi deber consiste en encontrar al coronel Vitrenko y agradezco todo lo que han hecho hasta ahora. Me avergüenza que mi país produjera semejante monstruo y les prometo que estoy totalmente comprometido a llevar a Vasyl Vitrenko a la justicia. Yo, por decirlo de alguna manera, estoy de paso en Hamburgo, siguiéndole la pista. Me sentiría muy agradecido si pudiera hacerles más preguntas que pudieran ocurrírseme durante mi estancia en esta ciudad.

Fabel examinó al ucraniano. Tenía más aspecto de intelectual que de policía, y sus modales tranquilos y resueltos, así como el alemán perfecto pero poco natural con el

que hablaba, parecían inspirar confianza.

—Si podemos serle de ayuda, desde luego que lo haremos —dijo Fabel.

—Mientras tanto —le dijo Ullrich directamente a Maria—, yo le agradecería que me proporcionara un informe completo de sus tratos con la prostituta desaparecida y cualquier otra cosa que haya averiguado.

Fabel y Maria se dispusieron a marcharse.

—Antes de que se vaya, Herr Fabel. —Van Heiden se inclinó hacia delante en la silla y apoyó los codos en el escritorio—. ¿En qué punto estamos con los homicidios y lo de los cueros cabelludos?

—Sabemos que la mujer a la que se encontró en la escena no está relacionada directamente con el homicidio y los forenses están tratando de averiguar a quién pertenecían los pelos dejados como firma. Hay una posibilidad, aunque en esta etapa no es más que una posibilidad, de que el asesino escogiera a las víctimas porque eran homosexuales. Ahora mismo lo estamos verificando. Salvo eso, estamos casi sin ninguna pista firme.

Van Halen hizo una expresión con la que daba a entender que estaba desilusionado, pero no sorprendido.

—Manténgame informado, Fabel.

Fabel y Maria no intercambiaron palabra hasta que estuvieron fuera del ascensor.

—Vamos a mi oficina... —dijo Fabel—. Ahora.

Como Fabel le indicó, Maria cerró la puerta después de entrar en el despacho.

—¿Qué demonios ocurre, Maria? —Una furia apenas contenida tensó el tono tranquilo de Fabel—. Yo esperaba esta clase de comportamiento de Anna en algunas ocasiones, pero no de ti. ¿Por qué insistes en ocultarme cosas?

—Lo siento, *chef*. Sé que me dijiste que no siguiera con el caso de Olga X...

—No me refiero sólo a eso. Estoy hablando de que me estás ocultando muchas cosas. Cosas que debería saber. Por ejemplo, ¿por qué diablos no me dijiste que acudías a la Clínica del Miedo del doctor Minks?

Hubo un latido de silencio y Maria miró a Fabel con una expresión desconcertada.

—Porque, francamente —dijo por fin—, es un asunto personal que no me pareció que fuera de tu incumbencia.

—Por el amor de Dios, ¿te encuentras en un estado psicológico tal que necesitas buscar tratamiento en una clínica de fobias y me estás diciendo que, a pesar de que soy tu superior, no es de mi incumbencia? Y no trates de decirme que esto no está relacionado con el trabajo. Vi tu cara cuando Turchenko nos contó quién era su objetivo. —Fabel se echó hacia atrás en la silla y relajó la tensión de sus hombros—. Maria, pensé que confiabas en mí.

Tampoco en ese momento Maria contestó directamente. En cambio, se volvió hacia la ventana y contempló las copas de los árboles del Winterhuder Stadtpark, que formaban una masa espesa y alta. Luego, habló con una voz tranquila e inexpresiva, sin mirar a Fabel.

—Sufro de afenfosfobia. Por ahora es leve, pero está empeorando cada vez más y el doctor Minks se encarga del tratamiento. Significa que tengo miedo de que me toquen. Eso es lo que el doctor Minks me está tratando. No puedo soportar la presencia física de otros muy cerca. Y es una consecuencia directa de que Vitrenko me apuñalara.

Fabel suspiró.

—Ya veo. ¿El tratamiento da resultado?

Maria se encogió de hombros.

—A veces creo que sí. Pero luego aparece algo que vuelve a desencadenarlo.

—Y esta obsesión con el caso de Olga X... Supongo que se debe a que sospechabas que Vitrenko estaba metido en ello...

—Al principio no. Era sólo que... bueno, tú estuviste presente en la escena del asesinato. Quedé muy afectada. Pobrecilla. Me pareció que estaba mal que muriera de esa forma. Más tarde, sí... me di cuenta de que había una relación probable con Vitrenko.

—Maria, el caso de Vitrenko no fue más que eso... un caso. No podemos convertirlo en una especie de cruzada personal. Como dijo Turchenko, todos queremos llevar a Vitrenko a la justicia.

—Pero se trata de eso, justamente... —Había una urgencia en el tono de Maria que Fabel no había oído antes—. Yo no quiero llevarlo a la justicia. Yo quiero matarlo.

14.30 H, HAMBURG ALTSTADT, HAMBURGO

Paul Scheibe estaba delante de las puertas del Rathaus, el consistorio. La vasta llanura del Rathausmarkt, la principal plaza de Hamburgo, parecía retorcerse bajo el caliente sol de verano con un río de turistas y viandantes. Scheibe se había puesto un traje ligero, de lino negro, y una camisa blanca sin cuello, para su reunión con Hans Schreiber, el Erster Bürgermeister de Hamburgo, y con Bertholdt Müller-Voigt, el Umweltsenator; sin embargo, a pesar de la ligereza de la tela, Scheibe sentía unos pegajosos chorros de transpiración que se le acumulaban en la nuca y en la parte baja de la espalda. La reunión se había celebrado con el objetivo de felicitarlo por el hecho de que su diseño del *KulturZentrumEins* para el área del Überseequartier de HafenCity hubiera sido elegido, y Scheibe había hecho todo lo posible por mostrarse complacido e interesado. Tal vez ésa era la razón por la que tanta gente le había preguntado si había algún problema. La característica profesional de Scheibe siempre había sido su arrogancia, su actitud distante respecto de los groseros aspectos

comerciales de la arquitectura. Pero todos habían quedado contentos y se habían descorchado botellas de champán. Había habido mucho champán. Scheibe sentía un gusto cobrizo y seco en la boca y el alcohol no había hecho otra cosa que inquietarlo.

«La vida debe seguir», pensó. Y tal vez así sería. Tal vez era tan sólo una coincidencia el que dos miembros del grupo de gente que formaba parte de su vida pasada hubieran resultado asesinados de la misma manera, por la misma persona. O tal vez no.

Observó a los que paseaban e iban de compras, a los oficinistas y a los ejecutivos que caminaban a gran velocidad por el Rathausmarkt. Un músico callejero estaba tocando una pieza de Rimsky-Korsakov en un acordeón cerca del puente Schleusenbrücke, por el Alsterfleet. Scheibe estaba rodeado de gente, de ruido; se encontraba en el corazón mismo de una gran ciudad. Sin embargo, jamás se había sentido tan aislado y expuesto. ¿De modo que eso era sentirse perseguido?

Caminó. Caminó rápido y con un propósito que no entendía, como si el acto de un movimiento deliberado estimulara alguna idea sobre lo que debía hacer a continuación. Cruzó el Rathausmarkt en diagonal y subió por la Mönckebergstrasse. El gentío se hizo más denso cuando entró en el área peatonal de esa calle, que estaba llena de tiendas. Aun así, permitió que sus pies lo guiaran. Tenía calor y se sentía sucio; el pelo comenzaba a pegarse a la humedad del cuero cabelludo, y deseó que pudiera sacarse de encima el manto del cálido aire veraniego que parecía alterar su capacidad de pensar. No quería morir. No quería ir a la cárcel. Había logrado hacerse un nombre y sabía que un paso en falso en ese momento lo desacreditaría para siempre.

Se detuvo a las puertas de una tienda de productos electrónicos. En la pantalla de un gran televisor al otro lado del escaparate aparecía un informativo regional de la NDR sin sonido. Era una entrevista pregrabada a Bertholdt Müller-Voigt. A Scheibe le había costado aceptar la presencia desdeñosa y condescendiente de Müller-Voigt en el almuerzo y en ese momento lo vio sonreír con su sonrisa de político a través del cristal. Era como si se estuviera burlando de él, como acostumbraba a hacer tantos años atrás.

Müller-Voigt siempre había poseído, naturalmente y sin esfuerzo alguno, la clase de actitud de confianza en sí mismo y credibilidad intelectual que a Scheibe le había costado tanto proyectar. Müller-Voigt siempre había sido más listo, siempre había sido más atractivo, siempre había estado en el foco de atención. A Paul Scheibe le resultaba imposible perdonarle ninguna de esas cosas. Pero había algo más que alimentaba el odio de Scheibe, algo más profundo y más fundamental, que ardía como un carbón en el núcleo de su furia: Bertholdt Müller-Voigt le había quitado a Beate.

Por supuesto que, en aquel entonces, todos habían abjurado de algo tan burgués como la monogamia, y Beate, aquella estudiante de matemáticas italiana con el pelo color cuervo que había vuelto loco a Scheibe, jamás habría permitido que ningún

hombre pensara que ella le pertenecía; de todas maneras, era lo más cercano a enamorarse que Paul había experimentado. No era sólo que Müller-Voigt se acostara con Beate; era que lo había hecho con la misma arrogancia desconsiderada con que había tenido sexo con docenas de mujeres. Para él no había significado nada, y Scheibe estaba bastante seguro de que en la actualidad Müller-Voigt probablemente ni siquiera lo recordaba.

Y en ese momento, dos décadas más tarde, cada vez que Paul Scheibe se encontraba con Müller-Voigt, o incluso oía mencionar el nombre del político, experimentaba los mismos sentimientos de envidia y odio que había padecido entonces, cuando eran estudiantes. Más tarde, Scheibe había logrado, de alguna manera, construir una vida nueva y más exitosa. Y Müller-Voigt había permanecido en los márgenes del mundo de Scheibe, como un recordatorio constante e indeseado de los viejos tiempos. Pero de pronto Müller-Voigt había dejado de ser el único recordatorio de aquella época.

Scheibe apretó la frente contra el cristal, esperando que estuviera fresco, pero el escaparate sólo reflejó el calor y la humedad de sus cejas. Un viandante que pasaba chocó contra él y lo arrancó de su ensimismamiento. ¿Qué hacía allí? ¿Qué haría después? Sabía que había salido del Rathausmarkt decidido a encontrar una respuesta.

Tenía que hallar un lugar tranquilo para pensar. Un lugar donde pudiera darle sentido a todo aquello.

Apartó la mirada de la pantalla de televisión y comenzó a caminar con resolución por la Mönckebergstrasse hacia la Hauptbahnhof de Hamburgo, la estación de tren.

14.30 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, HAMBURGO

Hay una burocracia de la muerte: cada caso de homicidio genera una montaña de formularios que hay que presentar e informes que redactar. Después de su reunión con el policía ucraniano y Markus Ullrich, a Fabel le resultó difícil concentrarse en el papeleo que se había acumulado. Tenía tantas cosas en la cabeza que perdió la noción del tiempo y de pronto se dio cuenta de que no había comido nada desde el desayuno.

Bajó en el ascensor hasta la cafetería del Polizeipräsidium y puso un bocadillo y un café en su bandeja. La cafetería estaba prácticamente vacía y se dirigió hacia la ventana para elegir una mesa. Fue entonces cuando vio a Maria sentada con Turchenko. El detective ucraniano estaba inclinado hacia atrás en la silla, mirando la taza de café que tenía delante sobre la mesa, y parecía estar dando una detallada explicación. Maria seguía con concentración las palabras del ucraniano. Había algo en esa imagen que no le gustó a Fabel.

—¿Les molesta que me sienta con ustedes? —preguntó.

Turchenko alzó la mirada y le dedicó una amplia sonrisa.

—Para nada, Herr Kriminalhauptkommissar. Adelante.

Maria también sonrió, pero su expresión daba a entender que la interrupción la irritaba.

—Usted habla un alemán excelente, Herr Turchenko —dijo Fabel.

—Lo estudié en la universidad, además de la carrera de Leyes. Pasé un tiempo en la ex Alemania Oriental como estudiante. Siempre me he sentido fascinado por Alemania, y eso me convirtió en una elección obvia cuando buscaron a alguien que viniera aquí a rastrear a Vitrenko.

—¿También tiene experiencia en fuerzas especiales? —preguntó Fabel.

Turchenko se echó a reír.

—Por Dios, no... De hecho, hace poco que soy agente de policía. Era abogado penalista y civil en Lviv. Después de la Revolución Naranja, en la que yo participé activamente, pasé a ser fiscal de lo penal y luego fui contactado por el nuevo gobierno. Me preguntaron si estaría dispuesto a supervisar una nueva brigada contra el crimen organizado que se encargaría específicamente del contrabando de personas y la prostitución forzada. Básicamente, mi trabajo consiste en frenar lo que se ha convertido en el nuevo comercio de esclavos. Me escogieron a mí porque no tengo conexiones con el viejo régimen.

—Entiendo que las cosas están cambiando en Ucrania.

Turchenko sonrió.

—Ucrania es un país hermoso, Herr Fabel. Uno de los más bellos de Europa. Aquí la gente no tiene la menor idea. También es un país repleto de todo tipo de recursos naturales... una tierra de una fertilidad increíble, que alimentaba a toda la ex URSS. Además posee ricos yacimientos de toda clase de minerales y tiene un gran potencial turístico. Yo amo a mi país y tengo grandes esperanzas para su futuro. Creo que se convertirá en una de las naciones más exitosas y ricas de Europa. Hará falta más de una generación para lograrlo, desde luego, pero ocurrirá. Y los primeros pasos ya se han dado... la democracia y la liberalización. Pero hay problemas. Ucrania está dividida. En el oeste, miramos a Occidente para fijar nuestro futuro. Pero en Ucrania oriental todavía hay gente que cree que tenemos que mantener cierta unidad con Rusia. —Turchenko hizo una pausa—. Ustedes, los alemanes, tendrían que poder entenderlo. Su país ha renacido muchas veces, y no todas las reencarnaciones han sido positivas. En Ucrania estamos atravesando un renacimiento. Nuestro país está empezando una nueva vida, una vida que creamos nosotros en la calle. Y las personas como Vasyl Vitrenko no tienen nada que hacer en ella.

—Vitrenko es una presa extremadamente peligrosa —dijo Fabel—. Tendrá que tener mucho cuidado.

—Yo soy cauteloso por naturaleza. Y tengo a su policía aquí, para protegerme. —Turchenko hizo un amplio gesto con el brazo, como si abrazara a la totalidad del Polizeipräsidium—. Tengo un guardaespaldas de la GSG9 conmigo todo el tiempo. —Lanzó una risita y se llevó un dedo a la sien—. No soy un hombre de acción. Soy

un hombre de pensamiento. Creo que la manera de encontrar y capturar a este monstruo es pensar mejor que él.

Fabel sonrió. Aquel pequeño ucraniano le caía bien; era un hombre que claramente creía en lo que había dicho, que sentía entusiasmo por su trabajo profesional. Fabel se dio cuenta de que lo envidiaba.

—Le deseo suerte —dijo.

15.40 H, HOHENFELDE, HAMBURGO

—¿Cómo ha ido? —dijo Julia frunciendo el ceño. A Cornelius le molestó el hecho de que ese entrecejo fruncido creara tan pocas arrugas en su frente, como si su juventud se negara a rendirse a su preocupación. A Cornelius le parecía que estaba rodeado de juventud. Y que ésta se burlaba de él fuera donde fuese.

—No ha ido. —Cornelius arrojó las llaves sobre la mesa y se quitó la chaqueta.

Julia tenía treinta y dos años; Cornelius, exactamente treinta años más. Había dejado a su mujer por Julia tres años antes, en las vísperas de su cumpleaños número cincuenta y nueve. Su matrimonio había vivido casi tanto como la mujer por la que le había puesto fin y la edad de Julia era más cercana a la de sus hijos que a la suya. En aquel entonces, Cornelius supuso que estaba recuperando una percepción de juventud, de vigor. Pero ahora se sentía cansado todo el tiempo; cansado y viejo. Se sentó a la mesa.

—¿Qué te ha dicho? —Julia le sirvió una taza de café y se sentó al otro lado de la mesa.

—Ha dicho que mi momento ha pasado, básicamente eso. —Contempló a Julia como si estuviera tratando de deducir qué estaba haciendo ella en su cocina, en su apartamento. En su vida—. Y tiene razón, ¿sabes? El mundo ha seguido andando. Y en algún lugar del camino me dejó atrás.

Cornelius apartó el café. Sacó un vaso y una botella de whisky de un armario y se sirvió una generosa cantidad.

—Eso no te va a ayudar... —dijo Julia.

—Tal vez no cure la enfermedad. —Bebió un sorbo importante e hizo un gesto torciendo la cara—. Pero seguro que ayuda con los síntomas. Me anestesia.

—No te preocupes. —La sonrisa reconfortante de Julia no sirvió para otra cosa que irritar a Cornelius todavía más—. Te ofrecerán algo interesante pronto. Ya lo verás. Por cierto, alguien te ha llamado por teléfono cuando no estabas, hace unos quince minutos.

—¿Quién?

—Al principio no ha querido dejar ningún nombre. Luego ha dicho que te dijera que era Paul y que te llamaría más tarde.

—¿Paul? —Cornelius frunció el ceño como si estuviera tratando de pensar quién podría ser Paul, luego le restó importancia encogiéndose de hombros—. Voy a mi

estudio. Y me llevo mi anestesia.

Fue otro el nombre que llamó su atención. Cuando se puso de pie, vio un ejemplar del *Hamburger Morgenpost* sobre la mesa. Cornelius dejó el vaso y cogió el periódico. Lo contempló fijamente durante un largo momento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Julia—. ¿Algún problema?

Cornelius no respondió y siguió concentrado en el artículo. Nombraba a alguien que había muerto asesinado. Pero el nombre llevaba veinte años muerto para Cornelius. Era la noticia de la muerte de un fantasma.

—Nada —dijo, y dejó el periódico sobre la mesa—. Nada de nada.

Fue entonces cuando dedujo quién era Paul.

19.40 H, ESTACIÓN DE FERROCARRILES DE NORDENHAM, 145 KILÓMETROS AL OESTE DE HAMBURGO.

Era un atardecer hermoso. Los rescoldos del sol flotaban en el horizonte detrás de Nordenham y el Weser resplandecía en silencio en su camino hacia el Mar del Norte. Paul Scheibe nunca había pisado Nordenham antes, lo que era irónico, considerando la forma en que aquel pequeño pueblo de provincias había proyectado una sombra gigantesca en su vida.

Durante un momento, Scheibe volvió a ser exclusivamente un arquitecto, mientras contemplaba la estación de ferrocarriles de Nordenham. Arquitectónicamente no era su estilo; aun así, era un edificio sorprendente, aunque tuviera el tradicional estilo sólido, a veces austero, del norte de Alemania. Recordó haber leído que tenía más de cien años y que poco tiempo antes lo habían declarado patrimonio oficial.

Aquí.

Había ocurrido aquí, sobre este andén. Éste era el escenario en que se había desarrollado el drama más importante de su vida, y él no había estado presente. Ni tampoco los otros. Seis personas, a 150 kilómetros de distancia, habían tomado la decisión de sacrificar a un ser humano sobre este andén. Una vida que llegaba a su fin, seis vidas libres para volver a empezar. Pero no había sido sólo una vida la que se había perdido en este sitio. Piet también había muerto aquí, al igual que Michaela y un policía. De todas maneras, Paul Scheibe nunca había sentido culpa sobre esas vidas perdidas; todo había quedado eclipsado por la intensa sensación de alivio, de liberación, que llegaba de saber que todo había terminado. Pero no había terminado. Algo, alguien, había regresado de aquella época oscura.

«Dedúcelo —se decía sin parar—. Dedúcelo». ¿Quién estaba matando a los miembros del grupo? Tenía algo que ver con ese lugar y con lo que había ocurrido allí. Pero ¿quién estaba detrás de eso? ¿Podría ser alguno de los cuatro miembros que quedaban? A Scheibe le resultaba imposible imaginarlo; sencillamente, no había nada

que ganar, ni tampoco había rencores, viejas cuentas que saldar. Sólo el deseo de no tener nada que ver entre sí.

Scheibe sintió que lo sobrecogía algo frío: ¿y si Franz no había muerto en ese sitio? Habían adorado a Franz, le habían seguido; pero, más que nada, le habían temido. ¿Y si su muerte había sido un fraude, una conspiración, alguna clase de pacto con las autoridades? ¿Y si, de alguna manera, había sobrevivido?

No tenía sentido, pero esos homicidios debían de tener alguna relación con lo que había ocurrido allí, en aquel andén ferroviario de provincias veinte años antes. Scheibe ya comenzaba a arrepentirse de haberle dejado un mensaje a Cornelius. No iba a ponérselo fácil al asesino, ni tampoco iba a arriesgar su carrera retomando relaciones que convenía mantener olvidadas. Se había esforzado demasiado por todo lo que había logrado desde la última vez que se vieron; no pensaba abandonar nada de aquello.

Scheibe miró su reloj; ya eran casi las ocho. Se sentía cansado y sucio. No había comido desde el almuerzo en la Rathaus y sentía un vacío en su interior. Se sentó en un banco del andén y contempló sin comprender las vías y el paisaje llano que estaba al otro lado. Su mirada atravesó el Weser y se perdió en el Luneplate, al otro lado.

Podía resolver este asunto. Ésa era la razón por la que ellos siempre habían confiado en él en aquella época: su capacidad para planificar una estrategia de la misma manera en que podía planificar un edificio. Más que una estructura, pero con todos los detalles integrados. Él había sido el arquitecto de lo que había tenido lugar aquí: se había liberado a sí mismo y a los otros. Ahora tenía que volver a hacerlo. Buscó en el bolsillo de su arrugada chaqueta de lino negro y extrajo su teléfono móvil. No, podrían rastrear su número; después de todo, hacía muy poco tiempo le habían explicado los riesgos de usar un teléfono móvil. Sabía que tenía que ser muy cuidadoso. Llamaría a la policía. Una llamada anónima. Haría un trato que lo mantuviera fuera de todo esto. Como la última vez.

Un teléfono público. Tenía que encontrar un teléfono público. Paul se volvió y recorrió con la mirada el paisaje que lo rodeaba.

Fue entonces cuando el joven de pelo negro salió al andén. No hubo ninguna vaga sensación de reconocimiento. Paul no hizo ningún esfuerzo por recordar dónde o cuándo o en qué circunstancias había visto aquel rostro antes. Tal vez porque estaba viéndolo en ese contexto.

El joven avanzó hacia Paul con aire decidido.

—Sé quién eres —dijo Paul—. Sé exactamente quién eres.

El joven sonrió y sacó la mano brevemente del bolsillo de la chaqueta para enseñarle la Makarov automática.

—Vayamos a algún lugar más privado para hablar. Tengo el coche aparcado fuera —dijo, señalando la salida del andén con un movimiento de la cabeza.

—Si esto arruina tu reputación, házmelo saber. —Anna Wolff le sonrió a Henk Hermann mientras se acercaban a la barra.

The Firestation era un edificio grande y cuadrado en el Kiez de Sankt Pauli. Por fuera era una más de aquellas edificaciones de obra vista de los años cincuenta que habían surgido en todo Hamburgo como hierbajos, en los sitios vacíos creados por las bombas de la Segunda Guerra Mundial. En su interior, tampoco tenía nada notable, aunque de una manera completamente diferente. La decoración era una variación de la misma temática de diseño de moda que podía encontrarse en bares y clubes de todo el mundo: una sofisticación vagamente *retro* que no tenía nada de sorprendente ni de inspiradora. Incluso la música de fondo era la previsible banda de sonido *chill-out*. Para Anna, que prefería los clubes y bares un poco más movidos, The Firestation no era interesante. Pero, de todas maneras, no era un club diseñado para Anna. Ni para nadie de su sexo.

—Muy graciosa —murmuró Henk, y saludó con un gesto al barman negro de cabeza afeitada que se acercó a ellos.

—¿Qué puedo ofrecerles? —El barman negro hablaba alemán con un acento que era mezcla de africano e inglés.

Como respuesta, Henk exhibió su placa ovalada de policía.

—Nos gustaría hacerle algunas preguntas sobre uno de sus clientes.

—Ah, ¿sí?

—Es en relación con la investigación de un homicidio —dijo Anna—. Creemos que la víctima era un cliente habitual de este lugar. —Puso una fotografía de Hauser sobre la barra—. ¿Lo conoce?

El barman miró brevemente la fotografía y asintió.

—Es Herr Hauser. Sí, lo conozco, o lo conocía. Leí sobre su muerte en los periódicos. Terrible. Sí, era un cliente habitual.

—¿Con alguien en particular?

—No tenía a nadie especial, que yo supiera. Muchos tíos, en general...

Los otros dos encargados de la barra estaban ocupados y un cliente llamó al barman negro desde el otro extremo.

—Perdonen un momento...

Mientras iba a atender al cliente, Anna recorrió el club con la mirada. Considerando que era bastante temprano, y uno de los primeros días de la semana, había una cantidad importante de público. Como había supuesto, eran exclusivamente hombres, pero salvo por eso no había nada que distinguiera The Firestation de cualquier otro bar o club. Algunos tenían el aspecto y la indumentaria de haber venido directamente desde sus despachos. A Anna le resultó difícil imaginarse a

Hauser en ese club: todo parecía demasiado «corporativo», demasiado normal. El barman negro regresó y pidió disculpas por la interrupción.

—Herr Hauser venía aquí muy a menudo, pero por lo general andaba con tíos más jóvenes, mucho más jóvenes. Acabo de preguntarles a los otros camareros. Martin me ha dicho que acostumbraba a venir con un tipo de cabello oscuro.

—¿Sebastian Lang? —Anna puso una fotografía de Lang en el mostrador, junto a la de Hauser.

—No lo conozco... ¿Martin? —El barman llamó a su colega, quien se acercó y examinó la fotografía.

—Es ése... —confirmó el segundo camarero—. Vinieron juntos durante un tiempo, pero luego el más joven de los dos dejó de venir. Pero antes que él, Herr Hauser solía beber con otro tipo más de su edad. No creo que fueran pareja ni nada así. Me parece que sólo eran amigos.

—¿Sabe el nombre de ese amigo?

—No, lo siento.

—¿Sigue viniendo?

El barman meneó la cabeza.

—No podría decirles si va a aparecer. Creo que sólo venía aquí a encontrarse con Herr Hauser.

—Gracias —dijo Henk, y le entregó al barman su tarjeta de contacto en la Polizei de Hamburgo—. Si vuelve a verlo, ¿puede llamarme a este número?

El barman cogió la tarjeta.

—Desde luego. —Frunció el ceño—. No creen que este tipo tuviera algo que ver con el homicidio de Herr Hauser, ¿o sí?

—De momento sólo estamos tratando de construir una imagen de los últimos días de la víctima —dijo Anna—. Y de la clase de gente a la que solía frecuentar. Eso es todo.

Pero mientras Henk y ella salían de The Firestation, Anna no pudo evitar pensar que aún no habían construido ninguna imagen.

Martes 30 de agosto de 2005, doce días después del primer asesinato

10.30 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, HAMBURGO

Fabel telefoneó a Markus Ullrich, el agente de la BKA, desde su despacho en la brigada de Homicidios. Ullrich pareció sorprendido de tener noticias de Fabel, pero no daba la impresión de estar ocultando algo.

—¿En qué puedo ayudarle, Herr Kriminalhauptkommissar? ¿Es sobre Frau Klee?

—No, Herr Ullrich. —La verdad era que Fabel sí quería seguir conversando sobre el asunto con Ullrich, pero ése no era el momento apropiado. Lo que necesitaba era un favor—. Recordará usted que el Kriminaldirektor Van Heiden preguntó por el caso en el que estoy trabajando. El del denominado Peluquero de Hamburgo, ¿verdad?

—Lo recuerdo.

—Alguien me ha sugerido que examine más de cerca la historia de las víctimas. Específicamente, que puede haber algunos trapos sucios ocultos de los días en que eran activistas estudiantiles, o más tarde, durante los años conflictivos. Ambos eran agitadores políticos, aunque en grados diferentes. Y se me ha ocurrido que si había algunas sospechas sobre ellos...

—... Entonces nosotros en la BKA tendríamos un expediente, ¿es eso?

—Sólo es una idea que se me ha ocurrido... —A continuación, Fabel hizo un resumen de lo que se sabía sobre ambas víctimas hasta el momento.

—De acuerdo —dijo Ullrich—. Veré qué puedo hacer.

Después de colgar, Fabel fue a la oficina principal de la Mordkommission y habló con Anna Wolff. Le pasó los detalles de la tarjeta de identidad de la Segunda Guerra Mundial que se había encontrado junto a la momia de HafenCity.

—¿Podrías ponerte en contacto con los archivos del Estado y ver qué podemos averiguar? Me gustaría saber si hay algún pariente superviviente al que podamos notificarle la noticia.

Anna examinó la información que le entregó Fabel y se encogió de hombros.

—Bien, *chef*.

Fabel habló con sus distintos agentes para informarse de sus avances. Los dos asesinatos con el cuero cabelludo arrancado habían eclipsado todo lo demás y Fabel se alegró por el hecho de que la muerte en una pelea en el Kiez fuera el único otro caso pendiente, porque era relativamente fácil de cerrar. Había momentos en que Fabel se sorprendía por pensar de esa manera, por agradecer que el final violento de

otra vida humana fuera convenientemente claro y por lo tanto exigiera menos de los recursos de su equipo. Detestaba la obligada insensibilidad que traía aparejado el ser el investigador de la muerte de otros.

—Todavía no hemos conseguido nada de los registros telefónicos de ninguna de las víctimas —dijo Henk Hermann, anticipándose a la pregunta de Fabel—. No hemos encontrado ningún número que no pueda explicarse claramente.

Fabel le dio las gracias y regresó a su despacho. Todavía había algo que le molestaba. Su instinto le decía que las víctimas conocían al asesino.

11.45 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

La sala estaba cargada con el aroma espeso y dulce del incienso. Las persianas estaban cerradas y la habitación estaba iluminada con la luz suave y bailarina de docenas de velas.

Beate Brandt estaba sentada con los ojos cerrados. Tenía una mano apoyada en la frente y la otra en el pecho de su cliente. Su pelo era largo y caía en cascada sobre los hombros, como cuando tenía dieciocho años. Pero el brillo satinado y sensual con el que antes encandilaba los corazones de los hombres se había perdido más de una década antes. Ahora era más gris que negro y ya no refulgía, sino que se veía seco y rugoso. De la misma manera, la oscura belleza de Beate, que había heredado de su madre italiana, se había apagado. Seguía teniendo huesos fuertes y rasgos delicados, pero la piel que los recubría se había llenado de pliegues y arrugas, como si alguien hubiera cubierto descuidadamente un buen cuadro.

—Respira profundo... —le dijo a su cliente, que parecía tener una edad parecida a la de su hijo y estaba acostado boca arriba, con los ojos bien cerrados—. Estamos regresando. A una época más allá de la vida, pero antes de la muerte. Sólo cuando nos enfrentemos a la vida que ha terminado podremos experimentar el renacimiento.

Aplicó presión sobre la frente de su cliente. Tenía los dedos cubiertos con grandes anillos, algunos de los cuales exhibían símbolos astrológicos. Su cliente tenía una piel pálida e impecable y ella comparó la lisa perfección de sus cejas con las arrugas de la palma de su mano y el engrosamiento de sus dedos, que alguna vez habían sido delgados. «¿Por qué —se preguntó— nuestros cuerpos envejecen cuando en nuestro interior nos sentimos exactamente igual que hace media vida?».

—Regresa... —Su voz era poco más que un susurro—. Regresa a la infancia. ¿Lo recuerdas? Luego más atrás. Más atrás...

Beate siempre había tenido que esforzarse para llegar a fin de mes. O, dicho de una manera más adecuada, había tenido que esforzarse para llegar a fin de mes y al mismo tiempo mantener un perfil bajo. La idea de convertirse en una capitalista de poca monta le parecía desagradable, pero peor era trabajar para algún otro. Además, tenía que pensar en su hijo. Había hecho todo lo posible para asegurarse de que a él nunca le faltara nada. Como madre soltera, no le había sido fácil. Y, por supuesto,

siempre estaba la dificultad añadida de que alguien husmeara demasiado en su pasado cuando ella se presentara a algún puesto de trabajo. Había empezado con una pequeña tienda de moda en el Viertel, pero a medida que pasaba el tiempo se hizo evidente que su idea de lo que era *chic* en el Schanzenviertel estaba un poco atrasada —una década atrasada— respecto de lo que los clientes buscaban. Después de cerrar la tienda, luchó por encontrar algo que le permitiera ganar dinero. Entonces se le ocurrió el concepto del renacimiento. Beate sabía que todo aquello era una tontería. Una parte de ella, en lo profundo de su ser, encontraba atractiva la idea de la reencarnación, incluso posible, pero toda aquella historia de la «inducción del renacimiento» era pura mierda. Ella debía saberlo: después de todo, la había inventado.

Miró al cliente tumbado en el suelo delante de ella. Era uno de sus habituales, y llevaba tres meses asistiendo. Desde los homicidios de Hans-Joachim y Gunter había tomado la decisión de no admitir a clientes nuevos. Ningún desconocido. Aquellas muertes la habían dejado impresionada, atemorizada. Después de todo, si bien sus caminos no se habían cruzado en veinte años, Hans-Joachim vivía a tan sólo un par de calles.

Por lo tanto, sólo les franqueaba la entrada a aquellos clientes a los que venía atendiendo desde hacía un tiempo. Incluso había tratado de inventar una nueva variedad de «terapia de grupo», para poder atender a más de uno a la vez. Pero debido a la naturaleza íntima y personal de su «tratamiento», a sus clientes no les gustaba mucho participar en sesiones grupales. La idea más inspirada de Beate había sido montar una página de Internet a través de la cual podía ofrecer consultas en línea. Incluso había comprado un programa mediante el cual la gente podía cargar su fecha y lugar de nacimiento y recibir un resumen de una vida pasada probable. Y todo eso se pagaba mediante un sistema seguro de transacciones con tarjeta de crédito a través de Internet. Sin riesgos, sin gastos; sólo ganancia.

El concepto central del negocio de Beate era una idea esencialmente sencilla: que todos hemos vivido antes, varias veces, y que tiene que haber una llave para abrir aquellas vidas pasadas. Por supuesto que, teniendo en cuenta el crecimiento exponencial de la población del planeta, que todos tuviéramos una vida anterior era una imposibilidad estadística. Beate, que había estudiado matemática aplicada en la Universität de Hamburgo, lo sabía demasiado bien. Pero hubo un momento, mucho tiempo antes, en que ella había estado dispuesta a suspender su incredulidad en nombre de algo más grande. Más aún: el mundo de hoy estaba lleno de personas que buscaban algo que diera sentido a su existencia; o un refugio en alguna otra verdad, alguna otra vida, cualquier cosa que ofreciera algo menos banal que su vida cotidiana. De modo que Beate, la atea, la racionalista, la matemática, se había establecido como una gurú *New Age* que ayudaba a la gente a redescubrir sus vidas anteriores. Había aprendido los principios básicos de la hipnosis, aunque dudaba que alguna vez hubiera logrado hipnotizar a algún cliente. Lo más probable era que ellos mismos se

engañaran suponiendo que se encontraban en un estado hipnótico, para poder creer todas las idioteces que escupían sobre sus vidas del pasado, creer que esas tonterías surgían de algo más profundo que una simple combinación de imaginación, expresión de deseos y algo que probablemente habían leído alguna vez por ahí. Pero para cubrirse, ella hablaba de «meditación guiada», haciendo recaer en el cliente la responsabilidad de su propia hipnosis.

De todas maneras, el primer concepto era imperfecto. Beate no tardó en descubrir que una vez que ayudaba a su cliente a descubrir una «vida anterior», éste se marchaba contento, y con él una fuente de ingresos. Entonces se dio cuenta de que debía añadir otra dimensión a su «terapia», algo que prolongara el tratamiento. Fue entonces cuando se le ocurrió tanto la idea de la página web como el concepto de un «renacimiento integral de la persona». El principio era que para estar «completo», uno debía dejar al descubierto todas las vidas anteriores, combinarlas con la existencia actual y luego experimentar un «renacimiento», después del cual uno se volvía íntegro y dejaba atrás todo su pasado para empezar nuevamente. Una verdadera vida nueva.

A Beate no se le escapaba la ironía. Allí, en esa sala de su apartamento, soltaba una mezcla casera de paparruchadas *New Age* e idioteces psicológicas sobre la reencarnación y el renacimiento. Al igual que los otros miembros del grupo, ella se había reinventado, poniendo distancia entre sí misma y su vida anterior. Pero, a diferencia de algunos de ellos, había decidido mantener el perfil más bajo posible. Mientras algunos del grupo se habían sentido evidentemente inmunes a que los descubrieran, ella había buscado el anonimato. Aun así, parecía que mantener un perfil bajo no garantizaba ninguna protección. Hans-Joachim Hauser siempre había sido un egocéntrico arrogante que se exhibía todo el tiempo; pero, según creía, Gunter Griebel había elegido, como ella misma, una vida lo más reservada posible. Sin embargo, alguien lo había descubierto.

Echó una mirada al reloj de la pared. Esa sesión parecía interminable. El joven paciente estaba convencido de que tenía múltiples vidas anteriores que descubrir; sin embargo, sostenía que había algún obstáculo en el camino, algo que no podía esquivar. Beate suspiró pacientemente y trató de facilitarle el camino a través de los años, a través de los siglos, para averiguar quién había sido antes, y cuándo.

En ocasiones sentía el impulso de gritarles a sus clientes en la cara que todo aquello era un timo, un fraude; que no había nada que poner al descubierto salvo sus propias deficiencias y su incapacidad de reconciliarse con el hecho de que este mundo, hoy, era todo lo que había en la vida. Siempre divertía a Beate el hecho de que la mayoría de sus clientes exhibieran la misma falta de precisión cronológica y técnica que los típicos escritores de novelas baratas cuando descubrían sus vidas anteriores. La mayoría eran mujeres de mediana edad que cumplían alguna fantasía recordando una vida anterior en la que habían sido hermosas cortesanas, voluptuosas aldeanas o princesas de cuentos de hadas. Pocas «vidas anteriores» tenían que ver con

las pestes, las enfermedades, las hambrunas y la pobreza extrema que habían sido tan habituales en toda la historia.

Pero este joven era diferente. Había encarado todo el proceso con entusiasmo. Desde el primer momento, había hablado con convicción sobre su necesidad de visitar una vida previa. Era como si buscara alguna forma de verdad. Un pasado real. Una vida verdadera.

Lo único que Beate no podía entregarle.

—¿Puedes ver algo? —preguntó.

El joven frunció el ceño, y su pálida frente se arrugó en un gesto de concentración. Beate había notado lo atractivo que era desde su primer encuentro. Y también había tenido la extraña sensación de que lo conocía de algún lugar. En otra época, podría haber sido suyo. En otra época, ella podía poseer a cualquier hombre. Cualquier cosa. El mundo se desplegaba como una alfombra delante de ella, amplio y nuevo y limpio, esperando sus pisadas. Luego todo se había convertido en polvo.

—Veo algo —dijo él, con vacilación—. Sí, veo algo. Un lugar. Estoy delante de un gran edificio, y estoy esperando algo, o a alguien.

—¿Es en esta vida, o en una época anterior?

—Anterior. Fue antes.

—Describe el edificio.

—Es grande. De tres plantas. Tiene una fachada amplia con varias puertas. Yo estoy de pie, fuera. —El joven mantuvo los ojos cerrados, pero de pronto hubo una gran urgencia en su voz—. Lo veo. Lo veo todo muy claro.

—¿Qué ves? —Beate volvió a echar un vistazo al reloj de la pared. Si él había visto una vida anterior, entonces mejor que fuera corta, o tendría que pagar una hora extra.

—Dos vidas. Tres, contando ésta. Todo está muy claro, y veo cada una como si estuviera recordando el día de ayer.

—¿Tres vidas, dices?

—Tres vidas, pero una. Un continuo. La muerte no fue el fin; no fue más que una breve interrupción. Una pausa.

«Eso —pensó Beate—, tengo que recordarlo: “Un continuo con la muerte como una breve interrupción”. Brillante. Puedo usarlo».

—Continúa —urgió al joven cliente—. Háblame de tu primera vida. ¿Ésa es la época en que estabas delante de este gran edificio?

—No... no, ésa fue la segunda vez. Aquello fue antes.

—Háblame de tu primera vida. ¿Dónde estás? ¿Quién eres? —Beate se esforzó por ocultar la impaciencia de su voz.

—No es importante. Mi primera vida fue simplemente un preparativo... Me estaban preparando.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hace un milenio. Más. Me sacrificaron y me dejaron en la ciénaga, bajo el agua llena de barro. Luego depositaron ramas de avellanos y hayas sobre mí y agregaron piedras encima. Hacía mucho frío. Estaba todo muy oscuro. Mil años en la oscuridad y el frío. Entonces renací.

—¿Como quién renaciste?

—Alguien... —La arruga en la frente del cliente se hizo más profunda—. Alguien... que usted conoció.

—¿Yo te conocí? —Ella posó la vista sobre su cliente y estudió la cara. Sus ojos seguían cerrados. Por alguna razón, aquella afirmación la había perturbado. Todo aquello era una tontería, desde luego, pero volvió a recordar la primera sesión con aquel joven. Desde un principio le había parecido que lo reconocía, que lo había visto antes en alguna parte. Pero luego se dio cuenta de que, sencillamente, le recordaba a otra persona, alguien a quien, en ese momento, no lograba identificar del todo.

—Estoy allí ahora. El edificio. Puedo verlo claramente... —El joven no prestó atención a la pregunta. Abrió los ojos, miró el techo, pero su mirada estaba fija en otro lugar, en otro tiempo—. Es una estación de ferrocarril. Puedo verlo. Estoy en una estación de tren. Es una estación pequeña, pero el edificio detrás de mí es grande y viejo. Delante de mí, más allá del andén que está al otro lado, la tierra está vacía y plana. Hay un río ancho...

Se quedó callado un momento y una expresión de intensa concentración se desplegó por sus rasgos. Luego meneó la cabeza.

—Lo siento... —La miró directamente por primera vez desde el inicio de la sesión. Le sonrió como pidiéndole disculpas—. Se ha ido.

—Has dicho que me conocías en esta vida anterior.

Su cliente giró las piernas y se sentó en el borde de la camilla.

—No lo sé... es sólo una sensación que tengo. No puedo explicarlo, ni nada.

Beate reflexionó un momento sobre esas palabras. Luego miró su reloj. La hora había terminado.

—Bueno, tal vez podamos seguir con esto en nuestra próxima sesión. —Abrió su agenda y verificó la fecha y la hora. Su cliente se levantó y se puso la chaqueta—. Creo que la sesión de esta semana te ha hecho bien —dijo—. Pareces más relajado que la primera vez que viniste.

—Sí estoy más relajado —sonrió él, mientras caminaba hacia la puerta—. Siento que me estoy acercando a un estado mental muy especial, muy plácido. Los japoneses tienen una palabra para nombrarlo...

—¿Oh? —Beate le abrió la puerta. Su cliente del mediodía llegaría en cualquier momento.

—Sí —dijo él al salir—. Lo llaman *zanshin*.

La cafetería que estaba en el punto de salida del ferry de Winterhuder se encontraba a una distancia razonable del Polizeipräsidium. Era habitual que Fabel celebrara allí las reuniones de su equipo cuando quería discutir sobre un caso de una manera más informal; era un cambio de escenario respecto de la Mordkommission. Cuando Markus Ullrich lo llamó esa mañana, Fabel le sugirió que se encontraran allí, en el café Färhaus.

Fabel llegó temprano y le pidió un café al camarero, que lo conocía como un cliente habitual pero no tenía la menor idea de que era un investigador de homicidios. A Fabel le gustaba que la mayoría de la gente jamás lo viera como un policía, y nunca ofrecía esa información porque sí. Era como si tuviera dos identidades. Dos vidas separadas en dos Hamburgos separadas: la ciudad en la que vivía y que amaba, y la ciudad en la que él era un policía. Con frecuencia se preguntaba, incluso después de tanto tiempo, si ésa era la profesión para él. Sabía que era bueno en lo suyo, pero cada caso nuevo, cada nueva crueldad infligida por un ser humano sobre otro, lo iba socavando. Aquella no era la primera vez que Fabel se distraía pensando en lo que podría haber pasado, en lo que él podría haber sido si no hubiera tomado la decisión de incorporarse a la Polizei de Hamburgo. Y todo el tiempo sentía la presencia de la tarjeta de Roland Bartz en su bolsillo: un billete de regreso a una vida normal.

Salió de su ensimismamiento cuando divisó la silueta achaparrada de Ullrich bajando por la escalera hacia la cafetería. El hombre de la BKA estaba vestido con un oscuro traje formal, una camisa oscura y una corbata también oscura, y llevaba un pequeño maletín de ejecutivo. Daba toda la impresión de que se reunía con Fabel para venderle un seguro. Fabel recordó su reunión con el profesor Van Halen, el genetista con traje de negocios; al parecer, todo el mundo estaba volviéndose «corporativo».

—Gracias por venir —dijo, mientras le estrechaba la mano a Ullrich—. Se me ocurrió que existía alguna remota posibilidad de que ustedes tuvieran algo en sus expedientes sobre alguna de las víctimas, o ambas, considerando sus antecedentes.

Los dos se sentaron y suspendieron la conversación mientras el camarero se acercaba y tomaba nota de lo que querían.

—Le he traído un material interesante, Herr Fabel. —Ullrich puso el maletín sobre las piernas y lo palpó, como si insinuara que en su interior se ocultaban tesoros. Luego, con mucha deliberación, lo dejó en el suelo a su lado, en un claro gesto de «lo dejaremos para después»—. Tenemos bastante que discutir, pero antes quiero aclarar las cosas sobre la situación con Maria Klee... Espero que no pensara usted que la traté con demasiada dureza. Después de todo, ella puso en riesgo una operación importante.

—Para mí habría sido mucho mejor que discutiera el asunto conmigo en primer lugar, antes de acudir directamente al Kriminaldirektor Van Heiden.

Ullrich se encogió de hombros.

—En realidad no tuve la oportunidad de hacerlo de esa manera. Los jefes de la operación, especialmente, debo decirle, los del LKA6 de la Polizei de Hamburgo, estaban furiosos con Frau Klee por andar pisoteando su investigación. Se trata de una operación muy delicada.

—Pero por el amor de Dios, Ullrich, usted sabe el alto grado de implicación de mi equipo en la investigación de Vitrenko.

—Aquél era un caso anterior. Lo lamento, Fabel, pero la vida sigue. Nos enfrentamos a la amenaza que Vitrenko representa en la actualidad. Y es algo mucho más grande de lo que la Polizei de Hamburgo puede manejar por sí sola. Teníamos agentes de la BKA, del LKA6, de la Policía Federal de Fronteras, de la división del crimen organizado de la Policía de Colonia... una enorme cantidad de horas de trabajo invertidas en esa operación. Lamento no haber podido hablar con usted personalmente, pero también había muchas cuestiones políticas en el medio... Sólo quería que usted supiera que no estaba pasándole por encima deliberadamente.

—Bueno, está bien —dijo Fabel.

—En cualquier caso... —Ullrich levantó su maletín—. He hecho lo que me ha pedido: he investigado un poco a las dos víctimas.

—¿Y?

—Y, aunque la relación es vaga, hay demasiadas coincidencias, al menos, en mi opinión, para decir que el tal Peluquero de Hamburgo los elige al azar. Como usted sospechaba, la LKA de Hamburgo y la BKA federal tenían expedientes de inteligencia sobre Hans-Joachim Hauser. Él estuvo muy activo durante todos los años ochenta. Me pareció que eso podría interesarle. Sólo como contexto histórico. He hecho una copia del expediente... —Ullrich buscó en su maletín y extrajo una gruesa carpeta que depositó sobre la superficie pintada de blanco de la mesa metálica de la cafetería. No había nada en su portada color beige que diera alguna pista sobre su contenido. Fabel estaba a punto de cogerla cuando Ullrich le puso las manos encima—. Por favor, no la pierda. Aunque sea una copia, sería de lo más embarazoso. No hay mucho ahí como para sorprenderle, Herr Fabel. Pero aquí es cuando las cosas se ponen interesantes... —Depositó una segunda carpeta sobre la primera—. La BKA también tenía un expediente sobre la segunda víctima en aquella época.

Fabel se inclinó hacia delante.

—¿Estaban vigilando a Griebel?

—Ya me parecía que eso le llamaría la atención. —Ullrich sonrió—. En la superficie no encontré ninguna conexión directa entre Hauser y Griebel salvo que, como usted dijo, asistían a la Universität de Hamburgo más o menos en la misma época y los dos ejercían militancia política, aunque en diferente grado. Pero creo que lo más interesante es que más tarde se sospechó que ambos hombres eran miembros de la denominada RAF-Umfeld.

—¿Griebel también? —Fabel estaba familiarizado con el término: la RAF-Umfeld se refería a la red difusa y amplia de simpatizantes que habían proporcionado

apoyo, ya fuera financiero o logístico, a la Fracción del Ejército Rojo o banda Baader-Meinhof y otras organizaciones terroristas.

—Griebel también —confirmó Ullrich—. Como sabe, durante los años setenta y ochenta, los grupos terroristas anarquistas de Alemania se sostenían a través de esa clase de redes. Al principio estaban los «Schili», o la «izquierda *chic*», que eran en su mayor parte liberales de clase media que financiaban las actividades de los anarquistas. Los Schili eran, en su mayoría, abogados de izquierda, periodistas, conferenciantes universitarios y gente parecida que entregaban dinero para apoyar las actividades de acción directa de los anarquistas... hasta que esa acción directa dejó de ser irrupciones en restaurantes finos, pintar consignas en los edificios estatales y posar desnudos para la prensa y se convirtió en secuestros, asesinatos y bombas. Los activistas se volvieron terroristas y todo aquello fue demasiado para la izquierda fina. Realmente sirvió para separar la paja del trigo, y los grupos terroristas se quedaron con un núcleo duro de simpatizantes que cumplían funciones en las que en realidad no violaban la ley.

—Lo sé —dijo Fabel—. Los llamaban los «legales».

—Exacto. Pero además de los legales, había una red nacional de células latentes, a quienes se podía convocar para que violaran la ley y financiaran o apoyaran las actividades del grupo terrorista principal, o incluso también para efectuar algún asesinato de alto perfil... Éstos, en la superficie, llevaban vidas normales y no llamaban la atención. Por lo general los grupos terroristas escogían personas que nunca habían estado conectadas oficialmente con el movimiento de protestas ni con ninguna clase de actividad política. —Ullrich empujó las carpetas hacia Fabel—. Aquí verá que se sospechaba que Hans-Joachim Hauser era un legal; manifestaba abiertamente su apoyo a la causa, pero no violaba la ley. En cambio, a Herr Doktor Griebel se lo consideraba un posible agente latente...

—¿Y se pensaba que estaban relacionados con la Fracción del Ejército Rojo?

—He ahí la cuestión. Como sabe, había bastante polinización cruzada entre grupos... El Colectivo de Pacientes Socialistas, las Células Revolucionarias, la Rote Zora y la banda Baader-Meinhof... y también había una buena cantidad de actividad por libre, por falta de una palabra mejor. Sé que usted se cruzó con uno de esos grupos independientes al principio de su carrera local.

Fabel hizo un seco gesto de asentimiento. Era evidente que Ullrich se refería al tiroteo de 1983 en el Commerzbank provocado por el Radikale Aktionsgruppe o Grupo de Acción Radical de Hendrik Svensson, en el curso del cual Franz Webern había muerto y Fabel había sido herido y se había visto obligado a tomar otra vida para salvar la suya. No le gustaba la idea de que el hombre de la BKA lo hubiera investigado a él. Pero, en cualquier caso, se dijo, ésa era la actividad a la que se dedicaba Markus Ullrich.

—Como recordará —continuó Ullrich—, después de los suicidios de Meinhof, Baader, Ensslin y Raspe en 1976 y 1977 en la prisión de Stammheim, el terrorismo

interno alemán perdió el rumbo y se fragmentó mucho... lo que en realidad nos hizo el trabajo mucho más difícil. Y también tuvo como resultado un elevado incremento del nivel y la intensidad de la violencia. La verdad es que Hauser y Griebel eran ambos objetivos de baja prioridad... y en ningún lado se sugiere que hubiera una conexión entre ellos. Sí tenían conocidos comunes, pero lo mismo ocurriría con cualquiera que tuviera alguna relación con toda aquella escena, aunque sólo fuera marginal. Hay otra cosa respecto de Griebel.

—¿Sí?

—Noté que su expediente había sido actualizado recientemente. Volvieron a investigarlo hace poco. Hace un par de años, de hecho. Tengo la sensación de que estaba relacionado con su área de investigaciones. No podría decirle por qué esa especialidad tenía algún interés, pero los agentes antiterroristas sintieron la necesidad de investigarlo de nuevo. De todas maneras, siguió siendo baja prioridad. En cualquier caso... feliz lectura.

—Le agradezco realmente que haya hecho esto por mí —dijo Fabel cuando llegó el almuerzo.

—De nada. Lo único que le pediría es que si el contexto político de estos homicidios ofrece alguna pista real, hágamelos saber. Tal vez este caso tenga alguna dimensión que nos interese. Y, Herr Fabel... —Ullrich parecía inseguro, como si estuviera decidiendo si iba a decir o no las siguientes palabras.

—¿Sí?

—Tenga cuidado. Como verá en los expedientes, algunas de las personas sometidas a nuestro escrutinio en el pasado hoy son figuras importantes. Lo único que tiene que hacer es mirar un poco el gabinete del gobierno de Gerhard Schröder: un ministro de relaciones exteriores que ha admitido su participación en la violencia callejera y un ministro de interior que fue abogado de la defensa de la banda Baader-Meinhof. —Ullrich se refería a Joschka Fischer, a quien habían «expulsado» cuando Bettina Röhl, la hija de Ulrike Meinhof, había entregado a la prensa fotografías de Fischer atacando a un agente de policía, y también a Otto Schily, que había representado a los terroristas en los comienzos de su carrera legal—. Y hay otros con grandes ambiciones más cerca de nosotros...

—¿Como Müller-Voigt?

—Exacto... si resulta que tiene que investigar por allí, cuídese las espaldas.

Fabel lanzó una risa triste.

—No me preocupan los ataques políticos —dijo—. Ya estoy bastante acostumbrado a estas alturas.

—No es de los ataques políticos de lo que tiene que preocuparse... —dijo Ullrich—. No puedo creer que los denominados «latentes» que ocupaban ese sitio en aquel entonces sigan creyendo en toda esa basura, pero llevan una vida normal desde hace dos décadas. Estoy seguro de que algunos ellos están dispuestos a lo que sea para protegerse. Como he dicho... tenga cuidado.

Fabel se pasó la tarde leyendo los expedientes de la BKA. Todo era tal cual lo había descrito Ullrich: Hauser y Griebel habían habitado el mismo paisaje, habían seguido caminos similares, habían conocido a las mismas personas, pero no había ninguna evidencia que diera entender que esos caminos se habían cruzado alguna vez. De todas maneras, la lógica sugería que no era imposible que al menos hubieran oído hablar el uno del otro. Y el mero hecho de que los servicios de seguridad no hubieran podido confirmar la existencia de ningún contacto entre ellos no significaba que en realidad nunca se hubieran visto.

Susanne tenía que trabajar hasta tarde en el Instituto de Medicina Legal, de modo que Fabel regresó a casa solo. El almuerzo con Ullrich le había dejado prácticamente sin apetito, de modo que cogió un bocadillo y una botella de Jever, los llevó a la sala y los puso sobre la mesita que estaba junto a su ordenador portátil y los expedientes. Se quedó sentado un momento, dando sorbos a la cerveza y contemplando, a través de los ventanales, el Alsterpark y la amplia extensión del Alster, cuya agua resplandecía suavemente bajo la luz de las últimas horas de la tarde. Era una escena que debería haberlo relajado, pero algo que no podía identificar seguía perturbándolo. Fabel era un hombre ordenado, una obsesión que surgía del miedo al caos que con frecuencia ardía en su interior. Le había asustado ver esa misma paranoia en su punto más extremo en Kristina Dreyer. Y esa necesidad de orden se veía afectada por las tenues conexiones y las amplias coincidencias que rodeaban a las dos víctimas. Cuando las miraba desde lejos, alcanzaba a percibir una red de hilos interrelacionados, pero cuando se acercaba todo se deshacía como una telaraña en el viento.

Oyó el sonido de la puerta de su apartamento que se abría y la voz de Susanne anunciando su llegada. Ella entró y en un gesto de agotamiento exagerado se desplomó sobre el sofá junto a Fabel. Luego arrojó las llaves, el bolso y el teléfono móvil a su lado. Le besó.

—¿Has tenido un día difícil? —preguntó él.

Susanne asintió con gesto de fatiga.

—¿Tú también?

—Ha sido más confuso que otra cosa. Déjame que te traiga una copa de vino...

—Cuando volvió de la cocina, pasó a relatarle su reunión con Ullrich y la información de los expedientes—. ¿Crees que estoy errando el tiro? Me refiero a eso de investigar las historias personales de las víctimas.

—Francamente... sí. —La voz de Susanne estaba teñida de cansancio e irritación. Fabel estaba violando la regla tácita de no hablar sobre el trabajo durante el tiempo libre que pasaban juntos—. Estás complicándolo demasiado. Piénsalo. Fíjate en los cuerpos desfigurados. Los pequeños rituales del asesino, incluyendo dejar los cueros

cabelludos como una exhibición. Es obra de un psicópata. Tú ves un significado en la historia de las víctimas, pero tienen un contexto similar porque son más o menos de la misma edad. Tal vez simplemente el asesino posee una hostilidad psicótica contra los hombres de mediana edad. Y la mutilación de los cuerpos da una clara impresión de psicosis. Piensa en los homicidios con motivos políticos... nueve de cada diez veces son atentados o asesinatos claros... una bomba en la calle, una bala en la cabeza.

Fabel dio un sorbo a la cerveza.

—Creo que tienes razón —dijo, y se levantó de la silla—. Bueno, iré a prepararte algo de comer.

19.40 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

A Stefan Schreiner le encantaba el Schanzenviertel. Para él era la parte más vital, más variada y más vibrante de Hamburgo. Su apartamento se encontraba en esa zona. Y también su ronda.

Schreiner llevaba siete años como comisario de la rama uniformada de la Polizei y los últimos cuatro años había patrullado el Schanzenviertel. Se enorgullecía de estar sintonizado con el barrio: los tenderos, los residentes, incluso aquellos que vendían cada tanto un poco de marihuana, lo tenían por un policía relajado y amable. Pero también se sabía que, si bien estaba dispuesto a mirar para otro lado cuando no se producía ningún daño real, Stefan Schreiner era un agente de policía honesto, dedicado y eficaz. No podía decirse lo mismo del agente que le habían puesto como compañero para el turno de noche: Peter Reinhard tenía los galones azules de Polizeimeister, y por lo tanto era subordinado de Schreiner. A éste le parecía que Reinhard jamás pasaría de Polizeimeister. Observó cómo regresaba al coche desde el puesto de comidas rápidas con una taza desechable de café, con tapa plástica, en cada mano. Reinhard era un hombre de gran tamaño que pasaba un tiempo desproporcionado en el gimnasio levantando pesas y se movía de una manera bastante jactanciosa. «No es una buena idea moverte así en el Schanzenviertel si eres policía», pensó Schreiner. Él había dedicado mucho tiempo a construir puentes en esa zona, y Reinhard no era la clase de compañero con el que le gustaba que lo vieran.

Reinhard se metió en el asiento del pasajero del coche patrulla Mercedes azul y plateado y le pasó a Schreiner una de las tazas. Después de hacerlo, se alisó la corbata azul y la pechera de la camisa, asegurándose de que no se hubiera derramado nada encima.

—Estos nuevos uniformes están bien, ¿verdad? —dijo.

—Supongo que sí. —No era una cuestión que ocupara mucho la mente de Schreiner. Los uniformes de la Polizei de Hamburgo habían cambiado el año pasado; en lugar de los tradicionales verde y mostaza, ahora eran azul oscuro.

—Me recuerdan a los uniformes americanos. —Reinhard hizo una pausa—. N... Y... P... D... —Pronunció las iniciales en inglés—. Los antiguos eran una mierda... Te hacían parecer un guardia forestal.

—Mmm... —Schreiner lo escuchaba sólo a medias. Dio sorbos a su café y observó a un ciclista que se acercaba por la estrecha calle. De pronto se le ocurrió que sería mucho mejor patrullar ese barrio en bicicleta. Ya se hacía en otras partes de la ciudad. Pediría autorización. El ciclista se acercó. La otra ventaja sería que no habría espacio para Reinhard en una bicicleta.

—Pienso que éstos se parecen más a verdaderos uniformes de policía... —Reinhard parecía satisfecho con mantener la conversación por sí solo—. Quiero decir, el azul es el color internacional de la policía...

La bicicleta pasó junto al coche patrulla y Schreiner saludó con un movimiento de cabeza al ciclista, quien no le prestó atención. No era inusual que los locales del Schanzenviertel se mostraran recelosos de la policía, incluso hostiles. Todavía quedaban resabios de una época más radical en que los residentes habituales del barrio veían a los policías como fascistas.

—¡Mierda! —Schreiner pasó a la acción intempestivamente. Le pasó la taza de café a Reinhard para que la cogiera, derramando un poco en su preciosa camisa azul. Luego abrió la puerta del coche y salió—. ¡Un momento, alto! —le gritó al ciclista, quien miró al policía por encima del hombro y reaccionó alejándose de él a toda velocidad. Schreiner volvió al coche, cerró la puerta de un golpe y apretó el acelerador. El coche arrancó con tanta violencia que se derramó más café sobre la camisa de Reinhard.

—Lo que no entiendo —dijo Fabel al tiempo que depositaba un plato de pasta delante de Susanne— es por qué la BKA volvió a investigar a Griebel recientemente. No parece que hubiera ningún interés significativo que proteger en eso.

—¿Dices que era epigenetista? —Susanne cogió un bocado de pasta demasiado caliente y movió la mano como un ventilador delante de la boca antes de continuar—. ¿Qué clase de trabajo hacía?

Fabel le hizo un resumen de lo que sabía y lo poco que había entendido del trabajo de Griebel.

—Las otras cosas en las que estaba implicado... ya sabes, todo este asunto de la memoria heredada, a mí me sonaron bastante poco científicas...

—Pero en realidad no lo son —dijo Susanne—. Hay una cantidad asombrosa de ADN que se transmite de una generación a la otra pero que no se sabe para qué sirve... cuando se trazó el mapa del genoma humano, descubrieron que más del noventa y ocho por ciento del ADN es el que se llama «ADN basura»... o, para darle un nombre más adecuado, «no codificado».

—¿Tú para que crees que está ese ADN?

—Sólo Dios lo sabe. Algunos científicos suponen que son las defensas acumuladas contra los retrovirus. Ya sabes, todos los bichos que hemos combatido a lo largo de nuestra historia como especie. Otros creen que parte de él tiene funciones específicas que sencillamente no entendemos. Una teoría es que a través de él heredamos nuestros comportamientos instintivos, incluso que contiene recuerdos genéticos; que experiencias reales de un antepasado pueden transmitirse a sus descendientes.

—A mí todo eso me suena bastante improbable.

—En realidad no es mi área, desde luego. —Susanne se encogió de hombro—. Pero me lo he cruzado cada tanto. Hay una teoría según la cual algunos de nuestros temores o fobias irracionales deben su origen a recuerdos genéticos acumulados en el denominado ADN basura. Por ejemplo, el miedo a las alturas puede haber quedado codificado porque algún antepasado se traumatizó ya sea por haber caído o por haber sido testigo de la muerte de otro que se cayó. Así como podemos desarrollar miedo al fuego, claustrofobia, etcétera, debido a algún trauma de nuestra propia experiencia, también podría ser que aquellas fobias que parecen no tener ninguna fuente directa sean heredadas.

Fabel pensó en Maria y en su miedo de que la tocaran por el trauma que había experimentado. Se sobresaltó al pensar que semejantes temores pudieran transmitirse de una generación a la siguiente.

—Pero todo esto son especulaciones, ¿no? —preguntó.

—Hay muchas cosas que no pueden explicarse a través de la herencia cromosómica normal. La tolerancia a la lactosa, por ejemplo. En teoría no deberíamos ser capaces de beber la leche de otras especies. Sin embargo, en todas las culturas en las que la cría de ganado, cabras, yaks y animales semejantes era habitual, desarrollamos tolerancia a la leche de esos animales. Y no fue necesario que cada generación volviera a desarrollar esa tolerancia... simplemente se transmitió. Y eso no puede explicarse mediante la selección natural o la transmisión de ADN congénito. Tiene que haber otro mecanismo para la transferencia genética.

Fabel puso la cara de alguien que está reflexionando sobre algo que no entiende del todo.

—¿Y los recuerdos? ¿Crees que es posible transmitirlos de una generación a la siguiente?

—Para ser honesta... no lo sé. Para mí, el problema principal es que los procesos implicados son totalmente diferentes e independientes. Los recuerdos son fenómenos neurológicos. Están relacionados con las sinapsis, las neuronas, el sistema nervioso. La herencia de ADN es un proceso genético. No entiendo cuál sería el mecanismo biomolecular que podría grabar un proceso en el otro.

—¿Pero...?

—Pero los comportamientos instintivos son difíciles de explicar, en especial las formas más abstractas del instinto, que no tienen nada que ver con nuestro origen

como especie. Por supuesto que la psicología jungiana ya ha analizado todo ello, aunque llevó demasiado lejos todas estas teorías. Pero lo que a mí me intriga son las experiencias comunes y sencillas.

—¿Por ejemplo?

—Cuando estuvimos en Sylt me contaste que la primera vez que visitaste la isla sentiste que la conocías de toda la vida. Es una experiencia relativamente habitual... una experiencia psicológica, supongo que podrías llamarla así. Por ejemplo, un granjero que jamás ha salido de Baviera, mucho menos de Alemania, un buen día se va de vacaciones al extranjero..., a España, digamos. Pero a pesar de que este renuente turista virgen jamás había expresado ningún interés en España, de pronto llega a algún lejano pueblo de montaña y experimenta una inexplicable sensación de familiaridad. Sabe instintivamente cómo encontrar el castillo, la parte vieja de la ciudad, el río, etcétera. Y cuando ya está de vuelta en Oberbayern, sufre una extraña forma de nostalgia.

—¿Esto es habitual?

—Bastante. En este momento se están realizando varios estudios sobre este fenómeno. No estamos hablando de alguna especie de *déjà-vu* extendido, te advierto. Estas personas tienen conocimientos específicos de un lugar que jamás habían visitado en su vida.

—¿Entonces qué significa? ¿Es una prueba de la reencarnación?

—Muchas personas lo han tomado de esa manera. Lo que, desde luego, es una tontería, pero puedes entender la lógica... o la falta de lógica, ya sabes a lo que me refiero. Pero algunos psicólogos serios y algunos genetistas creen que puede ser evidencia de alguna clase de memoria heredada o genética. De todas maneras, como ya he dicho, no entiendo cómo el fenómeno neurológico o psicológico de la memoria puede transferirse y grabarse en la estructura física biomolecular del ADN. Por lo general creo que esas experiencias se deben a una información que tal vez se haya cogido fragmentada durante toda una vida de leer, mirar documentales en la televisión, etcétera; todo esparcido por el subconsciente pero unido a partir de un solo punto de reconocimiento. Por ejemplo, nuestro granjero bávaro ve la aguja de la iglesia al bajarse del autobús. Tiene una extraña sensación de *déjà-vu*, de familiaridad, porque su subconsciente está uniendo esa imagen como las piezas esparcidas de un rompecabezas, formado por pedacitos de información.

—Pero otros científicos, como Gunter Griebel, creen que tiene algo que ver con la sopa de ADN que todos llevamos encima.

—Sí. Por ejemplo, que nuestro granjero bávaro tenía un antepasado lejano que vivió en la región de España y de quien ha heredado recuerdos ancestrales de ese país. Y, por supuesto, hay otro fenómeno que todos experimentamos: la sensación de que conoces a alguien de algo, incluso cuando es la primera vez que te encuentras con esa persona. No sólo por su aspecto, sino por su personalidad. O la forma en que algunas personas nos caen bien o mal instantáneamente, sin que tengamos ninguna

base para ese prejuicio. Es uno de los conceptos favoritos de los que creen en la reencarnación: el hecho de que un grupo de individuos está unido entre sí a través de todas sus encarnaciones. Y que los reconocemos apenas volvemos a encontrarnos con ellos en una nueva vida.

Fabel se acercó a la nevera y sacó otra botella de Jever.

—¿Y cuál es la teoría científica detrás de este fenómeno?

—Por Dios, Jan... eso depende de tu perspectiva. Como psicóloga podría señalarte una docena de factores psicológicos que estimulan una falsa sensación de reconocimiento, pero sé que hay algunas teorías bastante locas al respecto. La cuestión es que cada persona de este planeta se relaciona con las otras; más allá de lo separados que estemos, todos compartimos un ancestro genético común. El mundo tiene una población de seis mil quinientos millones de personas. Pero si nos remontamos tan sólo unos tres mil años atrás, más o menos a la época de las momias de China Occidental que me mencionaste, habría sólo, digamos... menos de doscientos millones de personas en todo el mundo. No somos más que variaciones sobre los mismos temas, una y otra vez. De modo que es más que concebible que se repita la misma configuración de rasgos junto al mismo tipo de personalidad. Todos tendemos a asociar determinados rasgos con determinadas personalidades y a prejuizar a la gente por su aspecto. Decimos que alguien parece inteligente, o amable o arrogante, basándonos en sus rasgos y en nuestra experiencia con personas de apariencia similar. Y, en ocasiones, cuando conocemos a alguien, sentimos que lo hemos visto antes, porque estamos armando una imagen compuesta de varias personas que tenían un aspecto similar y personalidades similares. —Susanne bebió un sorbo de vino y se encogió de hombros—. No es una reencarnación. Es una coincidencia.

19.42 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

Tendría que haber sido una competencia desigual: un coche patrulla Mercedes contra una bicicleta vieja. Pero el Schanzenviertel era una maraña de calles estrechas, llenas de coches aparcados, y Stefan Schreiner se vio obligado a acelerar y frenar en ramalazos breves e ineficaces. Mientras maniobraba por obstáculos y esquinas en su persecución del ciclista, su compañero Peter Reinhard se esforzaba por volver a ponerles la tapa de plástico a los recipientes de café y colocarlos en los soportes para tazas del coche.

—¿Te molestaría decirme qué demonios ocurre? —Reinhard había encontrado una toalla de papel y había comenzado a limpiarse la parte delantera de la camisa, empapada de café.

—Esa bicicleta... —Schreiner se mantuvo concentrado en su persecución—. Es robada.

A esa altura se encontraban en una calle de una sola dirección, que también estaba repleta de coches aparcados y que no ofrecía ninguna posibilidad de girar. El ciclista se dio cuenta de que los policías estaban en desventaja y se detuvo de golpe, obligando a Schreiner a frenar con fuerza. Antes de que los policías tuvieran tiempo de salir del coche, el ciclista se metió entre dos vehículos aparcados, subió a la acera y empezó a volver por donde había venido. Schreiner aceleró el coche patrulla marcha atrás y, girando en el asiento, avanzó hacia atrás por la calle, a toda la velocidad que podía teniendo en cuenta lo estrecha que era y la cantidad de coches que había en ella.

—¿Qué? —preguntó Reinhard sin poder creerlo—. ¿Me has llenado la camisa de café por una bicicleta robada?

—No es una bicicleta robada cualquiera. —Schreiner hizo una pausa mientras hacía girar el Mercedes de culata en la Lipmannsstrasse. Volvió a perseguir al ciclista después de un chirrido de las ruedas—. Se la robaron a Hans-Joachim Hauser. Éste podría ser el asesino.

El ciclista había perdido la ventaja de los coches aparcados que limitaban la velocidad del coche patrulla, y volvió a subir a la acera. Reinhard se inclinó hacia delante en su asiento, olvidando por completo el café derramado en la camisa de su uniforme.

—Entonces cojamos a ese cabrón.

Schreiner se dio cuenta de que el ciclista conocía bien el barrio. Hizo un abrupto giro a la izquierda, pasando a la Eifflerstasse, y volvió a avanzar en sentido opuesto al del tráfico en aquella calle de una sola mano, obligando a Schreiner a clavar los frenos para no chocar contra un Volkswagen que venía de frente. Schreiner salió del coche de un salto y corrió por la acera tras el ciclista, con Reinhard pisándole los talones y los insultos del chófer del Volkswagen resonando en sus oídos. El ciclista estaba alejándose; miró hacia atrás por encima del hombro, sonrió y levantó un puño en un gesto de desafío. Pero duró poco; sin percatarse de la persecución que tenía lugar en la acera, el chófer de un coche aparcado abrió la puerta y el borde de ésta chocó contra la bicicleta que pasaba y la hizo estrellarse contra la pared de un edificio. Cuando el ciclista rodó y se puso boca arriba, aferrándose la rodilla lastimada, los dos policías ya estaban encima de él con sus pistolas apuntándolo a la cabeza.

—¡Quédate en el suelo! —le gritó Reinhard al aturdido ladrón de bicicletas—. Las manos sobre la cabeza. —El ciclista hizo exactamente lo que le decía.

—De acuerdo... de acuerdo... —dijo, mientras miraba las armas de fuego que lo apuntaban—. Lo admito, por el amor de Dios... ¡Yo robé la puta bicicleta!

Para Fabel estaba claro que el joven de rostro pálido y pelo rubio que estaba sentado en la sala de interrogatorios de la brigada de Homicidios no tenía nada que ver con el asesinato de Hans-Joachim Hauser. Leonard Schüler tenía el aspecto de un animal atrapado por la luz de dos faros delanteros. Y, por lo que Fabel había leído sobre los antecedentes de Schüler como delincuente de poca monta, sencillamente no encajaba con la imagen del asesino.

Fabel se echó hacia atrás, apoyándose contra la pared junto a la puerta, y dejó que Anna y Henk dirigieran la entrevista.

—No sé nada de ningún homicidio —declaró Schüler, mientras sus ojos iban a toda velocidad de un agente a otro, como si buscara alguna confirmación de que le creían—. Quiero decir, oí que habían matado a ese tal Hauser, pero, hasta que me arrestaron, ni siquiera sabía que la casa de la que saqué la bicicleta era la suya.

—Bueno —sonrió Anna—, la mala noticia para ti es que eres lo único que tenemos hasta ahora. Herr Hauser encadenó la bicicleta cuando llegó a su casa, a eso de las diez de la noche; luego la señora de la limpieza lo encuentra sin su pelo a las nueve de la mañana del día siguiente. Hay una sola persona a la que podemos ubicar cerca de la víctima entre esas horas: tú.

—Pero yo no estaba cerca de él —protestó Schüler—. No puse el pie dentro del apartamento. Sólo vi la bicicleta y la robé.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Henk.

—Creo que cerca de las once. Once y media. Había estado bebiendo con unos amigos y supongo que bebí de más. Salí a caminar y vi la bicicleta. Y pensé, bueno, por qué caminar si puedes ir en bicicleta. Era una broma, nada más, un chiste. Estaba encadenada, pero pude abrir el candado.

—¿Con qué? Por lo que sabemos, a Herr Hauser le gustaba mucho aquella bicicleta y supongo que tendría una cadena bastante fuerte.

—Yo tenía un destornillador... —Schüler hizo una pausa—. Y un par de alicates.

—¿Sueles salir a tomar algo con los bolsillos llenos de herramientas? —Henk tiró una bolsa plástica de evidencias sobre la mesa, y se oyó un fuerte ruido metálico—. Esto es lo que te encontramos encima cuando te arrestamos... Destornillador, alicates, la hoja de una sierra de arco y... esto sí que es interesante... dos pares de guantes quirúrgicos de látex, desechables. No estoy seguro de si eres un carpintero que trabaja las veinticuatro horas o un cirujano nocturno.

Schüler volvió a pasar la mirada de Henk a Anna y de Anna a Henk, como si esperase que le dieran alguna idea sobre lo que tenía que decir.

—Escucha, Leonard —continuó Henk—. Tienes tres condenas por allanamiento de morada y una por robo de coches. Por eso echaste a correr cuando el coche patrulla trató de detenerte. No porque te preocupara que te vieran con una bicicleta robada... Podrías haber dicho que la encontraste tirada. Pero en realidad habías salido a ver qué apartamento podías robar. Lo mismo que la noche en que robaste la

bicicleta. Me cuesta creer que no te pareció que valiera la pena echar un rápido vistazo para ver si había algo bueno que robar.

—A ver, les repito... no me acerqué a la casa. Estaba un poco borracho, de modo que cogí la bicicleta. Por el amor de Dios, ¿creen que me la habría quedado si me hubiese cargado al dueño?

—Buen argumento... —Fabel se apartó de la puerta, desde donde había escuchado la entrevista. Acercó una silla a Leonard e inclinó la cara hacia al joven. Cuando habló, lo hizo con un tono tranquilo y deliberado de amenaza—. Quiero que me escuches, Leonard. Quiero que me entiendas muy claramente. Yo cazo gente. En este caso estoy persiguiendo a una persona muy particular... Al igual que yo, él es un cazador de otros hombres. La diferencia es que él los acecha, los encuentra, y entonces les hace esto... —Fabel miró a Anna e hizo un chasquido impaciente con los dedos. Ella le entregó el expediente con las fotografías de las escenas de los crímenes. Fabel cogió una de la carpeta y la acercó tanto a la cara de Schüler que éste tuvo que echarse hacia atrás. Cuando enfocó la vista en la imagen, su expresión se retorció de desagrado. Fabel apartó la imagen y la reemplazó por otra—. ¿Ves lo que hace este tipo? Ésta es la persona que me interesa, Leonard. Éste es el que busco. Tú, por el contrario, eres una mierdecita que no vale nada y que estoy tratando de sacarme del zapato. —Fabel se inclinó hacia atrás en la silla—. Creo que es importante mirar las cosas con cierta perspectiva. Sólo quiero que lo entiendas. Lo entiendes, ¿verdad, Leonard?

Schüler asintió en silencio, con un movimiento de la cabeza. Hubo una pausa que duró lo que un latido.

—También quiero que entiendas esto. —Fabel depositó las fotografías de ambas víctimas a la vista, sobre la superficie de la mesa. Como ocurría con todas las imágenes tomadas en las escenas de un crimen, los colores eran fuertes, iluminados por flash, y nítidos. Los ojos de mirada muerta de Hans-Joachim Hauser y Gunter Griebel apuntaban hacia el techo, desde unas cabezas devastadas—. Si no me convences en los próximos dos minutos de que me estás diciendo toda la verdad... ¿sabes qué haré?

—No... —Schüler trató de sonar como si Fabel no lo hubiera sacudido. No lo logró—. No... ¿qué hará?

Fabel se puso de pie.

—Te soltaré.

Schüler lanzó una risita de confusión y miró a Anna y a Henk. Los dos se mantuvieron impasibles.

—Te dejaré salir de aquí —continuó Fabel—. Y me aseguraré de que sea de conocimiento público que tú eres el testigo principal de este homicidio. Incluso hasta podría permitir que algún periodista de alguno de los periódicos menos escrupulosos crea que ha logrado sonsacarme tu nombre y dirección. Entonces... —Fabel lanzó una risita pequeña y cruel—. Oh, entonces, Leonard, muchacho, entonces ya no

tendrás que volver a preocuparte por nosotros. Como ya he dicho, yo no cazo presas pequeñas, como tú. Pero puedo usarte de carnaza. —Fabel volvió a inclinarse hacia Schüler—. Tú no entiendes a este hombre. Ni siquiera podrías empezar a pensar de esa manera. Pero yo sí. Yo he cazado a muchos asesinos como él. A demasiados. Déjame decirte que no ven ni sienten el mundo como nosotros. Algunos de ellos no sienten temor, lo digo en serio. Algunos... la mayoría de ellos, en realidad... matan sólo para ver cómo es morir para otro ser humano. Y unos cuantos de ellos saborean cada muerte de la misma manera en que el resto de nosotros disfrutaría de un buen vino o una buena comida. Y eso significa que tienen que hacer que la experiencia dure lo más posible. Deleitarse hasta el último segundo. Y, créeme, Leonard... si nuestro amigo piensa que tú podrías llevarnos hasta él, que tal vez lo vieras sin que él te viera a ti, no se detendrá ante nada para perseguirte y matarte. Pero no sólo te matará. Imagina cómo debe ser estar atado a una silla mientras él te va cortando en rebanadas y te arranca el cuero cabelludo de la cabeza. Y todo ese dolor, todo ese horror, constituirá exactamente lo último que experimentarás en la tierra. Un momento eterno. Oh no, Leonard, él no sólo te matará. Antes te llevará al infierno consigo. —Fabel se puso de pie y señaló la puerta con un brazo—. Entonces, Leonard, ¿quieres que te suelte...?

Schüler sacudió la cabeza con resolución.

—Les diré todo. Todo lo que sé. Sólo asegúrese de que mi nombre no salga a la luz.

Fabel sonrió.

—Buen chico. —Se volvió hacia Anna y Henk mientras salía por la puerta—. Os dejo a cargo de esto...

Fabel se sirvió una taza de café al regresar a su oficina. Se sentó a su escritorio, colgó la chaqueta en el respaldo de la silla y miró el reloj. Eran las nueve y media. A veces sentía que no había ningún refugio en el que pudiera esconderse de su trabajo; éste podía alcanzarlo sin importar dónde se encontraba o qué hora era. Además estaba irritado consigo mismo por haber discutido sobre el caso con Susanne en el tiempo libre de ambos, aunque sólo fuera sobre el trabajo de Griebel. Incluso se arrepentía de haberse llevado a casa los expedientes que le había dado Ullrich. Pero algo respecto de la segunda víctima le molestaba y no conseguía saber qué era. Se sentía como si tuviera una piedra diminuta en el zapato que le molestaba todo el tiempo pero que no podía localizar.

Buscó en su escritorio y sacó un gran bloc de dibujo del cajón. Lo abrió en la página en la que había empezado a trazar un esquema del caso del Peluquero de Hamburgo. Era un proceso que había repetido muchas veces antes, con muchos casos: una perversión de la función creativa para la que se habían inventado esos blocs. Fabel trazaba los perfiles de mentes enfermas y retorcidas, de muerte y dolor.

Volvió a pensar en lo que le había dicho a Schüler; no eran más que bravatas, desde luego, pero le molestó pensar que sí había sido cierto lo que le había dicho sobre que él era un cazador de hombres, una persona a la que le resultaba cada vez más fácil entrar en la mentalidad de aquellos a los que cazaba.

Una vez más, se preguntó cómo había terminado allí, metido hasta los codos en la sangre y la suciedad de otros. Esa vida lo había acorralado poco a poco. Se habían producido pasos definidos y discretos en el camino. El primero había sido el asesinato de Hanna Dorn, su novia en la universidad. En realidad él no la conoció tanto tiempo ni tan bien, pero ella fue una figura significativa en su paisaje. Y se la había quitado, de forma repentina y violenta, un asesino que la había elegido a ella como víctima, completamente al azar. Fabel había quedado tan confuso como desolado, y, tan pronto se graduó, se unió a la Polizei de Hamburgo. Luego se produjo el tiroteo en el Commerzbank. Fabel —un pacifista, que en lugar del servicio militar había elegido el servicio civil, y había conducido ambulancias en su Norden natal en lugar de cumplir un período de conscripción más corto en las fuerzas armadas— se vio obligado a hacer lo que siempre se había prometido que no haría jamás: acabar con una vida humana. Luego, durante su período en la Mordkommission, cada nuevo caso le quitaba una parte de él y lo convertía en algo que jamás había querido ser.

A veces sentía que estaba usando la vida de otra persona, como si hubiera cogido el abrigo equivocado en el guardarropa de un restaurante. Él no había planeado nada de eso.

Bajó la mirada hacia el bloc de dibujos, aunque por el momento no lo veía, sino que trataba de mirar otra vida. Esa vez no se trataba de la mente de un asesino o la vida de la víctima de un homicidio, sino la vida que debería, que podría, haber sido suya. Tal vez Fabel se había convertido precisamente en eso: en la víctima de un homicidio.

Buscó en su chaqueta y sacó la cartera. Cogió la tira de papel que Sonja Brun le había dado con su número telefónico y la tarjeta de Roland Bartz y las depositó sobre el escritorio. Una vida nueva. Podía coger el teléfono, hacer dos llamadas y cambiarlo todo. ¿Cómo sería —se preguntó— preocuparse por cosas sin importancia? ¿No tener que tomar decisiones de vida o muerte? Miró el teléfono que estaba sobre su escritorio durante un momento, imaginándolo como el portal hacia una nueva vida, luego suspiró y volvió a guardar el pedacito de papel y la tarjeta en la cartera, antes de volver la atención al bloc de dibujo.

Dos víctimas en el mismo día. Ninguna pista sólida y poco que las conectara entre sí. Uno buscaba la atención de la gente; el otro era prácticamente un recluso. La única temática común que Fabel podía intuir, más allá de la posibilidad de un radicalismo político en la juventud de ambos, era la forma en que sólo parecían existir como reflejo. Hauser había tratado de establecerse como gurú ecologista y figura importante de la izquierda, y había terminado siendo una nota al pie de página en las

biografías de otros. Griebel sólo parecía existir a través de y para su trabajo, incluso mientras vivió su esposa.

Antes, Fabel había escrito el nombre de Kristina Dreyer en la página, le había hecho un círculo con un rotulador y lo había conectado con el de Hauser. Lo tachó. También había conectado el nombre de Sebastian Lang al de Hauser. Fabel no había entrevistado a Lang personalmente, pero Anna le había asegurado que su coartada era sólida. Había un signo de interrogación como referencia al hombre mayor que, según Anna, habían visto junto a Hauser en The Firestation ¿Podría haber sido Griebel? Había muy pocas fotografías claras del científico en vida, un hombre claramente tímido delante de las cámaras, y la foto de la morgue, con el cuero cabelludo arrancado, no servía para una identificación. Fabel anotó que tenía que indicarle a Anna que llevara un dibujo de Griebel a The Firestation para ver si alguien del personal lo reconocía.

Se oyó un golpe a la puerta y Anna Wolff entró sin que se lo pidieran, como era habitual en ella. Henk Hermann la siguió.

—Gracias por ablandar a Schüler —dijo Anna, en un tono que dejó a Fabel inseguro de si lo decía en serio o no—. Fue difícil hacerlo callar. Quedó muy asustado del coco que amenazaste que le echarías encima.

—¿Algo útil? —preguntó Fabel.

—Sí, *chef* —dijo Henk—. Schüler admitió que estaba recorriendo el área a pie, buscando apartamentos y casas para robar. Según él, no fue un reconocimiento muy exhaustivo... Al parecer hace su mejor trabajo en las horas de madrugada, cuando los ocupantes están dormidos, pero el Schanzenviertel es una zona llena de clubes y bares, de modo que pensó que podría encontrar algunas casas vacías a esa hora de la noche. En cualquier caso, no había tenido suerte y el ocupante de una casa había estado a punto de atraparlo, de modo que había decidido parar por ese día. Iba de camino a su casa cuando notó la bicicleta encadenada fuera del apartamento de Hauser y se preguntó: «¿Por qué no?». Lo interesante es que dijo que se le ocurrió verificar el apartamento, sólo por si acaso, de modo que fue a la parte trasera, donde hay un pequeño patio con acceso a las ventanas de la sala, el dormitorio y el baño. Dice que no avanzó más porque pudo ver que el ocupante estaba en la casa.

—¿Vio a Hauser?

—Sí —dijo Anna—. Vivo. Estaba sentado en la sala bebiendo, de modo que Schüler decidió conformarse con la bicicleta.

—Pero lo principal es que Hauser no estaba solo —continuó Henk—. Tenía un invitado.

—¡Ah! —Fabel se inclinó hacia delante—. ¿Nos ha dado una descripción?

—Schüler dice que el invitado de Hauser estaba sentado de espaldas a la ventana —dijo Anna—. Y él tenía ganas de salir del patio para que no lo vieran, de modo que no prestó demasiada atención a ninguno de los hombres. Pero, por lo que dijo, uno de

los dos era Hauser, sin duda alguna. Describió al otro como más joven, tal vez de unos treinta años, delgado y de pelo oscuro.

—¿Esa descripción no encaja con el tipo que descubrió a Kristina Dreyer limpiando los rastros del asesinato? —dijo Fabel.

—Sebastian Lang... Sí, ¿verdad? —Anna sonrió—. Tengo una fotografía de Lang que usé cuando estuve preguntando por Hauser.

—¿Lang te entregó una fotografía suya voluntariamente? —preguntó Fabel.

—No exactamente. —Anna intercambió una mirada con Henk—. La cogí prestada de la escena del crimen. Técnicamente era propiedad del difunto. No de Lang.

Fabel lo dejó pasar.

—¿Le mostraste la fotografía a Schüler?

—Sí —dijo Anna—. No es concluyente, diría. Schüler ha dicho que podría ser el mismo tipo; el color del pelo es el mismo y la complexión aproximadamente la misma, también. Pero él no logró ver lo bastante bien al invitado de Hauser como para hacer una identificación firme. De todas maneras, creo que deberíamos hacerle una visita a Herr Lang. Me gustaría volver a verificar su coartada.

—Esta vez —dijo Fabel—, creo que yo también iré.

22.35 H, EIMSÜTTEL, HAMBURGO

Ya eran más de las diez y media cuando Fabel, Anna y Henk golpearon a la puerta del apartamento de Sebastian Lang, en el segundo piso de un impresionante edificio en Ottersbekallee, a unos pocos minutos del área del Schanzenviertel donde estaba la residencia de Hans-Joachim Hauser. Hasta ese momento, Fabel no se había encontrado con Lang: era un hombre alto de unos treinta años, muy delgado, con un cutis pálido, ojos celestes y pelo oscuro. No cabía duda de que su aspecto encajaba con la somera descripción del hombre que Schüler había visto en el apartamento de Hauser. El rostro de Lang era perfectamente proporcionado; sin embargo, en vez de hacerlo apuesto, esa perfección de sus rasgos parecía feminizarlo. Maria lo había descrito como un chico «bonito». La otra característica notable de la cara de Lang era su ausencia de expresión y, cuando se hizo a un lado con un suspiro para permitir que los agentes entraran, no había nada en la máscara de su rostro que revelara el grado de su enfado.

Hizo pasar a Fabel, Anna y Henk a la sala. Al igual que su ocupante, el piso estaba immaculado y ordenado; nada parecía estar fuera de lugar. Era como si Lang tratara de efectuar el menor impacto posible en su ambiente vital. Evidentemente estaba leyendo cuando Fabel y los otros llegaron, y había depositado el libro, con toda meticulosidad, sobre la mesita lateral. Fabel lo levantó. Era una especie de historia política de la Alemania de posguerra, abierto en un capítulo sobre el terrorismo interno alemán de los años setenta y ochenta.

—¿Usted es estudiante de historia, Herr Lang? —le preguntó Fabel.

Lang cogió el libro de manos de Fabel y lo cerró. Luego lo guardó en el espacio que había dejado en la ordenada biblioteca de su casa.

—Es tarde, Herr Kriminalhauptkommissar, y realmente no me agrada que me molesten en mi casa —dijo Lang—. ¿Podría decirme por favor de qué se trata todo esto?

—Desde luego, Herr Lang. Y le pido disculpas por molestarlo a esta hora, pero suponía que usted estaría más que dispuesto a responder cualquier pregunta que pudiera ayudarnos a entender lo que le ocurrió a Herr Hauser.

Otro suspiro.

—Está acabando con mi paciencia, Herr Fabel. Por supuesto que quiero ayudar a atrapar al asesino de Hans-Joachim. Pero cuando la policía se presenta en grupo a acosarme en mi casa después de las diez de la noche, entiendo que no sólo vienen a verificar algunos datos.

—Cierto... —dijo Fabel—. Ha aparecido un testigo. Vio a alguien en el apartamento de Herr Hauser la noche del homicidio. Alguien que encaja con su descripción.

—Pero eso es imposible. —El tono de protesta de Lang no se tradujo en ningún gesto—. O, al menos, es posible que alguien como yo estuviera allí, pero no era yo.

—Bueno —dijo Anna—. Eso es algo que todavía tenemos que confirmar.

—Por el amor de Dios, le he dado todos los detalles de mi paradero aquella noche... —Lang se acercó a un escritorio junto a la puerta y abrió un cajón. Regresó hacia los agentes con algo en cada mano—. Aquí está el resguardo de la entrada de la exposición a la que asistí. Como verán, tiene la fecha del martes en cuestión. Y aquí... —Le dio el resguardo a Fabel. En la otra mano tenía una pluma y un cuaderno—. Aquí están otra vez los nombres y los números telefónicos de las personas que pueden confirmar que estuvieron conmigo aquella noche, y le aseguro que lo harán.

—¿Dice usted que llegó a su casa alrededor de la una de la madrugada? —Fabel le pasó el resguardo a Anna.

—Sí. —Lang cruzó los brazos en una actitud de desafío—. Nosotros... quiero decir, mis amigos y yo... fuimos a cenar después. Ya le he dado a ella... —Hizo un gesto en dirección de Anna—... el nombre del restaurante y el camarero que nos atendió. Dejamos el restaurante a la una menos cuarto.

—¿Y volvió a su casa solo?

—Sí. Solo, Herr Fabel. De modo que no puedo proporcionarle una coartada para después de esa hora.

—Es posible que eso no tenga importancia, Herr Lang —dijo Fabel—. Todos los indicios dan a entender que Herr Hauser murió entre las diez y las doce de la noche.

A Fabel le pareció detectar algo que perturbaba la expresión impasible de Lang, como si asignarle una hora al sufrimiento y la muerte de Hauser lo hubiera hecho más real.

—¿Su relación con Herr Hauser no era exclusiva? —preguntó Anna.

—No. Al menos, no por parte de Hans-Joachim.

—¿Conoce a alguna otra persona con la que hubiera podido estar relacionado?

Durante un momento, Lang pareció confundido.

—¿A qué se refiere con «relacionado»? Oh... Oh, ya veo. No. Hans-Joachim tenía innumerables aventuras, pero no había nadie... bueno, yo era su único compañero.

—¿A qué creyó que nos referíamos cuando le preguntamos si estaba relacionado con alguna otra persona? —preguntó Fabel.

—No, a nada. Sólo que no estaba seguro de si se refería a una relación profesional o personal. O política, en el caso de Hans-Joachim. Es sólo que él era muy, bueno, extraño, respecto de sus conocidos. Una noche se emborrachó un poco y me dio un sermón diciéndome que no debía involucrarme con el grupo equivocado. Sobre las malas decisiones.

Fabel miró el sitio de la biblioteca en el que Lang había guardado el libro.

—¿Alguna vez Herr Hauser le habló de su pasado? Quiero decir, de sus días como activista, esa clase de cosas...

—Todo el tiempo —dijo Lang con expresión de fatiga—. Se lo pasaba dándome la lata sobre cómo su generación había salvado Alemania, cómo sus acciones de aquella época habían formado la sociedad de hoy. Parecía pensar que mi generación, según sus palabras, estaba jodiéndolo todo.

—¿Pero alguna vez le comentó algo sobre sus actividades? ¿O sus conocidos?

—No, lo que es raro. La única persona que mencionaba a veces era Bertholdt Müller-Voigt. Ya sabe, el senador de medio ambiente. Hans-Joachim lo odiaba profundamente. Decía que Müller-Voigt creía que podía llegar a canciller algún día, y que de eso se trataba toda esa basura de Lady Macbeth y la esposa del Erster Bürgermeister Schreiber. Según Hans-Joachim, Müller-Voigt y Hans Schreiber estaban cortados por el mismo patrón. Oportunistas descarados. Los había conocido a ambos en la universidad y los despreciaba desde entonces... en especial a Müller-Voigt.

—¿Alguna vez habló de las acusaciones que Ingrid Fischmann publicó en la prensa sobre Müller-Voigt? ¿Todo ese asunto del secuestro de Wiedler?

—No. Al menos, a mí no.

—¿Herr Hauser tuvo algún contacto con Müller-Voigt? Reciente, quiero decir.

Lang se encogió de hombros.

—No que yo sepa. Yo creo que Hans-Joachim habría hecho todo lo posible por evitarlo.

Fabel asintió. Reflexionó un momento sobre lo que Lang le había dicho. No le servía de mucho.

—Usted debe de saber que mataron a otro hombre de la misma manera, a menos de veinticuatro horas del asesinato de Herr Hauser. Ese hombre era el doctor Gunter

Griebel. ¿El nombre le suena de algo? ¿Herr Hauser mencionó alguna vez al doctor Griebel?

Lang meneó su delicada cabeza.

—No. No podría decir que se lo oyerá mencionar.

—Hablamos con el personal de The Firestation —intervino Anna—. Nos dijeron que a veces vieron a Herr Hauser hablando y bebiendo con otro hombre, más o menos de su edad. ¿Tiene alguna idea de quién podría ser?

—No, lo siento —respondió Lang—. Escuchen, no es que quiera ponerles obstáculos ni crear una situación incómoda ni nada de eso. Es sólo que Hans-Joachim me incluía en su vida sólo cuando le convenía. No hay prácticamente nada que ustedes pudieran contarme sobre él que pudiera sorprenderme. Era un hombre muy pero que muy reservado... a pesar de que se pasaba la vida buscando publicidad. A veces creo que Hans-Joachim se ocultaba a la vista de todos... se escondía detrás de su personalidad pública. Era como si hubiera algo muy profundo en él que no quería que viera nadie.

Fabel ponderó las palabras de Lang. Lo que había dicho sobre Hauser también podía aplicarse a Griebel, pero de manera diferente.

—Todos somos así —dijo—. En un grado u otro.

En el coche, de regreso al Polizeipräsidium, Fabel habló sobre Lang con sus dos subordinados.

—Volveré a verificar los detalles —dijo Anna—. Pero, para ser honesta, su coartada no lo deja totalmente fuera de sospecha por la muerte de Hauser. Si hubiera ido directamente del restaurante al apartamento de Hauser y si permitimos un margen de error en la hora estimada de la muerte, entonces es posible que hubiera llegado a hacerlo.

—Eso sería estirar demasiado los tiempos —dijo Fabel—. Aunque tengo que admitir que hay algo en Lang que me molesta. De todas maneras, lo que más lo deja fuera del cuadro es el hecho de que tu secuencia de los acontecimientos no coincide con la declaración de Schüler. Él vio a Hauser sentado con un invitado que encaja aproximadamente con la descripción de Lang entre las once y las once y media; la coartada de Lang para ese lapso es sólida.

Fabel dejó a Henk y a Anna en el Polizeipräsidium y condujo hasta su casa, en Pöseldorf. Hamburgo brillaba bajo el oscuro calor de la noche de verano. Había algo en la mente de Fabel que oscurecía todo lo relacionado con el caso, pero su cansado cerebro no podía esquivarlo. Mientras conducía, se dio cuenta de que estaba enfrentándose a un caso que se enfriaba cada vez más. Un caso sin pistas. Y eso significaba que tal vez no podría seguir avanzando hasta que el asesino atacara nuevamente. Considerando que había matado a dos personas en un período de

veinticuatro horas y que no había dado otro golpe desde entonces, era totalmente posible que el trabajo del criminal estuviera terminado.

Y que se hubiera salido con la suya.

MEDIANOCHE, GRINDELVIRTEL, HAMBURGO

Mientras Fabel conducía a su casa desde el Polizeipräsidium, Leonard Schüler estaba sentado en su apartamento de un dormitorio de Grindelviertel, dando las gracias de lo que se había librado. No lo habían acusado de nada. Había admitido el robo de la bicicleta y que aquella noche llevaba encima las herramientas para robar casas pero, como había dicho el policía mayor de edad, nada de eso les había interesado. Aquel policía le había afectado bastante con su cháchara sobre tirárselo como carnaza al chiflado que le había arrancado el cuero cabelludo a esos tipos. Pero a pesar de que Leonard se había asustado, también había sido listo; sabía que no le convenía entregarles más que el mínimo. La razón por la que la amenaza del policía más viejo lo había asustado tanto era que Leonard había podido ver al tipo del apartamento mucho mejor de lo que había admitido. Y el tipo del apartamento también le había echado una buena mirada a Schüler.

Su intención había sido entrar en el apartamento, si no había nadie. Había planeado su huida con un poco más de anticipación de lo habitual. Después de forzar el cerrojo de la bicicleta, la había dejado contra la pared del callejón, antes de deslizarse hacia el patio interior. No estaba muy oscuro aquella noche, pero cuando Leonard llegó a hurtadillas a la parte posterior del apartamento, los edificios que rodeaban el patio proyectaron unas sombras muy espesas. A Schüler le pareció que era un golpe de suerte para un ladrón. Pero era evidente que a uno de los ocupantes le preocupaba mucho la seguridad y había instalado un sistema de detección de movimientos que inundó el patio con una luz cegadora. Schüler quedó temporalmente deslumbrado por la luz y dio un paso en falso hacia atrás. Los cubos para reciclar la basura debían de haber estado demasiado llenos, porque Schüler derribó algunas botellas que estaban al lado de los cubos y éstas hicieron un fuerte estrépito en el empedrado del patio. Schüler tomó un momento para acomodar los ojos a esa luz fuerte y repentina. Fue entonces cuando los vio. Estaba claro que la torpeza de Schüler les había interrumpido la conversación. Ellos se acercaron a la ventana y miraron directamente a Schüler, que estaba a apenas un metro y medio de distancia. Eran dos: un tipo de más edad, el que ahora sabía que era Hauser, y otro más joven. La expresión, o la falta de ella, en el rostro del tipo más joven, le había asustado realmente. Incluso más ahora, que se había enterado de lo que aquel joven había cometido después.

Era la cara muerta e inexpresiva de un asesino.

Ahora, cuando recordaba aquella mirada, aquella calma terrible en la cara de un hombre que seguramente sabía los horrores que estaba por perpetrar, sentía un

escalofrío en lo más profundo de su ser.

El policía de más edad, Fabel, tenía razón. Había descrito a un monstruo que llevaba a la gente al infierno antes de morir. Schüler no quería tener nada que ver con eso. Fuera quien fuese —fuera lo que fuese— aquel asesino, la policía jamás lo atraparía.

Schüler ya estaba fuera de todo aquello.

Miércoles 31 de agosto de 2005, trece días después del primer asesinato

9.10 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, HAMBURGO

Fabel llevaba desde las siete y media en su escritorio. Había vuelto a revisar los expedientes de la BKA que le había prestado Ullrich y había cogido el bloc de dibujo de su escritorio y volcado en él toda la información que tenía.

Llamó al despacho de Bertholdt Müller-Voigt. Después de explicar quién era, le informaron de que el senador de medio ambiente estaba trabajando en su casa, lo que era habitual en él, para demostrar también de esa manera su interés en reducir los kilómetros de sus desplazamientos y, por lo tanto, su impacto en el medio ambiente. Su secretaria añadió que, de todas maneras, volvería a llamar a Fabel para darle una cita para ese mismo día.

Fabel hizo otra llamada. Henk Hermann le había conseguido el número telefónico de Ingrid Fischmann, la periodista.

—Hola, ¿Frau Fischmann? Le habla Herr Kriminalhauptkommissar Jan Fabel, de la Polizei de Hamburgo. Pertenezco a la Mordkommission y en la actualidad investigo el homicidio de Hans-Joachim Hauser. Me preguntaba si podríamos encontrarnos. Creo que usted podría ayudarme con algunos datos de contexto...

—Oh... Ya veo... —La voz de la mujer al otro lado de la línea sonaba mucho más joven y tenía menos autoridad de la que Fabel, por alguna razón, había esperado—. De acuerdo... ¿qué le parece a las tres de la tarde en mi despacho?

—Muy bien. Gracias, Frau Fischmann. Tengo la dirección.

Pocos minutos después de cortar la comunicación con Ingrid Fischmann, lo llamó la secretaria de Bertholdt Müller-Voigt para informarle de que el senador podría hacerle un hueco si él se trasladaba directamente a su casa particular. Le pasó a Fabel una dirección cerca de Stade en la Altes Land, en las afueras de Hamburgo y en la costa sur del Elba. «A él no le molesta que yo sí haga kilómetros de más», pensó Fabel cuando colgó el teléfono.

Müller-Voigt vivía en una casa enorme y moderna en la que cada ángulo y cada detalle dejaban a las claras que allí había trabajado un arquitecto muy caro, y Fabel reflexionó sobre la manera en que los activistas ecologistas de izquierdas de antaño parecían haber abrazado el consumo conspicuo con gran entusiasmo. Sin embargo,

cuando se acercó a la puerta principal, notó que lo que parecía ser un tejado de mármol azul sobre toda la fachada principal era, en realidad, un grupo de paneles solares.

Müller-Voigt abrió la puerta. Era igual a como Fabel recordaba haberlo visto en el restaurante de Lex: un hombre pequeño pero en buena forma, con hombros anchos y un rostro bronceado, abierto en una sonrisa amplia y de dientes blancos.

—Herr Kriminalhauptkommissar, por favor... pase.

Fabel había oído hablar del encanto de Müller-Voigt; al parecer era su arma principal tanto con las mujeres como con sus opositores políticos. Como todos sabían de sobra, podía desactivarlo cada vez que le resultaba necesario y transformarse en un opositor agresivo y muy directo. El político hizo pasar a Fabel a una amplia sala con un techo abovedado del doble de altura de lo normal y con paneles de madera de pino. Le ofreció un trago a Fabel, que éste rehusó.

—¿Qué puedo hacer por usted, Herr Fabel? —preguntó Müller-Voigt, mientras se sentaba en un gran sofá esquinero y le indicaba a Fabel que hiciera lo propio.

—Estoy seguro de que se habrá enterado de las muertes de Hans-Joachim Hauser y Gunter Griebel —dijo Fabel.

—Por Dios, sí. Un asunto terrible, terrible.

—Usted conocía bastante bien a Herr Hauser, al parecer.

—Sí, es cierto. Pero desde hacía muchos años no lo trataba socialmente. De hecho, en los últimos tiempos casi no lo veía. Tal vez me topara con Hans-Joachim en alguna conferencia o reunión. Y, por supuesto, también conocía a Gunter. No tanto, desde luego, y llevaba más tiempo sin verlo que a Hans-Joachim, pero sí le conocía.

Fabel parecía sorprendido.

—Lo siento, Herr Müller-Voigt. ¿Ha dicho usted que conocía a ambas víctimas?

—Sí, desde luego. ¿Qué tiene de extraño?

—Bueno... —dijo Fabel—. El único propósito de esta visita era averiguar si usted podía arrojar alguna luz sobre alguna conexión posible entre las víctimas. Una conexión, debo añadir, que hasta ahora no habíamos podido encontrar. Ahora parece que ese nexo es usted.

—Me halaga que me considere tan importante para su investigación —dijo Müller-Voigt con una sonrisa—, pero puedo asegurarle que yo no era la única conexión. Ellos se conocían.

—¿Está seguro?

—Por supuesto. Gunter era un tipo raro. Alto y desgarbado, no hablaba mucho, pero participó activamente en el movimiento estudiantil. De todas maneras, no me sorprende que esa conexión no apareciera en su radar. Él se esfumó después de un tiempo, como si hubiera perdido interés en el movimiento. Pero tanto él como Joachim fueron miembros del Colectivo Gaia durante un tiempo. Yo también.

—Ah, ¿sí?

—Debo admitir que el Colectivo Gaia tuvo muy corta vida. Era más que nada un grupo de charlas. Yo lo abandoné cuando se volvió... cómo podría decirle... demasiado esotérico. La objetividad política se embarró con filosofía barata. Paganismo, esa clase de cosas. El Colectivo terminó evaporándose. Eso ocurría muy a menudo en aquel entonces.

—¿Cuán bien se conocían entre sí? —preguntó Fabel.

—Oh, no lo sé. No eran amigos ni nada parecido. Sólo a través del Colectivo Gaia. Tal vez se vieran fuera, pero no podría decirlo. Sé que a Griebel se lo tenía en muy alta estima por su intelecto, pero tengo que admitir que a mí me resultaba un tipo muy aburrido, muy serio y bastante unidimensional... como muchas de las personas que se metieron en el movimiento. Y tampoco era especialmente comunicativo.

—¿Y usted no había tenido ningún contacto con Griebel desde los días del Colectivo Gaia?

—Ninguno —dijo Müller-Voigt.

—¿Quién más participaba?

—Fue hace mucho tiempo, Herr Fabel. Toda una vida.

—Tiene que acordarse de alguien.

Fabel observó a Müller-Voigt mientras éste se frotaba con aire reflexivo su barba cortada que empezaba a ponerse gris. Le resultó imposible darse cuenta de cuánto estaba ocultando aquel hombre, si es que lo hacía.

—Recuerdo que había una mujer con la que tuve una relación durante un tiempo —dijo Müller-Voigt—. Se llamaba Beate Brandt. No sé qué ha sido de ella. Y Paul Scheibe... Él también era miembro del Colectivo Gaia.

—¿El arquitecto?

—Sí. Acaba de ganar la licitación de un importante proyecto arquitectónico en HafenCity. Él es el único miembro del grupo con quien todavía mantengo un contacto regular, si excluye las escasas ocasiones en las que me he topado con Hans-Joachim. Paul Scheibe era y es un arquitecto muy talentoso... muy innovador en sus diseños de edificios de impacto ambiental mínimo. Este último concepto para el Überseequartier de HafenCity es inspirado.

Fabel apuntó los nombres de Beate Brandt y Paul Scheibe.

—¿Recuerda a alguien más?

—No, en realidad... ningún nombre, en cualquier caso. En realidad nunca estuve muy metido en el Colectivo Gaia, ¿sabe?

—¿Recuerda si Franz Mülhaus participaba del Colectivo?

Müller-Voigt pareció desconcertado por la mención de ese nombre, pero luego su expresión se oscureció con un gesto de sospecha.

—Oh... ya veo. A usted no le interesa para nada mi posible conexión con las víctimas, ¿verdad? Si ha venido a interrogarme sobre Franz *el Rojo* Mülhaus debido a las falsas acusaciones que ha hecho circular Ingrid Fischmann, entonces salga ya mismo de mi casa.

Fabel levantó una mano.

—En primer lugar, he venido aquí exclusivamente porque estoy tratando de averiguar la conexión que existía entre las víctimas. En segundo lugar, y esto se lo aseguro, Herr Senator... estoy llevando a cabo la investigación de un homicidio y usted va a responder a todas las preguntas que le haga. No me importa su posición; hay un maníaco suelto mutilando y asesinando personas que estaban relacionadas con su círculo en los años setenta y ochenta. Podemos hacerlo aquí o en el Polizeipräsidium, pero lo vamos a hacer.

Los ojos de Müller-Voigt estaban clavados en Fabel, y éste se dio cuenta de que la intensidad de la mirada del político no se debía a la furia, sino al hecho de que estaba evaluando a Fabel, tratando de decidir si estaba marcándole un farol o no. Estaba claro que Müller-Voigt había estado en demasiadas peleas políticas como para ponerse nervioso fácilmente. A Fabel ese distanciamiento frío y carente de emoción le resultaba perturbador.

—No sé qué piensa usted de mí y de la gente de mi clase, Herr Kriminalhauptkommissar. —Müller-Voigt relajó la tensión de su postura y se echó hacia atrás en el sofá—. Me refiero a los que participamos activamente en el movimiento de protesta. Pero cambiamos Alemania. Muchas de las libertades, muchos de los valores fundamentales que todos dan por sentado en nuestra sociedad pueden atribuirse directamente a que nosotros en aquella época defendimos una posición. Nos acercamos a un momento, si es que de hecho ya no lo hemos alcanzado, en que una vez más podemos sentirnos orgullosos de ser alemanes. Una nación liberal y pacifista. Y eso lo hicimos nosotros, Fabel. Mi generación. Nuestras protestas sacudieron las últimas y oscuras telarañas de los rincones de nuestra sociedad. Nosotros fuimos la primera generación con un recuerdo directo de la guerra, del Holocausto, y dejamos bien claro que nuestra Alemania no tendría nada que ver con aquella Alemania. Admito haber marchado en las calles. Admito que los ánimos estaban caldeados. Pero en el fondo de mis convicciones está mi pacifismo: no creo en ejercer violencia contra la Tierra y no creo en ejercer violencia contra otro ser humano. Como he dicho, he hecho cosas, en el fragor del momento, de las que ahora me arrepiento, pero yo jamás, ni en aquel entonces ni ahora, podría sustraer una vida humana por una convicción política, no importa lo fuerte que ésta sea. Para mí, eso es lo que me diferencia de lo que ocurrió entonces. —Hizo una pausa, clavando la mirada en Fabel—. Si hay una pregunta acechando por allí que tal vez usted no quiera formularme, entonces permítame que se la conteste de todas maneras. A pesar de las insinuaciones de Ingrid Fischmann, y a pesar del capital político que ha tratado de ganar la esposa del Erster Bürgermeister con esas acusaciones, yo no tuve ninguna clase de participación en el secuestro y asesinato de Thorsten Wiedler. No tuve nada que ver ni con ese episodio ni con el grupo que estaba detrás.

—Bueno, como ya le he dicho, mi único interés reside en la conexión entre las dos víctimas —dijo Fabel—. Sólo quería saber si Mülhaus había pertenecido al

Colectivo Gaia.

—No, por todos los cielos. Creo que eso sí lo recordaría. —Müller-Voigt adoptó una expresión reflexiva—. Aunque sí entiendo por qué lo pregunta. Mülhaus tenía una perspectiva bastante extraña sobre el movimiento y había algunas similitudes entre sus ideas y las del Colectivo. Pero no... Franz *el Rojo* Mülhaus no tuvo ninguna participación en ese grupo.

—¿Quién era el líder del Colectivo?

Durante un momento, dio la impresión de que la pregunta de Fabel había confundido a Müller-Voigt.

—No había ningún líder. Era un colectivo. Por lo tanto, tenía un liderazgo colectivo.

Hablaron unos quince minutos más hasta que Fabel se levantó y le agradeció a Müller-Voigt su tiempo y su actitud cooperativa. A su vez, Müller-Voigt le deseó a Fabel la mejor de las suertes en su búsqueda del asesino.

Mientras Fabel salía a la calle desde la amplia entrada para coches y cogía la carretera que lo llevaría de regreso a la ciudad, reflexionó sobre el hecho de que había encontrado un punto de contacto directo entre Hans-Joachim Hauser y Gunter Griebel, y volvió a pensar en lo sincero y franco que parecía Müller-Voigt. «¿Entonces por qué —se preguntó— tenía la sensación de que Müller-Voigt no le había dicho nada de nada?».

En el camino de regreso a Hamburgo por la B73, Fabel telefoneó a Werner. Le contó sobre la conexión entre las víctimas y le hizo un resumen de los puntos destacados de todo lo demás que Müller-Voigt le había contado.

—Necesito hablar con ese arquitecto, Paul Scheibe —dijo—. ¿Podrías conseguir su número y organizar una cita? Si lo intentas con el número de su estudio, tal vez sea mejor.

—Desde luego, Jan. Ahora te llamo.

Fabel acababa de coger la A7 y estaba dirigiéndose al Elbtunnel cuando sonó el teléfono de su coche.

—Hola, Jan —dijo Werner—. Acabo de tener una conversación de lo más extraña con la gente que trabaja en el estudio de arquitectura de Scheibe. Hablé con su ayudante, un tipo que se llama Paulsen. Se puso realmente muy nervioso cuando le dije que lo llamaba de la Mordkommission... Pensó que era porque habíamos encontrado el cuerpo de Scheibe o algo parecido. Según Paulsen, el lunes Scheibe asistió a una recepción en el Rathaus y no se le ha vuelto a ver desde entonces. Al parecer el lanzamiento formal de este gran proyecto para la HafenCity se hará esta noche y les preocupa que él no aparezca. Parece que tenemos una persona desaparecida entre manos.

—O un sospechoso de homicidio dado a la fuga —dijo Fabel—. Manda a alguien allí para que averigüe todos los detalles. Creo que nosotros tendríamos que asistir a la fiesta de lanzamiento del proyecto. Estaré en el Polizeipräsidium antes de las cinco. Ahora me dirijo a la Universidad y luego me encontraré con Fischmann, la periodista, a las tres. ¿Alguna otra cosa?

—Sólo que Anna ha descubierto una pista sobre la momia de la Segunda Guerra Mundial. La familia ya no vive en esa calle. Tuvieron que irse por los bombardeos durante la guerra, pero Anna encontró a un tipo que era amigo del muerto. ¿Quieres que siga con ello?

—No, no hace falta. Prefiero hacerlo yo. Yo lo empecé. Dile a Anna que deje los datos sobre mi escritorio.

Fabel acababa de colgar cuando el teléfono de su coche volvió a sonar.

—Fabel... —dijo con impaciencia.

Se oyó un zumbido electrónico. Luego una voz que no era humana.

—Va a recibir una advertencia... —La voz estaba distorsionada con alguna clase de dispositivo electrónico. Fabel comprobó el identificador de llamadas, pero no se había registrado ningún número.

—¿Quién demonios habla? —preguntó.

—Recibirá una advertencia. Sólo una. —La línea quedó muda.

Fabel contempló el tráfico que avanzaba hacia el Elbtunnel. La llamada de algún chiflado. Tal vez incluso alguien que no sabía que estaba hablando con un número de la policía. Pero en alguna parte, en el fondo de su cabeza, empezó a sonar una alarma.

10.00 H, DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA, UNIVERSITÄT DE HAMBURGO

—¿Ya ha encontrado a los familiares del residente de HafenCity? —El doctor Severts sonrió y le ofreció una silla a Fabel.

—No. Todavía no, por desgracia. Me temo que tengo algunos asuntos más urgentes en mente.

—¿Ése al que llaman el Peluquero de Hamburgo?

—Sí. Está resultando... —Fabel buscó la palabra correcta— todo un desafío para nosotros. Y, para ser honesto, estoy aferrándome desesperadamente a las pocas pistas que puedo encontrar.

—¿Por qué tengo la sensación de que yo soy una de esas pistas?

—Lo siento, pero estoy tratando de encarar esto desde todos los ángulos. Necesito establecer el significado de que este maníaco arranque el cuero cabelludo a sus víctimas. No lo sé... Se me ocurrió que usted podría proporcionarme alguna perspectiva histórica sobre eso.

—Debo decirle que el significado no es difícil de descifrar, por lo que me parece —dijo Severts—. Arrancarle la cabeza o el cuero cabelludo a un enemigo derrotado es una de las formas más antiguas y más extendidas de la recolección de trofeos.

Cuando matas a tu enemigo, le quitas el cuero cabelludo. Al hacerlo no sólo has matado a tu enemigo: también lo has denigrado o humillado, y tienes un trofeo que prueba tu éxito como guerrero. En todos los continentes hubo al menos una cultura en la que arrancar la cabeza o el cuero cabelludo de los enemigos era un rasgo importante.

—No lo sé... —Fabel frunció el ceño mientras conjuraba la imagen del estudio de Griebel, su ralo cuero cabelludo teñido de un rojo antinatural y clavado a sus estantes de libros—. Este asesino no se lleva el cuero cabelludo de la escena del crimen. Lo exhibe, lo ubica de manera prominente en el hogar de su víctima.

—Tal vez ésa sea su manera de exhibir su destreza. Los guerreros escitas acostumbraban a poner el cuero cabelludo de sus enemigos en las bridas de sus caballos, para que todos pudieran verlos. Tal vez este Peluquero crea que exhibirlos en el mismo sitio en que ha matado a sus víctimas es la manera más eficaz de enseñarlos.

—Ha dicho que arrancar el cuero cabelludo era una actividad habitual. ¿Aquí también? ¿En esta parte de Europa? —preguntó Fabel.

—Por supuesto. Se han descubierto numerosos ejemplos en Alemania. En particular en la región de donde usted proviene... En Ostfriesland, quiero decir. Eso no significa necesariamente que sus antepasados frisonos cogieran más cueros cabelludos que otras culturas, sino sólo que las condiciones ambientales de Ostfriesland han permitido la conservación de muchos cuerpos y artefactos en los pantanos y ciénagas. La última vez que nos vimos hablamos de Franz *el Rojo*. Bueno, en Bentheim, cerca de la frontera holandesa y nada lejos de donde encontraron a Franz *el Rojo*, descubrieron calaveras a las que les habían arrancado el cuero cabelludo, y también algunos de esos cueros, en un yacimiento de la Edad del Bronce. —Severts se acercó a su biblioteca y escogió un par de manuales, que llevó hasta el escritorio. Hojeó uno de ellos durante un momento—. Sí... aquí hay un ejemplo que está realmente cerca de su ciudad natal. En la década de 1860 se recuperaron cinco cuerpos de los pantanos de Tannenhausener Moor.

Fabel sabía exactamente de qué hablaba Severts. Tannenhausen era una aldea que se encontraba en los suburbios del norte de Aurich, la ciudad más grande de Ostfriesland. Era una zona de llanuras anegadizas y cubiertas de vegetación, oscuras ciénagas, lagunas y lagos. Tannenhausen estaba ubicada entre tres brezales: Tannenhausener Moor, Kreitüttenmoor y Meerhusener Moor. De niño, Fabel recorría esa zona en bicicleta muy a menudo. Era un lugar místico. Y en el centro del brezal había un lago amplio y antiguo, el Ewiges Meer, o Mar Eterno. El nombre mismo hablaba de tiempos inmemoriales, a lo que se añadía el hecho de que se había descubierto que el brezal que lo rodeaba estaba entrelazado con pasarelas de maderas construidas entre cuatro y cinco mil años antes.

—A los cinco cuerpos de Tannenhausen les habían arrancado el cuero cabelludo —continuó Severts—, y se han producido hallazgos similares en toda Europa, incluso

en Siberia. Al parecer era una costumbre muy extendida en la Europa de la Edad del Bronce, desde los Urales hasta el Atlántico. De hecho, los escitas lo hacían con tanta frecuencia que la palabra griega para el acto de arrancar el cuero cabelludo era *aposkythizein*.

Fabel reflexionó un momento sobre la rama escocesa de sus antepasados. Los escoceses sostenían que su tierra original era Escitia, en las Estepas, y que habían pasado a través de África del Norte, deteniéndose en España e Irlanda durante varias generaciones, antes de conquistar Escocia. Se imaginó a alguien tal vez no muy distinto a sí mismo que, no demasiadas generaciones antes, podría haber cometido de manera rutinaria el mismo acto que el asesino al que estaba persiguiendo.

—¿Y el significado de arrancar el cuero cabelludo siempre estaba relacionado con la victoria? —preguntó—. ¿Sólo para probar cuántos enemigos había matado ese guerrero?

—Principalmente sí, pero no exclusivamente. Hay pruebas de cueros cabelludos arrancados a personas, incluso niños, que habían fallecido de muerte natural, no violenta. Ello podría indicar que llevarse el cuero cabelludo tal vez fuera una forma de conmemorar o recordar a los muertos. De honrar a los antepasados.

—No creo que sea ése el motivo del tipo al que busco —dijo Fabel.

Severts se echó hacia atrás en la silla, con el inmenso póster de la Belleza de Loulan como fondo.

—Si quiere mi opinión... personal, no profesional... le diría que esto de arrancar el cuero cabelludo es algo tan común en casi todas las culturas que prácticamente es un instinto. Yo no sé mucho de psicología ni de las características propias de su trabajo, Fabel, pero sí sé que a los asesinos en serie y a los psicópatas les gusta llevarse trofeos de sus víctimas. Creo que el cuero cabelludo es el ejemplo más arquetípico de ese afán por llevarse trofeos. Tal vez su asesino lo haga porque siente que es lo que debe hacer, y no porque quiera hacer alguna astuta referencia cultural o histórica.

Fabel se puso de pie y sonrió.

—Quizá tenga razón. —Le estrechó la mano a Severts—. Muchas gracias por su tiempo, Herr doctor.

—De nada —dijo Severts—. ¿Puedo pedirle un favor a cambio?

—Por supuesto...

—Por favor infórmeme si consigue encontrar a la familia del cuerpo momificado en HafenCity. Casi nunca consigo averiguar el nombre verdadero y asignar una vida real a los restos humanos que encuentro en mi trabajo.

—Me temo que en mi trabajo se da exactamente el caso opuesto —dijo Fabel—. Pero claro que lo haré.

Fabel había telefonado al Polizeipräsidium y le había pedido a Werner que le dijera al ayudante de Paul Scheibe que lo esperara. El estudio de arquitectura se encontraba en un edificio de aspecto muy moderno, entre los estudios de la radio NDR y el Innocentia-Park, en Hasvestehude. Las líneas limpias y los ángulos amplios de las oficinas de Scheibe le recordaron a Fabel la casa de Bertholdt Müller-Voigt en Altes Land. Se preguntó si Scheibe había sido el arquitecto de Müller-Voigt y le irritó no haberle formulado al político una pregunta tan obvia.

El sol del mediodía estaba cubierto con una delgada capa de nubes. Fabel se quitó las gafas de sol y se quedó sentado en silencio en el coche durante un momento. Cuando llamó a Werner, también le pidió que averiguara si la Sección Técnica podía hacer algo para averiguar quién había hecho aquella extraña llamada al teléfono de su coche. Sabía que era muy poco probable, pero la llamada lo había inquietado. El dispositivo para distorsionar la voz parecía demasiado elaborado para un bromista y Fabel tenía la incómoda sensación de que tal vez hubiera hablado con el denominado Peluquero de Hamburgo. Vio a una muchacha bonita que pasaba andando cerca del coche, riéndose mientras conversaba con alguien por su teléfono móvil: una persona que tenía una vida normal y conversaciones normales.

Cuando Fabel entró por las amplias puertas acristaladas del Architecturbüro Scheibe, lo recibió un hombre alto y delgado de unos treinta y cinco años con la cabeza afeitada. Se presentó como Thomas Paulsen, director asistente del estudio. Había un gesto de disculpa escondido tras su sonrisa.

—Gracias por venir, Herr Kriminalhauptkommissar, pero me alegro de informarle de que nuestras preocupaciones sobre Herr Scheibe se han disipado. Tuvimos noticias de él hace diez minutos.

—No he venido a averiguar cosas sobre una persona desaparecida —respondió Fabel—. Necesito hablar con Herr Scheibe sobre un caso que estoy investigando. ¿Dónde está?

—Oh... no nos lo ha dicho. Pidió disculpas por haber desaparecido, pero al parecer le surgió una emergencia familiar de la que tuvo que ocuparse con muy poco tiempo de preaviso. Salió de la ciudad el lunes, inmediatamente después del almuerzo en el Rathaus, y por eso no hemos podido contactarlo desde entonces —explicó—. Déjeme decirle que estamos todos muy aliviados. El principal lanzamiento para el público y para la prensa tendrá lugar esta noche en el Speicherstadt. Herr Scheibe nos ha asegurado que estará allí para hacer la presentación.

—¿Ha hablado con él usted mismo?

—Bueno, no... no he hablado. Ha enviado un correo electrónico. Pero nos ha garantizado que estará allí.

—Entonces yo también —dijo Fabel—. Si vuelve a tener noticias de Herr Scheibe, por favor dígame que tendrá que hacer un hueco para hablar conmigo.

—Muy bien... pero sé que estará extremadamente ocupado. Habrá...

—Créame, Herr Paulsen, lo que yo tengo que hablar con Herr Scheibe es mucho, mucho más importante. Lo veré a usted, y a él, esta noche.

Fabel decidió almorzar en el puesto de Dirk Stellamanns junto al puerto. El velo de nubes que cubría el sol ya se había movido y la luz se hizo más nítida y de bordes más afilados, destacando las mesas y las sombrillas brillantes esparcidas en torno al tenderete de Dirk. Había bastante gente cuando Fabel llegó pero Dirk le sonrió por encima de las cabezas de sus clientes al verlo llegar.

Fabel se sentía acalorado y pegajoso y pidió una cerveza Jever y agua, junto con un bocadillo de salchicha y queso, y llevó todo a una de aquellas mesas altas hasta el pecho que estaba libre. Una vez que amainó la clientela, Dirk se le acercó.

—¿Cómo va la cacería del apache?

Fabel puso cara de desconcierto.

—El tipo que arranca cueros cabelludos... ¿Ya estás a punto de cogerlo?

—Me parece que no. —Fabel se encogió de hombros en un gesto de abatimiento—. Me siento como si estuviera empantanado con un montón de basura. Recuerdos genéticos... terroristas... y podría escribir un libro sobre la costumbre de arrancar cueros cabelludos en las diferentes épocas de la humanidad.

—Ya lo cogerás, Jannick —dijo Dirk—. Siempre lo haces.

—No siempre... —Pensó en que Roland Bartz también le había llamado Jannick—. Estoy pensando en largarlo, Dirk.

—¿El trabajo? Jamás lo harías. Es tu vida.

—Ya no estoy tan seguro de eso —dijo Fabel—. Ni siquiera de que alguna vez lo haya sido. Me han ofrecido otra cosa. La posibilidad de volver a ser un civil.

—No lo veo claro, Jan...

—Yo sí. Estoy harto de la muerte. La veo a mi alrededor todo el tiempo. No lo sé. Tal vez tengas razón, este caso me está afectando.

—¿A qué te referías con lo de recuerdos genéticos? ¿Qué tiene que ver con los asesinatos?

Fabel le hizo un resumen lo más breve y coherente que pudo sobre el trabajo al que se dedicaba la víctima Gunter Griebel.

—¿Sabes algo, Jan? Yo lo creo. Creo que hay algo de cierto en eso.

—¿Tú? —Fabel sonrió con escepticismo—. Bromeas...

—No... —replicó Dirk con una expresión seria—. Sí que lo creo. Recuerdo una vez, cuando yo llevaba sólo un par de años en la fuerza, que nos llamaron por un robo en una casa. Era invierno y había nevado. El tipo había salido por la ventana trasera en medio de la noche y había dejado sus huellas en la nieve. Eran las únicas huellas que había, de modo que lo único que teníamos que hacer era seguirlas. Lo rastreamos por la nieve, moviéndonos rápido para alcanzarlo. Y finalmente lo hicimos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fabel con recelo, como si esperara el remate de un chiste.

—Es sólo que, mientras lo hacíamos, mientras nos movíamos rápido y de noche, persiguiendo a otro ser humano, tuve una sensación muy extraña. No era agradable. Realmente sentí que lo había hecho antes. Lo sentía, pero no podía recordarlo.

—No me digas que ahora crees en la reencarnación... —dijo Fabel.

—No. No tiene nada que ver con eso. Era como un recuerdo que no me pertenecía, pero que alguien me había transmitido. —Dirk se echó a reír, sintiéndose repentinamente avergonzado—. Ya me conoces... siempre he tenido un lado místico. Fue extraño... eso es todo.

15.00 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

El edificio estaba discretamente ubicado en una esquina del Schanzenviertel. El estilo de su arquitectura era *Jugendstil* y Fabel notó que detrás de los desagradables grafitis se veía una elegante mampostería con refinados rasgos *Art Decó*. No había ninguna placa en la puerta ni cartel en la pared que indicara las funciones de las oficinas del interior y, después de gritar su nombre y la naturaleza del asunto que lo traía por el altavoz del interfono, Fabel tuvo que aguardar unos segundos antes de que el zumbido y el ruido metálico de la puerta le indicaran que podía entrar.

Ingrid Fischmann lo esperaba en lo alto de la corta escalera. Era una mujer de unos treinta y cinco años con un pelo largo, lacio y castaño claro. Su rostro podría haber sido bonito si no fuera por la pesadez de sus rasgos, que lo hacían casi masculino. El pelo, que le llegaba hasta los hombros, la falda larga y holgada y la blusa se combinaban entre sí dándole un aspecto vagamente hippie que parecía discordante con su edad.

Ella sonrió cortésmente y extendió la mano como saludo.

—Herr Fabel, pase, por favor.

Había dos salas principales que salían de la diminuta recepción. Era evidente que una de ellas se utilizaba exclusivamente para almacenar expedientes y materiales de referencia, mientras que la otra era la oficina de Frau Fischmann. A pesar de que estaba abarrotada de archivadores y bibliotecas, y de los tableros con fechas, citas y noticias que estaban en las paredes, seguía dando la sensación de la sala de una vivienda que alguien había convertido en despacho.

—Mi apartamento está a dos calles de aquí —le explicó Frau Fischmann mientras se sentaba detrás de su escritorio. Fabel vio que en la pared, junto a la única ventana de la oficina, había una copia del cartel de la policía de 1971 sobre la banda Baader-Meinhof. Diecinueve caras en blanco y negro bajo el título *Anarchistische Gewalttäter-Baader/Meinhof Bande*. Aquel póster había adquirido un nivel casi icónico, como símbolo de un momento y un ánimo particular de la historia alemana—. Alquilo estas oficinas. No sé por qué, pero siempre creí necesario separar mi

vivienda del ambiente de trabajo. Por otra parte, uso esta dirección para recibir toda la correspondencia profesional. Teniendo en cuenta la sensibilidad de algunas de las personas sobre las que escribo, no es buena idea anunciar dónde vivo. Por favor, Herr Fabel, siéntese.

—¿Puedo preguntarle por qué escribe lo que escribe? Quiero decir, la mayor parte de todo aquello sucedió antes de su época, en realidad.

Fischmann sonrió, revelando unos dientes un poco demasiado grandes.

—¿Sabe por qué accedí a encontrarme con usted, Herr Fabel?

—Para ayudarme a atrapar a un asesino psicótico, espero.

—Desde luego. Pero en primer lugar soy periodista. Me huelo una historia detrás de todo esto, y espero recibir algo a cambio.

—Me temo que no me interesa realizar un intercambio con usted, Frau Fischmann. Mi única preocupación es atrapar al asesino antes de que se pierdan más vidas. Para mí las vidas son más importantes que las noticias de los periódicos.

—Por favor, Herr Fabel. Accedí a encontrarme con usted porque llevo varios años exponiendo la hipocresía de los que tuvieron algo que ver o participaron activamente en el terrorismo interno de los años setenta y ochenta, y que ahora buscan puestos públicos o éxito comercial. En todos mis estudios no he encontrado aún ni una sola razón firme e inteligente de por qué estos mocosos malcriados de clase media jugaron a ser revolucionarios. Lo que más me ofende es la forma en que algunas figuras de la izquierda intentaron intelectualizar el asesinato y la mutilación de ciudadanos inocentes. —Hizo una pausa—. Como policía de Hamburgo, sabrá usted que la Polizei de esta ciudad sufrió lo suyo a manos de la Fracción del Ejército Rojo y sus simpatizantes. Seguramente sabe que el primer policía alemán asesinado por la Fracción era un agente de la Polizei de Hamburgo.

—Por supuesto. Norbert Schmidt, en 1971. Tenía apenas treinta y tres años.

—Seguido en mayo de 1972 por un tiroteo entre la Polizei y la Fracción del Ejército Rojo en el que el Hauptkommissar Hans Eckhardt fue herido y más tarde murió.

—Sí, también lo sé.

—Y luego, por supuesto, el otro tiroteo entre agentes de la policía de Hamburgo y miembros de un grupo escindido, el Grupo de Acción Radical, en 1986, después del asalto fallido a un banco. Un policía murió y otro sufrió heridas muy graves. El agente herido tuvo mucha suerte y sobrevivió. Hirió de muerte a Gisela Frohm, que estaba con los terroristas. Tan pronto usted dijo su nombre, supe quién era, Herr Fabel. Su nombre surgió en mi investigación sobre Hendrik Svensson y el Grupo de Acción Radical. Fue usted quien disparó y mató a Gisela Frohm, ¿verdad?

—Sí, por desgracia. No tenía alternativa.

—Lo sé, Herr Fabel. Cuando me enteré de que usted estaba investigando el homicidio de Hauser, como ya he admitido, sentí que había una historia allí que me interesaba.

—Pero estos homicidios tal vez no tengan nada que ver con su investigación. Es sólo que las dos víctimas, Hauser y Griebel, eran contemporáneos y habían participado, en grado diferente, en las actividades radicales. He examinado su pasado y no he podido encontrar ninguna conexión directa entre ellos. Pero por otra parte las mismas figuras aparecen una y otra vez en esas historias. Una de ellas es Bertholdt Müller-Voigt, el senador de medio ambiente de Hamburgo. Entiendo que usted ha investigado la historia como activista de Müller-Voigt.

—Su historia como terrorista. —Había amargura en la voz de Fischmann—. Müller-Voigt tiene ambiciones políticas que van más allá del Senado de Hamburgo. Grandes ambiciones. Ya le ha declarado la guerra al que era su aliado político más cercano, el Erster Bürgermeister Hans Schreiber, sólo porque lo considera un rival potencial para el futuro... un futuro que él espera que lo lleve a Berlín. Su ambición me ofende porque no tengo absolutamente ninguna duda de que él era el chófer del vehículo en el que el industrial Thorsten Wiedler fue secuestrado y luego asesinado.

—Estoy enterado de sus acusaciones contra el senador Müller-Voigt. También sé que la esposa de Hans Schreiber la cita a usted. Pero ¿tiene alguna prueba?

—En cuanto a Frau Schreiber... Las ambiciones políticas de su marido me resultan apenas un poco menos repugnantes que las de Müller-Voigt. Ella me está usando para sus propios fines, pero está generando un nivel de conciencia pública que yo no podría haber logrado sola. Pero para responder a su pregunta... No, no tengo ninguna prueba que pudiera presentarse en un tribunal. Pero estoy trabajando en ello. Estoy segura de que usted sabrá lo difícil que es trabajar en un caso viejo, en el que el rastro se ha enfriado.

—Es cierto. —Fabel sonrió con amargura. Pensó en los numerosos casos fríos que había reabierto durante su carrera. También pensó en su abandonada búsqueda de la familia del adolescente que había yacido enterrado en la arena seca del puerto durante sesenta años.

—Todo lo demás que he hecho en mi carrera hasta ahora, todos aquellos pasados políticos que he revelado... Todo ello ha sido un preparativo para destruir la carrera de Müller-Voigt y, con suerte, llevarlo a un tribunal por sus crímenes. Algo que tal vez podamos lograr trabajando juntos, Herr Hauptkommissar.

—Pero ¿por qué Müller-Voigt? ¿Por qué lo ha escogido a él?

Había una resolución fría y dolorosa en la expresión de Ingrid Fischmann. La periodista abrió el cajón de su escritorio, sacó dos fotografías y se las entregó a Fabel. En la primera se veía una gran limusina negra Mercedes de un modelo de los años setenta. Estaba aparcada delante de un edificio de oficinas y un chófer de uniforme negro estaba abriéndole la puerta a un hombre de mediana edad con gruesas gafas de montura negra.

—¿Thorsten Wiedler? —preguntó Fabel.

Fischmann asintió.

—Y su chófer.

La segunda fotografía era del mismo vehículo, pero más de cerca, y aparcado en una entrada para coches con suelo de gravilla. El Mercedes brillaba a la luz del sol y había un cubo y un paño delante de la rueda delantera. Fabel miró la foto y lo entendió todo. El chófer había hecho un intervalo mientras limpiaba el coche y se había acuclillado para hablar con una niña pequeña, de unos seis o siete años. Su hija.

—Y aquí, de nuevo —dijo Ingrid Fischmann—, está el chófer de Herr Wiedler: Wilhelm Fischmann.

—Ya veo —dijo Fabel. Le devolvió las fotografías—. Lo siento mucho.

—La muerte de Thorsten Wiedler llegó a los titulares. Mi padre quedó paralizado por el ataque y no recibió más que una mención pasajera. Murió por sus heridas, Herr Fabel, pero tardó más de cinco años. Fue una experiencia que también destrozó a mi madre. Yo crecí en un hogar en el que no se sabía qué era la alegría. Todo porque una panda de chicos de clase media con ideas mal concebidas y robadas se sintieron justificados para destruir cualquier vida que casualmente estuviera allí cuando ellos llevaban a cabo lo que llamaban sus misiones.

—Entiendo. Y realmente lo lamento. ¿Usted está totalmente convencida de que Müller-Voigt participó en ello?

—Sí. El grupo que realizó el ataque no era la Fracción del Ejército Rojo. Era una de las numerosas pandillas escindidas que surgieron en aquella época. Lo único que los diferenciaba del resto era que habían elegido un nombre más poético. A todos los demás los obsesionaban las iniciales... Por cierto, ¿sabía que una de las razones por las que la Fracción del Ejército Rojo, *Rote Armee Fraktion* en alemán, eligió ese nombre era que compartía las iniciales con la RAF, la *Royal Air Force*, o Fuerza Aérea Real? Una broma macabra, ¿sabe? La *Royal Air Force* echó a bombazos a los nazis de Alemania. La nueva RAF consideraba que su función era poner bombas y asesinar para echar al fascismo y al capitalismo del Estado de Alemania Occidental. Y, por supuesto, usted tuvo contacto directo con el GAR, dirigido por Svensson. Pero esta pandilla tenía una mentalidad más esotérica. Se llamaban Los Resucitados. Su líder era Franz Mülhaus, también conocido como Franz *el Rojo*.

Fabel sintió una punzada de reconocimiento. El otro Franz *el Rojo*. El objeto de un terror muy especial. Franz *el Rojo* Mülhaus y su grupo eran considerados lo más extremista de lo extremista. Volvió a recordar la imagen que había visto en la oficina de Severts del original Franz *el Rojo*, el cuerpo momificado que había dormido durante siglos en el oscuro y frío tremedal cerca de Neu Versen.

—Mülhaus y su grupo eran muy difíciles de clasificar —continuó Ingrid Fischmann—. Hasta los otros grupos de la izquierda anarquista y extremista les tenían desconfianza. Algunos incluso sostenían que no tenían nada que ver con la izquierda. Eran una manifestación del radicalismo ecologista que muchas veces iba de la mano con los grupos izquierdistas. Pero no se consideraba que Franz *el Rojo* y sus Resucitados estuvieran haciendo una contribución seria al movimiento.

—¿Por qué?

Ingrid Fischmann frunció los labios.

—Por muchas razones. No exhibían una orientación marxista clara. Por supuesto que había otros grupos que tampoco eran claramente marxistas pero sí eran aliados de Baader-Meinhof o se alineaban con ellos, como el Movimiento 2 de Junio, de Berlín Occidental, que tenía una filosofía más anarquista. Los Resucitados no estaban expresamente relacionados con Baader-Meinhof y su posición era ecologista. En aquella época había dos áreas comunes para los marxistas, los anarquistas y los ecomilitantes: las protestas antinucleares a partir de los años sesenta, y, por supuesto, Vietnam.

—¿Pero todavía había dudas sobre cuál era el terreno común que compartían los Resucitados? —preguntó Fabel.

—Exacto. Al igual que los otros grupos, su blanco preferido eran los industriales. Pero no específicamente porque eran capitalistas, sino más bien por el daño que percibían que sus empresas hacían al medio ambiente. Mismos objetivos, razones diferentes... En cierta manera, los Resucitados no iban por el mismo camino que la RAF y otros grupos izquierdistas, sino más bien por un camino paralelo que coincidía en algunas cosas. Un buen ejemplo es el secuestro y posterior asesinato de Hans-Martin Schleyer en octubre de 1977 a cargo de Baader-Meinhof-RAF y el de Thorsten Wiedler de principios de noviembre a cargo de los Resucitados. Los dos formaron parte del llamado Otoño Alemán de ese año. La diferencia es que Schleyer fue escogido porque a) era un exnazi y había sido un SS Hauptsturmbannführer en Checoslovaquia durante la guerra y b) era un industrial adinerado, principal ejecutivo de Daimler-Benz y jefe de la federación de empresarios de Alemania Occidental, con fuertes contactos políticos con el partido dirigente, la Unión Demócrata Cristiana. Y, por supuesto, el contexto de las seis semanas de secuestro de Schleyer y su asesinato era todo aquel asunto del secuestro de Mogadiscio y los suicidios de Raspe, Baader y Ensslin en la prisión de Stammheim.

»Por otra parte, si bien Thorsten Wiedler también era un industrial exitoso, no estaba en el mismo grupo que Schleyer. Provenía de un contexto socialdemócrata, de clase trabajadora, era demasiado joven para haber hecho el servicio militar durante la guerra y no tenía ninguna inclinación ni significado político en particular. La razón por la que los Resucitados lo escogieron era, al parecer, que sus fábricas generaban mucha contaminación. Por supuesto que había mucha retórica sobre la llamada “solidaridad” con la RAF durante el Otoño Alemán y Wiedler también representaba, de una manera más modesta, el capitalismo de Alemania Occidental. Pero su secuestro fue visto como contraproducente para la “revolución” y sirvió para aislar a los Resucitados todavía más. Creo que ésa es la razón por la que el grupo jamás emitió ningún comunicado claro sobre lo ocurrido con Wiedler. Se convirtió en motivo de vergüenza para ellos. El cuerpo jamás fue hallado y a la familia de Wiedler se le negó el derecho de enterrarlo y llorarlo. A todo esto hay que añadir el toque muy

“hippie” de la política de Franz *el Rojo* y los Resucitados. Había muchas paparruchadas que hoy podríamos llamar *New Age*.

—¿Qué clase de paparruchadas? —preguntó Fabel.

—Bueno, los Resucitados son uno de los grupos más difíciles de investigar, porque se mantenían relativamente aislados, pero uno de sus miembros, Benni Hildesheim, desertó y se pasó a la RAF. Cuando lo arrestaron en los años ochenta, declaró que los Resucitados estaban demasiado chalados para él. Dijo que habían escogido ese nombre porque creían que Gaia, el espíritu de la Tierra, se protegía a sí mismo generando una banda de guerreros, de verdaderos creyentes, para defender al planeta cuando éste estuviera en peligro. Estos guerreros resucitaban una y otra vez, en diferentes épocas, cada vez que se los precisaba. De allí, los Resucitados. Al parecer, a Franz *el Rojo* Mülhaus también le gustaba afirmar que todos estaban juntos en ese grupo porque todos ellos habían vivido y combatido juntos antes, en otras épocas de la historia, cuando la Tierra los había necesitado para que la protegieran. No eran ideas que encajaran bien con la inflexible racionalidad de la ideología marxista de Baader-Meinhof.

—¿Y cómo encajan Müller-Voigt y Hans-Joachim Hauser con Franz *el Rojo* Mülhaus?

—¿Hauser? No lo sé. Hauser era uno de esos tipos que se promueven a sí mismos todo el tiempo y se la pasan colgados a los otros. No conozco ninguna otra conexión directa entre él y los Resucitados o Müller-Voigt, salvo que él había manifestado abiertamente su apoyo a las primeras «intervenciones» de Franz *el Rojo*... Interrupciones de las sesiones del Senado de Hamburgo, sentadas en instalaciones empresariales o industriales, esa clase de cosas. Pero cuando las cosas comenzaron a caldearse, y empezaron a robar bancos, poner bombas y matar gente, Hauser, como muchos otros de la izquierda elegante, de pronto empezó a expresar menos su apoyo. De hecho, ese silencio relativo podría fácilmente interpretarse como que había decidido mantener un perfil bajo. En cuanto a Müller-Voigt, él y Franz *el Rojo* se juntaron a fines de los años setenta. Después de que Mülhaus apareciera en la lista de criminales buscados por el asesinato del presidente de una compañía farmacéutica de Hanóver, y luego, por supuesto, por el asunto de Thorsten Wiedler, yo sospecho que Müller-Voigt operaba como «legal» para los Resucitados.

—¿Pero cree que esa participación se profundizó?

—Le contaré algo muy personal, Herr Fabel. Mi padre grabó una cinta. Pidió una grabadora cuando todavía estaba en el hospital. Había sido un hombre muy vigoroso y en buena forma y enfrentarse a un futuro en silla de ruedas lo volvió profundamente depresivo. Pero también muy furioso. Estaba decidido a hacer lo que fuera para ayudar a encontrar a Herr Wiedler y atrapar a sus secuestradores. Mucho después de la muerte de mi padre, cuando yo estaba en edad de decidir qué iba a estudiar en la universidad, escuché la cinta. Mi padre describía los acontecimientos de aquel día

con mucho detalle. Era como si quisiera que se supiera la verdad. Fue cuando escuché aquella cinta que decidí convertirme en periodista. Para contar la verdad.

—¿Y qué decía?

Ingrid Fischmann pareció vacilar un momento. Luego dijo:

—Mire, voy a mandarle una copia. Y también conseguiré algunas fotografías e información general y le enviaré todo por correo. Pero, en resumen, mi padre decía que calculaba que habían participado seis terroristas. Sólo logró ver bien a uno de ellos. Los otros llevaban pasamontañas. Logró darle una descripción muy detallada a la policía y éstos hicieron un retrato-robot de esa persona. Pero no sirvió de nada. Como usted sabe, jamás atraparon a nadie por el secuestro de Wiedler. Salvo si considera que el deceso de Franz *el Rojo* Mülhaus fue un acto de justicia.

—¿Y cómo puede estar segura de que Bertholdt Müller-Voigt estuvo implicado?
—preguntó Fabel.

—¿Recuerda a Benni Hildesheim, del que le hablé hace un momento? ¿El desertor de los Resucitados que se pasó a la banda Baader-Meinhof? Bueno, yo lo entrevisté después de que saliera de la cárcel y él afirmó que había unos cuantos individuos que hoy eran bastante influyentes que o bien habían participado directamente en las acciones de los Resucitados o habían proporcionado apoyo logístico y estratégico. Casas seguras, armas y explosivos, esa clase de cosas. Hildesheim me dijo que había seis personas implicadas en el secuestro de Wiedler, lo que coincide con el relato de mi padre. Afirmó conocer las identidades de los seis, así como las de todos los que estaban en la red de apoyo.

—¿No se las dijo a usted?

Ingrid Fischmann lanzó una risita cargada de cinismo.

—Hildesheim exhibió una veta capitalista notable para un exterrorista marxista. Quería dinero a cambio de la información. Por supuesto que no sabía que yo era la hija de una de las víctimas del grupo, pero sí le dije que se fuera al infierno. Yo quería saber la verdad sobre quién mató a mi padre, pero no a cualquier precio. Hildesheim parecía convencido de que algún diario amarillo aceptaría su precio. Insistía en que algunos de los nombres sacudirían a la clase dominante hasta los cimientos, esa clase de idioteces. Tiene que recordar que esto fue en la misma época en que Bettina Röhl, la hija de Ulrike Meinhof, mandó una carta de sesenta páginas al fiscal del Estado exigiendo que se acusara y se juzgara al ministro de relaciones exteriores, Joschka Fischer, por el intento de asesinato de un policía en los años ochenta. No es inconcebible que hubiera otros en altos cargos del gobierno que tuvieran unos cuantos trapos sucios que ocultar.

—¿Pero Hildesheim no obtuvo la suma que quería? —preguntó Fabel.

—No. Murió antes de cerrar ningún trato.

—¿Cómo murió? ¿Hubo algo sospechoso en ello?

—No. Ninguna conspiración. Simplemente un hombre de mediana edad que fumaba demasiado y hacía muy poco ejercicio. Infarto. Pero sí me dio algo a cuenta.

Me dijo que sabía con toda seguridad quién había sido el chófer aquel día... y que había pasado a ser una importante figura política. Sólo que su nombre y las pruebas para respaldar la acusación eran parte del trato que él quería cerrar. Por desgracia, no sobrevivió para compartirlo conmigo.

—¿Hildesheim mencionó a Hauser alguna vez?

Ella meneó la cabeza.

—¿Y a Gunter Griebel?

—Me temo que no... Creo que ni siquiera me crucé con ese nombre en mi investigación.

Hablaron durante otros quince minutos. Ingrid Fischmann le resumió la historia del movimiento militante alemán y su transición de la protesta y la acción directa al terrorismo. Conversaron sobre los objetivos de los distintos grupos, el apoyo que obtuvieron de la excomunista Alemania Oriental, la red de seguidores y simpatizantes que hizo posible que muchos de ellos evitaran ser capturados durante tanto tiempo. También hablaron del hecho de que había varias personas sueltas que ocultaban un pasado violento detrás de la fachada de una vida normal sin que otros lo supieran, tal vez ni siquiera sus familiares y amigos cercanos. Por fin, se dijeron todo lo que tenían para decirse y Fabel se levantó.

—Gracias por haberme dedicado tanto tiempo —dijo. Le estrechó la mano a Fischmann—. Realmente me ha sido muy útil.

—Me alegro. Le mandaré esa información cuando pueda encontrarla. Tal vez tarde uno o dos días —dijo, sonriendo—. Espere un momento y bajaré con usted. Tengo que ir al centro.

—¿Quiere que la lleve?

—No, gracias —dijo—. Tengo que hacer algunas paradas en el camino. —Se colocó un par de gafas en la punta de la nariz y revisó su gran bolso, hasta que encontró una pequeña libreta negra—. Lo lamento... he instalado una nueva alarma de seguridad. Tengo que marcar el código cada vez que salgo pero nunca consigo recordarlo.

Hicieron una pausa en la puerta mientras ella tecleaba lentamente el código en el panel de control de la alarma, verificando cada número en la libreta negra.

Una vez en la calle, Fabel se despidió de Ingrid Fischmann y la observó mientras ella bajaba por la acera. Una joven mujer alemana que se había pasado la vida investigando a la generación anterior a la suya; una persona que buscaba la Verdad. Fabel recordó la razón que le había dado el joven Frank Grueber para convertirse en un especialista forense: «la verdad es la deuda que tenemos con los muertos».

Pensó que casi podría ser el lema nacional de Alemania.

Fabel regresó al Polizeipräsidium antes de las cinco. De inmediato, convocó a una reunión en la brigada de Homicidios e informó a su equipo de lo que había averiguado en el transcurso del día. Empezaba a parecer que los homicidios no habían sido efectuados al azar por un asesino en serie, sino que el motivo tenía que ver con la historia política de las víctimas.

Anna y Henk relataron lo que habían averiguado, o lo que no habían podido averiguar, en The Firestation. Parecía cada vez menos probable que los homicidios estuvieran relacionados con la sexualidad de Hauser y Anna tenía la sensación de que aquel tipo mayor con quien Hauser se encontraba en The Firestation tal vez tuviera más que ver con su pasado político que con sus preferencias sexuales.

—Tal vez era Paul Scheibe —sugirió Werner.

—Eso lo averiguaremos esta noche —dijo Fabel—. Quiero que vosotros, Anna, Henk, Werner y Maria, me acompañéis a la presentación. Tenemos que examinar bien a los invitados, y yo necesito tener una larga charla con Scheibe.

Fabel regresó a casa, comió, se duchó y se cambió antes de volver a reunirse con su equipo en Speicherstadt. Anna y Henk habían llegado antes y habían hablado con los colaboradores de Scheibe.

—La mierda ha empezado a salpicar hacia todos lados —le dijo Anna a Fabel—. Parece que tenemos un faltón. Nadie ha visto a Scheibe, y ésta es su gran noche. Su personal está muy nervioso porque Scheibe había insistido en que él tenía que ser el único que revelara el modelo. Al parecer lo terminó a solas y aunque el Senado sí llegó a ver el proyecto, hoy se revelaría para el resto del mundo... Se supone que ha añadido algunos toques que nadie conocería hasta esta noche.

—¿Y qué va a hacer el equipo de Scheibe?

—Por ahora están subiendo por las paredes. Tienen a todas las figuras importantes de Hamburgo aquí reunidas y la estrella que iba a lanzar el espectáculo no se ha presentado.

—¿Alguna vez había hecho algo así?

—No con algo tan importante como esto... Pero en los últimos tiempos Paulsen estaba muy preocupado por él. Al parecer Scheibe se había mostrado muy estresado respecto de algo, lo que supuestamente es muy poco habitual en él. Scheibe es un tipo dado a la bebida, a la arrogancia y a considerarse el centro de todo... pero para nada alguien con tendencia a estresarse.

—Lo que sugeriría que ha aparecido algo nuevo en el horizonte —dijo Werner.

—O algo viejo... —Dijo Fabel—. De acuerdo... mezclémoslos.

Fabel hizo pasar a su equipo al salón, exhibiendo sus placas ovales de la Kriminalpolizei a los irritados porteros. El lugar estaba lleno de personas de zapatos caros y peinados elegantes que se reunían en pequeños grupos, charlando y riendo,

mientras unos camareros de uniforme no dejaban de rellenarles las copas de Pinot Grigio.

Fabel, Maria y Werner se dirigieron al otro extremo de la sala; Fabel les indicó a Anna y Henk que permanecieran junto a la puerta y se mantuvieran alerta a cualquier indicio de la llegada de Scheibe. Mientras se abría paso entre la multitud, Fabel vio a Müller-Voigt rodeado de un grupo particularmente grande de admiradores. Se dio cuenta de que el senador de medio ambiente lo había visto y lo saludó con un movimiento de la cabeza, pero Müller-Voigt se limitó a fruncir el ceño, como si la presencia de Fabel lo desconcertara.

Las luces se atenuaron y Fabel observó un trajín de actividad sobre la plataforma iluminada, donde una lona blanca ocultaba la visión del futuro de Paul Scheibe a los ojos de una audiencia expectante y cada vez más nerviosa. Paulsen, el asistente de Scheibe, mantenía una agitada discusión con los otros dos miembros del equipo del arquitecto.

Después de una pausa, Paulsen se dirigió al centro del podio que estaba delante del modelo con un gesto de incomodidad. Durante un momento, miró el micrófono aprensivamente.

—Damas y caballeros, muchas gracias por su paciencia. Por desgracia, Herr Scheibe se ha visto obligado a ocuparse de una emergencia familiar inesperada e ineludible. Como es obvio, está haciendo grandes esfuerzos para llegar aquí a tiempo. Sin embargo, la fuerza y la innovación de su obra hablan por sí solas. La visión de Herr Scheibe para el futuro de HafenCity y para el estado de Hamburgo es un concepto audaz y sorprendente que refleja la ambición de nuestra gran ciudad.

Paulsen hizo una pausa. Miró al otro lado del salón, donde acababa de entrar una mujer que Fabel supuso que también sería parte del equipo de Scheibe. La mujer hizo un movimiento casi imperceptible de negación con la cabeza y Paulsen se volvió hacia el público con una sonrisa débil y resignada.

—De acuerdo... Creo que... eh... será mejor si nos limitamos a seguir adelante con la presentación... Damas y caballeros, es un gran placer, en nombre del Architecturbüro Scheibe, desvelar la creativa, única, audaz y novedosa estética de Herr Scheibe para el Überseequartier de HafenCity. Con ustedes, el *KulturZentrumEins*...

Paulsen se apartó hacia un costado y la prístina cubierta de lona blanca comenzó a ascender. El público empezó a aplaudir, pero con un entusiasmo en sordina, cuando el gran modelo arquitectónico quedó al descubierto.

Los aplausos murieron.

Cuando la cobertura de lona ascendió del todo y quedó fuera del alcance de los focos, un silencio cayó sobre toda la sala. Un silencio que pareció congelar el momento. Fabel sabía lo que estaba viendo, sin embargo su cerebro se negaba a asimilar la información. El resto de la audiencia estaba igualmente atrapada en aquel

momento fosilizado, como si también ellos buscaran aprehender la imposibilidad de lo que estaban mirando.

Los focos, uno con luz roja, otro con luz azul, y el principal con luz blanca, habían sido ubicados cuidadosamente de modo que destacaran cada borde, cada ángulo de aquel vasto modelo arquitectónico, que era blanco; de modo que dramatizaran y enfatizaran lo que se iba a ver. Pero la creatividad que iluminaron con esa cruda espectacularidad y énfasis no era obra de Paul Scheibe.

Los gritos comenzaron.

Se extendieron de persona a persona como una llama ardiente; estridentes y penetrantes. A través del griterío, Fabel pudo oír la maldición de Anna Wolff. Varias personas, en especial las que estaban cerca del modelo, vomitaron.

El paisaje en miniatura se extendía bajo las luces. Pero su objeto central, el *KulturZentrumEins*, en realidad no se veía. El cuerpo desnudo de Paul Scheibe lo había aplastado bajo su peso. Era como si un dios inmenso y espantoso hubiera sido arrojado de los cielos y se hubiera estrellado contra la Tierra en HafenCity. Scheibe yacía, un poco reclinado, entre los elementos hechos añicos de su visión. Su carne desnuda relucía con un tono azul y blanquecino a la luz del reflector, y su sangre brillaba con un rojo subido sobre el modelo. Quien fuera que hubiera ubicado allí el cadáver, había usado parte del modelo para sostenerlo y dejarlo como si estuviera sentado, de modo que Scheibe mirara al público.

El cuero cabelludo había sido arrancado. Yacía a sus pies, extendido y teñido, como los de las otras víctimas, con un antinatural color rojo. La cúpula sanguinolenta de su cráneo refulgía bajo las luces. Tenía un tajo en la garganta.

Fabel empezó a correr antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Se abrió paso empujando a algunos aturdidos miembros del público, quienes se apartaban sin protestar, como si estuviera atravesando un almacén lleno de maniqués de moda. Percibió que Anna, Henk y Werner lo seguían.

Uno de los fotógrafos de la prensa levantó la cámara y su flash inundó el auditorium. Anna se abrió paso hacia el fotógrafo, le agarró la cámara con una mano y lo empujó hacia atrás con la otra. El fotógrafo empezó a quejarse y exigió que le devolviera la cámara.

—Ya no es su cámara. Es una evidencia policial. —Escudriñó al resto de los fotógrafos de la prensa con una mirada de rayos láser—. Y eso va también por ustedes. Ésta es la escena de un crimen y voy a confiscar cualquier cámara que se utilice.

A esa altura Fabel ya había llegado al frente de la sala y había agarrado a Paulsen, quien seguía paralizado, contemplando el modelo.

—¡Haga salir a su gente al pasillo! ¡Ahora! —le gritó a Paulsen en la cara. Luego se volvió hacia sus agentes—. Anna, Henk... sacad al público al pasillo también. Werner... vigila la puerta principal y asegúrate de que no salga nadie del edificio. —Abrió su teléfono móvil y apretó el botón de marcación rápida en el que tenía

grabado el número de la Mordkommission. Ordenó que se despachara un equipo forense e informó de que necesitaba divisiones de policías uniformados para asegurar el sitio del crimen de inmediato. También pidió más policías vestidos de paisano para que ayudaran a tomar declaración a cada uno de los miembros del público. Tan pronto cortó la comunicación con la Mordkommission, presionó otro botón.

Van Heiden no protestó porque lo molestaran en su casa; sabía que si Fabel lo llamaba tenía que tratarse de algo urgente. El mismo Fabel se oyó a sí mismo describiendo la escena a Van Heiden con una voz apagada y monótona. Van Heiden pareció prestar más atención al contexto tan público en el que se había encontrado el cadáver que en el hecho mismo de que otra persona hubiera perdido la vida.

Después de terminar la llamada a Van Heiden, Fabel se encontró solo en el auditorium. Solo, salvo por eso que una vez había sido Paul Scheibe. El arquitecto había tenido algo para contarle. Algo valioso, algo que tal vez no estuviera dispuesto a contarle voluntariamente. Pero en ese momento estaba allí sentado sobre su trono aplastado de cartón y madera balsa, con el cuero cabelludo arrancado, desnudo y muerto: un rey mudo y sin corona, contemplando su reino vacío.

23.45 H, GRINDELVIERTEL, HAMBURGO

Leonard Schüler había bebido demasiado. Eso no era poco común en él. Y, después de todo, había sido una semana difícil. Todavía se sentía perseguido por aquel rostro —aquel rostro frío, pálido e inexpresivo que había visto en la ventana del apartamento de Hauser—, pero lo tenía en la mente cada vez menos, a medida que pasaban los días. Más que nunca, estaba convencido de que había hecho lo correcto en no dar una descripción completa del asesino a la policía. A pesar de que ya no creía casi en nada y que tampoco reflexionaba profundamente sobre las cosas, Leonard Schüler se daba cuenta de que no podía dejar de recordar aquella noche, aquel hombre de la ventana, y de preguntarse si el Diablo realmente existía.

Pero había llegado el momento de olvidarlo. De dejarlo donde pertenecía, en el pasado.

Schüler había sentido ganas de celebrar y se había reunido con unos amigos en un bar que quedaba en una esquina a dos manzanas de su apartamento. Era un lugar ruidoso y lleno de humo, rebosante de una tosca exuberancia y música rock muy fuerte. Era exactamente el tipo de lugar en el que necesitaba estar.

Era la una de la madrugada cuando se marchó. No se tambaleaba al caminar, pero sí se daba cuenta de que el acto normalmente inconsciente de dar un paso le exigía cierta concentración. Había sido una buena noche y todos se habían desahogado bastante; tal vez demasiado para Willi, el dueño... Pero en el camino de regreso hasta su casa, Schüler sintió algo hueco en su interior. Aquélla era su vida. Aquello era todo lo que él representaba. Era cierto que no había salido de la mejor de las casas, pero otros con circunstancias similares habían logrado más, habían hecho más

consigo mismos. Él era lo bastante honrado como para culparse a sí mismo por los fracasos de su vida aunque, en momentos más oscuros, se permitía compartir parte de la responsabilidad con su madre. La madre de Schüler seguía siendo una mujer joven, de unos cuarenta años, puesto que lo había tenido a él a los dieciocho. Leonard nunca había conocido a su padre, y dudaba de que su madre supiera con seguridad quién era. Ése era un tema que ella siempre evitaba, y a lo sumo sostenía que el padre de Leonard había sido un novio que había muerto de una enfermedad no revelada antes de que pudieran casarse. Pero, atando los minúsculos y dispersos cabos que había podido deducir del pasado de su madre, y leyendo mucho entre líneas, Leonard había llegado a sospechar que ella había trabajado como prostituta en algún momento de su vida, y con frecuencia se preguntaba si su anónimo padre no habría sido un cliente.

De todas maneras, aquello había tenido lugar antes de los primeros recuerdos del mundo de Leonard. Su madre lo había criado sola, con un anacrónico sentido de vergüenza al respecto. En algún momento durante la infancia de Leonard, ella se había convertido en una cristiana «renacida», y había pasado a ser un modelo de remilgada probidad y abstinencia, y esa infancia había quedado ensombrecida por la omnipresencia de la religión. Él siempre había odiado esa rectitud moral de su madre, desde que podía recordarlo. Le había incomodado, irritado. Su madre le habría dado menos vergüenza si hubiera seguido vendiendo mamadas a desconocidos. En ocasiones, Leonard pensaba que ésa era la razón por la que se había convertido en ladrón: para provocar la vergüenza de su madre.

«No robarás...», repitió ella sin cesar, meneando la cabeza, cuando la policía lo llevó a su casa la primera vez. «No robarás... ¿Sabes qué será de ti, Leonard?», le dijo. «El diablo vendrá por ti. El diablo vendrá a buscarte y te llevará directamente al infierno».

Esas mismas palabras resonaron en la cabeza de Leonard cuando aquel investigador le habló, cuando le describió lo que aquel psicópata le haría si se enteraba de su existencia. Si lo encontraba.

Schüler no era estúpido. No se hacía ilusiones sobre el acto por el que había sido concebido. Un polvo rápido y mugriento por unos pocos Deutschmarks. Pero siempre imaginaba que tal vez su padre biológico era algún empresario adinerado y exitoso o algún profesional que probablemente había estado borracho y había comprado los servicios de su madre sólo en aquella ocasión. Alguien a quien le funcionaba la cabeza. Una clase mejor de persona. ¿De qué otra manera podría explicar su propia inteligencia? Él había asistido a una *Gesamtschule*, una escuela integrada, y no había dudas de que, con apenas un poco de esfuerzo de su parte, podría haber pasado el examen Abitur, lo que le habría garantizado una plaza en la universidad. Pero no había hecho ese esfuerzo. Había deducido que existían dos maneras para obtener lo que deseabas en la vida: podías ganártelo o podías robarlo. Y para ganártelo había que trabajar demasiado.

Entonces había terminado así. Desempleado, con veintiséis años, un ladrón. ¿Sería demasiado tarde para cambiar las cosas? ¿Para empezar de nuevo? ¿Para construir una nueva vida?

Empujó la puerta de su edificio. Cada escalón pareció representarle un esfuerzo monumental. Abrió la puerta de su apartamento, que estaba cerrada con llave, y arrojó las llaves sobre la cómoda de segunda mano que estaba junto a la puerta. Se apoyó en el marco durante un momento y permaneció de pie en el umbral, entre la cruda luz del pozo de la escalera y la oscuridad de su piso. Se oyó un clic cuando la luz del pasillo, que tenía un temporizador para ahorrar electricidad, se apagó y lo sumió en una oscuridad absoluta. Respiró una o dos veces, sintiendo el gusto de la cerveza espesándose en su boca y un repentino mareo por haber perdido el anclaje visual.

En ese momento se encendió la luz de la sala de su apartamento. Schüler se quedó de pie, parpadeando, tratando de deducir cómo podría haber accionado el interruptor accidentalmente, cuando lo vio sentado en la silla junto al televisor. El mismo hombre. El mismo rostro que lo había contemplado a través de la ventana del apartamento de Hauser. El asesino.

El diablo había venido a llevárselo al infierno.

Jueves 1 de septiembre de 2005, catorce días después del primer asesinato

0.02 H, GRINDELVIERTEL, HAMBURGO

Leonard supo, en el instante en que vio al hombre con el arma sentado en un rincón junto al televisor, que iba a morir. De una forma u otra.

Lo primero que le impresionó fue lo oscuro que era el pelo de aquel joven; demasiado oscuro para su cutis tan pálido. Tenía una pistola automática negra y Leonard notó que sus manos estaban cubiertas con guantes blancos de cirujano. El hombre del arma se puso de pie. Era alto y delgado. Leonard supuso que podría vencerlo, fácilmente, si no hubiera sido por el arma que tenía en la mano. «Abalánzate sobre él —pensó—. Incluso si consigue disparar, al menos morirás rápido. Y hasta podría errar el tiro». Leonard pensó en las dos fotografías que el policía le había enseñado; en lo que este joven con ese rostro pálido e impasible había hecho. Leonard pensó con fuerza, con tanta fuerza que le dolió la cabeza. «¿Por qué no te le echas encima? ¿Qué tienes que perder? Una bala es mejor que lo que te hará si se lo permites».

—Relájate, Leonard. —Era como si el hombre de pelo oscuro le hubiese leído el pensamiento—. Cálmate, no hay ningún motivo para que salgas lastimado. Sólo quiero hablar contigo. Eso es todo.

Leonard supo que estaba mintiendo. «Échate encima de él». Pero quiso creer la mentira.

—Por favor, Leonard... por favor, siéntate, así podemos hablar. —Señaló la silla que acababa de dejar libre.

«Hazlo ahora... agarra el arma». Leonard se sentó. El otro lo observó impasible, con la misma falta de emoción, de expresión.

—No se lo dije. No les he contado nada —declaró Leonard con entusiasmo.

—Vamos, Leonard —dijo el hombre de pelo oscuro, como si estuviera regañando a un niño—, los dos sabemos que eso no es cierto. No les has contado todo, pero les has contado bastante. Y sería muy inconveniente que les contaras más.

—Escuche, yo no quiero saber nada de esto. Debe saberlo. Tiene que darse cuenta de que no voy a contarles nada más. Me iré... se lo prometo... jamás volveré a Hamburgo.

—Tranquilo, Leonard. No voy a lastimarte, a menos que trates de hacer algo estúpido. Sólo quiero discutir sobre nuestra... situación. —El hombre de pelo oscuro

se apoyó contra la pared y puso el arma sobre la mesa, junto a las llaves. «¡Hazlo! ¡Hazlo ahora!», gritaban los instintos de Leonard. Sin embargo, siguió sentado, como si su cuerpo se hubiese fusionado con la silla. El otro buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un par de esposas. Se las arrojó a Leonard antes de volver a coger el arma—. No te asustes, Leonard. Esto es sólo para mi protección, ¿entiendes? Por favor... pónelas.

«Ahora. Hazlo ahora. Si te pones las esposas, él tendrá un control absoluto sobre ti. Podrá hacer todo lo que quiera. ¡Hazlo!». Leonard se puso las esposas, primero en una muñeca, luego en la otra.

—Bien —dijo el hombre de pelo oscuro—. Ahora podemos relajarnos. —Pero, mientras hablaba, entró en el dormitorio de Leonard y regresó con un bolso grande de cuero negro—. No te alarmes, Leonard. Sólo tengo que sujetarte mejor. —Sacó un rollo de cinta aislante, gruesa y negra, del bolso, y empezó a rodear con él el pecho y los antebrazos de Leonard y el respaldo de la silla. Con fuerza. Luego cortó un pedazo y lo estiró sobre la boca de Leonard. Sus protestas quedaron reducidas a fuertes balbuceos. La combinación de la mordaza y la cinta demasiado ajustada le dificultaba la respiración, y el martilleo de su corazón retumbaba en su pecho apretado. El otro, satisfecho después de comprobar que Leonard ya no representaba amenaza alguna, volvió a dejar el arma sobre la mesa. Acercó la única otra silla que había en el apartamento y la ubicó enfrentada a la de Leonard. Se inclinó hacia delante, poniendo los codos sobre las rodillas, y apoyó la mandíbula sobre los dedos entrelazados. Durante un largo rato, pareció estudiar al chico. Después habló.

—¿Crees en la reencarnación, Leonard?

El hombre atado miró al asesino sin comprender.

—¿Crees en la reencarnación? No es una pregunta complicada.

Leonard negó vigorosamente con la cabeza. Tenía los ojos bien abiertos y enloquecidos. Asustados. Ojos que recorrieron la cara de su atacante en busca de alguna señal de piedad o compasión, en busca de cualquier cosa que se acercara a una emoción humana.

—¿No? Bueno, estás en minoría, Leonard. La amplia mayoría de la población de este mundo incluye la reencarnación entre sus sistemas de creencias. El hinduismo, el budismo, el taoísmo... para muchas culturas es natural y lógico creer en alguna clase de regreso del alma. En las aldeas de Nigeria, es común encontrarse con un *ogbanje*... un niño que es la reencarnación de otro que murió en su infancia. Lo siento... no te molesta que hable mientras voy preparando todo, ¿verdad?

El hombre de pelo oscuro se incorporó y sacó una gran lámina cuadrada de poliuretano negro del bolso; a continuación, sacó una bolsa negra de plástico. Detrás de la mordaza, Leonard emitió un sonido incomprensible que el asesino al parecer tomó por un asentimiento, puesto que continuó con su explicación.

—En cualquier caso, hasta Platón creía que nosotros existimos antes como seres superiores y nos reencarnamos en esta vida como castigo por haber caído en

desgracia... algo que también formaba parte de las primeras creencias de los cristianos, en realidad, hasta que lo suprimieron y lo calificaron de herejía. Si lo piensas un poco, la reencarnación es fácil de aceptar porque todos hemos tenido experiencias que no pueden explicarse de ninguna otra manera. —El asesino extendió la lámina cuadrada de plástico sobre el suelo y la pisó. Se quitó la chaqueta y la camisa, las dobló cuidadosamente y las puso en la bolsa negra—. Nos ocurre a todos... nos encontramos con alguien a quien jamás habíamos visto antes en toda nuestra vida, y sin embargo experimentamos una extraña sensación de reconocimiento, o sentimos que lo conocemos de hace muchos años. —Se quitó los zapatos—. O vamos a algún lugar nuevo, un lugar en el que jamás habíamos estado, y sin embargo sentimos una inexplicable familiaridad. —Se desabrochó la hebilla del cinturón, luego se quitó los pantalones, que puso en la bolsa junto con los zapatos. En ese momento, estaba sobre el cuadrado negro vestido sólo con calcetines y calzoncillos. Tenía un cuerpo pálido, delgado y anguloso. Casi infantil. Frágil. Sacó del bolso un mono blanco de una sola pieza, como los que usaban los expertos forenses en las escenas de crímenes, salvo que éste parecía cubierto con una lámina de plástico. Leonard sintió unas náuseas repentinas cuando se dio cuenta de que era la misma tela protectora que usaban los trabajadores de los mataderos—. ¿Sabes, Leonard? Todos hemos estado antes aquí. De una manera u otra. Y a veces regresamos, o nos mandan de vuelta, para resolver alguna cuestión pendiente de una vida anterior. A mí me han mandado de vuelta.

Extrajo una redecilla del bolso, se cubrió con ella su tupido pelo negro, luego levantó la capucha del mono encima de la redecilla y tiró del cordón hasta que formó un círculo apretado en torno a su cara. Se cubrió los pies con unas fundas protectoras azules antes de empezar a formar un espacio en el centro de la sala, moviendo los muebles y las escasas pertenencias personales de Leonard hacia las esquinas con mucho cuidado, como si tuviera miedo de romper algo.

—No te preocupes, Leonard, dejaré todo tal y como estaba... —Le dedicó una sonrisa fría y vacía—. Cuando hayamos terminado.

Hizo una pausa y recorrió la habitación con la mirada, como si comprobara que estuviera lista para lo que fuera que tenía planeado hacer a continuación. Volvió a plegar con mucho cuidado el cuadrado de plástico negro y lo guardó en el bolso.

Leonard sintió el ardor de las lágrimas de sus ojos. Pensó en su madre. En lo mucho que la había desilusionado. En que había robado para hacerle daño.

El asesino desplegó una segunda lámina de plástico negro, bien gruesa y mucho más grande que la primera, y la colocó en el espacio que había dejado vacío. Luego se ubicó detrás de Leonard, cogió el respaldo de su silla, la inclinó hacia atrás y comenzó a «caminar» con ella por el piso, arrastrándola sobre las dos patas traseras sobre el plástico negro. A esa altura Leonard ya podía sentir y oír su propio pulso, la sangre fluyendo por sus orejas, los labios latiendo contra la mordaza de cinta aislante.

—En cualquier caso —continuó el asesino—, no es sólo que crea en la reencarnación. Sé que es real. Una ley de la naturaleza, tan sólida e incontrovertible como la ley de la gravedad. —Sacó un estuche de terciopelo del bolso y lo colocó sobre el plástico negro, junto a la silla—. Verás, Leonard, se me ha concedido un don. El don de la memoria... una memoria que viene de más allá del nacimiento, de más allá de la muerte. La memoria de mis vidas anteriores. Tengo una misión que cumplir. Y esa misión consiste en vengar un acto de traición que tuvo lugar en mi última vida. Por eso estaba allí aquella noche en que me viste, cuando merodeabas detrás del apartamento de Hauser. Aquél era el comienzo de mi búsqueda. Luego, la noche siguiente, maté a Griebel. Pero me queda más por hacer, Leonard. Mucho más. No puedo permitir que tú interfieras.

El hombre de pelo oscuro retrocedió un par de pasos y examinó a su víctima, fuertemente sujeta a la silla. Acomodó la lámina de plástico negro, alisándola. Luego examinó las paredes de la habitación, aparentemente evaluándolas. Se acercó a una de ellas y arrancó el póster de un grupo de rock americano, dejando al descubierto la mancha que Leonard, en un momento poco característico de preocupación por el aspecto de su hogar, había tratado de ocultar. Una vez más, el asesino dio un paso atrás y examinó la pared.

—Esto servirá. —Se volvió hacia Leonard y sonrió ampliamente, exhibiendo unos dientes blancos y perfectos—. ¿Sabías, Leonard, que arrancar el cuero cabelludo forma parte de la tradición cultural europea desde sus mismos comienzos?

Leonard gritó, pero sus alaridos quedaron reducidos a balbuceos frenéticos y agudos detrás de la mordaza de cinta aislante que llevaba puesta.

—Lo hacían todos aquellos que aportaron su sangre a nuestro linaje: los celtas, los francos, los sajones, los godos y, por supuesto, los antiguos escitas, en las solitarias y vacías estepas que fueron la cuna de Europa. Arrancarles el cuero cabelludo a los que sucumbieron a nuestras manos en la batalla, o simplemente llevarse el cuero cabelludo de un enemigo personal al que matamos en un combate individual para resolver un desacuerdo o vengar una afrenta es una costumbre que está en el centro mismo de nuestra identidad cultural. Nosotros arrancábamos cueros cabelludos, y lo hacíamos con orgullo. ¿Has oído hablar de un antiguo historiador griego llamado Heródoto?

No hubo respuesta por parte de Leonard, con excepción de los sollozos desesperados y estremecedores de un hombre que se enfrentaba a una muerte terrible y que se debatía contra sus ataduras y su mordaza. El asesino no prestó atención y continuó hablando a su manera relajada e informal, como si estuviera en una cena social. Esa calma, esa impassibilidad, era lo que más asustaba a Leonard; le habría sido más fácil entenderlo, asumirlo, si el hombre que estaba a punto de quitarle la vida se hubiera mostrado enfurecido, o temeroso, o emocionado de alguna u otra manera.

—A Heródoto se le considera el padre de la historia. Él recorrió el que en aquel entonces era el mundo civilizado y escribió sobre los pueblos que encontró. Pero también se aventuró en tierras desconocidas, tierras salvajes, más allá del mundo de su cultura. Visitó la Ucrania, que estaba en el centro del reino escita, y documentó la vida de las personas que conoció allí. —El asesino volvió a examinar la pared de la que había arrancado el póster. Se detuvo un momento para quitar las tachuelas y los fragmentos de póster que habían quedado y luego limpió la superficie manchada con su mano enguantada—. Según Heródoto, los guerreros escitas raspaban toda la carne del interior de los cueros cabelludos que habían cogido y se los frotaban continuamente entre las manos hasta que se volvían blandos y suaves. Una vez que hacían eso, usaban los cueros cabelludos como servilletas en los festines y, cuando no, los colgaban de las bridas de sus caballos. Cuantas más de esas servilletas tenía un guerrero, mayor era su ascendiente sobre los otros. Heródoto cuenta que muchos de los guerreros más exitosos cosían sus cueros cabelludos para hacerse un manto. — Algo parecido a la admiración cruzó el rostro hasta el momento impasible del asesino—. Y no estamos hablando de una tierra remota y un pueblo lejano. Ésa era nuestra cultura. Todas nuestras raíces están allí. —Hizo una pausa y pareció sumirse en sus pensamientos—. Imagínate esto... imagina una sala con noventa, tal vez cien personas. No son muchas. Y cada persona de esa sala está lo más relacionada posible con las otras: padres e hijos, madres e hijas. Imagínalo, Leonard, pero imagina que son todos de la misma edad, noventa generaciones reunidas en el mismo momento de la vida. En toda la sala se perciben las similitudes familiares. Tal vez seis, siete, ocho generaciones atrás ves una cara igual a la tuya. Eso es todo lo que nos separa a ti y a mí de aquellos guerreros escitas, Leonard. Noventa individuos muy conectados entre sí. Y la verdad, la verdad que he descubierto, es que no son sólo nuestros rasgos, nuestros gestos, nuestra aptitud para determinadas actividades o la inclinación hacia determinados talentos lo que se repite generación tras generación. Nos repetimos nosotros mismos, Leonard. Somos eternos. Regresamos, una y otra vez. A veces nuestras vidas se superponen, como ha ocurrido con las mías. Yo he sido mi propio padre, Leonard. He visto la misma época desde dos perspectivas. Y puedo recordarlas ambas...

Cogió el estuche de terciopelo azul oscuro y lo abrió sobre la lámina de plástico negro. Retrocedió un momento, examinando los preparativos. Leonard miró el estuche, que estaba abierto y extendido. Sobre él había un gran cuchillo, cuyo mango y hoja estaban forjados a partir de una pieza continua de resplandeciente acero inoxidable. Los sollozos de Leonard aumentaron su intensidad. Comenzó a debatirse con fuerza pero infructuosamente contra las ligaduras. El asesino puso la mano con suavidad sobre el hombro de Leonard, como si quisiera consolarlo.

—Tranquilízate, Leonard. Tú has escogido esto. Recuerda que te has preguntado si no te convenía tratar de quitarme el arma. Oh, sí, Leonard, pude leerte como un libro. Pero decidiste no hacerlo. Decidiste aferrarte a la vida hasta el último segundo,

más allá de lo terrible que fuera. ¿Quieres oír algo gracioso, Leonard? —Recogió el arma y la sostuvo delante de su cautivo—. Ni siquiera es real. Es una réplica. Tú sé entregaste a mí, a esta muerte, basándote en la idea de un arma. En un pedazo de metal inservible.

Detrás de las ataduras, Leonard gimió. Tenía la cara empapada de lágrimas.

—Vamos, Leonard —dijo el hombre de pelo oscuro, sin ninguna malicia—. Sé que no eres muy feliz con tu vida, de modo que ahora voy a mandarte a la próxima. Pero primero, ¿ves el espacio que he dejado en aquella pared? Allí voy a colgar tu cuero cabelludo. —Hizo una pausa, sin prestar atención a los gritos desesperados y amortiguados de su víctima, como si estuviera reflexionando. Por fin una sonrisa apareció en su cara, una sonrisa fría e insensible, de una intensidad terrible que no concordaba con la máscara inexpresiva de su rostro—. No... allí no... ahora que lo pienso, tengo un lugar mucho, pero mucho mejor...

22.00 H, PÖSELDORF, HAMBURGO

Fabel llevaba despierto veinticuatro horas.

Se había armado un escándalo monumental con los medios y con todos los que tenían voz en Hamburgo. Una vez más, Fabel se encontraba teniendo que planear el curso de una investigación al tiempo que esquivaba el doble torbellino de la atención de los medios y la presión política. Era otra de las características de su trabajo que lo agotaban; debía de haber existido una época en que la tarea policial fuera mucho más fácil, cuando la única presión que sufría un investigador era detectar y atrapar al autor del crimen.

Después de haber pasado casi todo el día en la escena del crimen, Fabel tuvo que regresar al Präsidium para una importante reunión estratégica. De pronto, los recursos habían dejado de ser un problema y Fabel se encontró con que le habían asignado investigadores de todos los distritos de Hamburgo. Montó una sala operativa en el principal salón de conferencias e hizo trasladar allí todos los tableros y archivos relacionados que estaban en la brigada de Homicidios. Exhausto como estaba, Fabel tuvo que dirigirse a un público de cincuenta investigadores, comandantes de divisiones uniformadas y jefes de alto rango. También notó que Markus Ullrich y un par de sus colegas de la BKA habían venido a ver el espectáculo. Fabel ya no podía negar que se le había añadido una dimensión política, y posiblemente también alguna inquietud relacionada con el terrorismo, al caso.

Susanne los llevó a todos en el coche de Fabel. Dijo que él estaba demasiado cansado para conducir y que necesitaba dormir un poco. Fabel respondió que lo que necesitaba era un trago. Anna, Henk y Werner declararon que ellos también se

sumarían. Estaba claro que necesitaban tomarse un respiro de los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas. Maria también dijo que se encontraría con Fabel en el bar habitual de Pöseldorf, pero esperaría a Frank Grueber e iría con él en taxi.

Ya eran casi las diez de la noche cuando llegaron. Bruno, el jefe de camareros, saludó a Fabel con entusiasmo. Fabel le estrechó la mano y le dedicó una fatigada sonrisa con la que expresó el mensaje tácito de que «ha sido un día difícil». Luego él, Susanne y el equipo se sentaron junto a la barra y pidieron sus copas. Sonaba un disco compacto con la canción futbolística *Hamburg, meine Perle* y un grupo de jóvenes en el otro extremo de la barra cantaban el himno extraoficial de Hamburgo con gran entusiasmo. Su pasión pareció intensificarse cuando les tocó cantar la estrofa que informaba a los berlineses de que «nos cagamos en vosotros y en vuestra canción». Era fuerte, era grosera, era alegre. Fabel lo absorbió todo. Aquél era el sonido vulgar y bullicioso de la vida, del vigor; estaba a un millón de kilómetros del reino de muerte en el que él y sus agentes habían pasado las últimas treinta y pico horas. Era lo que necesitaba oír.

Fabel quería emborracharse. Después de la sexta cerveza, comenzó a sentir sus efectos; cobró conciencia de la cargada lentitud de su habla y sus movimientos que siempre aparecía cuando había bebido de más. Siempre llegaba hasta ese punto, y jamás lo traspasaba. «Pero esta noche —pensó—, esta noche sólo quiero emborracharme». La verdad era que Fabel nunca se sentía cómodo cuando había bebido demasiado alcohol. En realidad, jamás se había emborrachado seriamente en toda su vida, incluso en sus tiempos de estudiante. Siempre había habido un punto, cuando estaba bebiendo, en que el miedo de perder el control se imponía. En que temía hacer el ridículo.

Cuando llegaron Maria y Grueber todos se apartaron de la barra y su estrepitoso coro y ocuparon una mesa en el fondo del bar. Por alguna razón, Fabel empezó a mencionar el trabajo de Gunter Griebel, y lo que Dirk le había contado sobre su experiencia.

—Tal vez todos volvemos —dijo Anna, y su expresión melancólica daba a entender que ese concepto no le parecía muy atractivo—. Tal vez no somos más que variaciones del mismo tema y experimentamos cada conciencia como si fuera única.

—Hay un cuento italiano maravilloso y trágico de Luigi Pirandello que se llama «El otro hijo» —dijo Susanne—. Trata de una madre siciliana que les entrega cartas a todos los que sabe que van a emigrar a América para que puedan pasárselas a sus dos hijos, que habían emigrado varios años antes, pero de los que nunca tuvo noticias. Ella se siente desgarrada por el dolor de la separación. Sin embargo, en realidad esos hijos nunca se han preocupado por ella, mientras que el tercero, que se ha quedado a su lado, es lo más afectuoso y devoto que un hijo puede ser. Luego nos enteramos de que, años antes, en la época en que aquella madre era una mujer joven, un famoso bandido había arrasado la aldea con su pandilla. Una vez allí la había violado brutalmente y, como resultado, ella había quedado embarazada. Cuando el chico

creció, a pesar de ser un muchacho sensible y cariñoso, desarrolló una complejidad enorme y se convirtió en la imagen de su padre natural, el bandido. Y, cada vez que la madre veía a ese hijo devoto y cariñoso no sentía más que odio y desprecio. Él no era su padre, pero lo único que ella veía era la reencarnación del bandido que la había violado. Es una historia trágica y escrita de una manera bellísima. Pero también nos afecta porque es algo que todos hacemos: vemos continuidad en la gente.

—Pero ese cuento es sobre la apariencia, sobre una semejanza física entre padre e hijo. La personalidad del hijo era totalmente diferente —dijo Fabel.

—Cierto —respondió Susanne—. Pero la madre sospechaba que la persona que se encontraba debajo de esa semejanza superficial era, de alguna manera, la misma. Una variación sobre el mismo tema.

—Recuerdo —intervino Henk Hermann, con actitud pensativa— que cuando yo era niño me cansaba de que mi madre y mi abuela siempre estuvieran diciendo lo mucho que yo me parecía a mi abuelo. El aspecto, los modales, la personalidad... todo el paquete. Yo estaba harto de que me dijeran: «Oh, eso lo hacía tu abuelo...» o «¿No es la viva imagen de su abuelo...?». Para mí él era una persona que estaba enterrada, literalmente, en la historia. Había muerto en la guerra, ¿sabéis? Había fotografías suyas por toda la casa y yo no entendía de qué parecido hablaban. Luego, cuando mi abuela murió y yo era ya adulto, volví a encontrar todas esas fotografías suyas. Y era yo. Incluso había una foto en la que aparecía con su uniforme de la Wehrmacht. Os diré que fue una experiencia bastante inquietante, ver mi cara en ese uniforme. Realmente te hace pensar. Quiero decir, alguien como yo, que tuviera que vivir en aquellos tiempos...

Pasaron a un nuevo tema, pero Fabel notó que Henk pareció más reservado que lo normal durante el resto de la noche y se arrepintió de haber traído a colación ese asunto.

El bar estaba justo en la esquina del apartamento de Fabel y él y Susanne fueron andando hasta allí. Cuando llegaron, Fabel abrió la puerta del apartamento e hizo un movimiento exageradamente caballeresco con el brazo para indicarle a Susanne que entrara al apartamento antes que él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella—. Debes de estar agotado.

—Sobreviviré... —dijo él y la besó—. Gracias por preocuparte. —Encendió la luz.

Los dos lo vieron al mismo tiempo.

Fabel oyó el penetrante alarido de Susanne y le sorprendió sentir que todo resto de borrachera desaparecía de inmediato de su cuerpo, arrasado por la oleada de terror que los cubrió a ambos.

Fabel atravesó la sala corriendo. Desenfundó su arma automática reglamentaria y echó la corredera hacia atrás para meter una bala en la recámara. Se volvió hacia

Susanne. Ella estaba paralizada, con ambas manos en la boca y los ojos bien abiertos de la impresión. Fabel levantó la mano, indicándole que se quedase donde estaba. Se acercó al dormitorio, abrió la puerta de golpe y entró, recorriendo la habitación con la mira del arma. Nada. Encendió la luz del dormitorio para volver a verificarlo y luego pasó al baño.

El apartamento estaba vacío.

Se acercó hacia ella, dejando el arma sobre la mesa lateral mientras atravesaba la sala. La rodeó con un brazo y la guió hacia el dormitorio, poniendo su cuerpo entre ella y el ventanal de su apartamento.

—Quédate aquí dentro, Susanne. Pediré ayuda.

—Por Dios, Jan... en tu propia casa... —Su cara había perdido todo el color y su maquillaje manchado de lágrimas se destacaba crudamente contra su palidez.

Él cerró la puerta del dormitorio con ella dentro y volvió a cruzar la sala, cuidándose de mirar aquel ventanal que le había dado tanto placer, con esa vista siempre cambiante del Alster. Abrió el teléfono y presionó el botón de marcación rápida donde tenía grabado el teléfono del Präsidium. Habló con el Kommissar que estaba de turno en la brigada de Homicidios, le dijo que Anna Wolff, Henk Hermann, Maria Klee y Werner Meyer estarían de regreso a sus respectivas casas y le indicó que los llamara a sus teléfonos móviles y les transmitiera la orden de que se dirigieran a su apartamento.

—Pero, antes que nada —dijo, oyendo su propia voz monótona y apagada en el silencio de su apartamento—, mande un equipo forense completo. Tengo una escena secundaria de homicidio aquí.

Colgó, apoyó la mano sobre el teléfono un momento y siguió dándole la espalda al ventanal deliberadamente. Luego se volvió.

En el centro de la ventana, apretado y adherido al vidrio por su propia viscosidad y por tiras de cinta aisladora, había un cuero cabelludo humano. Unos gruesos riachuelos de sangre y tinte roja surcaban el cristal. Fabel sintió náuseas y apartó la mirada, pero se dio cuenta de que no podía quitarse la imagen de la cabeza. Logró avanzar hacia el dormitorio y hacia el sonido de los sollozos de Susanne. En la distancia, oyó el creciente clamor de sirenas policiales que se acercaban a él por la Mittelweg.

1.45 H, PÖSELDORF, HAMBURGO

Fabel dispuso que una agente llevara a Susanne a su propio apartamento y se quedara allí con ella. Susanne se había recuperado significativamente de la impresión y había tratado de poner distancia profesional con lo ocurrido, como psicóloga forense en activo. Pero la verdad era que aquel asesino había entrado en la vida personal de Fabel y Susanne. Era la primera vez que ocurría algo así. Fabel trató de contener la furia que bullía en su interior. Su casa. Aquel cabrón había estado allí, en su espacio

privado. Y eso significaba que sabía más sobre Fabel que lo que éste sabía sobre él. También significaba que a Susanne habría que vigilarla. Protegerla.

Acudieron todos los miembros del equipo. La impresión y la ira eran evidentes en su cara, incluso en la de Maria Klee. Su novio, Frank Grueber, estaba a cargo del grupo de forenses que trabajarían en el lugar, pero como se había dado cuenta de que su propio jefe tenía una íntima relación profesional y personal con Fabel, había llamado a Holger Brauner a su casa. Brauner se presentó minutos después de los otros y, si bien permitió que Grueber procesara la escena, examinó cada muestra, cada rincón, personalmente.

Fabel sentía náuseas. La impresión y el horror a los que él y Susanne habían tenido que enfrentarse, la bebida que había consumido antes, el cansancio acumulado producto de no haber dormido durante dos días y la violación de su espacio personal, todo aquello se combinaba en un repugnante remolino en su estómago. Su apartamento era demasiado pequeño para que entraran todos y los miembros de la brigada se quedaron fuera, en el rellano. Fabel ya había tenido que lidiar con los vecinos, que exhibían esa curiosidad excitada y alarmada que él ya había visto en innumerables escenas de crímenes. Pero eran sus vecinos. Esa escena del crimen era su propia casa.

Cobró conciencia de que su gente había iniciado alguna clase de debate en el rellano y luego Maria se separó de los otros y se le acercó, recogiendo a Grueber en el camino.

—Escucha, *chef* —dijo Maria—. He hablado con los otros. Tú no puedes quedarte aquí, y me parece que la doctora Eckhardt necesita un tiempo para recuperarse de todo esto. Tendrás que alojarte en casa de alguno de nosotros al menos un par de noches. Para procesar esta escena hacen falta muchas horas y después... bueno, no te conviene permanecer aquí. Werner ha dicho que puedes quedarte en su casa con su esposa, pero estarían un poco estrechos. Así que hablé con Frank al respecto.

—Tengo una casa grande en Osdorf —dijo Grueber—. Con muchísimas habitaciones. ¿Por qué no empaca unas cuantas cosas? Puede quedarse todo el tiempo que haga falta.

—Gracias. Muchas gracias. Pero prefiero ir a un hotel.

—Creo que debería aceptar la oferta de Herr Grueber. —La voz salió de detrás de Fabel. El Kriminaldirektor Horst van Heiden estaba en la escalera. Fabel pareció sorprendido durante un momento. Le agradaba el hecho de que su jefe se hubiera tomado la molestia de acudir en persona en medio de la noche. Pero luego se dio cuenta del significado.

—¿Le preocupa mi cuenta de gastos? —Fabel sonrió débilmente ante su propio chiste.

—Sólo creo que el apartamento de Herr Grueber sería más seguro que un hotel. Hasta que cojamos a este maníaco, usted estará bajo protección personal, Fabel.

Pondremos un par de agentes fuera de la casa de Herr Grueber. —Van Heiden echó una mirada a Grueber buscando la formalidad de su aprobación. Grueber asintió con un movimiento de la cabeza.

—De acuerdo —dijo Fabel—. Gracias. Juntaré algunas cosas más tarde.

—Está decidido, entonces —dijo Van Heiden. Grueber cogió las llaves del coche de Fabel y dijo que Maria lo llevaría a su casa y él volvería con el coche de Fabel una vez que terminara de procesar la escena.

—Gracias, Frank —dijo Fabel—. Pero antes tengo que ir al Präsidium. Tenemos que tratar de entender qué significa todo esto.

Van Heiden cogió a Fabel del codo y lo guió hacia una esquina. A pesar de la niebla del cansancio que parecía borrar cada pensamiento, Fabel no pudo evitar preguntarse cómo se las arreglaba Van Heiden para parecer tan atildado a las dos de la mañana.

—Esto es un mal asunto, Fabel. No me gusta nada que este hombre lo eligiera a usted como blanco. ¿Sabemos cómo ha entrado?

—Hasta ahora los forenses no han logrado encontrar ningún indicio de entrada forzada. Y, como suele ocurrir con este criminal, no ha dejado prácticamente ningún rastro de su presencia en la escena. —Fabel sintió otro vuelco en el estómago cuando se refirió a su propia casa como «la escena».

—Entonces no sabemos cómo entró —dijo Van Heiden—. Y sólo Dios sabe cómo averiguó dónde vive usted.

—Tenemos una pregunta mucho más urgente... —Fabel señaló con un movimiento de la cabeza el cristal de la ventana, donde estaban el pelo y la piel teñidos de un fuerte color rojo—. Y esa pregunta es: ¿a quién pertenece ese cuero cabelludo?

2.00 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, HAMBURGO

Todos los miembros de la Mordkommission estaban presentes. A Fabel lo incomodaba el hecho de que Van Heiden sintiera que su presencia constante era, por alguna razón, necesaria. Todos tenían las expresiones antinaturales de quienes deberían estar exhaustos, pero sin embargo están tensos, con un nerviosismo eléctrico. Al mismo Fabel le resultaba difícil concentrarse, pero era consciente de que de él dependía que el equipo, y él mismo, recuperaran la compostura.

—Los forenses siguen procesando la escena —dijo—. Pero todos sabemos que sólo obtendremos lo que este tipo decida que obtengamos. Esta escena difiere de las otras en dos aspectos. Primero, tenemos el cuero cabelludo pero falta el cuerpo. Y debe de haber un cuerpo en alguna parte. Segundo, ahora sabemos con seguridad que el asesino usa los cueros cabelludos para mandar un mensaje. En este caso, dirigido a mí. Alguna clase de advertencia o amenaza. De modo que, si seguimos la lógica, los

cueros cabelludos de las otras escenas también intentaban mandar un mensaje. Pero ¿a quién?

—¿A nosotros? —Anna Wolff estaba desplomada en una silla. Su cara estaba despojada de su habitual pintalabios y maquillaje, y se la veía pálida y cansada bajo su mata de pelo negro—. Tal vez crea que está hostigando a la policía de esa manera. Después de todo, ya hemos pasado por algo así antes. Y el hecho de que utilizara la residencia de uno de nosotros para su exhibición parecería apoyar esta teoría.

—No lo sé —dijo Fabel—. Si fueran sólo los cueros cabelludos, podría ser. Pero esto de teñir el pelo de rojo... Si nos habla a nosotros, entonces utiliza un vocabulario que no entendemos. Tal vez, en lugar de eso, está hablando a través de nosotros. Tengo la sensación de que su público son otras personas.

—Eso es posible, pero ¿quién es la tercera víctima? —Van Heiden se puso de pie y se acercó al tablero de la investigación. Examinó las imágenes de ambas víctimas—. Si esto tiene que ver con sus historias, entonces debemos suponer que tenemos otra víctima de entre cincuenta y sesenta años en alguna parte.

—A menos... —Anna se puso de pie como si la hubiera picado un insecto.

—¿A menos qué? —preguntó Fabel.

—El tipo que arrestaron. El testigo potencial. ¿No crees que...?

—¿Un testigo? —Van Heiden parecía sorprendido.

—¿Schüler? Lo dudo. —Fabel hizo una pausa. Pensó en cómo había amenazado a aquel delincuente de poca monta con el espectro del asesino que arrancaba cueros cabelludos. No podía ser; no había manera de que el asesino se enterara de su existencia—. Anna... tú y Henk id a ver cómo está, sólo por si acaso.

—¿Qué es esto de un testigo, Fabel? —dijo Van Heiden—. No me ha dicho nada sobre que tenía un testigo.

—No lo es. Es el tipo que robó la bicicleta de la casa de Hauser. Vio a alguien en el apartamento, pero sólo pudo darnos una descripción parcial y muy vaga.

Después de que Anna y Henk se marcharan, Fabel recapituló el caso con el resto del equipo. No tenían nada. Ninguna pista. El asesino era tan talentoso para eliminar su presencia forense de la escena que dependían exclusivamente de lo que pudieran deducir por la selección de las víctimas, lo que no les dejaba otra cosa que la sospecha de que todo aquello estaba conectado con su pasado político.

—Hagamos un intervalo —dijo Fabel—. Creo que a todos nos vendría bien un poco de café.

La cafetería del Polizeipräsidium estaba prácticamente vacía. Había un par de policías uniformados sentados en una esquina, charlando en voz baja. Fabel, Van Heiden, Werner y Maria recogieron sus tazas de café y se abrieron paso hasta una mesa que estaba en el extremo opuesto de la cafetería, lo más alejada posible de la de los dos agentes. Se produjo un silencio incómodo.

—¿Por qué lo ha escogido a usted, Fabel? —preguntó Van Heiden por fin.

—Tal vez fuera sólo para probar que puede —dijo Werner—. Para mostrarnos lo astuto y poderoso que es. Y lo peligroso que es.

—¿Realmente cree que puede espantar a la policía? ¿Qué dejaremos el caso?

—Claro que no —dijo Fabel—. Pero creo que Werner tiene razón. El otro día recibí una extraña llamada telefónica en el coche. En el momento pensé que era una broma pesada, pero ahora estoy bastante seguro de que era el hombre que buscamos. Tal vez sienta que puede disminuir mi eficacia, sacudirme un poco, por así decirlo. Y lo ha logrado, maldita sea. Incluso es posible que espere que me aparten del caso si logra que me afecte demasiado en lo personal.

Otro silencio. De pronto, Fabel sintió deseos de estar solo. Necesitaba tiempo para pensar. Primero tenía que dormir, luego pensar. Sentía una presión cada vez mayor en la cabeza. Se dio cuenta de que la presencia de Van Heiden, más allá de lo buenas que fueran sus intenciones, le impedía razonar con claridad. Le dio un sorbo a su café y le supo amargo y arenoso en la boca. La presión de su cabeza aumentó y se sintió acalorado y sudoroso. Sucio.

—Perdónenme un momento —dijo, y se dirigió a los baños de hombres. Se salpicó agua en la cara, pero eso no le hizo sentir más fresco ni más limpio. La náusea lo atacó de manera tan repentina que apenas llegó al cubículo antes de vomitar. Su estómago se vació y él continuó dando arcadas, con las entrañas apretándose en espasmos. La náusea pasó y él regresó al lavabo y se enjuagó la boca con agua fría. Volvió a salpicarse la cara; estaba vez sí lo refrescó un poco. Sintió la robusta presencia de Werner a sus espaldas.

—¿Estás bien, Jan?

Fabel cogió unas toallas de papel y se secó la cara, examinándose en el espejo. Se le veía cansado. Viejo. Un poco asustado.

—Estoy bien. —Se enderezó y tiró las toallas a la papelera—. En serio. Ha sido un día bastante largo. Incluyendo la noche.

—Lo atraparemos, Jan. No te preocupes. No se saldrá con la suya...

El sonido del teléfono móvil de Fabel interrumpió a Werner.

—Hola, *chef*... —Fabel se dio cuenta por el tono, por aquel débil temblor en la voz de Anna Wolff, de lo que estaba a punto de decir—. Yo tenía razón, *chef*, era él. Ese cabrón mató a Schüler.

15.00 H, OSDORF, HAMBURGO

Fabel se despertó y sintió el pánico de los que están perdidos.

Una insinuación de luz diurna se filtraba por los bordes de las cortinas pesadas y oscuras que colgaba sobre una ventana que no debería estar allí. Estaba acostado en una cama que era más pequeña de lo que debería y que se encontraba en una posición incorrecta y en el cuarto equivocado. Por un momento que pareció estirarse hasta el

infinito, no pudo deducir dónde estaba ni por qué estaba allí. Sentía una desorientación total, y el corazón golpeó en su pecho como un martillo.

Cuando se acordó, fue en etapas. Cada uno de los fragmentos de su historia reciente chocó contra él como un tren expreso. Recordó el horror de su apartamento, la nauseabunda violación de su hogar; el grito de Susanne; la presencia de un preocupado Van Heiden; el vómito en el baño de la cafetería. El recuerdo de un momento de relajación con Susanne y su grupo parecía estar a toda una vida de distancia.

Estaba en la casa de Frank Grueber. Ahora lo recordaba. Habían llegado a un acuerdo. Él había preparado una maleta y un bolso y Maria Klee le había llevado a través de la ciudad hasta Osdorf. Van Heiden había dispuesto que hubiera un coche patrulla, plateado y azul, en la puerta.

Recordó también el momento antes de venir aquí. Más horror. Esta vez había sido un horror triste y patético: Leonard Schüler, a quien Fabel había tratado con tanto empeño de atemorizar, sentado y atado en la silla de su escuálido apartamentito, con el cuero cabelludo arrancado y la garganta abierta de un tajo, su cara muerta manchada de sangre, de tintura roja. De lágrimas.

Cuando estaban allí, reunidos alrededor del cuerpo sentado de Schüler, todos tuvieron el mismo y terrible pensamiento que ardió en la mente de Fabel, pero nadie se atrevió a expresarlo en voz alta: el hecho de que las amenazas de Fabel, aquella terrible ficción que había usado para asustar a aquel delincuente de poca monta, se habían hecho realidad. Fabel cogió del brazo a Frank Grueber, que estaba al frente del equipo forense de la escena, y le rogó:

—Encuéntreme algo para seguir adelante. Cualquier cosa. Por favor...

Fabel giró las piernas y se sentó en el borde de la cama. Apoyó los codos en las rodillas y se cubrió la cabeza, que le seguía martillando de una manera nauseabunda. Se sentía abatido y exhausto. Era como si una niebla densa y húmeda se hubiera formado a su alrededor, penetrando en su cerebro, nublandole el raciocinio y haciendo que le pesaran y le dolieran brazos y piernas. Trató de pensar a qué le recordaba aquella asquerosa sensación en el centro de su pecho; entonces lo vio claro. Le recordaba a la angustia, como una forma atenuada del dolor desgarrador que había sentido cuando perdió a su padre. Y a cuando su matrimonio murió. Fabel se sentó en el borde de una cama extraña y se preguntó qué era aquello que estaba lamentando. Algo precioso, algo especial, que había mantenido separado del mundo de su trabajo, había sido violado. No era un hombre nada supersticioso, pero volvió a pensar en que había roto la regla tácita de no hablar del trabajo con Susanne, y lo había hecho en su propio apartamento. Era casi como si hubiera abierto una puerta y la oscuridad que tanto se había esforzado por mantener fuera de su mundo personal hubiera entrado en oleadas. Después de casi veinte años, sus dos vidas habían chocado entre sí.

Encontró la luz de la mesilla de noche y la encendió. La repentina y dolorosa luminosidad le hizo parpadear. Miró su reloj: eran las tres de la tarde. Sólo había

dormido tres horas. Había quedado asombrado por el tamaño y la comodidad del apartamento de Grueber. «Padres con dinero... mucho dinero...», le había explicado Maria en un burlón tono de conspiración, como un desacostumbrado intento de humor que había sido torpe e inapropiado. Grueber le había hecho pasar a un amplio dormitorio de huéspedes que tenía prácticamente el mismo tamaño que la sala del apartamento de Fabel. El policía se arrastró de la cama y avanzó hacia el baño en *suite*. Se afeitó antes de darse una ducha fría que no le ayudó mucho a librarse de la sensación de estar contaminado. Lo había visto muchas veces, en las víctimas o testigos de actos violentos. Pero nunca lo había sentido. De modo que era así.

Fabel imaginó que Maria y Grueber todavía estarían en la cama y no quiso interrumpir el descanso que ambos necesitarían después de una noche tan extenuante. Los había visto juntos cuando llegaron a la casa. Grueber siempre le había caído bien y le pareció triste, aunque estaba claro que él le tenía mucho cariño a Maria, que no funcionaran como pareja. Claro que a esa altura Fabel ya sabía cuál era la razón de la falta de intimidad entre Maria y Grueber, y entendía la cautela con la que Grueber exteriorizaba cualquier clase de afecto físico. Pero le entristecía ver a dos jóvenes que evidentemente albergaban fuertes sentimientos el uno hacia el otro incapaces de funcionar plenamente como pareja debido a una pared invisible entre ellos.

El apartamento tenía dos plantas y, después de darse una ducha y vestirse, Fabel bajó a la cocina. Una breve búsqueda le hizo descubrir un poco de té. Se preparó una taza y se sentó en la gran mesa de roble de la cocina. Oyó el sonido de alguien que bajaba por la escalera y Grueber entró en la habitación. Se le veía notablemente refrescado y Fabel sintió un poco de envidia de esa energía juvenil.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Grueber.

—Más o menos. ¿Dónde está Maria?

—Está tratando de dormir un par de horas más. ¿Quiere que la despierte?

—No... No, déjela. Pero yo tengo que volver al Präsidium. No podemos permitir que este rastro se enfríe.

—Me temo que está enfriándose en este mismo momento —dijo Grueber en tono de disculpa—. He hecho todo lo posible, en serio. Pero no hemos logrado encontrar nada en ninguna de las dos escenas que pueda ayudarnos a identificar a ese demente. Sí dejó su característico pelo rojo... esta vez en su apartamento, no en la escena principal del crimen. Llamé a Holger Brauner mientras usted dormía. Dijo que el pelo era idéntico a los otros dos y es de la misma antigüedad, entre veinte y treinta años.

—¿Nada más? —Había un tono de lúgubre incredulidad en la voz de Fabel. Un golpe de suerte; eso era lo único que necesitaba. Que el asesino se descuidara una sola vez.

—Me temo que no.

—*Shit* —dijo Fabel, «mierda» en inglés—. No puedo creer que este cabrón pueda entrar en mi apartamento y pegar un cuero cabelludo humano en una ventana sin dejar rastros.

—Lo siento —dijo Grueber, ya un poco a la defensiva—. Pero es así. Tanto Herr Brauner como yo revisamos una y otra vez ambas escenas. Si hubiera algo, lo habríamos encontrado.

—Lo sé... Lo lamento, no quise insinuar que no las hubieran procesado correctamente. Es sólo que... —Fabel dejó que la frase se apagara con un gesto de impotencia y frustración. Su propio equipo había interrogado a los vecinos una y otra vez; nadie había visto a nadie entrar o salir de su apartamento. Era como si se enfrentaran a un fantasma.

—Sea quien sea el asesino —dijo Grueber—, siempre tengo una sensación muy extraña... casi como si desprocesara la escena antes de marcharse. Como si conociera técnicas forenses.

—¿Por qué, por la forma en que limpia cuando termina?

—Más que eso. —Grueber frunció el ceño, como si intentara concentrarse en algo que estaba más allá de su alcance—. Yo creo que hay tres etapas. Primero, tiene que llegar muy preparado e instalar algo para proteger la escena. Alguna clase de lámina, tal vez, y es posible que incluso utilice alguna clase de ropa protectora que evite que deje rastros en la escena. En segundo lugar, tiene que limpiar después de cada homicidio. Culpamos a aquella mujer, la limpiadora, por destruir evidencias forenses. Ella no hizo nada de eso. Seguramente no había nada que destruir. Luego deja su firma... ese solitario pelo antiguo de color rojo, y lo hace de manera que se asegura de que lo encontremos. Por eso digo que es como si entendiera la forma en que procesamos una escena.

—Pero la primera vez casi no lo encontraron —dijo Fabel.

—Eso sí fue culpa de la mujer de la limpieza. Lo había blanqueado parcialmente y lo había empujado dentro de la juntura, en el borde la bañera. Imagino que el asesino lo dejó en algún lugar más obvio.

—No estará sugiriendo que nos enfrentamos a un técnico forense, ¿verdad?

Grueber se encogió de hombros.

—O tal vez haya leído mucho sobre técnicas forenses.

Fabel se puso de pie.

—Voy al Präsidium...

—Si quiere mi opinión —dijo Grueber, sirviéndole a Fabel una segunda taza de té—. Debería descansar el resto del día. Más allá de quién sea el asesino y de si tiene o no experiencia forense, es un tipo listo, y le gusta probarlo. Pero, como los dos lo sabemos, estas personas jamás son tan listas como sus egos les hacen creer. En algún momento se descuidará. Y lo atraparemos.

—¿Usted cree? —dijo Fabel en tono de desesperación—. Después de lo de anoche, ya no estoy nada seguro.

—Bueno, lo que realmente creo es que debería quedarse aquí a descansar. Cuanto más refrescado esté, mejor podrá pensar. —Fabel le lanzó una mirada de furia a

Grueber, y el joven levantó las manos—. Ya sabe a lo que me refiero... En cualquier caso, como ya le he dicho, está usted en su casa. De hecho... sígame...

Grueber hizo salir a Fabel de la cocina y lo guió por un pasillo que daba a una habitación amplia y luminosa que había convertido en un estudio. Las paredes estaban forradas de estanterías y había dos escritorios: uno era claramente un escritorio normal de trabajo, con un ordenador, blocs y carpetas; el otro se utilizaba como una especie de banco de trabajo. Lo que llamó la atención de Fabel era la efigie de barro de una cabeza, puntuada a intervalos regulares, como puntos en una cuadrícula, con pequeñas estaquillas blancas.

—Pensé que esta habitación le interesaría... Aquí es donde me ocupo de mi trabajo nocturno. Y hago la mayoría de mis investigaciones.

Fabel se acercó y examinó la cabeza de barro.

—Había oído hablar de esto —dijo—. Me lo contó Holger Brauner. Entiendo que es usted todo un experto en reconstrucciones.

—Me contento con decir que esto me mantiene bastante ocupado en mi tiempo libre. La mayor parte de lo que hago se relaciona con la arqueología, pero tengo la esperanza de poder utilizarlo para identificaciones forenses, cuando se descubre un cuerpo que está demasiado descompuesto para su identificación.

—Sí... eso nos sería muy útil. ¿Hay un cráneo debajo de esto? —preguntó Fabel. A pesar de su cansancio, no pudo evitar sentirse fascinado. Se dio cuenta de que Grueber había añadido capas de tejido blando a los huesos. Primero los músculos principales, luego los tendones más pequeños. Era una representación perfecta de una cara humana, a la que le faltaba la capa externa de grasa y piel. A Fabel le parecía ver en ella una suerte de precisión anatómica. Y, de una manera extraña, era hermosa. La ciencia convertida en arte.

—Sí —contestó Grueber—. Bueno, no, el original no. Me mandaron un vaciado de la universidad. Hicieron un molde de alginato y el vaciado que crearon es una reproducción absolutamente perfecta del cráneo original. En eso baso mis reconstrucciones.

—¿Quién es? —Fabel examinó los detalles de la obra de Grueber. Era como mirar uno de los dibujos anatómicos de Da Vinci.

—Esa mujer viene de Schleswig-Holstein. Pero de una época en que no existía el concepto de Schleswig-Holstein ni de Alemania y el idioma que hablaba no tenía ninguna relación con el alemán. Hablaba una especie de protocelta. Y lo más probable es que perteneciera a los ambronios o los cimbrios. Eso significaría que lo más parecido hoy en día a su lengua nativa sería el galés moderno.

—Es... hermosa —dijo Fabel.

—Sí, ¿verdad? Creo que la terminaré en un par de semanas. Lo único que me queda por hacer es añadir el tejido blando sobre la capa muscular. Eso es lo que hace que el modelo parezca vivo.

—¿Cómo juzga el espesor del tejido? —preguntó Fabel—. Deben de ser sólo conjeturas, ¿no?

—En realidad no. Existen lineamientos para el espesor del tejido facial según los grupos étnicos. Es evidente que ella pudo haber sido gorda o particularmente delgada. Pero viene de una época en que no había excedentes de comida, y la vida cotidiana era mucho más extenuante que la de hoy. Creo que lograré acercarme bastante al aspecto que tenía dos mil doscientos años atrás.

Fabel meneó la cabeza, maravillado. Como le había ocurrido con la imagen del Hombre de Cherchen que le había mostrado Severts, otra vez se le abría una ventana a una vida que ardió y se extinguió dos milenios antes de que él naciera.

—¿Usted trabaja mayormente con cuerpos de los pantanos? —preguntó.

—No. He reconstruido soldados muertos durante las guerras napoleónicas, víctimas de pestes de finales de la Edad Media, y tengo mucho trabajo con momias egipcias. Ésas son las que más me gustan... por su antigüedad, supongo. Y por el exotismo de su cultura. Es extraño, con frecuencia me siento hermanado con aquellos cirujanos sacerdotes que disponían los cuerpos de sus reyes, reinas y faraones para la momificación. Estaban preparando a sus amos para la reencarnación, el renacimiento. Muchas veces siento que estoy cumpliendo esa tarea... devolviéndole la vida a las momias que ellos prepararon.

Fabel recordó que el arqueólogo Severts le había dicho algo prácticamente idéntico.

—Para mí, lo más importante —prosiguió Grueber— es crear algo preciso. Fiel. Hago esto por la misma razón por la que decidí estudiar arqueología y por la que luego me convertí en especialista forense. La misma razón por la que usted y Maria son investigadores de homicidios. Todos creemos lo mismo... que la verdad es lo que le debemos a los muertos.

—Después de anoche, yo ya no sé por qué hago lo que hago, para ser honesto —dijo Fabel. Miró la expresión de entusiasmo e interés de Grueber. Fabel había estado muy preocupado por Maria, pero no imaginaba que pudiera encontrar a alguien mejor que aquel hombre para ella.

—Fíjese en esto. —Grueber señaló un lado de la cabeza reconstruida, por encima de la sien—. Este músculo es el primero que aplicamos, el temporal. Y esto... —Señaló una amplia lámina de músculo en la frente— es el músculo occipitofrontal. Son los más grandes de la cabeza y la cara de un hombre. Cuando el asesino levanta el cuero cabelludo, practica un corte que abarca toda la circunferencia del cráneo. —Cogió un lápiz y, sin tocar la superficie de arcilla, trazó un arco alrededor de los músculos que había descrito—. Es relativamente fácil quitar un cuero cabelludo. Si se corta a través de toda la dermis dando la vuelta completa, luego uno puede tirar hacia arriba con poco esfuerzo. El cuero cabelludo, básicamente, está apoyado sobre la capa muscular y anclado por un tejido conector. Los últimos dos cueros cabelludos fueron quitados de esa manera, pero hizo un corte mucho más profundo en la primera

víctima, Hauser. ¿Recuerda que casi se veía como si frunciera el ceño? Eso se debía a que el músculo occipitofrontal estaba seccionado, lo que había encogido la frente a la altura de las cejas. —Grueber dejó caer el lápiz sobre la mesa—. Está haciéndose más eficiente. Nuestro arrancador de cueros cabelludos está perfeccionando su técnica.

Por un momento, Fabel se sintió transportado nuevamente a la noche antes, a su apartamento. Al ejemplo de esa «técnica» que el asesino le había dejado a él.

—Como he dicho —continuó Grueber—, este tipo no es tan inteligente como cree. Sé que no es mucho, pero al menos prueba que no siempre lo hace todo a la perfección. —Suspiró—. En cualquier caso, pensé que le interesaría mi biblioteca. Maria me dijo que usted estudió historia. Yo he estudiado arqueología... Por favor, coja cualquier cosa que quiera leer mientras esté aquí. Yo debo seguir trabajando... tengo que ocuparme de un par de cosas y no he tenido una noche tan extenuante como la suya.

Después de que Grueber se marchara, Fabel se sentó y examinó la cabeza parcialmente reconstruida. Era como si quisiera hablar, flexionar sus músculos sin carne y mover la boca para susurrar el nombre del monstruo al que estaba persiguiendo. Estaba claro que Grueber debía de tener mucho dinero para darse el gusto de poseer un lugar como ése. Los muebles eran antiguos, en su mayoría, y ofrecían un fuerte contraste con el ordenador y los otros equipos de la sala, que eran claramente caros y de última generación.

La curiosa mezcla de elementos profesionales y personales del estudio le hizo recordar a Fabel la habitación en la que habían hallado el cuerpo de Gunter Griebel, aunque en este ámbito se había gastado bastante más dinero. Esa semejanza lo perturbó, y por un segundo su imaginación lo llevó a un lugar en el que no quería estar: ¿y si el chiflado al que estaban persiguiendo empezaba a volcar su atención en Fabel y su equipo? En una imagen espontánea y repentina que se formó en su mente, Fabel vio al joven Frank Grueber atado a su antigua silla de cuero, con la coronilla desfigurada. Pensó en Maria, que ya había sobrevivido al horror de una puñalada, durmiendo arriba, y cómo su experiencia le había hecho desarrollar una fobia al contacto físico. Volvió a recordar la forma en que, durante aquella misma investigación anterior, Anna había sido drogada y secuestrada. Y ahora se había producido aquella atrocidad en su propia casa.

Fabel sintió el impulso de coger las llaves y salir corriendo hacia el Präsidium, pero Grueber tenía razón: estaba demasiado exhausto y confuso para ser de utilidad. Descansaría un par de horas más, incluso trataría de dormir, antes de reincorporarse.

Se acercó a las estanterías de nogal. Fabel siempre se sentía reconfortado si estaba rodeado de libros y la colección de Grueber era extensa pero no muy variada en cuanto a temática. La arqueología era el tema principal de aquella biblioteca; el resto de los libros trataban de historia de diferentes períodos, geología, tecnología, metodología y anatomía forense. Todo lo que no era arqueología estaba relacionado con esa disciplina. Fabel cogió un par de volúmenes de los anaqueles y se desplomó

en la antigua silla de cuero Chesterfield. El primer libro que había llamado su atención era sobre momias. Se trataba de un libro de gran formato con grandes láminas satinadas a todo color, y Fabel encontró en él exactamente la misma fotografía del Hombre de Cherchen que le había enseñado Severts. Una vez más, Fabel se sintió admirado al ver el rostro perfectamente conservado de un hombre de cincuenta y cinco años que había muerto tres mil años antes de que Fabel naciera. Leyó durante un minuto y luego volvió a hojear el libro hasta que encontró la imagen igualmente sorprendente del Hombre de Neu Versen: Franz *el Rojo*. Sintió un vuelco en el estómago cuando contempló esa calavera, que casi era un esqueleto, con su poblada mata de pelo rojo. Le recordaba los cueros cabelludos que el asesino había arrancado y dejado en cada escena. El libro detallaba el descubrimiento de Franz *el Rojo* en Bourtanger Moor, cerca del pequeño pueblo de Neu Versen, en noviembre de 1900. También proponía una hipótesis sobre la naturaleza de la vida y la muerte de Franz *el Rojo*. Decía que, en vida, había sido herido en una batalla. Y que esa vida había llegado a su fin porque le habían cortado la garganta, tal vez en una ceremonia ritual, antes de que lo sumergieran en el oscuro tremedal de Bourtanger Moor. Hojeó más páginas. En cada una de esas láminas a todo color había una cara del pasado, conservada en húmedos pantanos o en áridos desiertos, o preparada para la otra vida por los sacerdotes cirujanos que había mencionado Grueber. Fabel trató de leer, de concentrarse en algo que apartara su mente de todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas, pero sentía los párpados pesados como si fueran de plomo.

Se quedó dormido.

Llevaba bastante tiempo sin tener uno de sus sueños. Y había pasado aún más desde que había admitido a Susanne que había tenido uno. Sabía que a ella le preocupaba la forma en que las presiones y los horrores del trabajo de Fabel se manifestaban en las nítidas pesadillas que poblaban su mente cuando dormía.

Soñó que estaba en una extensa llanura. Fabel, que había crecido en las verdes llanuras de Ostfriesland, supo que ése era otro sitio, un lugar de lo más extraño. El pasto en el que estaba le llegaba casi hasta los tobillos, pero era seco y quebradizo y del color de los huesos. El horizonte que se veía a lo lejos era tan inflexiblemente chato y luminoso que los ojos le dolían de mirarlo. Encima, un inmenso cielo, descolorido y cargado, sólo interrumpido por unas enfermizas franjas de nubes color óxido.

Fabel giró lentamente 360 grados. Todo se veía igual: una uniformidad ininterrumpida y enloquecedora. Se quedó de pie, preguntándose qué hacer. Caminar no tenía sentido, puesto que no había dónde ir ni hito alguno que lo guiara. Aquél era un mundo sin dirección, sin destino.

De pronto aparecieron unas siluetas en el paisaje, caminando hacia él. No estaban juntas, sino separadas entre sí por cientos de metros, como un grupo separado de camellos cruzando un desierto monótono.

La primera figura se acercó. Era un hombre alto y delgado, vestido con ropas de colores fuertes. Tenía una barba prolijamente recortada y un pelo castaño un poco largo que se agitaba y se enredaba en el aire mientras caminaba. Fabel extendió la mano, pero la silueta no pareció notar lo y pasó de largo como si no estuviera allí. En ese momento, Fabel vio que la cara de aquel hombre tenía una delgadez antinatural y que sus párpados colgaban hacia abajo de manera irregular. Tenía el labio inferior retorcido, lo que dejaba al descubierto los dientes a un costado de la cara. Fabel lo reconoció. Le extendió la mano al Hombre de Cherchen, pero éste siguió caminando, ciego a la presencia de Fabel. La siguiente figura que pasó a su lado era una mujer muy alta y elegante a quien Fabel reconoció como la Belleza de Loulan.

Pero cuando se aproximó la tercera figura, se oyó un sonido terrible. Como el trueno, pero más fuerte que cualquier trueno que Fabel hubiera oído antes. Sintió que la tierra seca se sacudía y se agrietaba a sus pies, agitando el pasto seco y, de pronto, todo a su alrededor, empezaron a salir del suelo unos edificios rotos y negros, como dientes irregulares y ennegrecidos. La tercera figura era más pequeña que las otras y tenía ropa moderna. Se acercó: era un joven de pelo delgado, ralo y rubio, vestido con un traje de sarga azul que le iba demasiado grande. Para cuando llegó junto a Fabel, una fea ciudad negra de angulosos edificios, tan vacíos como la muerte, había crecido alrededor de ellos. Al igual que las otras momias que habían pasado de largo a Fabel, las mejillas de aquel joven eran huecas y sus ojos estaban hundidos y cubiertos de sombras. Al caminar, extendió un brazo rígidamente, en el mismo gesto congelado por la muerte que tenía cuando Fabel lo había visto por primera vez, semienterrado en la arena de la línea costera del Elba. Cuando llegó junto a Fabel no se limitó a pasar de largo como los otros. En cambio, inclinó la cabeza y miró, con sus ojos huecos, aquel cielo inmenso y sombrío.

Fabel también alzó la mirada. El cielo se oscureció como si estuviera llenándose de aves, pero reconoció el zumbido sordo y amenazador de antiguos aviones de guerra. El zumbido se hizo más fuerte, ensordecedor, cuando los aviones llegaron encima de ellos. Fabel se quedó allí, mudo e inmóvil, viendo las bombas que caían desde el cielo. Una enorme tormenta empezó a rugir, el aire calcinante giró en remolinos y vibró con tremendos alaridos, y los edificios negros empezaron a resplandecer como carbones encendidos. Sin embargo, Fabel y el joven permanecieron intactos, invulnerables a la tormenta de fuego que bullía a su alrededor.

Durante un momento, el joven miró a Fabel con su cara inexpresiva y sin edad. Luego se volvió y caminó unos pocos pasos hasta el edificio más cercano, que estaba envuelto en llamas y que chupaba vorazmente el aire para alimentar el gran fuego que vivía en su interior. El joven se tumbó delante del edificio, que Fabel supuso que sería el Nicholaikirche, se cubrió con una manta de asfalto derretido y brasas y se durmió, dirigiendo el brazo extendido hacia el edificio incendiado. Fabel se sentó recto, sin salir del todo de su sueño, y durante unos momentos trató de oír el sonido de las

bombas que caían desde arriba. Miró a su alrededor y reconoció el estudio de Grueber, con sus muebles antiguos y caros, sus bibliotecas de nogal y el busto aún no terminado de una chica de Schleswig-Holstein que había muerto muchos años antes.

Fabel miró su reloj: ya eran las seis y media. Había dormido otras dos horas. Todavía sentía el peso del agotamiento en sus brazos, pero al oír movimiento en la cocina fue hacia allí y encontró a Maria Klee bebiendo café.

—¿Estás lo bastante bien como para venir conmigo? —La pregunta sonó más como una declaración de lo que le habría gustado. Maria asintió, se puso de pie y le dio un último sorbo al café—. Bien —dijo él—. Reunamos al equipo. Vamos a revisar todo lo que tenemos. Otra vez. Tiene que haber algo que hayamos pasado por alto.

Mientras salía del apartamento de Grueber, Fabel usó su teléfono móvil para llamar a Susanne y comprobar cómo se encontraba. Ella le dijo que estaba bien, pero había un tono de incertidumbre en su voz que Fabel jamás había oído hasta ese momento. Cogió su chaqueta y sus llaves y salió hacia el coche patrulla, plateado y azul, que los esperaba fuera.

SEGUNDA PARTE

Domingo 11 de septiembre de 2005, veinticuatro días después del primer asesinato

MEDIANOCHE, ALTONA, HAMBURGO

Cada vez venía menos gente a los conciertos.

La mayor disminución de público había tenido lugar en las décadas de 1980 y 1990, coincidiendo con la aparición de una nueva generación de intérpretes. El *schlager*, ese estilo insípido y sensiblero de la música pop alemana, había existido siempre, y su idiotez omnipresente en realidad había ayudado a los cantantes como Cornelius, puesto que su falta absoluta de sustancia ofrecía un contraste con la música de estos cantautores y no hacía más que subrayar su intelectualismo. Pero luego vino el punk, y más tarde el rap, dando voz a la insatisfacción de una generación nueva y apolítica. Y, desde luego, también había que sumar la irresistible oleada de música angloamericana importada. Cada uno de esos estilos, a su manera, había marginalizado a Cornelius y a los que eran como él, desalojándolos del candelero. Y de la radio.

De todas maneras, incluso en aquellos años, el público siempre había acudido a sus conciertos, esos seguidores fieles y constantes que habían crecido y madurado con él. Hasta que cayó el Muro y Alemania volvió a unificarse. La protesta se hizo redundante. Las letras políticas empezaron de pronto a sonar irrelevantes.

Ahora Cornelius tocaba en sótanos y en salas municipales para audiencias de unas cincuenta personas. Otros intérpretes de su misma época sencillamente habían abandonado las giras y vendían sus discos viejos, al igual que Cornelius, desde sus páginas de Internet.

Cornelius necesitaba público. No importaba que fuera reducido. Y siempre ofrecía la mejor actuación posible, incluso cuando sus fans lo asqueaban por la forma en que compensaban su falta de número con un exceso de entusiasmo. Desde el escenario, contemplaba una pequeña masa de cabezas que estaban quedándose calvas o grises, rostros corpulentos o ajados, y revivía para ellos, aunque fuera superficialmente, los recuerdos aburridos y deprimentes de su juventud.

El público de esta noche no era distinto. Cornelius rió e hizo bromas y cantó, tocando las mismas melodías en la misma guitarra que llevaba casi cuarenta años utilizando. Esta noche actuaba en el sótano de una vieja cervecería ubicada entre dos de los canales que se entrelazaban en Hamburgo como los hilos que mantenían unida la fibra de la ciudad. Los miembros del público estaban sentados en bancos, a lo largo

de mesas largas y bajas, bebiendo cerveza y sonriendo estúpidamente, mientras él cantaba. Al parecer, ya ni siquiera tenía el poder de poner a su público en pie.

Aunque sí notó una cara más joven. Era un hombre de unos treinta años, de pie junto a la barra. Era pálido, de pelo muy oscuro. Cornelius no estaba seguro, pero le pareció que lo conocía de algún lado.

Siempre terminaba su actuación con la misma canción. Era su obra característica. Reinhard Mey tenía su *Über den Wolken*; Cornelius Tamm tenía su *Ewigkeit*. Eternidad. Por fin el público se puso de pie con algún esfuerzo, cantando la letra de la canción que prometía que su generación sería eterna. Que triunfarían. Salvo que nada de eso era cierto. Todos se habían rendido a la banalidad y a la mediocridad, Cornelius también.

Después de terminar su actuación, Cornelius pasó a la rutina habitual. Era humillante sentarse a una mesa con un estuche lleno de discos compactos para vender, desde luego, pero encaraba la tarea con el mismo estudiado entusiasmo que había aprendido a poner en sus interpretaciones. En la mayoría de los casos, no vendía más que un puñado. Después de todo, estaba predicando a los conversos, quienes probablemente ya tenían todas sus canciones. Como dirían los capitalistas, su mercado estaba saturado.

De todas maneras, sonrió y charló amablemente con aquellos que se quedaron después de la actuación, hablando con desconocidos como si fueran viejos amigos debido a la vaga relación entre sus cronologías. Pero, en su interior, el alma de Cornelius Tamm gritaba. Había sido la voz de una generación. Le había dado expresión a un momento especial en el tiempo. Había hablado a y por millones de personas enfurecidas contra los pecados de sus padres, contra los pecados de su propia época. Y ahora estaba en una Bierkeller de Hamburgo, vendiendo discos compactos de sus canciones que guardaba en una maleta.

Ya eran casi las dos de la mañana cuando puso en marcha atrás su furgoneta, la acercó a la puerta trasera y cargó el amplificador y los otros equipos. Al hacerlo, Cornelius sintió que cada uno de sus sesenta y dos años se sumaban al peso de los equipos. Había llovido mientras él actuaba y los adoquines del patio detrás de la vieja cervecería brillaban a la luz de la luna. Uno de los empleados del bar lo ayudó a sacar el amplificador, le dijo buenas noches y cerró las puertas, dejando a Cornelius solo en el patio. Él miró la luna y los bordes plateados de los techos que rodeaban el patio. Una sirena pasó gimiendo por la Ost-West Strasse. Pensó en Julia, cálida y fresca y joven en la cama de ambos. Cornelius no tenía nada que hacer a su lado. Ya no pertenecía a ningún lugar, nunca más. Cornelius Tamm contempló la luna desde el patio vacío de una vieja cervecería y se sintió terriblemente solo. Suspiró y cerró con un golpe las puertas traseras de la furgoneta.

Dio un salto cuando vio al joven de rostro pálido y pelo oscuro allí, de pie.

—Hola, Cornelius —dijo el desconocido. Trazó un arco con el brazo y Cornelius alcanzó a ver el negro manchón de algo grande que parecía pesado. Lo que fuera

chocó contra su mejilla, se oyó el sonido de algo al quebrarse y Cornelius sintió un dolor ardiente que estalló en un costado de la cara y bajó por su cuello. Se desplomó al suelo tan rápido que su cerebro no tuvo tiempo de registrar la caída. Sintió la superficie brillante y redondeada de un adoquín contra la mejilla no lastimada y se dio cuenta de que no era la lluvia lo que le daba ese brillo, sino su sangre.

—Siento lo de tu cara... —Su atacante se había inclinado sobre él—. Pero no podía pegarte en la cabeza. —Cornelius sintió el pinchazo de una aguja hipodérmica en el cuello y la luz de la luna se esfumó de la noche—. Eso te habría dañado el cuero cabelludo...

11.00 H, HAFENCITY, HAMBURGO

Cuando Fabel contempló aquella vista lo primero que le llamó la atención fue que se veía el sitio donde habían encontrado el cuerpo momificado. Le hizo pensar en la pesadilla que había tenido cuando se había alojado en la casa de Grueber.

La procesión de momias; el sueño de la tormenta de fuego. Tal vez los recuerdos heredados no tuvieran nada que ver con la genética.

Aquel apartamento era, sin duda, el mejor que habían visto hasta el momento. Pero por alguna razón Fabel no lograba entusiasmarse. La empleada de la inmobiliaria, Frau Haarmeyer, era una mujer alta y de mediana edad con un caro corte de pelo teñido con el mismo rubio pálido color arena que parecían preferir tantas mujeres de mediana edad y de clase media del norte de Alemania en el momento en que el pelo comenzaba a ponérseles gris. Durante toda la visita, Frau Haarmeyer había logrado transmitir dos sentimientos sin decir una sola palabra: que creía que aquel apartamento realmente estaba mucho más allá del alcance de Fabel y Susanne y que esa clase de trabajo realmente estaba muy por debajo de lo que ella se merecía. Aunque habló con entusiasmo sobre el piso y sus vecinos en la urbanización de Hafencity, había un trasfondo en su voz que daba a entender que no hacía más que repetir frases estudiadas de memoria.

Era evidente que a Susanne le encantaba el apartamento. Seguía a la empleada de la inmobiliaria, escuchándola con atención y con la cabeza un poco inclinada, su pose característica de concentración. Frau Haarmeyer, por su parte, también le dedicaba más atención a ella, casi sin fijarse en Fabel hasta que él se alejaba hacia alguna esquina u otra para inspeccionar algún detalle en particular, punto en el cual Frau Haarmeyer movía la cabeza para ver detrás de Susanne y fruncía el ceño en dirección de Fabel.

En determinado momento, Fabel notó la misma clase de fruncimiento en el entrecejo de Susanne. Fabel sabía que tenía que conseguir proyectar más interés del que sentía. Después de todo, lo de mudarse juntos había sido idea suya. Al principio Susanne se había mostrado vacilante y había sido el entusiasmo de él lo que la había convencido. Pero cada apartamento que veían le resultaba a Fabel poco interesante en

comparación con la vista y la ubicación de su piso en Pöseldorf. De todas maneras, también sabía que, desde la violación de su espacio privado, jamás volvería a sentir lo mismo sobre aquella vista. Ello le recordó lo que había sentido cuando su matrimonio fracasó: que lo habían obligado a entrar en una vida nueva, cuando lo único que quería era recuperar la anterior; atrasar el reloj y reparar lo que se había hecho añicos.

Susanne no parecía entender la vacilación de Fabel; incluso había insinuado que era su temor a los cambios, su incapacidad de romper con la rutina, lo que estaba postergándolo todo. Pero era más que eso. Aún no lo había definido exactamente, pero algo se retorció en sus entrañas cada vez que pensaba en abandonar su apartamento. Después de todo, él había tenido mucha suerte por haberlo podido comprar en aquel barrio y en esa época. Pero lo que era más importante para Fabel era que en ese apartamento él se había reconstruido después de la disolución de su matrimonio. Era allí donde había redefinido quién era Jan Fabel. Había encontrado una nueva vida.

Frau Haarmeyer los hizo pasar a la cocina. Al igual que las otras habitaciones, la pared exterior consistía en un gran ventanal. La cocina brillaba con cristal y acero bruñido y estaba llena de un olor débil y agradable a café. Fabel se preguntó ociosamente si los constructores tenían algún spray especial para rociar la cocina con esa atractiva fragancia, o si se trataba del fantasmal aroma de los tostaderos de café de la cercana Speicherstadt.

—Maravilloso, ¿verdad? —preguntó Frau Haarmeyer con un entusiasmo tan falso como el color de su pelo.

—Muy impresionante... —Susanne le lanzó una mirada significativa a Fabel.

—Grandioso —respondió él con el mismo grado de convicción que Frau Haarmeyer. Una vez más, volvió a mirar el emplazamiento donde habían encontrado el cadáver momificado. Las excavaciones arqueológicas se habían terminado semanas antes y ya habían entrado los constructores. Unas relucientes excavadoras y tractores amarillos, que se veían pequeños y parecidos a escarabajos desde la posición elevada de Fabel, recorrían el sitio; la etapa siguiente del futuro de Hamburgo se superponía sobre un pasado donde un joven había muerto sofocado y horneado por el calor infernal de una tormenta de fuego provocada por el hombre.

Fabel sintió la sorda inquietud de un asunto inconcluso. Se había prometido que encontraría a la familia del hombre momificado, y todavía no lo había logrado.

Mientras la empleada de la inmobiliaria les explicaba una vez más que desde allí se vería el Kaispeicher A con su nuevo y asombroso teatro de ópera y sala de conciertos, y que aquella pasaría a ser una de las zonas más exclusivas de Hamburgo, la mirada de Fabel permaneció clavada en el sitio de construcción a la distancia y más abajo. Se preguntó cómo una agente inmobiliaria podría comercializar un *memento mori* para convertirlo en una característica atractiva de una propiedad.

En el exterior estaba fresco, pero el sol brillaba y el cielo tenía un color sedoso y celeste.

—Realmente me ha gustado ese apartamento —dijo Susanne mientras volvían hacia el coche. En el fondo de la suavidad de su débil acento bávaro había un tono filosófico—. Tú no has hablado mucho.

Fabel le explicó lo de la vista.

—¿En serio te molestaría tanto? —preguntó Susanne en un tono que sugería que no debería ser así—. Es mejor que el recuerdo de... bueno, eso...

—Además —dijo Fabel, buscando una razón menos subjetiva para rechazar el piso— es sólo que parecía tan... no lo sé, frío. Sin alma. Como vivir en un edificio de oficinas.

Susanne suspiró.

—Bueno, a mí me ha gustado.

—Lo lamento, Susanne. Es sólo que con este caso que sigue sin resolverse, no tengo la cabeza lista para mudarme.

—Escucha, Jan, este caso nos ha dado uno de los motivos principales para sacarte de ese apartamento. Podemos pagar este piso. Significaría un nuevo comienzo para nosotros. Juntos.

—Pensaré en ello. —Fabel sonrió—. Lo prometo.

11.00 H

Cornelius Tamm se despertó por etapas.

La primera sensación fue dolor: un enorme círculo de dolor a un costado de la cara y un martilleo en la cabeza. A continuación, cobró conciencia de sonidos: imprecisos, como lejanos. Un chirrido metálico y el sonido de aire movido mecánicamente. Luego la creciente sensación de que no podía moverse, aunque la droga que su atacante le había administrado confundía la percepción de su propio cuerpo y por el momento no consiguió deducir la razón de que sus movimientos estuviesen tan restringidos. Cuando logró recuperar la geografía de su cuerpo, se dio cuenta de que estaba atado a una silla con las manos detrás y con alguna especie de mordaza pegada con una cinta en la boca. Por fin, cuando recuperó del todo la conciencia y con ella la plenitud del dolor y el horror, Cornelius abrió los ojos y enfocó lentamente su nuevo entorno.

Al principio creyó estar en una cueva de paredes grises y brillantes. Luego se dio cuenta de que estaba rodeado por unas gruesas cortinas de plástico, casi opacas. La silla en la que estaba atado también descansaba sobre una lámina de grueso poliuretano muy resistente. Sintió un nudo entre el estómago y el pecho; era evidente

que todo ese plástico tenía la función de contener una gran suciedad. Y esa suciedad sería su sangre y su carne cuando su vida llegara a su fin. Se debatió con violencia contra sus ataduras. El esfuerzo subió el volumen del dolor y un chorro de sangre salió del orificio nasal del lado de la cara donde había recibido el golpe. La silla en la que estaba era obviamente robusta, porque casi no se movió sobre la alfombra de poliuretano.

Cornelius tuvo la impresión de que se encontraba en alguna clase de sótano. Quien fuera que lo había llevado allí, se había tomado muchos esfuerzos para preparar el sitio y hasta el techo estaba forrado de plástico, bien estirado y sujeto con tiras de cinta negra. Pero había una bombilla colgando de ese techo y Cornelius pudo ver escayola gris a su alrededor. El techo era bajo; demasiado bajo para una habitación utilizada como vivienda o lugar de trabajo, y el chirrido metálico seguía presente, como el sistema de aire acondicionado de una fábrica.

Las gruesas cortinas de plástico se abrieron y una figura entró en el pequeño espacio. Cornelius reconoció al joven que se había sentado junto a la barra durante su actuación, y que lo había esperado con un adoquín en el patio de la cervecería. Llevaba un mono celeste y fundas azules de plástico para los zapatos. Tenía el pelo negro oculto en una gorra de baño, que era de plástico y elástica. Después de entrar, se puso una mascarilla de cirujano sobre la nariz y la boca, y cuando habló su voz sonó ligeramente amortiguada.

—Hola, Cornelius. Han pasado más de veinte años desde la última vez que te vi. Si no te molesta que te lo diga, estás hecho una mierda. Jamás he entendido por qué los hombres de tu edad usáis coleta. El mundo ha avanzado desde que eras estudiante, Cornelius. ¿Por qué tú no has avanzado también? —Se acercó un poco más, hasta que su cara estuvo a unos pocos centímetros de la de su cautivo—. ¿Me reconoces, Cornelius? Sí... soy yo. Soy Franz. He regresado.

Cornelius sintió que estaba volviéndose tan loco como su torturador. Por un momento consideró las semejanzas de apariencia entre aquel joven y la persona que decía ser. Pero era imposible. Franz llevaba muerto treinta años, y el parecido era sólo superficial, aunque había bastado para desencadenar aquella sensación de reconocimiento que Cornelius había tenido la primera vez que lo vio durante su actuación.

—Eres un don nadie, Cornelius. Tus estúpidas letras ya no interesan. Incluso has conseguido destruir tu matrimonio. Eres el más total de los fracasos... has fracasado como padre, como marido, como músico. Me traicionaste para poder dar la espalda a una vida y empezar otra. ¿Es ésta? ¿Es esto lo que has hecho con el tiempo, con la vida que compraste traicionándome?

Cornelius miró fijamente a su torturador, con los ojos abiertos por el terror y el sobrecogimiento que le causaba la monumentalidad de su locura. Era evidente que creía que era la persona que decía ser. Entonces, a través del miedo y del dolor, se dio cuenta de que lo había visto antes.

—Gunter, al menos, trató de hacer algo con su vida. Al menos aprovechó el tiempo que obtuvo gracias a su traición tratando de hacer algo positivo. Pero tú, Cornelius, tú me entregaste a cambio de nada... para malgastar tu futuro tratando de recuperar el pasado. Me traicionaste. Tú y los otros.

Se puso de cuclillas y abrió el estuche de terciopelo sobre la alfombra de plástico negro. Dejó al descubierto tres hojas, todas formadas de la misma manera, a partir de piezas individuales de reluciente acero, pero cada una de ellas de un tamaño y una forma ligeramente diferentes.

—Los otros tuvieron miedo cuando murieron. Yo les puse fin a sus vidas en medio de miedo y dolor. Pero no eran especiales para mí. Tú fuiste más que un camarada. Te consideraba un amigo. Tu traición fue la más grande.

«Sé quién eres». Ese pensamiento relampagueó a través del cerebro de Cornelius y él intentó expresarlo con su voz, pero la mordaza que tenía sujeta a la boca le permitió emitir sólo unos balbuceos incoherentes.

—Somos eternos —dijo el joven de pelo oscuro. Pero Cornelius sabía que ese pelo en realidad no era oscuro—. Los budistas creen que cada vida, cada conciencia, es como la llama de una sola vela, pero que hay continuidad entre cada llama. Imagina que enciendes una vela con la llama de otra, y que luego usas aquella llama para encender la siguiente, y así sucesivamente, para toda la eternidad. Mil llamas, pasadas de una a otra a través de las generaciones. Cada una es una luz diferente, cada una arde de una manera totalmente diferente. Pero es, sin embargo, la misma llama... Ahora me temo que ha llegado la hora de apagar la tuya. Pero no te preocupes... el dolor que te causaré hará que ardas con el máximo brillo al final.

Hizo una pausa y sacó la hoja más pequeña del estuche.

—Tengo planeado algo muy especial para ti, Cornelius. Voy a dedicarte más tiempo y esfuerzo a ti que el que les dediqué a todos los otros juntos. Los antiguos aztecas también creían en la reencarnación. No sé si lo tenías presente. Consideraban que el crecimiento de los cultivos cada año era paralelo a la renovación del alma. El ciclo eterno. —Cornelius pudo ver la locura arder como un sol negro en los ojos del joven—. Cada primavera hacían un sacrificio, un sacrificio humano, a los dioses de la fertilidad. Veían cómo las serpientes cambiaban la piel, como los cultivos dejaban caer las flores, y trataban de reflejar esos procesos en su ritual. Verás: cogían al sacrificio humano y lo despellejaban vivo. Le cortaban toda la piel.

»Tu muerte no es bastante. Tu dolor es importante para mí. Voy a lastimarte, Cornelius. Voy a lastimarte de una manera terrible...».

Lunes 12 de septiembre de 2005, veinticinco días después del primer asesinato

15.00 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, HAMBURGO

Fabel pasó la mayor parte del día recopilando y analizando la información que había reunido la brigada, distribuyéndola, redirigiendo rutas investigativas y reasignando recursos. Anna Wolff había llevado una fotografía de Paul Scheibe a The Firestation y el camarero negro había dicho que Scheibe podía ser el segundo hombre con quien Hauser se encontraba a veces. Pero no estaba seguro. Estaba solo en su oficina cuando Markus Ullrich, el hombre de la BKA, golpeó a su puerta. No tenía su característica sonrisa.

—Herr Fabel... Me pregunto si podría hablar un momento con usted y Frau Klee... en privado...

—Voy a Colonia —dijo Maria después de que Ullrich terminara—. Esto no es ningún condenado accidente.

—Ni lo sueñes —dijo Fabel. En la sala de reuniones estaban sólo él, Ullrich y Maria—. Esto es cosa de la policía de Colonia. Y tal vez te hayas olvidado, pero nosotros estamos en medio de nuestra propia investigación.

—La policía de Colonia no conoce a Vitrenko. —La expresión de Maria se había endurecido—. Está claro que creen que fue un accidente. Un accidente y una condenada coincidencia.

Ullrich levantó la mano.

—No son estúpidos, Frau Klee. Lo que he dicho es que las evidencias sugieren que se trató de un accidente. Un reventón a alta velocidad en la Autobahn. Créame, me he asegurado de que la policía de Colonia no tuviera ninguna duda sobre la importancia de la muerte de Herr Turchenko. Y, como le he dicho, ya han iniciado una investigación sobre Vitrenko.

Fabel recordó haber estado sentado en la cafetería del Präsidium, apenas dos semanas antes, charlando con Turchenko sobre el renacimiento de Ucrania. Ahora Turchenko estaba muerto y su guardaespaldas de la GSG9, que estaba viajando con él, yacía en coma en un hospital de Colonia.

—De acuerdo —dijo Maria—. Esperaré hasta que resolvamos este caso. Pero tan pronto cojamos a ese cabrón iré a Colonia a seguir con el asunto de Turchenko.

—Con el mayor de los respetos —respondió Ullrich—. Su interferencia con nuestra investigación ya ha provocado la desaparición de un testigo. Sería aconsejable que se mantuviera fuera de esto.

Maria no prestó atención al hombre de la BKA.

—Como he dicho, *chef*, voy a Colonia a seguir con esto apenas termine este caso. Se me deben días de vacaciones y los cogeré. Si me ordenas que no vaya renunciaré e iré de todas maneras. Digas lo que digas, voy a ir.

Fabel suspiró.

—Ya hablaremos de esto, Maria. Pero ahora necesito que te concentres al cien por ciento en el asunto que tenemos entre manos.

Maria hizo un brusco gesto de asentimiento.

—Mientras tanto —prosiguió Fabel—, yo tengo que ver a alguien sobre otra cuestión.

18.00 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

Beate sostuvo la puerta entreabierta, sujeta al marco con una cadena de seguridad. Había visto quién era a través de la mirilla, pero de todas maneras no quería bajar la guardia hasta saber qué hacía allí, sin haber pedido cita, a esa hora. Tanto la cadena como la lente telescópica de la mirilla eran nuevas medidas de seguridad que había instalado desde que se había enterado de las muertes de Hauser y Griebel. Ni siquiera habría abierto la puerta, si no hubiera sido por el hecho de que había leído sobre otro asesinato que había tenido lugar el día anterior: una tercera víctima que no tenía absolutamente nada que ver con el grupo. Tal vez todo aquello era una coincidencia.

—Lo siento —dijo con entusiasmo el joven de pelo oscuro—. No quería molestarla. Es sólo que tenía que verla. No sé cómo describir lo que me está pasando... creo que debe de ser mi renacimiento... ya sabe, lo que usted dijo que sucedería... hace tiempo tengo algunos sueños muy especiales.

—Es muy tarde. Llámeme mañana y le daré una nueva cita.

—Por favor —dijo el joven—. Creo que la última sesión debió de estimularlos. Sé que estoy a punto de hacer un gran avance, y eso me está volviendo loco. Realmente necesito su ayuda. No me molesta pagar extra, puesto que no es su horario habitual...

Beate examinó al entusiasmado joven, suspiró, cerró la puerta, liberó la cadena de seguridad de su soporte y la volvió a abrir para dejarlo pasar.

—Gracias. Lamento mucho esta inconveniencia. Y, por favor, perdone que entre con esto... —dijo mientras entraba al apartamento de Beate, señalando el bolso grande que tenía en la mano derecha—. Iba rumbo al gimnasio...

19.30 H, HAMMERBROOK, HAMBURGO

Heinz Dorfmann era delgado y parecía estar en forma, pero cada uno de sus setenta y nueve años había dejado su marca en él. Fabel se dio cuenta de que estaba examinándolo muy detalladamente. Había visto una fotografía suya junto con Karl Heymann: dos jóvenes sonriendo en un paisaje monocromático. Sin embargo, Fabel había visto el cadáver de Heymann hacía unas pocas semanas; el cuerpo de un muchacho de dieciséis años; un rostro unido a una juventud eterna y desecada. Herr Dorfmann se excusó al tiempo que entraba a la pequeña cocina de su apartamento.

—Mi esposa murió hace siete años —dijo, como explicando por qué tenía que ocuparse el mismo de la tarea de traer el café.

—Lo lamento, Herr Dorfmann —replicó Fabel. Mientras el anciano servía el café, Fabel analizó la habitación. Estaba limpia y ordenada y, si bien al principio Fabel creyó que no la habían decorado desde los años setenta o principios de los ochenta, luego se dio cuenta de que sencillamente había sido redecorada en el mismo estilo, con los mismos tonos beige y de color hueso de otras décadas. Siempre le fascinaba a Fabel la forma en que la gente mayor acostumbraba a quedarse fijada en un período en particular, como si esa época definiera quiénes eran, o cuándo habían dejado de notar que el mundo a su alrededor estaba cambiando. Los anaqueles estaban llenos de libros sobre Hamburgo: planos de calles, estudios fotográficos de la ciudad, libros de historia, libros de referencia sobre el Hamburger Platt, el dialecto bajo alemán que sólo se hablaba en esa ciudad, así como diccionarios de inglés y libros de idiomas. En uno de esos estantes había una placa de cobre sobre un soporte de madera en el que se veía el grabado de la fortaleza Hammaburg, que se usaba en el escudo de armas de la ciudad.

—Entiendo que usted era guía turístico, ¿verdad, Herr Dorfmann?

—Fui profesor durante veinte años. De inglés. Luego me hice guía turístico. Al principio trabajaba para el ayuntamiento, y luego por libre. Como hablo muy bien el inglés, la mayor parte del tiempo buscaba grupos de Canadá, los Estados Unidos, Gran Bretaña, además de grupos del interior de Alemania. Para mí no era como un trabajo. Adoro mi ciudad y me gustaba ayudar a la gente a descubrirla. Me jubilé hace más de diez años, pero todavía hago algunos trabajos esporádicos para la Rathaus... paseo a turistas por las cámaras del ayuntamiento. ¿Usted quería preguntarme sobre Karl Heymann? —Herr Dorfmann sirvió el café—. Déjeme decirle que hace mucho, mucho tiempo que no oía ese nombre.

—¿Lo conocía bien? —Fabel le mostró la fotografía de los dos adolescentes, sonriendo inseguros ante la cámara.

—Por Dios. —Dorfmann sonrió—. ¿De dónde demonios sacó usted eso? La hizo la hermana de Karl. Recuerdo haber posado para esa fotografía como si fuera ayer. Era un día muy soleado. El verano de 1943, uno de los más calurosos que recuerdo. —Levantó la mirada—. Sí, conocía a Karl Heymann. Era mi amigo. Éramos vecinos y él estaba en la misma clase que yo en la escuela. Karl era un muchacho brillante. Pensaba demasiado las cosas, en una época en la que no convenía pensar. También

conocí a su hermana Margot, que tenía unos años más que Karl y que siempre lo seguía como una gallina clueca. Era una muchacha hermosa, y todos los chicos estaban enamorados de ella. Pero Margot adoraba a Karl... después de su desaparición, siempre dijo que se había escapado de Alemania, que había aceptado un puesto en un buque de carga para no hacer el servicio militar. Yo fui a verla después de la guerra y ella me dijo que Karl había ido a Estados Unidos y que le estaba yendo muy bien. Dijo que Karl siempre había hablado de hacer algo así desde antes de la guerra.

—¿Usted la creyó?

Herr Dorfmann se encogió de hombros.

—Eso fue lo que ella me dijo. Quise creerlo. Pero todos sabíamos que Karl había desaparecido la noche de la tormenta de fuego, como mucha otra gente. Y fue aquella noche cuando lo vi por última vez. Aquella noche pertenecía a los muertos, Herr Fabel, no a los vivos. Después, siempre supuse que él era uno de los muertos. Otro nombre en un papel clavado en una pared. Eran miles, ¿sabe? Miles y miles de innumerables pedacitos de papel con nombres en ellos, a veces con una fotografía, preguntando si alguien los había visto, clavados en las ruinas de una casa o de un edificio de apartamentos, donde se decía dónde podían encontrar a sus familias. ¿Recuerda que hicieron lo mismo cuando aquellos terroristas atacaron las torres de Nueva York? ¿Paredes cubiertas con notas y fotos? Era así, pero diez veces más grande.

—¿Dice que vio a Karl aquella noche? ¿La noche del 27 de julio?

—Vivíamos en la misma calle, muy cerca de aquí. Éramos amigos cercanos. Él no era mi mejor amigo, pero sí un amigo cercano. Karl era un muchacho tranquilo, sensible. En cualquier caso, habíamos quedado en cruzar al otro lado del Alster donde tomaríamos un tranvía para ir juntos al centro. Pero no lo hicimos.

—¿Por qué?

—Estábamos a punto de subirnos al tranvía cuando Karl, de pronto, me cogió de la manga. Dijo que le parecía que tenía que quedarse cerca de su casa. Le pregunté por qué y no tenía ninguna razón. Era más bien una sensación instintiva, supongo. Como sea, no fuimos. Volvimos a casa y cogimos nuestras bicicletas. Él tenía razón. Era una noche para estar cerca de casa.

—¿Usted estaba con él cuando comenzó el bombardeo?

Heinz Dorfmann le dedicó una sonrisa triste e insegura y por primera vez Fabel pudo detectar el fantasma del joven en la fotografía con Heymann.

—Como le he dicho, era un verano maravilloso. Recuerdo que estábamos muy bronceados. —Eché la cabeza hacia atrás, como si la dirigiera hacia el fantasma de un sol extinguido mucho tiempo antes—. Había tanta luz, tanto calor... Todo estaba muy seco. Los británicos lo sabían. Lo sabían y se aprovecharon de ello. Sabían que estaban acercando una llama a una caja de yesca.

»Nos habíamos acostumbrado a los bombardeos. Los británicos bombardearon Bremen y Hamburgo en 1941, pero no habían podido lanzar incursiones significativas. Los aviones debían regresar después de haber pasado sólo un minuto sobre la ciudad. Más aún, Hamburgo estaba bien preparada; nos habían aconsejado que fortificásemos nuestros sótanos y los convirtiéramos en refugios para bombas. Y además había unos inmensos refugios públicos. Eran enormes, y podían albergar a cuatrocientas personas con total facilidad. Estaban contruidos con hormigón de dos metros de espesor y probablemente eran los más resistentes a las bombas de cualquier ciudad europea. Tal vez nos protegieron de las explosiones, pero no nos protegieron del calor.

»En 1943 los británicos ya podían traer cargamentos de bombas más grandes y mantenerse más tiempo sobre la ciudad. Y nosotros pasábamos más tiempo en los refugios. Hasta que, a finales de julio de 1943, los británicos vinieron con todo. Dos noches antes habían bombardeado el centro de la ciudad... eso fue cuando atacaron el Nikolaikirche y el zoológico. La noche siguiente hubo sólo una incursión minúscula, para inquietarnos a todos. Pero la noche del 27 y la mañana del 28 convirtieron Hamburgo en un infierno. Dejaron muy clara su intención con el nombre que le dieron a la operación... no había forma de que pudieran sostener que lo ocurrido fue un accidente. “Operación Gomorra”, la llamaron. Usted sabe lo que le pasó a la ciudad de Gomorra en la Biblia, ¿verdad?

Fabel asintió.

—Fue justo antes de la medianoche. Por alguna razón, las sirenas no sonaron con bastante anticipación, como sí lo habían hecho otras veces. Nosotros no teníamos un sótano en nuestro edificio, de modo que nos volcamos a la calle. Era una noche hermosa, clara y cálida, y de pronto el cielo se llenó de «árboles de Navidad», como todos los llamábamos por entonces. Eran hermosos, realmente hermosos. Inmensos racimos de centelleantes luces rojas y verdes, grandes nubes de luces, descendiendo con elegancia sobre la ciudad. Incluso me detuve a mirarlos. Desde luego, eran bengalas indicadoras para la siguiente oleada de bombas. Yo lo oí acercarse. No puede imaginarse cómo sonaba: los motores de casi ochocientos aviones de guerra combinados en un único zumbido reverberante y ensordecedor. Es asombroso el terror que puede evocar un sonido. Fue entonces cuando oímos otro estruendo. Un sonido todavía más terrible. Como el trueno, pero mil veces más fuerte, rugiendo en el cielo. La gente empezó a entrar en pánico. A correr. A gritar. Todos se volvieron locos y yo perdí de vista a mi familia en medio de la multitud. Y a Karl. A él tampoco pude verlo. Entonces apareció de la nada y me agarró del brazo. Estaba enloquecido de preocupación... él también había perdido a su familia. Decidimos dirigirnos al refugio principal, suponiendo que nuestras familias harían lo mismo.

»Llegamos al refugio público pero las puertas estaban cerradas y tuve que golpear con fuerza antes de que un viejo con un casco de guardián, de Luftschutz, nos dejara entrar. Buscamos pero no pudimos encontrar a nuestras familias, y exigimos que nos

dejaran salir nuevamente, pero ellos se negaron a abrir las puertas. Recuerdo haber pensado que no importaba, a que en cualquier caso todos moriríamos. Nunca había oído que nos atacaran con tantas bombas. La oleada siguiente no fue tan intensa. Explosiones más silenciosas, como si estuvieran usando bombas más ligeras. Pero, por supuesto, no era eso. Los cabrones nos estaban tirando fósforo. Lo tenían todo planeado: primero explosivos de alto impacto para destruir los edificios y luego el fósforo para iniciar los incendios. Yo me vi obligado a quedarme ahí sentado y pensar en mi madre y mis dos hermanas que estarían fuera. Sólo podía albergar la esperanza de que hubieran encontrado un refugio. A Karl le ocurría lo mismo, pero estaba histérico. Quería salir para buscar a su hermana y a su madre. Al principio, en el refugio todos estábamos calmados, pero nuestros nervios estaban tan destrozados como los edificios de fuera. Entonces empezó a hacer más calor. Un calor que no podría describir. Aquel refugio público se convirtió en un horno. Como todos los otros, era hermético, salvo por las bombas que dejaban pasar el aire de fuera. Estábamos usando una bomba manual, de fuelles, pero tuvimos que dejarlo porque estábamos llenando el refugio de humo y un aire tan caliente que quemaba. Finalmente, comenzamos a asfixiarnos. Lo que no sabíamos era que lo mismo ocurría en sótanos y refugios de todo Hamburgo. La tormenta de fuego, ¿sabe? Era como una bestia hambrienta que se alimentaba de oxígeno. Chupaba todo el aire. En toda la ciudad, primero los niños y los ancianos, luego los demás, se asfixiaron o murieron cocinados en refugios sin aire. Algunos de nosotros insistimos en que abrieran las puertas para ver lo que ocurría fuera, pero los otros dijeron que no. Finalmente, cuando cesó el sonido de los bombardeos, todos estaban tan desesperados por la falta de aire que se decidió correr el riesgo.

»No puedo describirle lo que vi, Herr Fabel. Cuando abrimos aquellas puertas, fue como abrir los portales del mismo infierno. Lo primero que notamos fue la forma en que el aire salía del refugio como un sifón, arrastrando a la gente. Todo ardía. Pero no como uno se imagina un edificio en llamas, era como un alto horno inmenso. Los británicos habían calculado que si derrumbaban los edificios y luego soltaban el fósforo, podían crear corrientes ascendentes que aumentarían la temperatura a un punto tal de causar la combustión espontánea de edificios, de gente, que no habían sido atacados directamente. En algunos puntos de la ciudad, la temperatura llegó a los mil grados. Yo salí tambaleándome del refugio y comencé a jadear y a boquear como si hubiera corrido una maratón. Simplemente, no podía hacer llegar aire suficiente a los pulmones. No podía creer lo que veía. La gente ardiendo, como antorchas. Había un niño... No sé si era un niño o una niña, pero por su tamaño supuse que tendría unos ocho o nueve años, tumbado boca abajo, semihundido en la calle. El alquitrán se había derretido ¿sabe? Fue entonces cuando vi a una figura caminando por la calle. Era la cosa más horrible y al mismo tiempo más fascinante que he visto jamás. Era una mujer, aferrando algo contra su pecho, creo que se trataba de un bebé. Estaba caminando en línea recta por la calle. No se tambaleaba. No corría. Pero ella y el

bebé en sus brazos estaban... sólo puedo describirlo como incandescentes. Era como si los hubieran moldeado a partir de una única y brillante llama. Era como mirar un ángel de fuego. Recuerdo que en ese momento pensé que no importaba si yo vivía o moría. Que ver aquello era más de lo que cualquiera debería soportar en toda una vida. Y entonces ella desapareció. Como usted sabrá, la tormenta de fuego creaba corrientes a la altura del suelo que tenían la fuerza de huracanes; vientos de doscientos cincuenta kilómetros por hora que arrastraban a la gente y los chupaban hacia las llamas. Ella y el bebé salieron despedidos hacia un edificio en llamas, como si el fuego hubiera extendido la mano para coger un bocado.

Fabel observó al anciano. Su voz seguía normal, calmada; pero tenía los ojos brillantes, con lágrimas contenidas.

—Recuerdo que maldije a Dios por haberme dado la vida, por permitir que yo naciera justo en esa época, justo en aquel lugar. Y pensé que tal vez había llegado el fin de los tiempos. Era fácil imaginar que el mundo entero desaparecería con esa guerra. Fue entonces cuando me di cuenta de que Karl ya no estaba a mi lado. Miré a mi alrededor, pero era como buscar una sola alma en el caos y horror del infierno.

»Recuerdo que mi instinto me decía que tenía que buscar agua. Imaginaba que si llegaba al Alster o al Elba... el Alster estaba más cerca... entonces tendría una probabilidad mayor de sobrevivir.

Por un momento, Dorfmann pareció sumido en sus pensamientos.

—Me pregunto si eso era lo que trataba de hacer Karl. Usted me dijo por teléfono que lo encontraron junto al puerto. Tal vez se le había ocurrido la idea de llegar al Elba. Cuando llegué al Alster, ya estaba lleno de gente. Muertos o agonizando. Más velas humanas. Se habían arrojado tratando de apagar las llamas, pero como los habían rociado con fósforo, seguían ardiendo mientras flotaban en el agua.

Fabel depositó la tarjeta de identidad nazi y la fotografía del cuerpo momificado sobre la mesa. Heinz Dorfmann volvió a ponerse las gafas de lectura.

—Ése es Karl... —Frunció el ceño al examinar la foto del cuerpo—. ¿Éste es su aspecto actual? —Meneó la cabeza, maravillado—. Es asombroso. Evidentemente está muy delgado... desecado. Pero lo habría reconocido de inmediato.

—¿Sabe qué le ocurrió a su hermana, Margot? ¿Tiene alguna idea de dónde vive... si, por cierto, todavía está viva? Estoy tratando de ubicar al pariente más cercano.

—Me temo que no sé mucho. Se casó con un hombre mayor que ella cuando la guerra terminó. Él se llamaba Pohle. Gerhard Pohle.

20.30 H, HAMMERBROOK, HAMBURGO

Fabel caminó hasta su coche. Había llovido mientras él estaba en el apartamento de Herr Dorfmann y, después de un día tan caluroso, la lluvia le había dado al aire del anochecer un fresco aroma a limpio. Fabel bajó la mirada hacia el pavimento

mientras caminaba, al asfalto oscurecido por la humedad, y volvió a pensar en la descripción que le había hecho Herr Dorfmann de aquella noche caliente y seca en que Hamburgo se había convertido en un infierno ardiente en la tierra. No podía imaginárselo. Su Hamburgo.

Llegó al coche, destrabó las puertas con su mando a distancia, subió y cerró la puerta. Apoyó las manos sobre el volante un momento. La historia. Él había estudiado historia, había querido enseñarla. La ironía era que, al investigar estos casos, la historia lo estaba asfixiando.

Puso la llave en el contacto y la giró. Nada.

—*Shit!* —dijo Fabel. Era un hombre que sabía muchas cosas; sus conocimientos se extendían por una variedad de temas y siempre le gustaba aprender algo nuevo, estirar los límites de su comprensión del mundo. Pero esos conocimientos jamás habían incluido la mecánica automovilística. Con irritación, buscó en su bolsillo el teléfono móvil. Justo cuando logró sacarlo de allí, el teléfono le ganó la mano y empezó a sonar. Lo abrió con furia.

—Hola... —No logró ocultar la irritación de su voz.

—Hola, Herr Fabel...

Fabel supo que era el asesino. Una vez más, su interlocutor utilizaba alguna clase de filtro electrónico que alteraba su voz y le daba una profundidad y una lentitud antinaturales; una voz distorsionada, artificial. Inhumana.

—Me alegro de que no sacara la llave del contacto; en caso contrario, no estaríamos conversando ahora.

—¿A qué se refiere? —La boca de Fabel se secó de pronto. Sabía a qué se refería su interlocutor. Una bomba. Se inclinó hacia delante, revisó el suelo del coche cerca de sus pies y buscó cables bajo el volante—. ¿Quién habla?

—Ya responderé a esas preguntas en su momento, Herr Fabel. Pero, por ahora, necesito que sea consciente de que he puesto un dispositivo explosivo innecesariamente grande en su coche. Si usted abre la puerta por segunda vez, el dispositivo se detonará; si saca la llave del encendido, el dispositivo se detonará; o si levanta su peso del asiento del chófer... bueno, creo que ya se hará una idea. Me temo que la consecuencia de cualquiera de esos actos sería una explosión desproporcionada. El resultado no sería sólo su desaparición, Herr Fabel, sino la muerte de varios residentes de Hammerbrook, así como extensos daños a las propiedades de toda la zona. Oh, también debería decirle que puedo, en el momento que lo decida, detonar el dispositivo a distancia.

—De acuerdo —dijo Fabel—. Ha logrado que le preste atención. —El corazón le golpeaba en el pecho. Miró por el parabrisas y vio un agradable atardecer de verano, las calles lavadas por la lluvia y el tono rojo que el sol poniente salpicaba sobre las paredes de los edificios que daban al oeste. Gente haciendo sus cosas. Se sintió terriblemente solo en el centro de su propio universo, el único consciente de que la muerte y la destrucción estaban a un latido de distancia. De pronto, las imágenes que

Herr Dorfmann había conjurado momentos antes en la mente de Fabel regresaron con una claridad renovada. Una joven pareja con un bebé en su cochecito pasó junto al BMW de Fabel, caminando sin ninguna otra intención aparente que disfrutar de aquel anochecer de verano. Fabel sintió deseos de bajar la ventanilla y gritarles que corrieran a cubrirse pero, por lo que sabía, también era posible que hubiese trampas en las ventanillas. Vio cómo tardaban lo que parecía una eternidad en pasar de largo el coche.

—Estoy seguro de que me está prestando atención, Herr Fabel. —La voz electrónicamente distorsionada carecía de cualquier sutileza de entonación—. Y creo que en las próximas horas también me prestarán atención una buena cantidad de agentes de la Polizei de Hamburgo, incluyendo la brigada de artificieros. Verá, me conviene dejarlo vivo, porque su gente tardará siglos en sacarlo de esta situación. A ello debemos añadir el tiempo que los forenses deberán dedicarle al sitio. Pero no le quepa duda de que si intenta algo desaconsejable, detonaré el dispositivo. El efecto seguirá siendo el mismo.

La mente de Fabel corría a toda velocidad. Por lo que sabía, la persona al otro lado de la línea podía estar vigilándolo desde una distancia segura. Recorrió con la mirada ambos lados de la calle y miró por el espejito retrovisor, haciendo todo lo posible por mantener el trasero firmemente plantado en el asiento.

—¿De modo que de pronto usted es todo un experto en explosivos? —Fabel cargó su voz de desprecio—. ¿Espera que crea que tiene la capacidad de meter una bomba en mi coche, en una calle pública, en los cuarenta y cinco minutos que estuve fuera? Pensé que lo suyo era arrancar cueros cabelludos, Winnetou.

—Muy gracioso —la voz grave y distorsionada lanzó una carcajada que sonó como algo salido de una pesadilla—. Winnetou... Pero no finja que no entiende mis referencias culturales, Herr Fabel. Yo no soy ningún indio americano, ningún personaje salido de un relato de Karl May. Usted sabe que la tradición que estoy reviviendo es muy antigua y muy europea en sus orígenes. Y, en cualquier caso, si quiere poner a prueba mis habilidades como diseñador de bombas... o como bromista, adelante. Lo único que tiene que hacer es salir del coche. Si miento, no ocurrirá nada. Pero si no... En cuanto al dispositivo... lleva bastante tiempo en su coche. Lo único que he hecho ha sido activarlo desde lejos. Ah, por cierto, ¿le gustó el regalito que le dejé en su apartamento?

—Condenado cabrón... —siseó Fabel por teléfono—. Voy a cogerte. Te juro que te encontraré, no importa cuánto tiempo me lleve.

—¿Sabe, Herr Fabel? Usted es notablemente agresivo para alguien que se encuentra sentado sobre una gran cantidad de fuertes explosivos. Si yo presionara el botón adecuado, usted no podría encontrar a nadie. Nunca. De modo que ¿por qué no se calla y escucha lo que tengo que decirle?

Fabel no dijo nada. Sintió una película de sudor entre su oreja y el teléfono móvil. El corazón seguía latiéndole con fuerza y tenía náuseas. Creía a la voz inhumana de

su oreja. Creía en la bomba debajo de él.

—Bien —dijo la voz—. Ahora podemos hablar. En primer lugar, usted se preguntará por qué he hecho tantos esfuerzos para ponerlo en peligro. Y, para el caso, por qué no he detonado la bomba antes. Bueno, es simple. Como ya he dicho, liberarlo a usted de esta particular situación llevará tiempo. Y, mientras tanto, yo cogeré otro cuero cabelludo. Lo he puesto en un aprieto interesante, Herr Fabel. Tendrá que decidir cuántos recursos se dedicarán a rescatarlo a usted y cuántos a impedir que yo ponga fin a otra vida.

—Tenemos más recursos de los que tú puedes ocupar —dijo Fabel con una voz muerta e inexpresiva.

—Es posible, pero tengo que decirle que usted está sentado sobre una de dos bombas. La otra se encuentra en un sitio que no revelaré por ahora. Pero he dejado una nota con la dirección y todos los detalles.

—¿Dónde?

—Ahí está la cuestión. He adjuntado la dirección al explosivo de la bomba de su coche. De modo que, incluso si los artificieros consiguieran desactivar el interruptor de presión debajo de su asiento o de la puerta, no podrían intentar una detonación controlada. Si lo hiciesen, destruirían la única pista de la ubicación de la segunda bomba. Y la segunda bomba será detonada, créame, Herr Fabel.

—¿Cuándo? ¿A qué hora está preparada para detonar esa segunda bomba?

—No dije nada de que estuviera con un temporizador, Herr Fabel.

—¿De modo que ahora eres un terrorista? ¿De qué se trata todo esto?

—Usted no es estúpido, Herr Fabel. Esto siempre ha tenido que ver con el terrorismo, como usted ha dicho. También con la traición. Lo que me trae a mi asunto principal: quiero que abandone el caso. Tómese unas vacaciones, un descanso. Le he dado una excusa: la presión de la situación en la que se encuentra. Verá, Herr Fabel, voy a darle más información sobre este caso que la que usted ha logrado obtener por su cuenta. Las personas que estoy matando merecen morir. Ellos mismos son asesinos. Y, cuando termine, no volveré a matar jamás. No quedan muchos, Fabel. Sólo dos más. Después de que estén muertos, desapareceré y nunca volveré a matar. Y, como he dicho, todas mis víctimas son culpables. De hecho, usted mismo los consideraría culpables de crímenes contra el Estado.

—¿Hauser? ¿Griebel? ¿Scheibe? ¿Dices que eran terroristas?

—Ya me ha oído. —La voz electrónicamente muerta habló sin pasión—. Pero preste atención a mis palabras, Herr Fabel: es su decisión. Puede elegir retirarse del caso y permitirme terminar lo que he empezado, o añadiré otras víctimas a mi lista. Víctimas muy específicas. Nadie tiene que saber de esta parte de nuestra conversación. Usted puede elegir entre alejarse y vivir su vida, y permitir que otros vivan las suyas. Después de todo, las personas que tengo que ejecutar no significan nada para usted. Pero hay otros, Fabel... Otras personas que no merecen morir tal vez mueran, dependiendo de la decisión que usted tome. Ahora voy a colgar. Le sugiero

que contacte a sus colegas de la brigada de artificieros sin demora. Pero, antes de cortar, voy a mandarle algunas fotografías por el teléfono móvil. Por cierto... qué pelo tan hermoso. Un castaño rojizo maravilloso. Casi rojo.

La línea enmudeció. El teléfono hizo un pitido y la pantalla le indicó a Fabel que había recibido un mensaje con imágenes. Abrió el mensaje y sus entrañas dieron un vuelco repentino e intenso.

—Cabrón... —Fabel sintió que las lágrimas le ardían en los ojos mientras pasaba las imágenes.

Volvió a mirarlas todas. Fotografías de una muchacha con el pelo largo y castaño rojizo. Fotografías de ella al volver de la escuela; de ella con sus amigas; de ella de compras en las tiendas de Neuer Wall junto a su padre.

21.15 H, HAMMERBROOK, HAMBURGO

La calle entera se había convertido en un decorado de cine. Fabel estaba sentado, entrecerrando los ojos para protegerlos de las deslumbrantes luces de arco voltaico, montadas en soportes altos, que se habían instalado en torno a su coche. El área había sido evacuada por completo y Fabel se dio cuenta de que le preocupaba lo que le habrían dicho a Herr Dorfmann para hacerlo salir de su casa: esperó que fuera cualquier cosa, excepto que había una bomba en su calle.

La primera persona en hablar con Fabel fue el comandante del LKA7, la brigada de artificieros, quien se acercó al coche solo. El comandante le habló en un tono tranquilo, pero a alto volumen, para que Fabel pudiera oírlo a través del cristal de la ventanilla, que seguía cerrada, y le pidió que recordara absolutamente todo lo que el que lo llamó le había dicho sobre el dispositivo, así como cualquier otra cosa que pudiera darles una pista sobre dónde podría estar escondida la segunda bomba. Fabel tenía la boca seca y sentía náuseas, pero trató de mantenerse sereno y de concentrarse mientras recordaba cada uno de los detalles.

El comandante de los artificieros le escuchó, asintió, tomó notas y le habló todo el tiempo en un tono de calma que le había dado la experiencia, pero eso sólo sirvió para poner a Fabel más nervioso sobre la situación. La aparición misma del jefe de la brigada tampoco había hecho mucho para tranquilizarlo: había aparecido detrás del coche de Fabel con un amplio delantal de grueso Kevlar, dividido en segmentos articulados, encima de su mono negro, con la cabeza protegida por un pesado casco y la cara cubierta por un grueso visor de Perspex. El especialista se agachó hacia el suelo y se tumbó de costado junto al coche, extendió un tubo telescópico negro con un espejo en la punta y, lenta y cuidadosamente, lo deslizó bajo el vehículo de Fabel.

Después de un momento, volvió a aparecer en la ventanilla, gruñendo por el esfuerzo de incorporarse.

—De acuerdo... —Sonrió tristemente—. Me temo que no es ninguna broma... por lo que puedo ver. A menos que sea una bomba falsa muy convincente, al parecer

tenemos una cantidad muy importante de explosivos de gran potencia sujeta a la parte inferior de su coche. Lo sacaremos de ésta, Herr Kriminalhauptkommissar. Puedo prometérselo. Pero tendrá que quedarse quieto un rato.

Fabel sonrió débilmente, apoyó la cabeza en el reposacabezas y cerró los ojos. Se sentía impotente e indefenso. Él sabía que tenía prácticamente una obsesión con el control, con reducir al mínimo los elementos azarosos. Pero en ese momento se encontraba en una situación de la que no tenía ningún control. Trató de no pensar en los explosivos que estaban debajo de él ni en el hecho de que su vida estaba en las manos de los especialistas que desactivarían la bomba, como si fueran cirujanos y él yaciera en un quirófano. Lo único que podía hacer era quedarse allí sentado, sin moverse, y esperar a que lo liberaran.

Al menos eso le daba tiempo para pensar.

Sabía que los miembros de su equipo estarían en el perímetro de la zona evacuada, esperando. Cuando llamó al Präsidium, habló primero con la brigada de artificieros y luego pidió que le pasaran a la Mordkommission, pero los del escuadrón le habían dicho que no hiciera más llamadas con su móvil y que lo apagara tan pronto colgara. Fabel podría haber dejado alguna clase de mensajes, pero finalmente decidió no hacerlo. Todavía no sabía qué diría a sus colegas. Ver las fotografías de Gabi le había asustado terriblemente.

Era evidente que aquel tipo le había seguido. Le había acechado. Eso explicaría, tal vez, cómo se había enterado de lo de Leonard Schüler; ese arrogante hijo de puta debía de haber encontrado la manera de rastrear todos los movimientos hechos por los miembros de la Mordkommission. Incluso podría haber seguido a Schüler desde el Präsidium. No. Eso no encajaba. ¿Cómo se habría enterado de lo de Schüler? A aquel delincuente de poca monta lo había traído un agente uniformado. Una vez dentro del edificio del Polizeipräsidium, los únicos que lo habían visto eran los miembros de la Mordkommission. Una idea empezó a formarse en el cerebro de Fabel: Leonard Schüler no había sido del todo honesto respecto de lo que había visto, respecto de lo que sabía del asesino. ¿Por qué les había ocultado cosas? ¿Habría participado de los asesinatos, después de todo? ¿Habría estado en esto junto con el tipo de la voz del teléfono? Tal vez el radar de Fabel esta vez había fallado.

Tres artificieros del LKA7 se sumaron a su comandante. Traían consigo cuatro grandes bolsos de lona que colocaron a unos metros del coche. Sacaron sus materiales y los depositaron en el suelo. Fabel se sintió reconfortado por la metodología experimentada y los movimientos decididos y tranquilizadores de los miembros de la brigada. Dos agentes sacaron algo que parecía un macizo ordenador portátil, demasiado grande, junto con unos cables, y se ubicaron debajo del coche, fuera de la vista de Fabel.

Se quedó sentado en el BMW descapotable que tenía desde hacía seis años y esperó. Mientras tanto, hizo todo lo que pudo para pensar en una manera de salir de aquel enredo.

Gabi. Fabel había reprimido el instinto de sentir pánico y pedir a la brigada de artificieros que les dijeran a los miembros de la Mordkommission que fueran a protegerla. Si lo hubiera hecho, le habría enseñado las cartas al asesino, quien sabría que Fabel había divulgado toda la conversación a sus superiores. Por ahora, Gabi estaba a salvo; fuera cual fuese el asunto del que el Peluquero de Hamburgo tenía que ocuparse esa noche, tenía que ver con una de las personas de su lista. Gabi era su carta de triunfo, que por el momento no usaría. Fabel sabía que, si bien había dado la impresión de que el asesino le había dicho más de lo aconsejable, en realidad le había contado sólo lo que quería que Fabel supiese. Al menos Fabel sabía con seguridad que todo esto estaba relacionado con el pasado de las víctimas.

Empezó a oír unos golpecillos debajo del coche, cuando los especialistas en desactivar bombas comenzaron a trabajar. Eran golpes muy delicados, pero para los sentidos agudizados de Fabel, cada golpecito reverberaba a través del vehículo y de su cuerpo como un martillo golpeando una campana.

Podía hacerlo. Abandonar el caso. De hecho, si le contaba al Kriminaldirektor Van Heiden exactamente lo que el asesino le había dicho, lo más probable era que su jefe insistiera en que le pasara el caso a otro. Fabel reflexionó amargamente sobre la verdad de la lógica del asesino: esas personas no significaban nada para él; su hija lo significaba todo. Abandona el caso. Deja que lo siga otro.

Más golpecitos. Fabel sintió la boca todavía más seca. Miró su reloj: eran las 23:45. Llevaba tres horas sin poder abrir una puerta o una ventanilla y, en consecuencia, no había tenido acceso a agua. Tal vez todo terminaría allí. Un falso movimiento de un par de alicates, un corte en la conexión equivocada, y todo habría terminado. Ése podría ser el final del camino que había tomado tantos años atrás, después del asesinato de Hanna Dorn. El camino equivocado.

Sentado en el asfixiante calor de su coche, pendiente de cada sonido y cada movimiento realizado por los especialistas en desactivar bombas que estaban debajo de él, Fabel era consciente del hecho de que la persona con la que había hablado por su teléfono móvil casi tres horas antes probablemente ya había asesinado y mutilado a otra víctima. Ideas e imágenes giraron por un cerebro que estaba demasiado cansado para pensar, que llevaba demasiado tiempo asustado como para poder ver más allá de esa experiencia inmediata. Las fotos de su hija, tomadas a escondidas por un maníaco, le volvían una y otra vez a la mente.

Mientras estaba allí sentado, esperando el rescate o la muerte, Jan Fabel tomó una decisión sobre su futuro.

Ocurrió tan rápido que terminó antes de que Fabel supiera lo que estaba ocurriendo. De pronto uno de los artificieros abrió la puerta del coche y otro lo sacó de él. Los dos hombres hicieron correr a Fabel para alejarlo del coche, llevándolo más allá del resplandor de las luces de arco voltaico y al otro lado del perímetro. Van Heiden, Anna Wolff, Werner Meyer, Henk Hermann, Maria Klee, Frank Grueber y Holger Brauner estaban reunidos junto al cordón. Grueber y Brauner ya se habían

puesto sus monos forenses, así como los otros cinco forenses del equipo que los acompañaban. Alguien le pasó una botella de agua y Fabel bebió golosamente.

El comandante del LKA7 se acercó.

—Ya hemos desactivado el dispositivo. Lo estamos desarmando para encontrar la ubicación de la segunda bomba. Hasta ahora nada. ¿Cuál es el asunto con este tipo, Herr Fabel? ¿Es un terrorista o un extorsionador, o sólo un maníaco?

—Todas esas cosas —respondió Fabel con un suspiro de agotamiento.

—Sean cuales sean sus motivos, este tipo sabe lo que hace. —El jefe de los artificieros se dispuso a dirigirse a su vehículo blindado. Fabel lo detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Él no es el único que sabe lo que hace —dijo—. Gracias.

—De nada. —El comandante de la brigada de artificieros sonrió.

—¿Te encuentras bien, Jan? —preguntó Werner.

Fabel le dio otro sorbo a la botella de agua. Se limpió la boca con la base de la mano.

—No, Werner. Todo lo contrario. —Se volvió hacia Van Heiden—. Tenemos que hablar, Herr Kriminaldirektor.

Martes 13 de septiembre de 2005, veintiséis días después del primer asesinato

9.45 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, HAMBURGO

Hugo Steinbach, el Polizeipräsident, el funcionario de mayor rango de la policía de Hamburgo, con el Kriminaldirektor Van Heiden a su lado, fue el encargado de efectuar la declaración ante los periodistas gráficos, radiofónicos y televisivos que se empujaban unos a otros en los escalones del Polizeipräsidium.

—Puedo confirmar que un agente de alto rango de la Polizei de Hamburgo ha sido víctima de un infructuoso atentado contra su vida ayer por la noche. Como resultado, para su propia seguridad y para permitirle recuperarse plenamente de esta experiencia terrible, se le ha concedido una baja temporal.

—¿Puede confirmar que ese agente era el Erster Hauptkommissar Fabel, de la Mordkommission? —Un periodista de baja estatura y pelo negro, con una chaqueta de cuero que le iba demasiado pequeña, se había abierto paso hasta la primera fila de reporteros. Jens Tiedemann era muy conocido entre sus colegas.

—En esta etapa de la investigación aún no estamos listos para proporcionarles detalles sobre la identidad del agente implicado —respondió Van Heiden—. Pero sí puedo confirmar que pertenecía a la Mordkommission y que estaba en funciones cuando ello ocurrió.

—Anoche se acordonó la zona de Hammerbrook y evacuaron a sus residentes. —Tiedemann era insistente y levantó la voz por encima de los demás—. Se informó de que se había encontrado un dispositivo explosivo y se suponía que era un resto de artillería británica de la Segunda Guerra Mundial y que había un grupo de artificieros desactivándola. ¿Puede confirmar que en realidad se trataba de una bomba terrorista colocada en el vehículo de este agente?

La pregunta de Tiedemann cayó como una chispa que desencadenó una andanada de más preguntas por parte del resto de los periodistas. Cuando el Polizeipräsident Steinbach contestó, dirigió su respuesta al pequeño reportero.

—Podemos confirmar que se envió a unos miembros de la brigada de artificieros para desactivar un dispositivo explosivo que estaba en ese lugar —dijo—. No hay ningún indicio de que hubiera terroristas implicados.

—Pero la bomba no era de la Segunda Guerra Mundial, ¿verdad? —Tiedemann insistía con la tenacidad de un terrier—. Alguien intentaba hacer volar por los aires a uno de sus agentes, ¿no?

—Como ya hemos declarado —intervino Van Heiden—, un miembro de la Mordkommission ha sufrido un atentado contra su vida. No podemos decir más de momento, puesto que la investigación todavía está en marcha.

Varios de los otros periodistas siguieron con la línea de cuestionamiento que había iniciado Tiedemann. Pero al carecer de la información de la que él, evidentemente, disponía, sus preguntas eran disparos en la sombra. El pequeño periodista se mantuvo en silencio, permitiendo que los otros acosaran a los funcionarios durante un rato; luego lanzó su golpe de gracia.

—Herr Kriminaldirektor Van Heiden... —El murmullo de los otros impidió que se le oyera—. Herr Kriminaldirektor Van Heiden... —repitió a un volumen más alto, y sus colegas enmudecieron, para escuchar adónde los dirigiría—. ¿Es cierto que quien colocó la bomba que estaba debajo del coche del Erster Hauptkommissar Fabel fue el Peluquero de Hamburgo? ¿El asesino en serie que está asesinando a exmiembros de los movimientos izquierdistas radicales de los años setenta y ochenta? ¿Y es cierto también que, como resultado de este atentado contra Herr Fabel, se le ha retirado del caso?

La expresión de Van Heiden se oscureció. Miró a Tiedemann con furia.

—El agente de la Mordkommission en cuestión va a retirarse de todos sus casos actuales y se los pasará a otros agentes. La única razón de todo esto es que ha pedido una licencia para recuperarse de su experiencia. No hay ningún otro motivo. Puedo asegurarle que no es tan fácil asustar a los agentes de la Polizei de Hamburgo y mucho menos obligarlos a retirarse de un caso...

El pequeño periodista no dijo nada más, sino que sonrió, y permitió que los gritos de sus colegas lo cubrieran. Van Heiden y el presidente de la Policía Steinbach les dieron la espalda, subieron los escalones e ingresaron en el edificio del Präsidium, mientras el portavoz oficial de la Polizei de Hamburgo mantenía a raya a los periodistas.

Cuando el nudo de periodistas que estaban en la escalinata empezó a disolverse, uno de ellos se volvió hacia Tiedemann.

—¿Cómo te has enterado de todo lo que ocurrió?

El periodista señaló el Polizeipräsidium con un movimiento de la cabeza.

—Tengo una fuente interna. Se trata de una fuente realmente buena...

10.15 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

Tal vez no tendría que haber activado el sistema de alarma para una ausencia tan corta de su despacho. Ingrid Fischmann acababa de regresar de la oficina de correos, que estaba a una calle de allí, donde había enviado un sobre con las fotografías y la información que le había preparado a aquel policía, Fabel.

Lanzó una cuando la libreta negra con el número de la alarma se le cayó al suelo. Se agachó para recogerla, lo que hizo que algunas de las cosas que llevaba en el bolso

abierto se cayeran también, y oyó el ruido metálico de las llaves contra las baldosas del pasillo. Siempre era un lío entrar y salir de su despacho, en especial porque el código se negaba a instalarse en su memoria. Pero Ingrid sabía que era un mal necesario: tenía que ser cuidadosa.

La Fracción del Ejército Rojo se había disuelto oficialmente en 1988 y la caída del Muro había vuelto redundantes los cimientos ideológicos de esa clase de grupos. La RAF, el IRA, y hasta, al parecer, también la ETA, estaban relegándose a los libros de historia. El terrorismo interno europeo parecía un concepto cada vez más lejano, en comparación con el que venía de fuera. El terrorismo del siglo XXI había adoptado un matiz totalmente diferente, con una ideología religiosa en vez de sociopolítica. De todas maneras, las personas a las que ella dejaba al descubierto en sus artículos periodísticos pertenecían al aquí y ahora. Y muchos de ellos tenían un historial de violencia.

—Ya, ya... —le dijo al panel de control de la alarma en respuesta a su imperativo reclamo bajo la forma de bips electrónicos veloces y urgentes. Recuperó la libreta y, como no tuvo tiempo de encontrar las gafas, miró los números desde lejos para transferirlos al teclado. Por fin, marcó el último de ellos con una decisiva presión de su dedo. Los bips se detuvieron. Aunque en realidad no.

Era como un eco del sonido de la alarma, pero a un tono diferente. Y no salía del teclado numérico. Se quedó inmóvil, frunciendo el ceño, hasta que dedujo la dirección de aquel sonido. Venía de su oficina.

Siguió al sonido hasta su despacho. Salía de su escritorio. Abrió el cajón superior.

—Oh... —fue lo único que dijo.

Fue lo único que pudo decir. Su cerebro apenas tuvo tiempo suficiente para absorber lo que sus ojos estaban diciéndole: para analizar los cables, las pilas, el display luminoso y parpadeante, el paquete grande, color arena.

Ingrid Fischmann murió el instante después de que su cerebro reuniera todos esos elementos para formar una sola palabra.

Bomba.

10.15 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, HAMBURGO

—Espero que esto funcione —dijo Van Heiden—. Gran parte de nuestro trabajo depende de la cooperación de los medios. Cuando se enteren, no les va a gustar.

—Es un riesgo que debemos asumir —dijo Fabel. Estaba sentado a la mesa de reuniones con Maria, Werner, Anna, Henk y los dos especialistas forenses, Holger Brauner y Frank Grueber. Había otra persona a la mesa: un hombre bajo y gordo con gafas y una chaqueta de cuero negro.

—Lo superarán —dijo Jens Tiedemann—. Pero, por el bien de mi periódico, preferiría que todos creyeran que me hicieron creer en esa historia, en lugar de que se sepa que he, cómo decirlo, conspirado con vosotros.

Fabel asintió.

—Te debo una, Jens. Una grande. Este asesino sabe cómo comunicarse conmigo pero es una vía de un solo sentido. La única forma en que puedo hacerle creer que he abandonado el caso es que se lo anuncie públicamente.

—De nada, Jan. —Tiedemann se puso de pie para marcharse—. Sólo espero que se lo crea.

—Yo también —dijo Fabel—. Pero al menos he conseguido sacar de la ciudad a mi hija Gabi y ponerla bajo protección. También he hecho vigilar a Susanne las veinticuatro horas. En cuanto a mí, tendré que pasar la mayor parte del tiempo oculto aquí, pero estaré dirigiendo el espectáculo a través de mi equipo central. Oficialmente, Herr Van Heiden se hará cargo del caso. —Se puso de pie y le estrechó la mano a Tiedemann—. Has hecho una actuación convincente, que nos ayudará a ganar tiempo. Como he dicho, te debo una.

—Sí... Creo que sí. —El regordete rostro de Tiedemann se abrió en una amplia sonrisa—. Y puedes confiar en que te pediré que me lo devuelvas algún día.

—Estoy seguro de ello.

Después de que el periodista se marchara, la sonrisa desapareció de los labios de Fabel.

—Tenemos que movernos rápido. El Peluquero de Hamburgo parece tener la capacidad de adivinar todo lo que hacemos. Y, al parecer, también dispone de enormes recursos, tanto intelectuales como materiales. Por lo que sé, él esperaba exactamente la clase de anuncio que Jens nos «obligó» a dar en la conferencia de prensa. En ese caso, estamos jodidos. Pero si se lo ha creído, entonces tal vez se sienta menos bajo presión, porque supondrá que yo ya no dirijo la investigación. Lo que no entiendo es por qué es tan importante para él sacarme a mí de la escena.

—Tú eres nuestro mejor investigador de homicidios. Y tienes una tasa de condenas particularmente elevada —dijo Van Heiden.

Después de la reunión, Fabel pidió hablar con Van Heiden en privado.

—Por supuesto, Fabel. ¿Qué ocurre?

—Es esto... —Fabel le entregó un sobre sellado—. Mi renuncia. Quería entregársela ahora para que sea consciente de mis intenciones. Es obvio que no voy a marcharme hasta que este caso esté cerrado. Pero, inmediatamente después de eso, renuncio a la Polizei de Hamburgo.

—No hablará en serio, Fabel. —Van Heiden parecía aturdido. Una reacción que Fabel no esperaba de un hombre como aquél. Siempre había supuesto que su presencia le era indiferente a Van Heiden, en especial debido a que Fabel aparentaba

hacer caso omiso de su autoridad—. Lo que dije antes era cierto... no podemos darnos el lujo de perderle...

—Se lo agradezco, Herr Kriminaldirektor. Pero me temo que ya he tomado una decisión. Lo había hecho antes, pero cuando vi las fotografías de Gabi en mi teléfono móvil... En cualquier caso, estoy seguro de que encontrará un buen sustituto. Tanto Maria Klee como Werner Meyer son agentes excelentes.

—¿Lo saben?

—Aún no —dijo Fabel—. Y, si no le molesta, me gustaría mantenerlo en secreto hasta que resolvamos el caso. Ya tienen bastante en qué pensar.

Van Heiden volvió a golpear el sobre contra su mano abierta, como si evaluara el peso de su contenido.

—Descuide, Fabel. No hablaré con nadie de esto a menos que sea necesario. Mientras tanto, sólo espero que cambie de idea.

Se oyó un golpe en la puerta de la sala de reuniones y Maria entró.

—No sé cuán bajo es el perfil que quieres mantener, *chef*. Pero ya sabemos dónde puso la segunda bomba...

10.30 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

Había una nueva jerarquía en el sitio de la explosión, y Fabel se dio cuenta de lo mucho que le costaba no permanecer en la cúspide de esa jerarquía.

Con la intención de mantener la simulación de que lo habían retirado del caso, habían buscado un uniforme de policía de tráfico que le fuera bien a Fabel y lo habían llevado a la escena en la parte trasera de una de las furgonetas Mercedes Benz color verde botella con ventanas cubiertas que usaba la brigada antidisturbios. Un helicóptero policial sobrevolaba la escena.

La división uniformada había acordonado la escena y evacuado los edificios linderos. Fabel salió de la furgoneta y contempló la devastación. Todas las ventanas del despacho de Ingrid Fischmann estaban destrozadas por la explosión y miraban a la calle desde la ennegrecida estructura como cuencas vacías. La estrecha acera, la calzada y los techos de los coches aparcados, cuyas alarmas seguían gimiendo en sorprendida protesta, brillaban llenos de fragmentos de cristal del tamaño de gemas. De una de las ventanas colgaban las cintas desflecadas y achicharradas de las persianas verticales de Fischmann. La MEK, la brigada de armas especiales de la Polizei de Hamburgo que Fabel había requerido, ya había asegurado el perímetro, pero también había un gran número de agentes fuertemente armados vestidos con chalecos que tenían grandes letras con las iniciales de la BKA en la espalda, lo que indicaba que pertenecían a la Oficina Federal del Crimen. Fabel no se sorprendió al ver a Markus Ullrich. De pronto, todo aquello se había vuelto muy político.

Holger Brauner y su asistente Frank Grueber se habían presentado con un grupo ampliado para procesar la escena, pero la BKA había solicitado otra división forense

incluso más numerosa.

De todas maneras, todos estaban aguardando fuera mientras los bomberos y los artificieros se aseguraban de que fuera seguro entrar. Fabel aprovechó la oportunidad para interceptar a Markus Ullrich, quien estaba fuera del edificio junto a la puerta que, como era ligeramente más baja que la planta principal de la oficina, había sobrevivido a la explosión. Ullrich estaba hablando con otro agente de la BKA, pero interrumpió la conversación cuando vio que Fabel se acercaba. Le sonrió tristemente.

—Le sienta muy bien —dijo, señalando con un gesto el uniforme prestado de Fabel—. Adivino que esto no ha sido una explosión de gas.

—Lo dudo mucho —respondió Fabel—. Escuche, necesito que algo quede claro. Ésta es una investigación de la Polizei de Hamburgo. La mujer que alquila estas oficinas me ha ayudado con el contexto histórico de los homicidios de Hauser y Griebel. Este atentado contra su despacho es más que una coincidencia.

—Sí, lo entiendo... pero también se trata de una persona que se ha metido en un área muy peligrosa de la vida pública alemana. Existe la posibilidad de que se haya acercado demasiado a alguien que podría haber decidido volver a utilizar algunos conocimientos antiguos que adquirió dos décadas atrás... incluyendo la utilización de un detonador y Semtex. Tiene que entender que hay una base sólida para el interés de la BKA. —No había nada en el tono de Ullrich que insinuara un enfrentamiento, pero Fabel no se sintió más tranquilo—. Escuche, Herr Fabel, no quiero que compitamos: quiero que cooperemos. Tenemos un interés compartido en este caso. Lo único que he hecho es conseguir esos recursos adicionales y ponerlos a su disposición. Lo mismo se aplica al equipo forense; van a trabajar a las órdenes del suyo. ¿Ya sabemos si ella estaba dentro?

Fabel suspiró y relajó un poco la postura. Ullrich, después de todo, era de fiar.

—Aún no —dijo Fabel—. Revisamos su casa y no está allí y también lo hemos intentado con su teléfono móvil. Nada. —Alzó la mirada hacia el edificio—. Creo que el asesino dio en el blanco. De todas maneras, Herr Ullrich, éste es mi caso, en primer lugar, y quiero que lo entienda.

—Lo entiendo. Pero tendremos que trabajar juntos en esto, Herr Fabel. Le guste o no, es muy posible que estemos enfrentándonos a algo que tiene implicaciones que van más allá de Hamburgo. Tal vez le resulte útil tener un organismo federal en su equipo. Le hará falta toda la ayuda que pueda conseguir si tiene que dirigir esta investigación de lejos... y disfrazado. Yo no tengo problemas en que usted dé las órdenes. Por ahora.

—De acuerdo... —Fabel asintió—. Consideremos lo que usted ha dicho sobre que tal vez podría ser algún exterrorista latente protegiéndose a sí mismo, en lugar del denominado Peluquero de Hamburgo. Me temo que esas cosas no son contradictorias entre sí. —Fabel le hizo a Ullrich un resumen de lo que le había contado Ingrid Fischmann sobre su relación con el secuestro de Wiedler y la afirmación de Benni Hildesheim de que él conocía la identidad de varios miembros de los Resucitados,

incluyendo el hecho de que había insinuado que tenía pruebas fehacientes de que Bertholdt Müller-Voigt era el chófer de la furgoneta en que se habían llevado a Thorsten Wiedler.

—Esa idea viene circulando desde hace mucho tiempo, Fabel —dijo Ullrich—. La hemos analizado exhaustivamente. No hay ninguna prueba que lo relacione con el secuestro, ni siquiera podemos probar que perteneciera a ese grupo. Después de la muerte de Hildesheim conseguimos una orden judicial para revisar todas sus pertenencias en busca de las pruebas que decía poseer. Nada. Eso no equivale a decir que yo no lo creyera. Sólo que me parece que, si Müller-Voigt realmente participó en el secuestro y asesinato de Wiedler, jamás podremos probarlo.

Fabel señaló con un gesto el edificio destruido con sus grafitis y sus detalles arquitectónicos de estilo Jugendstil.

—Tal vez ella estuviera cerca de lograrlo...

Su teléfono sonó.

—No se moleste en tratar de rastrearme —le espetó con aspereza la voz electrónicamente distorsionada—. Le hablo desde el móvil de mi última víctima. Para cuando averigüe dónde estoy ya me habré ido y el teléfono estará destruido. Como puede ver, he estado ocupado. Esa puta de Fischmann se lo buscó. Sólo lamento que muriera tan rápido. Pero anoche me divertí más. No voy a decirle dónde encontrar el próximo cuerpo. Supongo que el hijo de ella lo descubrirá muy pronto.

—Déjelo... —dijo Fabel.

—Me desilusiona, Fabel —lo interrumpió la voz—. Trató de engañarme con esa pequeña farsa pública de esta mañana. Disfrazándose y ocultándose en furgonetas... Me temo que tendré que castigarlo. Por el resto de su vida usted se maldecirá a sí mismo, cada día, y se culpará por el horror que su hija habrá tenido que soportar antes de morir.

El teléfono enmudeció.

—¡Gabi! —Fabel se volvió hacia Maria—. Dame las llaves de tu coche, Maria... ¡Va a coger a Gabi! Tengo que llegar antes.

Maria le agarró el brazo.

—¡Espera! —Se puso delante de Fabel y lo miró fijamente a la cara—. ¿Qué ha dicho?

Fabel se lo contó. Werner, Van Heiden y Ullrich ya habían llegado a su lado.

—¿Cómo se ha enterado? ¿Cómo ha podido deducirlo tan pronto? —Fabel miró su uniforme prestado, frunciendo el ceño—. ¿Y cómo diablos supo lo del disfraz? Tengo que llegar a Gabi.

—Un momento —dijo Maria—. Tú mismo dijiste que había una buena posibilidad de que no cayera en la trampa. Hay un mundo de diferencia entre eso y que él sepa dónde hemos ocultado a Gabi. Es posible que nos esté vigilando justo ahora y tú lo llevarías directo hacia ella. Pero me parece que en realidad lo que le interesa no es encontrar a Gabi, así como tampoco le interesaba matarte a ti con esa

bomba. Es exactamente lo mismo que ocurrió aquella noche con Vitrenko, Jan. Una distracción. Una táctica dilatoria. —Había sinceridad en los ojos de Maria. Todas las defensas, todos los escudos, habían caído—. Está jugando contigo, Jan. Quiere desviar tu atención. El propósito de la bomba era impedir que te movieras mientras él trabajaba. Esto es exactamente lo mismo. Quiere que vayas a buscar a Gabi para poder terminar lo que ha empezado.

—Tiene sentido, Fabel —dijo Ullrich.

Un agente uniformado corrió hacia Fabel.

—Hay una llamada en la radio para usted, Herr Erster Hauptkommissar. Alguien ha informado de un cuerpo sin el cuero cabelludo, a unas pocas manzanas de aquí.

Maria soltó el brazo de Fabel.

—Tú decides, *chef*.

23.00 H, SCHANZENVIERTEL, HAMBURGO

Una división de agentes uniformados ya había llegado a la escena y lo primero que hicieron fue sacar a Franz Brandt de la habitación donde había encontrado el cuerpo de su madre. Cuando Fabel llegó allí, Brandt seguía en un profundo estado de shock. Tenía poco más de treinta años pero parecía más joven; el rasgo más llamativo era la melena de grueso pelo largo y castaño rojizo que remataba su rostro pálido y pecoso. El cuarto donde lo habían trasladado era espacioso, una combinación de dormitorio y estudio. Los libros que llenaban las estanterías le recordaron a Fabel los que estaban en el estudio de Frank Grueber; casi todos eran manuales universitarios dedicados a la arqueología, la paleontología y la historia.

Esos libros no era lo único que Fabel reconoció; había un gran póster en la pared del cuerpo del pantano de Neu Versen: Franz *el Rojo*.

—Lamento mucho su pérdida —dijo. Fabel siempre se ponía incómodo en esas situaciones, a pesar de sus años de experiencia. En todos los casos sentía una verdadera pena por la familia de las víctimas, y siempre era consciente de que estaba pisoteando vidas destrozadas. Pero, por otra parte, tenía un trabajo que hacer—. Entiendo que ésta es su habitación, ¿verdad? ¿Vive aquí permanentemente, con su madre?

—Si puede llamarse permanente... Con frecuencia estoy en excavaciones en el extranjero. Viajo mucho, por lo general.

—¿Su madre trabajaba en su casa? —preguntó Fabel—. ¿Qué hacía?

Franz Brandt lanzó una risita dolorida.

—Terapias *New Age*, en su mayoría. Era pura mierda, para ser honesto. Me parece que ella no creía en nada de eso. La mayor parte tenía que ver con la reencarnación.

—¿La reencarnación? —Fabel pensó en Gunter Griebel y en sus investigaciones sobre la memoria genética. ¿Podría haber alguna conexión? Luego lo recordó.

Müller-Voigt había mencionado a una mujer que había participado en el Colectivo Gaia. Sacó su libreta y buscó entre sus notas. Allí estaba: Beate Brandt. Miró al pálido joven que tenía delante. Estaba a punto de desmoronarse. Fabel recorrió con la mirada el dormitorio convertido en estudio y sus ojos volvieron a posarse en el póster —. A este caballero lo conozco —dijo sonriendo—. Es de Ostfriesland, como yo. Es extraño, pero últimamente aparece todo el tiempo en mi vida. Una sincronía, o algo así.

Brandt sonrió débilmente.

—Franz *el Rojo*... así me llamaban en la universidad. Por mi pelo. Y porque todos sabían que ése era mi favorito de todos los cuerpos del pantano, si sabe a lo que me refiero. Fue Franz *el Rojo* quien me inspiró para convertirme en arqueólogo. Leí sobre él en la escuela y me fascinó la idea de averiguar cosas sobre la vida de nuestros antepasados. Descubrir la verdad sobre cómo vivieron. Y murieron. —Se quedó en silencio y giró la cabeza hacia la puerta que daba a la sala, donde yacía su madre. Fabel le apoyó una mano en el hombro.

—Escuche, Franz... —le dijo en un tono tranquilo y relajador—. Sé lo difícil que es esto para usted. Y sé que en este momento se siente impresionado y asustado. Pero tengo que hacerle algunas preguntas sobre su madre. Tengo que coger a este maníaco antes de que mate a alguien más. ¿Puede ayudarme?

Brandt contempló a Fabel durante un momento, con una mirada enloquecida.

—¿Por qué? ¿Por qué le hizo... eso... a mi madre? ¿Qué significa todo esto?

—No lo sé, Franz.

Brandt bebió un sorbo de agua y Fabel notó que le temblaba la mano.

—¿Su madre tiene alguna relación con la ciudad de Nordenham?

Brandt negó con la cabeza.

—¿Sabe si estuvo metida en actividades políticas en su juventud?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Sólo tengo que saberlo... tal vez esté relacionado con los motivos del asesino.

—Sí... sí. Estaba metida en el ecologismo y el movimiento estudiantil, sobre todo en los años setenta y principios de los ochenta. Siguió participando en cuestiones ambientales.

—¿Conocía a Hans-Joachim Hauser o Gunter Griebel? ¿Esos nombres significan algo para usted?

—Hauser, sí. Mi madre lo conocía bien. Antes, quiero decir. Los dos participaron en manifestaciones antinucleares y más tarde estuvieron con los Verdes. No creo que tuviera mucho contacto con Hauser en los últimos tiempos.

—¿Y Gunter Griebel?

Brandt se encogió de hombros.

—No puedo decir que oyera hablar de ese nombre. Le aseguro que mi madre jamás lo mencionó. Pero no sé con certeza si lo conoció o no.

—Oiga, Franz, tengo que ser totalmente honesto con usted —dijo Fabel—. No sé si este maníaco actúa impulsado por un deseo de venganza o sólo tiene algo contra la gente de la generación y las inclinaciones políticas de su madre. Pero tiene que haber algo que conecte a todas las víctimas, incluyendo a su madre. Si tengo razón, tal vez ella fuera la relación entre las muertes de Hauser y Griebel. ¿Ha notado algo extraño en el comportamiento de su madre de las últimas semanas? Específicamente, desde que la prensa anunciara el primer asesinato, el de Hans-Joachim Hauser...

—Por supuesto que tuvo una reacción. Como le he dicho, ella había trabajado junto a Hauser en el pasado. Quedó muy impresionada cuando se enteró de lo que había ocurrido con él. —Los ojos de Brandt se llenaron de dolor cuando se dio cuenta de que estaba refiriéndose a la misma y espantosa desfiguración que había sufrido su propia madre.

—¿Y los otros homicidios? —Fabel intentó mantener a Brandt concentrado en sus preguntas—. ¿Los mencionó? ¿Parecieron inquietarla particularmente?

—No lo sé. Yo estuve fuera, en otra excavación para la universidad, durante unas tres semanas. Pero ahora que usted lo dice, es cierto que me pareció bastante ensimismada y reservada los últimos días.

Fabel observó al joven con atención.

—¿Usted encontró a su madre esta mañana cuando bajó a desayunar?

—Sí. Anoche llegué tarde y fui directo a la cama. Supuse que ella ya estaba dormida.

—¿A qué hora?

—Cerca de las once y media.

—¿Y no entró en la sala?

—Es obvio que no. Si lo hubiera hecho, habría visto a mi madre... de esa manera. Los habría llamado a ustedes de inmediato.

—¿Y dónde estuvo anoche hasta las once?

—En la universidad, preparando unas notas.

—¿Alguien lo vio allí? Lo siento, Franz, pero tengo que preguntárselo.

Brandt suspiró.

—Vi al doctor Severts brevemente. Fuera de eso, creo que no.

Fue la mención del nombre de Severts lo que hizo que todo encajara para Fabel.

—Ya sé dónde lo he visto antes. Era algo que no dejaba de preguntarme. Usted fue el que descubrió el cuerpo momificado en el emplazamiento de Hafencity.

—Así es —dijo Brandt en tono sombrío. Tenía la mente ocupada en otras cosas, más allá de dónde había visto antes al detective que investigaba el brutal homicidio de su madre.

—¿Sabe si su madre esperaba alguna visita anoche?

—No. Me dijo que iba a acostarse temprano.

Fabel vio que Frank Grueber entraba en la sala y le indicaba con un gesto a Fabel que ya podía pasar a la escena del crimen.

—¿Tiene algún lugar donde alojarse esta noche? —le preguntó a Brandt—. Si no, puedo hacer que lo lleven a un hotel. —Fabel pensó en su propia situación reciente, en el hecho de que un acto de violencia lo había arrancado de su casa.

Brandt meneó su mata de pelo rojo.

—No es necesario, tengo una amiga y puedo quedarme en su casa. Voy a llamarla.

—De acuerdo. Deje la dirección y un número donde podamos ubicarlo. De veras, lamento muchísimo su pérdida, Franz.

Miércoles 14 de septiembre de 2005, veintisiete días después del primer asesinato

13.00 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, HAMBURGO

Los días iban perdiendo definición, y se fundían los unos con los otros en un letargo sin fisuras. Fabel había dormido un par de horas, con interrupciones, en el Präsidium. Pero el hecho de que dos homicidios, ejecutados de maneras completamente distintas por el mismo asesino, hubieran coincidido, significaba que, incluso con todos los recursos de los que disponía, él y su equipo estaban haciendo esfuerzos más duros y más prolongados de lo que deberían. Todos estaban cansados. Cuando uno estaba cansado, su eficiencia no rendía al máximo. Y estaban buscando a un asesino de una eficiencia suprema.

Ya había amanecido cuando Fabel consiguió hacerse un poco de tiempo para ir a su casa a dormir unas horas y tomar una ducha que, con un poco de suerte, refrescaría sus sentidos y su capacidad de pensar.

Pero, para su frustración, se vio obligado a conducir justo al principio de la hora punta matinal y ya eran las ocho de la mañana cuando hizo girar la llave en la puerta de su apartamento. Al hacerlo, las imágenes de la casa de Brandt le vinieron a la mente. Casi esperaba encontrar otro cuero cabelludo en su apartamento. Aquél había sido su refugio, su lugar seguro lejos de la locura y la violencia de los otros. Pero ya no. Las ventanas habían sido limpiadas exhaustivamente, así como el resto del apartamento, pero él habría jurado que había un sutil olor a sangre flotando en el aire. El sol de la mañana ardía en el cielo sobre el Alster y entraba a raudales por las ventanas que daban al este. Sin embargo, para los ojos cansados de Fabel, aquella luz parecía, de alguna manera, estéril y fría. Como la de un depósito de cadáveres.

—Hay un sobre para ti sobre tu escritorio, *chef*—le dijo Anna cuando Fabel pasó por la Mordkommission de camino a su oficina—. Llegó esta mañana, cuando no estabas. Considerando todo lo que ha ocurrido, los de seguridad lo retuvieron abajo y lo pasaron dos veces por el detector. Está limpio.

—Gracias. —Fabel entró en su oficina y colgó la chaqueta en el respaldo de la silla. Era un sobre grande y grueso y cuando lo abrió encontró una gruesa carpeta de tapas azules unidas con dos gruesas bandas elásticas. Bajo una de las bandas había un casete; debajo de la otra, una tarjeta de salutación. Sacó la tarjeta y la contempló

durante un largo rato, casi como si, aunque la letra era meticulosa y clara, no pudiera entender el significado de las palabras.

«Lo que le prometí. Espero que le sirva. Un cordial saludo. I. Fischmann».

Siguió contemplando aquella nota escrita por la mujer con quien había hablado apenas dos semanas antes. Parecía imposible que, en ese pequeño lapso, la inteligencia, el ser que se escondía detrás de esa letra, hubiese desaparecido.

Sacó el casete y las bandas de la carpeta. Ingrid Fischmann había compilado un detallado *dossier* con toda la información que tenía sobre los Resucitados, así como datos de contexto sobre la banda Baader-Meinhof y otros grupos militantes y terroristas. Había fotocopiado y escaneado artículos, fotografías, expedientes. No había ningún documento original; ella se había tomado el esfuerzo de hacer copias para Fabel de todos los archivos más importantes. Salvo que lo que él tenía en las manos en ese momento era todo lo que había sobrevivido del trabajo de Ingrid Fischmann; los fantasmas de los originales que ella había trabajado tanto para mantener a salvo pero habían quedado destruidos por la explosión y el incendio que se produjo como consecuencia.

Le llevó un rato localizar un reproductor de casete en el edificio y tardaron quince minutos en traérselo. Mientras esperaba, hojeó el resto del material que había en la carpeta; no había duda de que era exhaustivo y Fabel necesitaría bastante tiempo para revisarlo detalladamente, pero sabía que tenía que hacerlo. Dentro de toda esa información podría encontrarse un detalle pequeñísimo, un hilo delgadísimo que le proporcionaría la coherencia que necesitaba tan desesperadamente en ese caso.

Después de que un agente uniformado le entregara el reproductor, Fabel cerró la puerta de su despacho, un gesto que todos los que trabajaban con él sabían interpretar como una señal de que no quería que lo molestaran, y conectó el contestador automático en su teléfono. El casete que Ingrid Fischmann le había enviado no era de la misma época que la grabación original, y el zumbido de la estática que sonó tan pronto presionó el botón de reproducción le hizo pensar que probablemente se tratara de la copia de una copia. Subió el volumen un poco para compensar. Se oyeron unos golpes y el sonido amortiguado de los movimientos de un micrófono. Luego, la voz de un hombre.

«Me llamo Ralf Fischmann. Tengo treinta y nueve años y era el chófer de Herr Thorsten Wiedler, del Grupo Industrial Wiedler. Por causa de esa tarea, recibí tres disparos, uno en el costado y dos en la espalda, efectuados por los terroristas que secuestraron a Herr Wiedler. No puedo entender qué pecado cometí para merecer que me dispararan. Pero, de la misma manera, tampoco puedo entender cuál fue el gran pecado cometido por Herr Wiedler para merecer que lo arrancaran de su familia.

»Ya han pasado dos meses desde que me dispararon. Al principio los médicos exhibían un alegre optimismo y me decían que era como esperar a que un hematoma se curara, que cuando disminuyera la inflamación en la columna vertebral, ¿quién sabría? Bueno, la inflamación ya ha disminuido y los médicos no suenan tan

optimistas. Soy un lisiado. Nunca volveré a caminar. Eso ya lo sé, así como lo saben los médicos pero aún no quieren admitir. Soy un hombre sencillo; no soy estúpido, pero nunca tuve grandes ambiciones. Lo único que quería era trabajar mucho, mantener a mi familia y ser la mejor persona posible. Por alguna razón, la forma en que he vivido, con honradez y modestia, era ofensiva para alguien. Tan ofensiva que consideraron necesario meterme balas en la columna vertebral.

»Trabajé tres años para Herr Wiedler. Era un buen hombre. Uso el tiempo pasado porque me parece muy poco probable que siga vivo. Un buen hombre y un buen jefe. Era originario de Colonia y, como es típico allí, era amable y campechano... trataba a todos sus empleados como iguales. Si hacías algo mal, algo que no le gustaba, te lo decía. De la misma manera, podía invitarte a tomar una copa en un bar y hablar contigo sobre tu familia. Siempre me preguntaba por mi hija Ingrid y mi hijo Horst. Sabía que Ingrid era muy brillante y me prometió que llegaría lejos.

»El trabajo que hacía para Herr Wiedler era de chófer, en general. Le llevaba de su casa a la oficina cada día, y también cuando tenía reuniones en otras partes de Hamburgo y en el resto de la República Federal. Verán, Herr Wiedler detestaba viajar en avión. Si teníamos que atravesar todo el país, hasta Stuttgart o Múnich, por ejemplo, él conversaba conmigo para que no me aburriera de tanto conducir por la Autobahn. A veces estudiaba algunos papeles en la parte trasera del coche, pero por lo general se sentaba conmigo delante y hablaba. A Herr Wiedler le gustaba mucho hablar. Me caía muy bien y me parecía esa clase de hombre que, si no fuera mi jefe, estaría feliz de tener como amigo. Quiero creer que él pensaba lo mismo de mí.

»La mañana del 14 de noviembre de 1977 estábamos los dos en el coche. Yo lo había recogido, como era habitual, en su casa en Blankenese. A diferencia de la mayoría de las mañanas, en que tenía que llevarlo directamente a su oficina, me había pedido que lo fuera a buscar más tarde porque teníamos que ir directamente a Bremen, donde él tenía una reunión con una empresa que era cliente de la suya. Desde el secuestro, ese detalle siempre me ha intrigado. Me resultaría más fácil de entender si la emboscada hubiera tenido lugar en nuestro camino normal hasta las oficinas centrales de Wiedler, que estaban hacia el norte, pero nos estaban esperando en el camino al centro de la ciudad, donde cogeríamos la A1 en dirección de Bremen. Sólo se me ocurre que los terroristas tenían a alguien dentro de la compañía Wiedler, o que algún miembro de la banda nos siguió desde la residencia de Wiedler y estaba en contacto con los otros a través de intercomunicadores.

»Eran alrededor de las diez y media de la mañana. Estábamos a punto de coger la Autobahn cuando vi una furgoneta negra Volkswagen que estaba parada, pero en un ángulo que daba a entender que había efectuado un viraje brusco. Había un hombre con traje de ejecutivo agitando los brazos frenéticamente sobre la cabeza y lo que parecía un cuerpo tumbado en medio del camino. Daba la impresión de que la furgoneta lo había arrollado. Detuve el coche a un lado del camino. Había otro coche detrás de nosotros que también paró. Herr Wiedler y yo corrimos hasta la persona

herida y una pareja joven salió del coche de detrás de nosotros y nos siguió. Cuando nos acercamos al cuerpo vimos que tenía puesto un mono azul y no pudimos distinguir si era hombre o mujer. Entonces, de pronto, la persona que estaba en el suelo se puso de pie de un salto y vimos que llevaba puesto un pasamontañas. Creo que era un hombre, aunque no muy alto. Tenía una metralleta. El hombre del traje de ejecutivo y del abrigo elegante sacó una pistola y nos apuntó. Todos nos paralizamos. Herr Wiedler, yo y la joven pareja. De pronto, dos personas más con monos azules y pasamontañas saltaron de la furgoneta llevando metralletas. Recuerdo haber pensado que el terrorista que había fingido ser un hombre de negocios era el único que no llevaba pasamontañas y me aseguré de echarle un buen vistazo. Él se dio cuenta y se enfadó mucho y me gritó a mí y a los otros que dejáramos de mirarlo.

»Los dos enmascarados de la VW corrieron, cogieron a Herr Wiedler y comenzaron a empujarlo hacia la furgoneta mientras los otros seguían apuntándonos. Di un paso adelante y el hombre del mono levantó su arma, de modo que me detuve y levanté las manos. Eso fue todo lo que hice. No hice ningún otro movimiento y el momento de actuar ya había pasado. Por eso no entiendo por qué me disparó. El hombre del traje dijo que yo lo estaba mirando otra vez y lo siguiente que recuerdo es el sonido de su arma. Recuerdo haber pensado que debían de estar usando balas de fogueo, porque era imposible que erraran a esa distancia, y yo no sentí ningún dolor, ningún impacto. Nada. Entonces noté algo mojado en mi costado que corría por mi pierna. Miré hacia abajo y me di cuenta de que sangraba de una herida justo encima de la cadera. Giré y empecé a caminar hacia el coche. No estaba pensando con lucidez; debió de ser la impresión. Sólo recuerdo haber pensado que tenía que llegar al coche y sentarme. Entonces oí dos disparos más y supe que me habían acertado en la espalda. Mis piernas, simplemente, dejaron de funcionar, y caí sobre el suelo de cara. Oí el grito de la mujer de la pareja joven, luego el chirrido de las ruedas cuando la furgoneta se alejó llevándose a Herr Wiedler. Eso no lo vi porque estaba boca abajo, pero me di cuenta de que era lo que estaba ocurriendo.

»La joven pareja corrió hacia mí y luego la mujer corrió hasta el camino para buscar ayuda mientras el chico permanecía a mi lado. Era una sensación muy extraña. Yo estaba allí, con la mejilla apretada contra la superficie del camino, y recuerdo haber pensado que parecía estar más caliente que yo. También recuerdo haber pensado que había defraudado a Herr Wiedler. Que tendría que haber hecho más. Iba a morir de todas maneras, de modo que tendría que haber hecho que valiera de algo. Entonces empecé a pensar en mi esposa Helga, y en los pequeños Ingrid y Horst, y en que se las tendrían que arreglar sin mí. Fue entonces cuando me enfadé de verdad y decidí que no iba a morir. Mientras yacía esperando que llegara la ambulancia, me concentré con fuerza en mantenerme consciente y la forma en que lo hice fue tratando de recordar cada detalle del hombre que no había podido esconder su rostro. Suponía que si lo atrapaban a él, podrían encontrar a los otros.

»Ésos fueron los detalles que le di al dibujante de la policía. Le obligué a rehacer el dibujo una y otra vez. Cuando me preguntó si ya habíamos captado un parecido general al terrorista, le dije que sí, pero que su tarea no había terminado. Le dije que podríamos conseguir un retrato-robot perfecto del hombre que me disparó. De modo que reiniciamos el dibujo muchas veces más. Cuando terminamos, no teníamos la versión de un dibujante. Teníamos un retrato.

»Quedaré confinado a esta silla de ruedas por el resto de mi vida. Durante los últimos dos meses he tratado de entender qué es lo que estas personas creen que pueden lograr con la violencia. Dicen que esto es una revolución, una rebelión. ¿Pero una rebelión contra qué? Llegará un momento en el que se sabrá la verdad. Tal vez yo muera antes, pero esta cinta, y el retrato-robot que he ayudado a crear del terrorista que me disparó, son mi declaración».

Fabel apretó el botón de stop. Ahora entendía por qué Ingrid Fischmann estaba tan motivada para revelar la verdad. La voz de la cinta había hecho que Fabel se sintiera obligado a encontrar a las personas que habían secuestrado y asesinado a Thorsten Wiedler y consignado a Ralf Fischmann a una agonía corta e infeliz en una silla de ruedas; la presión que habría sentido Ingrid, como hija de Fischmann, era inimaginable.

Abrió la carpeta y buscó el dibujo que Ralf Fischmann había descrito en la cinta. Lo encontró. Una corriente eléctrica le recorrió la piel e hizo que se le pusieran de punta los pelos de la nuca. Ralf Fischmann tenía razón: había obligado al dibujante a lograr un nivel de detalle mucho más alto de lo que era habitual en los retrato-robot de la policía. Era, por cierto, un retrato.

Fabel miró fijamente la cara muy real de una persona muy real. Una cara que reconocía.

—Ahora lo entiendo, cabrón —le dijo en voz alta a la cara que tenía delante—. Ahora sé por qué no querías que nadie te tomara una fotografía. Los otros tenían la cara tapada... tú eras la única persona que alguien vio.

Fabel dejó la imagen de un joven Gunter Griebel sobre su escritorio, se levantó de la silla y abrió de golpe la puerta de su oficina.

13.20 H, POLIZEÄSIDIUM, HAMBURGO

Werner había convocado a todo el equipo en la sala principal de reuniones. Fabel le había pedido que organizara ese encuentro para poder comunicarles lo que había descubierto sobre Gunter Griebel. Estaba claro que todas las víctimas habían pertenecido al grupo terrorista de Franz *el Rojo* Mülhaus, los Resucitados. También era más que probable que todos hubieran participado del secuestro y asesinato de Thorsten Wiedler. Fabel estaba convencido de que los asesinatos estaban relacionados con aquel suceso, pero la persona con más motivos para efectuarlos, Ingrid Fischmann, también había sido asesinada. Ella había mencionado a un

hermano. Fabel había decidido encargar a alguien que lo rastreara y estableciera su paradero en el momento de cada homicidio.

Sin embargo, los acontecimientos se adelantarían a todas sus ideas.

La mayoría de los miembros de la brigada de Homicidios, al igual que el mismo Fabel, habían dormido muy poco en los últimos dos días, pero él se dio cuenta de que algo había disipado la fatiga de sus colegas. Ellos estaban sentados, en actitud expectante, en torno a la mesa de reuniones de madera de cerezo, mientras una fila de rostros muertos y despojados del cuero cabelludo —Hauser, Griebel, Schüler y Scheibe— los contemplaban desde el tablero de la investigación. Aún no habían tenido tiempo de obtener una imagen de la última víctima, Beate Brandt, pero Werner había apuntado su nombre junto a las otras imágenes, dejando un espacio para ella entre los muertos, como una tumba recién cavada pero todavía vacía. Centrada sobre la fila de víctimas, la intensa mirada de Franz *el Rojo* Mülhaus flotaba sobre la sala desde la vieja fotografía de la policía.

—¿Qué tenéis vosotros? —Fabel se sentó en el extremo de la mesa que estaba más próximo a la puerta y se frotó los ojos con la base de las manos, como si tratara de quitarles el cansancio.

Anna Wolff se puso de pie.

—Bueno, para empezar, nos han informado de una denuncia sobre una persona desaparecida. Un tal Cornelius Tamm.

—¿El cantante? —preguntó Fabel.

—Ése mismo. Me temo que es un poco anterior a mi época. Nos hemos enterado de ello porque Tamm es contemporáneo de las otras víctimas. Desapareció hace tres días después de una actuación en Altona. Tampoco se encontró su furgoneta.

—¿Quién se ocupa de ello?

—He puesto a un equipo a cargo —dijo Maria Klee. Parecía tan cansada como Fabel—, con algunos de los agentes adicionales que nos han asignado. Les he dicho que probablemente estén buscando a la próxima víctima.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Fabel—. Pareces destrozada.

—Estoy bien... Sólo tengo dolor de cabeza.

—¿Qué otras cosas hay? —Fabel se volvió hacia Anna.

—Hemos tratado de deducir de qué va todo esto —respondió Anna Wolff con una sonrisa—. ¿Acaso Franz *el Rojo* Mülhaus, supuestamente muerto hace veinte años, ha regresado de la tumba? Bueno, tal vez sí. He revisado todos los datos que tenemos sobre Mülhaus, así como recortes de prensa de aquella época. —Anna hizo una pausa y hojeó la carpeta que tenía delante, sobre la mesa—. Tal vez Franz *el Rojo* haya regresado para vengarse bajo la forma de su hijo. Mülhaus no estaba solo en aquel andén de Nordenham. Tenía a su lado a su novia, Michaela Schwenn, con quien mantenía una relación estable, y al hijo de ambos, que tenía diez años. El muchacho lo vio todo. Vio morir a su padre y a su madre.

Fabel sintió un cosquilleo en la nuca, pero sólo dijo:

—Eso no significa que su hijo haya salido a vengarse.

—Según los agentes de la GSG9 que estuvieron en la escena, la última palabra de Mülhaus antes de morir fue «traidores». Estos asesinatos no son ataques psicóticos sin motivo, *chef*. Todo esto es una venganza. Una deuda de sangre. —Anna hizo otra pausa. Podía verse la insinuación de una sonrisa jugando en las comisuras de sus labios rojos y carnosos.

—De acuerdo... —suspiró Fabel—. Adelante. Es evidente que estás por dar un golpe maestro...

La sonrisa de Anna se hizo más amplia. Señaló la fotografía en blanco y negro de Mülhaus que colgaba del tablero de la investigación.

—Es extraño, ¿verdad?, la forma en que algunas imágenes se convierten en iconos. La manera en que relacionamos automáticamente una imagen con una persona y a esa persona con una época y un lugar, con una idea...

Fabel hizo un gesto de impaciencia y Anna continuó.

—Recuerdo lo impresionada que quedé al ver una fotografía de Ulrike Meinhof antes de que se convirtiera en una terrorista de pelo desgreñado y tejanos. Era de ella y su marido en una pista de carreras. Estaba vestida como una típica y recatada Hausfrau de los años sesenta. Antes de que se radicalizara. Eso me hizo pensar y busqué otras fotografías de Mülhaus. Como saben, son muy escasas. Esta imagen que tenemos aquí es la que conocemos, la que se usó en los carteles de la policía en los años ochenta. Es en blanco y negro, pero podemos ver que el pelo de Mülhaus es realmente oscuro. Negro. Pero luego recordé las fotografías de Andreas Baader de 1972, cuando lo arrestaron. Llevaba el pelo teñido de rubio ceniza.

Anna sacó una ampliación en papel satinado de gran tamaño y la ubicó junto a la fotografía policial. Ésta era a todo color. Era de un Franz Mülhaus más joven, sin su característica perilla. Pero había un rasgo que destacaba sobre todos los demás: su pelo. En el cartel de la policía el pelo de Mülhaus estaba peinado hacia atrás, dejando al descubierto una frente amplia y pálida, pero en la nueva imagen le caía sobre las cejas y le enmarcaba la cara en poblados rizos enmarañados. Y era rojo. Un rojo exuberante, moteado de reflejos dorados.

—El apodo de Franz *el Rojo* no se debía a su ideología política. Era por su pelo. —Anna clavó un dedo en la fotografía en blanco y negro y miró directamente a Fabel—. ¿Te das cuenta? Durante todo el tiempo que fue fugitivo, ocultó su característico pelo rojo tiñéndolo de oscuro. La BKA recibió la información de que Mülhaus se había oscurecido el pelo y cambiaron la imagen para que concordara. Pero hay más... al parecer el hijo de Mülhaus tenía el mismo color de pelo. Y cuando se fugaron juntos, Mülhaus también le tiñó el pelo a su hijo.

Hubo un silencio después de que Anna dejara de hablar. Entonces Werner expresó lo que todos pensaban.

—Mierda. La cuestión del cuero cabelludo y el pelo teñido. —Se volvió hacia Fabel—. Ahí tienes tu simbolismo.

—¿Sabemos qué ocurrió con el hijo? —le preguntó Fabel a Anna.

—Los de servicios sociales se niegan a entregarnos el expediente hasta que obtengamos una orden judicial para acceder a esa información. Ya estoy en ello.

Fabel contempló la fotografía del joven Mülhaus. Debía de tener unos veinte años. Era evidente que se trataba de la obra de un aficionado, una fotografía hecha en exteriores a la luz del sol de un verano muy lejano en el tiempo. Mülhaus ofrecía una amplia sonrisa a la cámara y entrecerraba los ojos para protegerlos de la luz. Era un joven feliz y despreocupado. No había nada escrito en aquel rostro que sugiriera un futuro relacionado con homicidios y violencia. Al igual que lo que le había ocurrido a Anna con la fotografía de Ulrike Meinhof, a Fabel esa clase de imágenes siempre le resultaban fascinantes: todos tenían un pasado. Todos habían sido otra persona alguna vez.

Fabel se concentró en el pelo que brillaba rojo y dorado bajo el sol de verano. Había visto un pelo como ése antes. Lo había visto apenas unas horas antes.

—Anna... —Se puso de espaldas al tablero.

—¿*Chef*?

—La primera prioridad es verificar los antecedentes de Beate Brandt. Necesito saber cuál era su relación con Franz Mülhaus, si es que la tenía. —Fabel se volvió hacia Werner—. Y necesito que tú verifiques la dirección que nos proporcionó Franz Brandt. Creo que he de tener otra conversación con él.

En ese momento sonó su teléfono móvil. Era Frank Grueber, que estaba al frente del equipo forense en la casa de Beate Brandt.

—Habéis encontrado otro pelo, ¿verdad? —dijo Fabel.

—En efecto —respondió Grueber—. Nuestro amigo está poniéndose poético. Lo dejó dispuesto sobre la almohada, junto al cadáver. Pero eso no es todo. Hemos revisado toda la casa para ver si al asesino se había descuidado en algo.

—¿Y?

—Y hemos encontrado unos rastros en el cajón de un escritorio, en el dormitorio convertido en estudio que usaba su hijo. Al parecer, allí se almacenó una buena cantidad de explosivos.

14.10 H, EIMSBÜTTEL, HAMBURGO

Mientras Fabel se dirigía a toda velocidad a través de Hamburgo rumbo a la dirección de Eimsbüttel que Franz Brandt le había dado a Werner, sintió que todo encajaba.

Brandt había demostrado tener sangre fría. Sangre muy fría. Mientras Fabel lo interrogaba, el joven le había preguntado por qué el asesino teñía el pelo de rojo. Ya conocía la razón, pero había utilizado su falsa pena para camuflar su intención de interrogar al interrogador, tratando de descubrir cuánto sabía la policía sobre sus motivos. Incluso se había sentado junto a un póster del otro Franz *el Rojo*, el cuerpo

del pantano, que estaba colgado en la pared arriba de él, y le había mencionado el hecho de que Franz *el Rojo* era su apodo en la universidad.

Todo encajaba: el mismo pelo, la misma profesión, incluso el mismo sobrenombre. Su edad también concordaba. Fabel suponía que Beate Brandt había adoptado a Franz, con diez años de edad, después de que éste presenciara la muerte de su padre y de su madre natural en el tiroteo del andén de Nordenham. Tal vez Beate lo hiciera movida por la culpa. Fuera cual fuese la traición que se había cometido, Beate Brandt había tenido algo que ver y, a pesar de que lo había educado como a su hijo, Franz le había administrado a ella el mismo ritual justiciero que al resto de sus víctimas.

Estacionaron junto al cordón que había instalado la brigada MEK al final de la calle. Lo primero que Fabel había hecho era desplegar una división MEK de apoyo. Fabel siempre se preguntaba si había alguna diferencia real entre un terrorista y un asesino en serie: los dos mataban en grandes cantidades, los dos trabajaban siguiendo un plan abstracto que con frecuencia resultaba imposible de entender para los demás. Brandt, sin embargo, había desdibujado la frontera entre ambos más que ningún otro. Llevaba a término sus crímenes de venganza con el simbolismo ritual de una psicosis avanzada, pero al mismo tiempo instalaba bombas sofisticadas para deshacerse de cualquiera que representara una amenaza. Y cuando Brandt llamó a Fabel al móvil para informarle de que estaba sentado sobre una bomba, utilizó tecnología para alterar la voz, sólo por si Fabel lo reconocía del breve encuentro previo que habían tenido en el emplazamiento de HafenCity.

La dirección que les había dado Franz Brandt correspondía a un edificio de apartamentos de cuatro pisos con una entrada directa hacia la calle, lo que limitaba la oportunidad de invadir el apartamento por sorpresa.

—Haga que sus hombres cubran la parte trasera —le dijo Fabel al comandante de la MEK—. Este tipo aún no sabe que sospechamos de él y tengo una razón legítima para volver a interrogarlo sobre la muerte de su madre. Si es que es su verdadera madre. Llevaré a dos de mi equipo hasta su puerta.

—Considerando lo que me ha contado sobre él, me parece poco aconsejable —dijo el otro—. En especial si es tan hábil con los explosivos como parece. He contactado con la brigada de artificieros y nos mandarían una división. Sugiero que esperemos hasta que lleguen y que luego entre mi gente con apoyo de los artificieros.

Fabel estaba a punto de protestar cuando el comandante de la MEK lo interrumpió.

—Usted y sus agentes pueden seguirnos, pero, si insiste en entrar solo antes que nosotros, puede terminar con policías muertos.

La afirmación del oficial de la MEK hizo efecto en Fabel. Él ya había pasado por eso, ya se había enfrentado a un oponente peligroso en un ámbito cerrado. Y había

costado vidas.

—De acuerdo —suspiró—. Pero que quede claro que necesito vivo a este hombre.

La expresión del comandante de la MEK se ensombreció.

—Eso es lo que siempre tratamos de lograr, Herr Erster Hauptkommissar. Pero es evidente que esta persona es un terrorista profesional. A veces no es tan fácil.

A Fabel, Maria, Werner, Anna y Henk les entregaron ropa antibalas para todo el cuerpo. Luego, siguieron a un equipo de cuatro agentes de la MEK y a un especialista en desactivar bombas que avanzaban por la parte delantera del edificio en una estudiada postura, corriendo en cuclillas, manteniéndose agachados y con los cuerpos presionados contra la pared del edificio. Después de que entraran, el comandante de la MEK indicó con un gesto de la mano que Fabel y sus agentes permanecieran en el vestíbulo, mientras el equipo de armas especiales subía por la escalera. A Fabel le resultaba notable que un equipo de hombres tan corpulentos y fuertemente armados, ataviados con corazas blindadas, pudieran moverse con tanto sigilo.

El silencio se hizo insoportable para los agentes de la Mordkommission que esperaban en el vestíbulo, y luego se hizo añicos al mismo tiempo que la puerta del apartamento, cuando los de la MEK irrumpieron. Desde el pasillo, Fabel y su gente pudieron oír los gritos de los agentes de la MEK. Luego silencio. Fabel indicó a sus subordinados que lo siguieran por la escalera, deteniéndose en el rellano de la planta anterior. El comandante de la MEK salió del apartamento.

—Está limpio. Pero espere a que los artificieros lo verifiquen.

En ese momento, un técnico de explosivos vestido con un mono azul subió corriendo la escalera y los pasó de largo.

—Al diablo con esto —dijo Fabel—. Brandt no tiene ni idea de que andamos tras él. Y éste es el apartamento de su novia. No habrá puesto una bomba aquí. Voy a subir. —Trepó los escalones de dos en dos y entró en el apartamento detrás del técnico de explosivos, sin prestar atención a las protestas del comandante de la MEK. Werner se encogió de hombros y subió tras su jefe, seguido de Maria, Anna y Henk.

El apartamento era pequeño y tanto su decoración como los muebles sugerían un ambiente femenino. Fabel supuso que Brandt no pasaría mucho tiempo allí. También estaba claro que el joven arqueólogo no usaba tanto la habitación que tenía en casa de su madre, y a Fabel le cruzó por la cabeza la idea de que tal vez Brandt tenía otro sitio, un escondite del que no sabían nada. No tenía mucho sentido permanecer allí; el pequeño apartamento estaba repleto de agentes y Fabel se dio cuenta al primer vistazo de que no ganaría nada si revisaba el piso, aunque tendría que someterse a la formalidad de llamar a un equipo forense tan pronto le aseguraran que el departamento estaba limpio.

Justo en ese momento sonó el teléfono móvil de Maria. A ella le costaba oír a su interlocutor en medio de la agitación que había en el apartamento y salió al pasillo.

Fue uno de esos momentos en los que mil pensamientos, mil resultados posibles, nos cruzan la mente en un lapso demasiado pequeño para medirlo. Comenzó cuando uno de los técnicos de explosivos levantó de pronto la mano, dándole la espalda al resto de los agentes, y gritó una sola palabra:

—¡Silencio!

Fue entonces cuando Fabel lo oyó. Un bip. El segundo especialista en explosivos se acercó al primero, se quitó el casco y giró el oído hacia el sonido. Todos lo imitaron al mismo momento, siguiendo la mirada de los artificieros.

Estaba encima del reproductor de CD. A primera vista parecía simplemente otro aparato de audio: una pequeña caja gris de metal con una luz roja que se encendía y apagaba al unísono con los bips.

Mientras Fabel contemplaba el dispositivo, hipnotizado por la luz roja intermitente que brillaba al ritmo de los bips, se preguntó por qué se quedaba allí inmóvil, en lugar de salir corriendo y salvar la vida.

Entonces el bip pasó a ser constante, la luz roja del detonador de la bomba dejó de encenderse y apagarse y se mantuvo encendida.

14.20 H, EIMSBÜTTEL, HAMBURGO

Cuando Maria Klee volvió a entrar en el apartamento con el teléfono móvil todavía en la mano, los rostros que se volvieron hacia ella parecían despojados tanto de color como de expresión.

—¿Me he perdido algo? —preguntó.

—No exactamente —dijo Fabel—. Creo que en realidad algo nos ha perdido a nosotros.

El especialista en desactivar bombas estaba con el detonador, aquella caja gris y metálica, aferrado en su mano enguantada, con los cables colgando. Cuando la luz había pasado a ser un rojo constante, él se había abalanzado hacia delante y simplemente había arrancado el detonador de cuajo con cables y todo. «No teníamos nada que perder», explicó más tarde. Cuando Maria entró, el otro artificiero estaba sacando cuidadosamente el reproductor de CD y el amplificador de los estantes.

—Lo tengo —dijo, después de levantar un pequeño paquete gris envuelto en plástico que estaba oculto detrás del equipo de audio—. Ya estamos a salvo.

—Bien hecho —le dijo Fabel al primer técnico—. Si no se hubiera movido tan rápido...

El artificiero meneó la cabeza.

—Me temo que no puedo adjudicarme el mérito de eso. Actué más por reflejo que por otra cosa. Me habría resultado imposible llegar a tiempo para desconectar el detonador. Fue el mismo dispositivo el que falló. Algo salió mal, por alguna razón.

Supongo que habría algún fallo en el detonador. Me parece poco probable que los cables se soltaran. Por lo que he visto en la bomba debajo de su coche, este tipo es bastante meticulado.

El otro técnico metió delicadamente el paquete explosivo dentro de un contenedor de paredes gruesas.

—La masa del dispositivo alcanzaba para matar a todos los que estábamos dentro del apartamento, pero no habría puesto en riesgo la integridad de la estructura, salvo por las ventanas, que habrían salido volando hasta Buxtehude.

—Creo que sí me he perdido algo —dijo Maria.

—¿Quién te ha llamado? —preguntó Fabel.

—Oh... Era Frank. Frank Grueber, quiero decir. Ya ha regresado de la escena del homicidio de la casa de la madre de Brandt. Sacó unos pelos del dormitorio de Brandt hijo. De un cepillo. Consiguió hacer un análisis de ADN rápido para averiguar si había algún nexo familiar entre su pelo y el antiguo.

—¿Y?

—Hay bastantes marcadores comunes para sugerir una relación muy cercana. Probablemente de padre e hijo. Al parecer, hemos dado con el hijo de Franz *el Rojo*.

Después de una situación de gran peligro y amenaza, sobreviene una gran fatiga. La adrenalina que ha recorrido el cuerpo permanece allí y absorbe hasta los últimos restos de energía. Músculos que no han hecho nada, pero que han estado tensos como cuerdas de violín, comienzan a doler, y un agotamiento nauseabundo y tembloroso se instala en el cerebro y en el cuerpo. Fabel caminó hasta su coche sintiéndose completamente exhausto.

Werner colocó su tranquilizadora corpulencia en el asiento del pasajero del BMW de Fabel. Los dos hombres se quedaron sentados durante un momento, sin hablar.

—Estoy demasiado viejo para esta mierda —dijo—. Realmente pensé que no saldríamos de ésta. Jamás he estado tan asustado en toda mi vida.

Fabel suspiró.

—Por desgracia, Werner, yo sí. Ésta es la tercera vez que me he topado de bruces con una bomba y ya estoy harto. Lo único que quería hacer era proteger a la gente. Para mí, ser policía se trataba de eso... interponernos entre los hombres, las mujeres y los niños y el peligro. Años atrás, cuando Renate y yo aún estábamos juntos y Gabi era una niña, fuimos de vacaciones a Estados Unidos. A Nueva York. Vi un coche patrulla de la policía de Nueva York, y a un costado del mismo ponía «*To protect and serve*». Proteger y servir. Recuerdo que entonces pensé que tendríamos que poner esa frase en todos los coches de la Polizei de Hamburgo. Pensé: «Eso es lo que yo hago, lo que soy».

—Jan —dijo Werner—. Ha sido un día larguísimo y terrible. Déjame conducir. Te llevaré a casa.

—¿Qué estamos haciendo aquí, Werner? Un lunático se está vengando de personas que conspiraron para matar a otras personas hace veinte años. Un asesino matando asesinos. Tienes que admitirlo: hay algo de justicia natural en todo eso. Esos gilipollas casi parten en dos nuestro país. Todavía tengo fragmentos de bala en el cuerpo del arma de una chica de dieciocho años. ¿Y para qué? ¿Qué se consiguió con la muerte de Franz Weber? ¿Qué conseguí con volarle la cara a una jovencita que tendría que haber pensado solamente en los chicos y en la ropa para la discoteca? Ahora tendría treinta y ocho años, Werner, si no la hubiera matado. Si Svensson no le hubiera clavado sus garras, ella estaría llevando a sus chicos a la escuela. Iría al gimnasio tres veces por semana para reducir la cintura. Y tal vez, cada tanto, pensaría: ¿no estaba loca cuando era joven?, ¿en qué estaba pensando? Habría tenido hijos, Werner. Toda una generación borrada porque yo tiré del gatillo.

—Es lo que hacemos, Jan —dijo Werner—. Si no hubieses estado allí durante aquel asalto al banco, habría muerto otra persona. Tal vez muchas más.

—Quiero una nueva vida, Werner. Una vida distinta de todo esto. Le he dicho a Van Heiden que este caso sería el último. Se acabó. Voy a renunciar a la Polizei de Hamburgo tan pronto este cabrón esté tras las rejas. Un antiguo compañero de escuela me ofreció un trabajo. Voy a aceptarlo.

—No puedes estar hablando en serio, Jan. No me importa lo que digas. Jamás habríamos tenido el número de condenas que hemos logrado si tú no hubieses estado al cargo. Y, a pesar de todo lo que dices sobre la muerte, cada vez que metes a un asesino en prisión salvas sólo Dios sabe cuántas vidas.

—Tal vez eso sea cierto, Werner. Pero es hora de que lo haga otro. —Fabel le dedicó a su amigo una sonrisa cansada y triste—. Ya he tomado la decisión. De todas maneras, volvamos al Präsidium. Tengo que terminar algo antes.

Fabel acababa de girar la llave del encendido cuando sintió el peso de la mano de Werner en su brazo. Cuando Fabel se volvió hacia él, Werner estaba mirando directamente hacia delante a través del parabrisas, como si algo lo hubiese hipnotizado.

—Dime que no estoy viendo visiones —dijo Werner, haciendo un gesto en dirección del cordón policial.

Fabel siguió su mirada. Una joven pareja estaba protestando delante de un agente uniformado y el hombre señalaba el edificio de apartamentos.

Fabel y Werner abrieron ambas puertas del coche al mismo tiempo y comenzaron a correr hacia donde Franz Brandt discutía con el policía.

21.30 H, POLIZEÄSIDIUM, HAMBURGO

Fabel dirigió el interrogatorio de Franz Brandt. Anna y Henk llevaron a su novia, Lisa Schubert, a otra sala de interrogatorios. Franz Brandt respondió a las preguntas de Fabel con una confundida incredulidad, luego con angustia y, finalmente, con una

furia cruda y amarga. Sostenía no saber nada sobre la bomba en el apartamento de Schubert y la sugerencia de que estaba implicado en la muerte de su madre lo indignó profundamente. Después de que Fabel suspendiera el interrogatorio e hiciera que trasladaran a Brandt a una celda, habló con Anna y Henk, quienes confirmaron que Schubert había respondido de la misma manera. Incluso había exhibido señales de un leve shock.

A Fabel no le gustó. Brandt se había mostrado astuto y cuidadoso durante toda su campaña de crímenes, dando la impresión de estar siempre un paso delante de ellos. No tenía sentido que adoptara una estrategia tan insensata de negativa total. Pero, por otra parte, era evidente que tenía que estar loco para cometer los crímenes que había cometido.

Fabel volvió a su despacho. Había mandado a Maria a su casa más temprano; ella parecía estar realmente mal y su dolor de cabeza no había disminuido. Anna y Henk se quedaron. Había llegado la orden judicial y Anna había conseguido los códigos y contraseñas para acceder a los registros de los servicios sociales, y ahora ambos estaban tratando de confirmar como hecho legal que Franz Brandt era el niño de diez años que había visto morir a Franz *el Rojo* Mülhaus en una estación de ferrocarriles de Nordenham. El niño que había oído cómo su padre, con sus últimas palabras, había exigido venganza para aquellos que lo habían traicionado. Después de que salieran del interrogatorio, Fabel le dijo a Werner que podía irse a casa a descansar, pero que él se quedaría porque aún le quedaban «cosas por hacer» en su oficina.

Fabel sacó la carpeta de Ingrid Fischmann del cajón y la puso sobre el escritorio. Al hacerlo, exhaló el suspiro de un hombre que vuelve a recorrer un antiguo territorio en busca de respuestas.

21.30 H, OSDORF, HAMBURGO

Grueber le había dado a Maria dos codeínas antes de meterse en el baño para darse una ducha. Ella entró en la cocina en busca de un vaso de agua para tomarlas.

Lo que había empezado como una jaqueca vaga y generalizada se había concentrado y se había convertido en una aguda migraña que la presionaba sin piedad detrás de las retinas. Siempre le había molestado un poco tomar píldoras para el dolor de cabeza: la insinuación de una austera luterana que se escondía en su interior le decía que era mejor dejar que la naturaleza siguiera su curso. Pero el agua y el puritanismo de Alemania del Norte no iban a solucionar aquello sin ayuda. Cogió un vaso del armario de la cocina y lo llenó de agua. Al girarse, el vaso se le resbaló de la mano y se hizo añicos contra las baldosas del suelo de la cocina. Maria soltó un taco y miró a su alrededor en busca de una palita y un cepillo. Los encontró en el armario de bajo mesada, donde evidentemente Grueber guardaba los materiales de limpieza.

Había un recipiente, empujado al fondo del armario y lejos de la puerta, que llamó la atención de Maria. Tuvo la sensación de que había sido escondido

deliberadamente, colocado fuera de la vista y del alcance. Y por eso se puso de rodillas en las duras baldosas de la cocina y estiró la mano dentro del armario para sacar el recipiente.

Tinte para el pelo.

Era la conclusión más loca posible y ardió en su mente durante una fracción de segundo: en su cerebro se sucedieron una serie de diapositivas de las escenas de los homicidios, con los cueros cabelludos arrancados y empapados en tintura roja. Y Grueber allí de pie, con su mono de forense, sosteniendo el pelo rojo en la mano. Luego las imágenes desaparecieron. Era un pensamiento delirante: ¿qué conexión posible podría tener Frank con las víctimas? Volvió a mirar el frasco de plástico. Era moreno oscuro, no rojo. Suspiró y empezó a ponerlo donde estaba pero hizo una pausa y lo sacó para examinarlo nuevamente. Era del color del pelo de Grueber. Un moreno muy oscuro. Casi negro. ¿Frank se teñía el pelo?

Maria guardó el recipiente en el fondo del armario, con la etiqueta mirando para atrás, tal y como lo había encontrado, y volvió a colocar los otros artículos que lo habían ocultado. Se permitió una sonrisa por la coquetería de su novio. ¿Por qué se teñiría el pelo? ¿Acaso habría encanecido prematuramente? Maria había visto fotografías de sus padres. Ambos tenían el mismo pelo oscuro que Grueber pero, por lo que había podido notar, no se les había puesto blanco antes de tiempo. A menos que, desde luego, ellos también se lo tiñeran. Volvió a mirar durante un momento el tinte de pelo que estaba debajo del fregadero. No podía entender por qué un misterio tan insignificante le causaba un hormigueo de incomodidad en su interior. Estaba escondido. Tal vez pertenecía a una exnovia. Pero ¿por qué lo habría dejado allí, en lugar de tirarlo?

Se incorporó y uno de sus tacones aplastó un fragmento de vidrio roto. Él estaba allí cuando ella giró. De pie, cerca. Demasiado cerca. En el mismo lugar en el que se colocaba Vitrenko en sus sueños. Sus ojos eran totalmente diferentes en color y forma, pero por primera vez Maria se dio cuenta de que albergaban la misma crueldad insensible y sin emoción.

Lo supo. Sonrió a Grueber y dijo, en tono alegre:

—No te había visto. Me has asustado.

Pero lo sabía.

Frank Grueber le ofreció un reflejo frío y estéril de la sonrisa de Maria. Extendió la mano y apartó una corta hebra de pelo rubio de las cejas de Maria.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? —dijo.

Maria asintió.

—Tú estabas procesando aquel cuerpo del parque Sternschanzen. Fabel estaba fuera y yo estaba a cargo de la investigación... —Maria volvió a sonreír. Trató de mostrarse relajada. Había dejado su arma en el vestíbulo, en el antiguo perchero. Había muchas antigüedades en esa casa. Todo tenía que ver con el pasado.

—En efecto. —Grueber continuó acariciándole el pelo, la mejilla, con una mirada vacía y enfocada en otro lugar y en otra época—. Recuerdo la primera vez que te vi. Después de un solo segundo todo quedó grabado en mi cabeza, cada rasgo, cada gesto. Fue como si te reconociera. Como si nos hubiésemos conocido antes pero no pudiera recordar dónde y cuándo. ¿Tú sentiste lo mismo?

Maria pensó en mentir, pero decidió encogerse de hombros. Trató de deducir cuál sería la distancia hasta la puerta de la cocina, luego hasta el perchero, sumar a eso el tiempo necesario para sacar el arma de la cartuchera y quitarle el seguro. Si lo golpeaba con la suficiente fuerza...

Grueber sonrió. Sacó la otra mano de detrás de la espalda y levantó el arma de Maria. Se la puso contra la piel blanda de debajo de la mejilla y presionó con suavidad.

—Te amo, Maria. No quiero lastimarte, pero si debo hacerlo, debo hacerlo. Eso significa que tendremos que esperar hasta nuestra próxima vida para volver a vernos.

Maria echó la cabeza hacia atrás, pero Grueber mantuvo la presión del caño del arma y le colocó la otra mano en la nuca, acunándole la cabeza.

—No hagas nada estúpido, Maria. Soy totalmente capaz de matarnos a los dos. Por favor no me obligues. Ya hemos muerto juntos antes. En un andén de ferrocarril, hace mucho, mucho tiempo. Pero éste no es nuestro momento. Aún no.

—¿Por qué, Frank? ¿Por qué mataste a todas esas personas?

Grueber sonrió.

—Ven, Maria. Aún no has visto todo lo que hay en la casa.

21.45 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, HAMBURGO

Anna Wolff arqueó la espalda hacia atrás y se frotó los ojos. Necesitaba apartarse un momento de la pantalla del ordenador. Había pasado la última hora revisando los registros de los servicios sociales para encontrar dónde y cuándo Beate Brandt había adoptado a Franz. No había nada. Salió al pasillo y se sirvió una taza de café de la máquina. Un par de agentes de la brigada de Homicidios se acercaron y ella conversó con ellos un rato, postergando deliberadamente el momento de volver a la pantalla y a los interminables nombres en el archivo.

Acababa de volver a la oficina cuando entró Henk.

—¿Cómo va? —preguntó. Anna hizo una mueca.

—No avanzo nada. No puedo encontrar ningún registro de que Brandt fuera entregado al cuidado de Beate Brandt o que ella lo adoptara.

—Eso es porque hemos mirado todo este asunto al revés. —Se sentó en el borde del escritorio de Anna. Había una insinuación de triunfo en su sonrisa—. Creo que será mejor que vayamos a ver a Fabel.

21.55 H, OSDORF, HAMBURGO

El cerebro de Maria procesó todos los datos disponibles a la máxima velocidad posible. Trató de correr un telón al pánico que golpeaba para entrar y evaluó la situación. Grueber le había dicho que tenía que poner las manos detrás de la espalda, probablemente para poder atarla. En ese caso, quedaría indefensa. Pero tenía motivos para creer que, a pesar de su demencia y de la extrema violencia que había ejercido sobre sus víctimas, con aquellas mutilaciones rituales, él no tenía intención de matarla. Ella no era parte de su serie. No formaba parte de su lista de víctimas. Por otra parte, había otras personas que se habían interpuesto en su camino: Ingrid Fischmann y Leonard Schüler. Grueber los había matado aunque tampoco estuvieran en su lista. A Schüler, incluso, le había arrancado el cuero cabelludo, para dejar un mensaje en la ventana de Fabel.

Maria recordó la llamada que Grueber había hecho a su teléfono móvil justo cuando estaba en el apartamento de la novia de Franz Brandt. Lo había preparado todo para que ella saliera del apartamento al mismo tiempo que detonaba a distancia la bomba de su interior. Había querido que ella sobreviviera.

Obedeció a Grueber y puso las manos detrás de la espalda. Él le sujetó las muñecas con un cordel y ella se dio cuenta de que debería haber dejado el arma sobre la encimera de la cocina. Durante una fracción de segundo consideró la posibilidad de golpearlo para hacerle perder el equilibrio y agarrar el arma. Pero justo entonces sintió el fuerte roce de la cuerda al apretarse contra su piel.

Grueber cogió a Maria del brazo, sin violencia, y la hizo salir de la cocina y avanzar por el pasillo hasta la escalera que venía del vestíbulo junto a la entrada. Había una entrada baja y arqueada debajo de la escalera que antes él le había dicho que daba a un sótano repleto de cajas de embalar. Con un movimiento del arma de Maria, le indicó que se echara hacia atrás mientras él buscaba la llave en su bolsillo. Abrió la puerta, extendió el brazo y encendió la luz antes de hacerle el gesto de que entrara al sótano.

Al hacerlo, ella comenzó a arrepentirse amargamente de no haber aprovechado la oportunidad antes de que él le atara las manos.

22.00 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, HAMBURGO

Fabel estaba sentado a su escritorio, mirando una fotografía y tratando de extraer su verdadero significado, cuando sonó el teléfono. Era Susanne, que lo llamaba desde su apartamento y, por un instante, Fabel quedó desconcertado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella—. Suenas raro.

—Estoy bien —dijo él, sin dejar de contemplar la fotografía que tenía sobre el escritorio—. Cansado, nada más.

—¿Cuándo vendrás a casa?

—No lo sé —dijo Fabel—. Estoy completamente inundado de trabajo. Creo que no terminaré hasta bastante tarde. No tiene sentido que me esperes despierta. De hecho, tal vez lo mejor sea que esta noche me vaya a mi casa. Así no te molesto cuando llegue.

—De acuerdo —dijo ella, con una insinuación de incertidumbre en la voz—. Entonces nos veremos mañana. ¿Estás seguro de que te encuentras bien?

—Estoy bien. No te preocupes por mí. Sólo necesito dormir un poco. Escucha, será mejor que siga trabajando... Hasta mañana.

Fabel colgó y dejó la mano apoyada en el teléfono. Recordaba haber tenido muchas conversaciones telefónicas similares con su esposa, Renate. Llamadas a altas horas de la noche desde la Mordkommission, o desde la escena de un crimen, o desde el depósito de cadáveres. Demasiadas de esas llamadas, que habían erosionado constantemente su matrimonio y la fidelidad de su mujer.

Pero en esa ocasión no había sido del todo honesto con Susanne sobre sus razones para no ir a su casa. Esa noche necesitaba estar solo, necesitaba su propio tiempo y espacio para pensar. Se sentía enterrado bajo un peso insoportable que no podía sacarse de encima con un solo esfuerzo, por enorme que fuera. Eran como escombros, que tenía que ir quitando uno por uno.

Y uno de ellos estaba delante de él, sobre su escritorio.

Todos tenían un pasado. Todos habían sido otra persona alguna vez. Ésa era la idea que se le había ocurrido al mirar la fotografía del joven, preterrorista, Franz Mülhaus; también cuando Anna había descrito la fotografía de una Ulrike Meinhof recién casada. Una vida anterior a la que conocemos.

Fabel había pasado las últimas dos horas revisando la carpeta que le había mandado Ingrid Fischmann inmediatamente antes de su muerte y la tenía abierta sobre el escritorio. Recortes de prensa, entrevistas, una cronología que trazaba la evolución y la diversificación de los grupos de protesta, los activistas y los terroristas, y fotocopias de libros sobre el terrorismo interno alemán.

Y fotografías.

Aquella foto en sí no tenía nada que ver con el caso que estaba investigando. Y tampoco tenía nada que ver con lo que le había ocurrido a él veinte años atrás. Tenía que ver con algo, con alguien, totalmente diferente.

Había encontrado la fotografía con una nota autoadhesiva pegada en la parte de atrás, al final de la carpeta de Fischmann. Data de 1990, una época en que la voluntad y la razón de ser del activismo izquierdista estaban desapareciendo a gran velocidad. El Muro acababa de ser derribado y las dos ex Alemanias seguían aceptándose mutuamente con entusiasmo y esperanza. Era una época en que el mundo vio cómo millones de personas en toda Europa del Este se habían levantado

en verdadera protesta contra las dictaduras comunistas. Los antiguos eslóganes del activismo izquierdista empezaban a sonar huecos, incluso embarazosos.

La nota adosada a la fotografía decía: «Christian Wohlmüt, anarquista de Múnich, buscado como sospechoso de ataques a intereses estatales y comerciales de Estados Unidos en el territorio de la República Federal. Fotografiado con una mujer desconocida».

Una mujer desconocida. La fotografía era borrosa y parecía tomada de lejos. La chica, que tenía más o menos edad de ser estudiante, estaba a la izquierda y ligeramente atrás de Wohlmüt. Era alta y delgada y tenía un largo pelo oscuro, pero sus rasgos estaban fuera de foco. Aún así, era reconocible. Para quien la conociera.

Fabel leyó el expediente relacionado con Wohlmüt. Había sido uno de los últimos manotazos de un movimiento agonizante. Había formado un grupo que finalmente se había disuelto, pero no sin antes colocar un par de dispositivos bastante toscos en blancos americanos. Una carta bomba había arrancado los dedos a una secretaria de diecinueve años de edad en las oficinas de una compañía petrolera americana. Wohlmüt había sido atrapado y había pasado tres años en la cárcel.

Fabel volvió a examinar a la chica alta de pelo largo y oscuro. Wohlmüt le hablaba a alguien fuera de la cámara, y la chica a su lado lo escuchaba con atención. Al hacerlo, inclinaba la cabeza en un ángulo característico. Una pose de concentración.

Todos tenían un pasado. Todos habían sido otra persona alguna vez. Se oyó un golpe en la puerta y él deslizó la fotografía en la parte de atrás de la carpeta.

Anna y Henk entraron.

22.00 H, OSDORF, HAMBURGO

No había cajas de embalar en el sótano de Grueber. No había desorden.

Era un sótano espacioso; de hecho, parecía desproporcionado respecto de la pequeña puerta oculta debajo de la escalera por la que se accedía a él, y Maria escudriñó las paredes para ver si podía encontrar una ventana o una puerta que diera directamente al mundo exterior. Pero sabía que estaban demasiado profundo. Pensó en el moribundo sol del anochecer, que estaría tiñendo el césped entre los arbustos y las plantas del jardín de Grueber. De pronto, Maria cobró conciencia de la masa de la casa sobre ella, el suelo oscuro que yacía, frío y apretado, al otro lado de las paredes del sótano que la rodeaban.

El techo del sótano era sorprendentemente alto. Maria calculó que tendría unos dos metros de altura, y todo aquel espacio había sido reformado para que Grueber lo usara como lugar de trabajo. Había bancos y equipos junto a las paredes, estanterías y armarios metálicos para herramientas. Maria oyó un chirrido metálico continuo y una gran abertura de acero pulido empotrada en una pared con un ventilador girando detrás de un protector de red. Supuso que Grueber había instalado alguna clase de

sistema de control de temperatura y humedad. El espacio del sótano estaba interrumpido por una serie de columnas pesadas y cuadradas que evidentemente sostenían las paredes superiores. En el centro del sótano, cuatro columnas hacían las veces de esquinas de una zona cubierta que parecía una suerte de improvisado cuarto de limpieza, con paredes formadas por láminas gruesas y resistentes de plástico semiopaco. Maria sintió que su miedo aumentaba varios grados; estaba claro que ese sector tenía un propósito especial y ella tuvo la nauseabunda sensación de que ese propósito podría tener que ver con su futuro inmediato.

Grueber pareció captar su miedo. Frunció el ceño y había tanto furia como tristeza en su expresión. Extendió la mano y le acarició la mejilla.

—No voy a lastimarte, Maria —dijo—. Yo nunca, nunca te haría daño. No soy un psicópata. No mato sin motivo. Deberías saberlo a estas alturas. Me ha sido dado el don de ver a través de los velos que separan cada vida, cada existencia. Y por eso valoro más la vida... no menos. Los que murieron... lo merecían. Pero tú no. Tampoco Fabel. Por eso no hice detonar la bomba que puse en su coche. Verás, todos estamos unidos. En cada vida, todos volvemos a reunirnos para resolver lo que ha quedado pendiente en nuestra reencarnación anterior. Tú, yo, Fabel... hemos estado aquí antes y volveremos a estar aquí. No te preocupes, Maria. No te lastimaré. Sólo que no puedo permitir que obstaculices lo que debe ocurrir esta noche. Esta noche, mi venganza se habrá completado.

—Frank —dijo Maria—. Basta de asesinatos. Deja que termine aquí. Yo cuidaré de ti. Yo te ayudaré.

Él volvió a sonreírle.

—Dulce Maria, no lo entiendes, ¿verdad? Todo lo que he aprendido en esta vida, todas las habilidades que he adquirido, han sido para terminar lo que debo terminar esta noche. —La cogió del hombro y la llevó hacia aquellas láminas gruesas y semiopacas—. Te daré un ejemplo de lo que estoy hablando. Tú ya has visto mis reconstrucciones. Cómo he reconstruido a los muertos, aplicando capa tras capa, proporcionándoles carne y sustancia y piel. Restaurando su identidad. Bueno, puedo hacer lo mismo hacia atrás... quitar las capas de los vivos. Destruir su identidad...

Grueber apartó la gruesa cortina plástica. Maria oyó un sonido estridente que llenó el sótano y se dio cuenta de que era su propio grito.

22.03 H, POLIZEIPRÄSIDIUM, HAMBURGO

—Henk ha descubierto algo —dijo Anna.

—De acuerdo —dijo Fabel, echándose hacia atrás en la silla—. Veamos de qué se trata...

—Como usted indicó, hemos revisado la historia de Brandt y la de su madre, Beate. Frank Grueber, el forense, como ya sabe, ha confirmado la paternidad de Franz Brandt. Él es, definitivamente, el hijo de Franz Mülhaus.

—Dime algo que no sepa —replicó Fabel en tono de fatiga.

—Tal vez Franz Mülhaus sí fuera su padre, pero él no fue adoptado por Beate Brandt. —Henk dejó caer una fotocopia sobre el escritorio de Fabel—. Éste es el certificado de nacimiento de Franz Karl Brandt. Padre desconocido. Madre Beate Maria Brandt, entonces residente en 22 Hubertusstrasse, Niendorf, Hamburgo. Ella no lo adoptó. Él nos dijo la verdad: ella era su madre. Es posible que él ni siquiera supiera que Franz *el Rojo* Mülhaus era su verdadero padre. No hay ninguna conexión entre Beate Brandt y Franz *el Rojo* Mülhaus ni nada que sugiera que ella militaba en algún movimiento radical en los años setenta u ochenta. Pero el ADN prueba que ella tuvo un hijo con él. Lo que significa —añadió después de una pausa— que Franz Brandt es hijo de Mülhaus. Pero no hijo de Michaela Schwenn. Y eso, a su vez, quiere decir que él no era el niño en el andén de Nordenham con el pelo teñido de negro.

—¿Un hermano?

—Sabemos que Mülhaus tenía relaciones sexuales con muchas de sus seguidoras, así como con otras mujeres que tal vez no estuvieran relacionadas con su movimiento. Podría ser que el asesino fuera un medio hermano de Brandt y que éste ni siquiera supiera que existe —dijo Anna.

—Pero un momento —dijo Fabel—. Olvidáis que Brandt dejó una bomba en el apartamento de su novia para hacernos volar a todos en pedazos.

—Y luego él y su novia se nos acercan directamente —dijo Henk—. Usted mismo lo ha dicho: parecía extraño. Yo creo que él no sabía nada sobre la bomba.

—*Shit* —dijo Fabel—. Eso significa que el asesino sigue suelto. Tenemos que averiguar qué ocurrió con aquel niño del andén.

—A eso me refería cuando dije que buscábamos en la dirección equivocada —replicó Henk—. Estábamos tratando de probar que Brandt era el hijo que estábamos buscando. Verificando la conexión hacia atrás. Tendremos que volver a revisar los expedientes de adopción. Pero esta vez debemos buscar el apellido Schwenn.

—Tengo los códigos de acceso aquí mismo. —Anna señaló su libreta—. ¿Puedo usar tu ordenador?

Después de empujar a un costado la carpeta con la información de Ingrid Fischmann, Fabel se puso de pie y dejó que Anna ocupara su asiento. Ella se conectó a la base de datos e ingresó los parámetros de búsqueda: el nombre «Schwenn» y el período de 1985 a 1988.

—¡Lo tengo! —dijo—. Aquí hay cuatro nombres. Dos son adopciones de 1986. Será uno de éstos... —Anna hizo clic en el primer archivo—. No... es una niña de cuatro años. —Hizo un clic en el siguiente—. Tal vez éste... no, la edad está mal. —Buscó el tercer archivo.

Fue la expresión de Anna lo que asustó a Fabel. Esperaba su habitual mueca de satisfacción insolente por haber encontrado una evidencia crucial. Pero en cambio se puso de pie de repente y Fabel notó que había perdido el color de la cara.

—¿Qué ocurre, Anna? —preguntó Fabel.

—Maria... —Fue como si cada músculo del rostro de Anna se hubiese tensado—. ¿Dónde está Maria?

—La mandé a su casa. Tenía migraña —dijo Fabel—. Regresará mañana por la mañana.

—Tenemos que encontrarla, *chef*. Tenemos que encontrarla ahora.

22.05 H, OSDORF, HAMBURGO

—Fascinante, ¿no?

Maria no oyó la pregunta de Grueber. Sintió que le zumbaban los oídos, que cada uno de sus nervios ardía, cuando miró el cuerpo masculino tumbado sobre la mesa metálica sostenida por dos caballetes. Estaba desnudo. Desnudo no sólo de ropa, sino de piel. Estaba esculpido sobre tendones rojos, en carne viva. Unas gotas de sangre, pequeñas y redondas, manchaban la superficie de aluminio de la mesa.

—He invertido mucho para que este lugar de trabajo fuera perfecto. —Grueber no despotricaba ni deliraba. Maria calibró la escala de su locura a partir de ese tono medido y sereno—. He gastado una fortuna en insonorizar este sótano. A los de la empresa de construcciones les dije que trabajaría con máquinas muy ruidosas. Por eso he tenido que instalar una bomba de aire con control de temperatura. Cuando la puerta está cerrada, este lugar queda totalmente hermético e insonorizado. Lo que me ha venido bien, puesto que aquél —Grueber señaló la silueta sobre la mesa despojada de piel, de humanidad—... gritó como una niña.

Maria sintió golpes en la cabeza y náuseas.

—Oh, mis disculpas... Él es Cornelius Tamm. —Grueber se excusó como si se hubiera olvidado de presentar a alguien en una fiesta—. Ya sabes, el cantante.

—¿Por qué? —Maria encontró, en alguna parte, fuerzas para hacer esa pregunta.

—¿Por qué? ¿Por qué hago esto? Porque él me traicionó. Todos ellos. Hicieron un trato con las autoridades fascistas y me vendieron. Mi vida. Piet van Hoogstraat era la única otra persona que la policía tenía identificada, de modo que lo mandaron a él para que me señalara. Pero fue Paul Scheibe el que lo negoció todo, desde una distancia segura. Los otros le hicieron caso. Incluso Cornelius, mi amigo. —Se volvió hacia Maria. Había una insinuación de lágrimas en sus ojos—. Yo morí, Maria. Morí. —Apoyó una mano en el pecho—. Todavía siento el lugar en el que me entraron las balas. Te vi morir, y luego morí yo, de rodillas, en aquel andén.

—¿De qué hablas? ¿A qué te refieres con que moriste? ¿Quién crees que eres, Frank?

Él enderezó la espalda.

—Soy Franz *el Rojo*. Soy eterno. He vivido desde hace casi dos mil años. Y probablemente desde antes, pero aún no lo puedo recordar. Fui un guerrero que entregó la vida como sacrificio para su pueblo, para la renovación de la Tierra. Dos

veces. Una vez, hace un milenio y medio; la segunda vez, como Franz *el Rojo* Mülhaus.

—¿Franz *el Rojo* Mülhaus? —dijo Maria con tono de incredulidad—. Sin que ni siquiera entremos en todo el asunto de la reencarnación, has hecho mal las cuentas. Tú naciste mucho antes de que Mülhaus muriera.

—No lo entiendes —respondió él, con una sonrisa condescendiente—. Yo era el padre y el hijo. Mis vidas se superpusieron. Vi mi propia muerte desde dos perspectivas. Yo soy mi propio padre.

—Oh, ya veo. Lo siento, Frank. —Maria lo entendió todo—. ¿Franz *el Rojo* Mülhaus era tu padre?

—Siempre estábamos huyendo. Siempre. Tuvimos que teñirnos el pelo de negro. —Grueber se pasó la mano a través de su tupido pelo, que era demasiado oscuro—. Si no, todos hubieran notado nuestro pelo rojo. Y luego nos traicionaron. Mi madre y mi padre fueron asesinados por agentes de la GSG9. Un sacrificio organizado por estos traidores. Vi morir a mi padre. Le oí decir «traidores». Después, se me llevaron. Me adoptaron los Grueber, que no tenían niños porque no podían. Pero me criaron como si los primeros diez años de mi vida no hubieran ocurrido. Como si yo fuera de ellos desde siempre. Después de un tiempo, incluso yo mismo empecé a sentir que todo lo que había ocurrido antes había sido una pesadilla. Descubrí que no podía recordar cosas. Era como si hubieran barrido con toda aquella vida. Como si me la hubieran borrado.

—¿Qué ocurrió, Frank? ¿Qué fue lo que te hizo cambiar?

—Estaba en la universidad, estudiando arqueología. Visité el Landesmuseum de Hanóver. Fue allí donde lo vi. A Franz *el Rojo*. Estaba acostado en una vitrina, con la cara tan podrida que casi le había desaparecido, pero con esa gloriosa melena de pelo rojo todavía intacta. Entonces supe, en ese instante, que estaba mirando los restos de un cuerpo que yo había ocupado una vez. Me di cuenta de que podemos vernos como fuimos antes. Como vivimos antes. Fue entonces cuando todo volvió a mí. Recordé que mi padre me había dicho que había escondido una caja en un viejo yacimiento arqueológico. Me había dicho que si alguna vez le ocurría algo, yo tenía que encontrar la caja y sabría la verdad.

Grueber dejó que la gruesa lámina de plástico cayera y ocultara el horror del cuerpo despellejado de Tamm. Se acercó a uno de los armarios colocados contra la pared del sótano. Cuando le dio la espalda, Maria se debatió con furia para liberar las manos de las ligaduras, pero estaban demasiado apretadas. Grueber sacó una oxidada caja de metal del armario.

—El diario secreto de mi padre y detalles de su grupo. Recordé dónde había dicho que la había escondido, exactamente. Fui, la desenterré, y esta caja me contó toda la historia, y me proporcionó los nombres de todos los traidores. —Grueber hizo una pausa—. Pero fue más que mis recuerdos de la infancia lo que regresó aquel día cuando vi a Franz *el Rojo*. Fue toda mi memoria. Mis recuerdos de todo lo que

ocurrió antes de esta vida. Supe que el cuerpo que estaba mirando había sido mío una vez. Que yo lo había habitado más de mil quinientos años antes. También supe que había habitado el cuerpo de mi padre. Que el padre y el hijo eran uno. El mismo.

—Frank... —Maria miró aquel rostro pálido y juvenil. Recordó que lo había bautizado como Harry Potter la primera vez que lo había visto. Que siempre le había parecido un buen hombre. Un hombre amable—. Estás enfermo. Deliras. Sólo vivimos una vez, Frank. Tú lo tienes todo... enredado en la cabeza. Lo entiendo. En serio. Ver cómo mataron a tus padres así. Escucha, Frank, quiero ayudarte. Puedo ayudarte. Sólo desátame.

Grueber sonrió. Llevó a Maria a una silla y la obligó a sentarse.

—Sé que tienes buenas intenciones —dijo—, y sé que cuando dices que quieres ayudarme eres sincera y no intentas engañarme. Pero esta noche, Maria, el mayor traidor de todos ellos va a morir. Él era mi mejor amigo, mi delegado en los Resucitados. Él planeó el secuestro de Wiedler. Él tiró del gatillo que mató a Wiedler. Un acontecimiento que trató de enterrar, junto conmigo. Me consideraba un estorbo para sus ambiciones políticas. Las mismas ambiciones que sigue teniendo hoy. Pero esta noche, esas ambiciones, y su vida, llegarán a su fin. No puedo permitir que interfieras con lo que tengo planeado para esta noche, Maria. Lo siento, pero no...

Grueber sacó un rollo de resistente cinta de embalar y envolvió con ella el torso de Maria y el respaldo de la silla, sujetándola con fuerza.

—Realmente no puedo permitir que me detengas... —dijo, buscando el estuche de terciopelo.

22.30 H, OSDORF, HAMBURGO

Fabel y Werner aparcaron delante de la casa de Grueber. Los dos coches plateados y azules de la Polizei de Hamburgo que los seguían habían apagado las luces policiales en la esquina y aparcaron detrás de Fabel. Cuatro agentes uniformados salieron de ellos.

El teléfono móvil de Werner sonó justo cuando todos estaban reunidos en la acera. Después de una breve conversación con respuestas de una sola palabra, Werner colgó y se volvió hacia Fabel.

—Era Anna. Ni ella ni Henk han podido contactar con Maria en su teléfono móvil ni en el número de su casa. Han ido a su apartamento. No hay nadie. Ahora vienen hacia aquí. —Werner alzó la mirada hacia el imponente bulto de la mansión de Grueber—. Si Maria está en alguna parte, es allí dentro...

—De acuerdo. —Fabel se volvió hacia los agentes uniformados—. Dos de ustedes, vayan hacia atrás. Ustedes dos, vengan con nosotros.

La entrada principal de la casa de Grueber estaba hecha de roble y tenía la silueta y sustancia del portón de una iglesia. Estaba claro que no cedería con facilidad a un ariete, de modo que Fabel ordenó a los uniformados que reventaran uno de los

enormes ventanales rectangulares. Recordaba aproximadamente la distribución de la casa por el breve tiempo que había pasado allí como invitado de Grueber, y los guió hasta el estudio de éste.

—Cuando rompamos la ventana, tenemos que entrar y encontrar a Maria lo antes posible.

A la señal de Fabel, los dos policías uniformados clavaron el ariete con fuerza y velocidad en el centro de la ventana, haciendo añicos el cristal y los soportes de madera que sostenían las hojas de vidrio. El espacio que quedó no era lo bastante grande como para permitir el ingreso de un hombre, de modo que usaron el ariete dos veces más. Fabel sacó de la cartuchera su pistola automática reglamentaria y trepó por la ventana rota. Cayó sobre el escritorio de Grueber y mandó al suelo la cabeza reconstruida de una niña de dos mil quinientos años de edad. Werner y los dos uniformados lo siguieron.

Diez minutos después estaban en el vestíbulo principal, a los pies de la escalera. Habían revisado cada habitación, cada armario. Nada. Fabel, incluso, llegó a gritar el nombre de Maria al vacío de una casa que sabía que estaba deshabitada.

Se oyó un golpe en la puerta y Fabel la abrió para dejar pasar a los otros agentes uniformados.

—Hemos revisado los jardines y el garaje. Allí no hay nadie, Herr Erster Hauptkommissar.

Un coche aparcó fuera y Anna y Henk llegaron corriendo al pasillo.

—Nada... —dijo Fabel con tristeza—. Es evidente que se la ha llevado.

—Herr Erster Hauptkommissar —exclamó uno de los agentes uniformados desde detrás de la ornamentada escalera—. Aquí hay una especie de puerta. Podría ser un sótano...

22.40 H

Frank Grueber había desarrollado sus conocimientos durante toda su vida. Tenía estudios formales de arqueología e historia, pero además había pasado gran parte de su tiempo libre aprendiendo una gran cantidad de habilidades diversas. Sus adinerados padrastros le habían proporcionado los medios con los que convertir su vida entera en un continuo programa de aprendizaje, un interminable preparativo para la misión de su vida. Ahora, allí de pie delante de la casa de su último objetivo, el sentido de convergencia alcanzó un punto máximo. Abrumador.

Grueber se quedó de pie en la entrada para coches, con el estuche de terciopelo en una mano, la pistola reglamentaria de Maria en la otra, cerrando los ojos y tomando un largo, lento, profundo respiro. Dejó que su cuerpo se vaciara de toda emoción. Permitted que la gran calma descendiera sobre él, la calma que le permitiría actuar con una precisión perfecta y una eficiencia letal.

Zanshin.

La puerta pequeña y cerrada con llave estaba hecha del mismo roble grueso de la de la entrada y no cedía a las patadas de los agentes de policía. Por fin, después de varios golpes fuertes con el ariete, cedió.

—¡Maria! —gritó Fabel mientras se abalanzaba encima de la puerta y pasaba al sótano.

—¡Por aquí!

Fabel siguió la voz corriendo por el amplio sótano. La encontró atada a una silla, cerca de la zona rodeada por cortinas de plástico.

—Grueber... —dijo ella—. Es Frank. Está loco. Cree que es la reencarnación de Franz *el Rojo* Mülhaus... Creo que debe de ser el verdadero hijo de Mülhaus.

—Así es —dijo Fabel mientras le desataba las manos y luchaba con la cinta de embalar. Señaló con un movimiento de la cabeza la zona de las cortinas de plástico.

—Cornelius Tamm —dijo ella. Fabel usó un cortaplumas para cortar la cinta. Ella se puso de pie—. Créeme, Jan. No es agradable. Pero tendrás que dejarlo así por ahora... Ha ido a buscar a su última víctima.

—¿Quién?

—Bertholdt Müller-Voigt. Frank dijo que iba a coger al miembro más antiguo del grupo después de Mülhaus. También dijo que era político. Mira eso. Aquella caja. Mülhaus la enterró y le dijo a Frank dónde encontrarla después de su muerte. Tiene todos los nombres.

Fabel abrió la caja. Había varias libretas, un diario, una pequeña bolsa de plástico, una fotografía y un libro de contabilidad. Todo estaba encuadernado con un cuero marrón que se había deslustrado después de haber estado enterrado en la tierra húmeda. Fabel examinó la fotografía. Una imagen de familia: Mülhaus, una mujer de pelo largo y color hueso que Fabel supuso que sería Michaela Schwenn y un muchacho de unos nueve años, claramente Grueber. Pero fue la mujer la que llamó la atención a Fabel.

—Mierda, Maria —dijo, pasándole la fotografía a ella—. Michaela Schwenn... podrías ser tú... la similitud es asombrosa...

Maria contempló la imagen. Fabel revisó el resto del contenido de la caja. Sacó la bolsa de plástico y vio que contenía un grueso mechón de pelo rojo. Grueber había puesto uno en cada escena y, cuando al equipo forense de la primera escena se le había pasado por alto, Grueber lo había encontrado. Fabel hojeó cada una de las libretas, absorbiendo la información lo más rápido posible para hallar el dato que necesitaba. Y lo encontró.

—Vamos... —Avanzó hacia la puerta del sótano y ordenó a dos de los agentes uniformados que permanecieran allí y protegieran la escena—. Te equivocaste de político, Maria... Y creo que sé adónde lo llevará.

Por un momento, Maria siguió contemplando la imagen de una mujer que parecía exactamente igual a ella. Luego dejó caer la fotografía en su caja y salió del sótano detrás de Fabel.

Jueves 15 de septiembre de 2005, veintiocho días después del primer asesinato

ESTACIÓN DE FERROCARRILES DE NORDENHAM, 145 KILÓMETROS AL OESTE DE HAMBURGO.

Fabel había dejado su coche abandonado, mal aparcado y de lado, con los faros todavía encendidos y, junto a Werner, había dado la vuelta al extremo sur del edificio de la estación. Siguiendo sus órdenes, Anna, Maria y Henk avanzaron hasta el extremo norte. Los agentes uniformados de Nordenham, para la intensa irritación de Fabel, habían anunciado su llegada desde varios kilómetros de distancia, con luces y sirenas atronando en la fresca noche. Tres divisiones rodearon el edificio desde atrás y desde los costados, mientras que otras tres frenaron sus coches en el otro extremo de las vías, con las luces de los faros apuntando al andén y al edificio de la estación.

Después de las sirenas, después de las carreras y después de las órdenes dadas a gritos, de pronto todo quedó muy silencioso. Fabel estaba en el andén y cobró conciencia de su respiración agitada: la oía en el repentino silencio, la veía florecer bajo la forma de grises nubecillas en el aire quieto, delgado y frío. Le invadió una profunda sensación de inquietud. Parecía haber algo inevitable, una surrealista familiaridad en el hecho de que ese grupo de personas se reunieran en ese lugar y a esa hora. La sensación de un destino que se cumplía.

Pero era otro grupo de personas quienes habían forjado el molde de ese destino. Todo había estado muy bien organizado. Nadie prestaría demasiada atención ni buscaría significados ocultos en la muerte de un asesino y terrorista. Con la desaparición de Franz Mülhaus, parecería que el jefe, el cerebro y el corazón de los Resucitados había sido extirpado. Su muerte equivalía a la muerte de la organización. El trato que Paul Scheibe había negociado anónimamente con los servicios de seguridad era que no se harían más investigaciones sobre los Resucitados. Y, por supuesto, ellos por su parte garantizaron que los Resucitados, simplemente, desaparecerían.

Los faros de los coches de la policía de Nordenham, ubicados al otro lado de las vías, iluminaron a las siluetas del andén como intérpretes en un escenario. Sus exageradas sombras se agigantaron en la fachada de la estación.

Fabel sacó su pistola automática reglamentaria y corrió hacia ellos.

—Yo pararía ahí, en su lugar —le gritó Frank Grueber. La hoja que tenía en la mano brilló con un resplandor frío y entusiasta en la oscuridad de la noche. Grueber había obligado a arrodillarse al hombre que tenía delante—. ¿Cree que me importa si

muero aquí, Fabel? Soy eterno. La muerte no existe. Sólo hay olvido... olvido de lo que fuimos antes.

La mente de Fabel corrió a toda velocidad por las mil maneras posibles en que todo esto podría acabar. Cualesquiera que fuesen sus próximas palabras, cualquier acción que emprendiera en ese momento, tendría consecuencias; pondría en movimiento una cadena de acontecimientos. Y uno de los efectos totalmente probable sería la muerte de más de una persona.

El peso de la responsabilidad le producía dolor de cabeza.

A pesar de la época del año, el aire de la noche parecía escaso y estéril en su boca, y formaba grises fantasmas con su aliento, como si al llegar juntos a ese momento, a ese paisaje de llanura, en realidad hubiesen alcanzado una gran altura. Daba la impresión de que el aire era demasiado endeble como para transportar cualquier otro sonido que no fueran los jadeos y sollozos desesperados del hombre arrodillado. Fabel echó un vistazo a sus agentes, que estaban en pie, apuntando, en esa postura dura y de músculos tensos de aquellos que se encuentran al borde de la decisión de matar. Fue a Maria a quien más atención prestó, a su rostro blanco, los ojos de un celeste resplandeciente, los huesos y tendones de sus manos tensando la piel mientras aferraba su automática Sig-Sauer.

Fabel hizo un movimiento casi imperceptible con la cabeza, esperando que su equipo interpretara la señal de aguardar.

Miró intensamente al hombre que estaba de pie en el centro de la fuerte luz que proyectaban los focos. Fabel y su equipo habían intentado durante muchos días ponerle un nombre, una identidad, al asesino que estaban persiguiendo. Había resultado ser un hombre con muchos alias; el que se había dado a sí mismo para su perversa cruzada era Franz *el Rojo*; los medios, con su entusiasta determinación de difundir el miedo y el nerviosismo lo más posible, lo habían bautizado como el Peluquero de Hamburgo. Pero Fabel ya sabía cuál era su verdadero nombre. Frank Grueber.

Grueber miró los faros con ojos que parecían brillar con un resplandor incluso más fuerte, más descarnado, más frío. Tenía al hombre arrodillado agarrado del pelo, inclinándole la cabeza hacia atrás para dejar al descubierto su blanca garganta. Encima de la garganta, encima de la cara contorsionada por el terror, la carne de su frente tenía un corte recto que abarcaba toda la extensión de sus cejas, justo debajo del nacimiento del pelo, y la herida se abrió ligeramente cuando Grueber tiró del pelo hacia atrás. Un chorro de sangre cayó como una cascada por la cara del hombre arrodillado, quien dejó escapar un alarido agudo, como el de un animal.

—Por el amor de Dios, Fabel. —La voz del hombre arrodillado sonaba estrangulada y estridente por el terror—. Ayúdeme... Por favor... Ayúdeme, Fabel...

Fabel no prestó atención a los ruegos y mantuvo la mirada fija como un reflector sobre Grueber. Extendió la mano en el aire vacío, como si estuviera parando el tráfico.

—Tranquilo... tranquilícese. No pienso seguirle el juego en nada de esto. Ninguno de nosotros lo haremos. No vamos a interpretar los papeles que usted quiere. Esta noche, la historia no va a repetirse.

Grueber lanzó una risita amarga. La mano que sostenía el cuchillo giró y otra vez la hoja relampagueó, brillante y descarnada.

—¿Realmente cree que me voy a marchar? Este bastardo... —Volvió a tirar del pelo y el hombre arrodillado lanzó un nuevo alarido a través de una cortina de su propia sangre—. Este bastardo me traicionó a mí y a todo lo que defendíamos. Creyó que mi muerte le serviría para tener una vida nueva. Como hicieron los otros.

—Esto es pura fantasía —dijo Fabel—. Aquélla no fue su muerte.

—Ah, ¿no? ¿Entonces por qué usted comenzó a dudar de lo que creía mientras me buscaba? La muerte no existe; sólo el recuerdo. La única diferencia entre yo y todos los demás es que a mí se me ha permitido recordar, como si mirara a través de un pasillo de ventanas. Lo recuerdo todo. —Hizo una pausa, y el silencio sólo quedó interrumpido por el sonido distante de un coche que pasaba, a esas altas horas de la noche, a través de la ciudad de Nordenham, detrás de la estación y en otro universo—. Por supuesto que la historia se repetirá. La historia siempre se repite. Me repitió a mí... Usted se enorgullece mucho de haber estudiado historia en su juventud. Pero ¿alguna vez la entendió realmente? Todos somos variaciones del mismo tema... todos nosotros. Lo que ocurrió antes volverá a ocurrir. Aquél que fue antes, volverá a ser. Una y otra vez. La historia consiste en comienzos. La historia se hace, no se deshace.

—Entonces haga su propia historia —dijo Fabel—. Cambie las cosas. Vamos, dese por vencido, hombre. Esta noche la historia no va a repetirse. Esta noche no morirá nadie.

Grueber sonrió. Una sonrisa que era como un bisturí, brillante y fría y dura como el cuchillo que tenía en la mano.

—¿En serio? Ya veremos, Herr Erster Hauptkommissar.

La hoja dio un salto ascendente hacia la garganta del hombre arrodillado.

Se oyó un grito. Y el sonido de un disparo.

Fabel giró en la dirección del disparo justo a tiempo para ver cómo Maria volvía a disparar. El primer tiro había acertado a Grueber en el muslo y le había hecho retorcerse. El segundo le dio en el hombro y Grueber soltó al hombre arrodillado. Werner corrió hacia delante, agarró al cautivo de Grueber y lo sacó de allí.

Maria avanzó, manteniendo el arma apuntada a Grueber, quien había caído de rodillas. Ella tenía la cara llena de lágrimas.

—No, Frank —dijo ella—. Esta noche no muere nadie. No voy a permitir que lo hagas. Tira el cuchillo. Ya no te queda nadie a quien herir.

Grueber miró las siluetas alejándose de Werner y el hombre al que había intentado matar. El sacrificio definitivo. Alzó la mirada hacia Maria y sonrió, con la sonrisa de un muchachito triste. Entonces dio un suspiro largo y profundo. Hubo un relámpago en forma de arco cuando él giró la hoja hacia arriba con ambas manos y la hizo caer con toda su fuerza sobre su pecho.

—¡Frank! —Maria gritó y corrió hacia él.

La cabeza de Grueber cayó lentamente hacia delante y hacia abajo. Al morir, pronunció una única palabra en la noche.

—Traidores...

1.40 H, HOSPITAL WESERMARSCH-KLINIK, NORDENHAM

Cuando Fabel y Werner entraron en la sala del tercer piso de la Wesermarsch-Klinik, el Kriminaldirektor Horst van Heiden ya estaba allí, de pie junto a la cama del jefe de gobierno de Hamburgo, el Erster Bürgermeister Hans Schreiber. La enfermera del mostrador había informado a Fabel de que había administrado a Schreiber un sedante suave, pero que estaba alerta.

Schreiber tenía la frente cubierta por una gruesa venda quirúrgica, pero Fabel vio que la protuberancia de la línea de las cejas se había inflamado y descolorido como protesta por la violencia ejercida contra el cuero cabelludo. El resto de la cara estaba tan hinchado que Fabel prácticamente no lo habría reconocido. Schreiber giró en dirección a Fabel pero era evidente que no tenía la fuerza suficiente como para sentarse en la cama. Sonrió débilmente.

—Me alegro de que esté aquí, Fabel —dijo el jefe de gobierno de Hamburgo—. Le debo un agradecimiento. —Hizo una pausa y se corrigió—. Le debo mi vida. Si no hubiese llegado allí en el momento justo. Si Frau Klee no hubiera disparado... —Dejó el pensamiento sin terminar, como modo de enfatizar la terrible alternativa.

Fabel asintió.

—Sólo hice mi trabajo.

Schreiber se señaló la cabeza vendada.

—Me han dicho que necesitaré cirugía plástica. También tengo bastante dañados los nervios.

Dos policías uniformados entraron en la sala. Fabel les ordenó que se ubicaran al otro lado de la puerta.

—No puede entrar nadie más que los profesionales médicos directamente a cargo de la atención de Herr Schreiber —dijo a los dos agentes cuando salían de la habitación.

—Mi esposa vendrá más tarde —dijo Schreiber.

—Nadie —repitió Fabel.

—Me parece innecesario, Herr Fabel —protestó Schreiber—. El peligro ya ha pasado. Grueber está muerto y es evidente que actuaba solo, siguiendo su propio plan demente.

—¿Entonces por qué lo escogió a usted? —preguntó Fabel—. Todas las otras víctimas tenían una conexión directa con Franz *el Rojo* Mülhaus y los Resucitados. ¿Por qué se fijó en usted?

—Dios sabrá. —El rostro hinchado de Schreiber no dejaba traslucir expresión alguna, pero su tono era de irritación. En cierto modo, Fabel había supuesto que Van Heiden protestaría por el interrogatorio al Erster Bürgermeister, pero el Kriminaldirektor guardó silencio—. Escuche, Fabel —continuó Schreiber—. Estoy demasiado dolorido y demasiado cansado y angustiado para psicoanalizar a un lunático que trató de matarme, o para hacer hipótesis sobre sus motivos. Estaba loco. Además actuaba como un terrorista. Yo soy la máxima autoridad en la ciudad de Hamburgo y jefe del gobierno estatal. Dedúzcalo usted mismo. Después de todo, para eso le pago.

—Oh, ya lo he hecho, Herr Erster Bürgermeister. —Fabel se volvió hacia Werner y extendió la mano. Werner le entregó una bolsa de pruebas de plástico transparente. En su interior había una gruesa libreta, cuya encuadernación de cuero tenía manchas de humedad y dejaba ver el paso del tiempo—. Franz *el Rojo* Mülhaus sabía que le había llegado la hora. Sabía que las autoridades lo encontrarían. Sin embargo, estaba dispuesto a no dejarse atrapar vivo. También albergaba serias dudas sobre la lealtad de sus subordinados. En especial de su lugarteniente, a quien la periodista Ingrid Fischmann identificó como Bertholdt Müller-Voigt. Ese ayudante de Mülhaus era también el que había conducido la furgoneta cuando secuestraron a Werner, el industrial, ocho años antes. Si bien el resto del grupo se esfumó después del secuestro de Wiedler, las autoridades pudieron identificar a Franz *el Rojo* y al holandés, Piet van Hoogstraat, quienes se vieron obligados a seguir viviendo como fugitivos, financiados por sus excompañeros.

—Fabel... —Schreiber suspiró y, con un gesto de dolor, giró la cabeza hacia Van Heiden—. ¿No podemos hablar de esto en otro momento?

—Eso fue lo que ocurrió aquel día de 1985 en el andén de Nordenham —continuó Fabel, como si Schreiber no hubiese dicho nada—. El holandés, Van Hoogstraat, no compartía el fervor revolucionario de Mülhaus. Estaba agotado, después de casi una década de vivir siempre huyendo. Quería una salida sin tener que pasar la mayor parte del resto de su vida tras las rejas. De modo que cerró un trato. Un trato que le garantizaría una sentencia reducida. Un trato concebido por los restantes miembros de la banda que querían cerrar ese capítulo de sus vidas. Un trato concebido por el segundo de Mülhaus y negociado desde el anonimato por el jefe de planes del grupo, Paul Scheibe. Sabían que jamás atraparían vivo a Mülhaus, y que su

muerte finalmente cerraría la puerta a esa amenaza de escarnio público y arresto. Ya habían comprado el silencio del holandés con el trato que habían hecho con las autoridades, pero el hecho de que Van Hoogstraat muriera en el andén fue como un beneficio adicional para ellos. El silencio se hizo total. Los Resucitados ya no resucitarían más.

Fabel hizo una pausa y miró la libreta embolsada que tenía en la mano.

—Qué extraño —añadió con una media sonrisa—. Fue el mismo Frank Grueber quien me dijo una vez que «la verdad es la deuda que tenemos con los muertos». —Fabel se acercó a la cama de Schreiber—. El misterio es cómo hizo Grueber para averiguar la identidad de los antiguos miembros de los Resucitados, puesto que los únicos que la conocían eran ellos mismos. Si Brandt hubiese sido el asesino, entonces tendría sentido... su madre, que justamente había pertenecido al grupo, podría habérselo contado a su hijo. Pero el secreto era tan grande, estaba tan celosamente protegido, que ella ni siquiera le dijo a Franz Brandt que Mülhaus era su padre. Entonces ¿cómo logró Frank Grueber descubrir la identidad de los otros? Después de todo, le habían adoptado a los once años y le habían criado en un universo diferente, con padres adoptivos adinerados, en Blankenese. Sus primeros años, que había pasado yendo de un lado a otro constantemente, privado de cualquier otra educación que no fuera el lavado de cerebro político que le hacían sus padres, debió de haberle parecido una pesadilla lejana. Pero había una cosa que sí recordaba. Como ya he dicho, Mülhaus no confiaba en ninguno de sus excompañeros, pero había una persona en la que sí confiaba. Su hijo. Franz Mülhaus era arqueólogo, y debió de decirle al joven Frank que la tierra protege la verdad del pasado para las generaciones futuras. Le contó a su hijo que había enterrado la verdad en la tierra, cuidadosamente envuelta y protegida y escondida del mundo. Seguramente le hizo memorizar la ubicación para que, si Mülhaus era traicionado, entonces los otros no pudieran seguir viviendo impunes y libres.

Hans Schreiber permaneció inmóvil y sin decir nada, mirando el techo desde debajo de la frente inflamada y los párpados hinchados.

—Franz *el Rojo* Mülhaus enterró esta libreta, junto con numerosos documentos más, con relatos detallados sobre todo lo que ocurrió durante la vida activa de los Resucitados. También detalla meticulosamente el papel de cada miembro del grupo y sus responsabilidades especiales. Y hay un diario, además. Mi gente lo está leyendo en este preciso momento. Estoy seguro de que averiguaremos muchas cosas.

»Lo extraño es que... el único nombre que esperaba ver en la lista no está: Bertholdt Müller-Voigt. Él no era la mano derecha de Mülhaus. Ni siquiera era miembro del grupo. Es más, creo que tampoco los apoyaba activamente o en secreto. Verá, las organizaciones terroristas como los Resucitados son como agujeros negros en el espacio. Son pequeños pero su masa, su influencia en todo lo que los rodea, es enorme. La gravedad que generan absorbe todo lo que se encuentra a su alcance. Tomemos, por ejemplo, a un joven abogado y periodista de izquierdas que empieza

como simpatizante y luego se convierte en miembro. Más tarde, en el número dos de la organización. No Müller-Voigt. Su única conexión con los Resucitados era que, al igual que Mülhaus, tuvo una relación con Beate Brandt. Algo que usted y Paul Scheibe no pudieron perdonarle, porque los dos estaban obsesionados con ella. Por eso usted no pudo resistirse, veinte años después, a conspirar para poner pruebas en manos de Ingrid Fischmann que parecían incriminarlo, aunque no tantas como para reactivar el interés en los Resucitados. Fue un juego peligroso, en especial cuando su propia esposa empezó a caldear los ánimos. Pero la cuestión es que Müller-Voigt nunca cruzó la línea. Se apasionaba por el medio ambiente y la justicia social, pero sus principios también se extendían a no sustraer vidas humanas. Ingrid Fischmann se equivocó de político, ¿verdad, Herr Erster Bürgermeister?

—Por Dios, Fabel —dijo Van Heiden—. ¿Está seguro de esto?

—No hay dudas. Aquí está todo. —Fabel levantó la libreta—. Corroborado por las otras pruebas que Mülhaus dejó enterradas. Encontramos todo en el sótano de Grueber. Fue así como me enteré de que él iba tras Schreiber. Se había guardado al mejor para el final.

Werner dio un paso adelante.

—Hans Schreiber, está usted bajo arresto por el secuestro y homicidio de Thorsten Wiedler, en o después del 14 de noviembre de 1977. Estoy seguro de que usted, como abogado diplomado, conoce sus derechos bajo la Ley General de la República Federal de Alemania.

EPÍLOGO

Febrero de 2006, seis meses después del primer asesinato

BARMBEK, HAMBURGO

Hamburgo parecía irreal, como la fantasía que un pintor romántico podría tener de una ciudad. La gran cantidad de nieve había tomado por sorpresa a las autoridades, quienes tardaron bastante en limpiar las calles y aceras principales. Luego había dejado de nevar y las nubes se habían disipado, pero la temperatura había descendido abruptamente y las mantas de nieve que cubrían los tejados, los parques y los bordes de las calles estaban congelándose a gran velocidad y resplandecían bajo un luminoso cielo azul.

El geriátrico en el que vivía Frau Pohle se encontraba en Barmbek, al otro lado de la ciudad. Fabel había telefoneado a la directora, Frau Amberg, para organizar el encuentro.

—Frau Pohle está un poco confundida, Herr Fabel. Le resulta difícil recordar detalles del día anterior, pero tiene una memoria excelente de cosas que ocurrieron hace varias décadas. Me temo que eso es típico de la clase de demencia incipiente que ella padece. Y puede angustiarse con facilidad. Me preocupa que su visita la perturbe.

Entonces Fabel le explicó que había encontrado un objeto que pertenecía al hermano de Frau Pohle, desaparecido hacía mucho tiempo. A partir de ese momento, Frau Amberg se mostró menos reacia y le dio una hora para la visita.

Fabel cogió un autobús hasta Barmbek, en parte debido al clima pero también porque últimamente siempre buscaba alguna excusa para no usar su coche. Hacía seis años que tenía aquel BMW descapotable y le había sido de gran utilidad. Pero desde la noche en que había pasado tres horas anclado a su asiento mientras la brigada de artificieros desactivaba el dispositivo que Grueber había dejado bajo la carrocería, le costaba volver a sentirse cómodo en ese vehículo.

En el autobús, mirando por la ventana aquella Hamburgo de postal, reflexionó sobre su misión. No sabía por qué le resultaba tan importante localizar a la hermana de Karl Heymann e informarle de que habían encontrado el cuerpo de su hermano. Siempre imaginó que a ella le había angustiado no haber podido dar a su hermano un funeral y que tal vez le proporcionaría algún solaz o consuelo tener un lugar donde visitarlo y llorar su pérdida de sesenta años. Frank Grueber tenía razón en algo: la verdad es la deuda que tenemos con los muertos.

Frau Amberg recibió a Fabel y le hizo pasar a una luminosa sala de día que tenía ventanales que daban a un gran jardín con una fuente en el centro. Pero bajo aquella gruesa y brillante capa de nieve, del jardín y de la fuente apenas se insinuaban los contornos.

Frau Pohle estaba sentada en una silla de respaldo alto cerca de la ventana. Fabel se entristeció al ver cuán juvenil parecía para sus ochenta y ocho años; sintió que había sido engañada por el deterioro de su mente. Llevaba una ropa muy elegante y Fabel volvió a sentirse dolorido al pensar que ella debía de haber escogido deliberadamente su mejor atuendo porque casi nunca recibía visitantes. Cuando Fabel se acercó, ella le sonrió con entusiasmo. Con esperanza.

—Buenos días, Frau Pohle. Me llamo Jan Fabel. He venido a hablarle de su hermano, Karl. —Fabel extendió la mano para estrechar la de Frau Pohle. Ella se la cogió con ambas manos.

—Oh, gracias por venir, Herr... —El nombre de Fabel ya se le había escapado—. Me alegro mucho de que viniera. Debe de estar exhausto, después de un viaje tan largo. Hace tanto tiempo que espero noticias de Karl. ¿Cómo se encuentra? —Se echó a reír—. Apuesto que a estas alturas tiene un horrible acento americano. Dígale cuando lo vea que estoy muy enfadada. No recuerdo la última vez que supe de él. Por favor... siéntese y cuénteme todo sobre cómo vive Karl en ese país.

Una asistente les trajo té y galletitas y Frau Pohle continuó explicando que Karl siempre hablaba de marcharse de Alemania e ir a los Estados Unidos antes de que los nazis lo obligaran a entrar en el ejército. Ella siempre supo que él había usado la confusión de los bombardeos para desaparecer, para escapar. ¿Fabel también venía de América, y Karl estaba bien?

A pesar de la profunda tristeza que lo invadió, Fabel sonrió mientras escuchaba la fantasía de una anciana sobre la supervivencia y la prosperidad de su hermano en una tierra lejana. Una fantasía que había sostenido a Frau Pohle durante sesenta años. Ahora, en su mente vacilante, aquella fantasía se había convertido en una realidad concreta.

Fabel se quedó allí sentado durante quince minutos, mintiéndole a una anciana. Inventó una vida y una familia que debería haber existido pero que jamás lo hizo. Cuando se levantó para marcharse, Fabel vio lágrimas en los ojos de Frau Pohle y se dio cuenta de que estaban causadas por una amarga alegría.

—*Goodbye, Mrs. Pohle* —se despidió en inglés, y la dejó allí sentada, junto a la ventana que daba al jardín cubierto de nieve.

A veces la verdad no es la deuda que tenemos con los muertos.

Agradecimientos y menciones

Debo mi agradecimiento a una gran cantidad de personas que me han proporcionado su tiempo, sus conocimientos y sus consejos.

En primer lugar a mi esposa Wendy, cuyos comentarios y sugerencias ayudaron a que éste fuera un libro mejor. Mi excelente agente, Carole Blake, y todos los que trabajan en Blake Friedmann Literary, Film and TV Agency. Estoy enormemente agradecido al doctor Bernd Rullkötter, mi traductor al alemán y amigo quien, como siempre, trabajó muy de cerca conmigo para las versiones tanto en inglés como en alemán de *Eternal*.

Me gustaría ofrecer un agradecimiento especial a mi editorial en español, Roca Editorial, específicamente a Patricia Escalona y Blanca Rosa Roca por el apoyo y aliento que me han brindado.

Durante la escritura de esta serie, he contado con el apoyo irrestricto y entusiasta de una de las mejores fuerzas policiales del mundo: la Polizei Hamburg. No tengo palabras para expresar lo abiertos y colaboradores que se han mostrado los miembros de la Polizei de Hamburgo. Debo un agradecimiento especial a la Erste Hauptkommissarin Ulrike Sweden, quien dedicó buena parte de su tiempo libre a leer y corregir mi manuscrito; al Polizeipräsident Werner Jantosch, por su entusiasmo y palabras amables sobre mi obra; al Leitender Polizeidirektor Bernd Spöntjes, jefe de la Wasserschutzpolizei, al Kriminaldirektor Ralf Meyer y a todos los de la Presse-und Öffentlichkeitsarbeit, así como a todos los otros agentes de la Polizei de Hamburgo que me ofrecieron su apoyo, sus consejos y su ayuda mientras escribía la serie de Jan Fabel: Dirk Brandenburg, Birte Hell, Peter Baustian, Robert Golz, Jörg Ley, Wolfgang Weidemann, Ullrich Frost, Michael Krohn, Boris Manzella, Andre Schönhardt y Rene Schönhardt.

Quiero manifestar mi gratitud a Anja Sieg y Anna von Bestenbostel, quienes leyeron el manuscrito y se aseguraron de que yo volcara correctamente los detalles de las regiones de Ost-Friesland y Norderstedt. Agradezco particularmente a Katrin Frahm, mi profesora de alemán; a Udo Röbel, exdirector de *BILD* y hoy en día también autor de novelas policíacas, por su entusiasmo y su amistad; a Menso Heyl, director de *Hamburger Abendblatt*. Y un agradecimiento personal a Holger y Lotte Unger.

Y, por supuesto, deseo mencionar y agradecer a una de las mejores ciudades del mundo por haber inspirado la serie de Fabel. *Hamburg, ich bedanke mich nochmal.*



CRAIG RUSSELL. Nació en el Reino de Fife, en Escocia, y ha trabajado como agente de policía, corrector de textos en una agencia de publicidad y director creativo. Es autor de la exitosa serie que protagoniza Jan Fabel, ambientada en Hamburgo y que está traducida a más de 23 lenguas.

Russell empezó a escribir la serie de Jan Fabel debido a su profunda estima y prolongado interés por Alemania, su idioma, su cultura y su gente.

Russell también es autor de la próxima serie Lennox, novelas que se desarrollan en la ciudad de Glasgow durante la década de 1950, cuando ésta era la capital escocesa del crimen organizado.

En 2007, se le concedió el prestigioso premio Polizeistern (Estrella de la policía) que concede la Policía de Hamburgo. Ha sido el único autor extranjero en recibir este galardón. También en ese año fue finalista del CWA Duncan Lawrie Golden Dagger, la más importante distinción del mundo para escritores de serie negra, así como el SNCF Prix Polar en Francia. Ha resultado ganador de la edición de 2008 del CWA Dagger en las Bibliotecas.

Índice de contenido

Prólogo

Prólogo 1

Prólogo 2

Prólogo 3

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Segunda parte

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Hamburgo parecía irreal

Agradecimientos y menciones

Sobre el autor